Los siete hermanos

Aleksis Kivi

Traducción de Ursula Ojanen y Joaquín Fernández

Los siete hermanos es la obra literaria finlandesa por antonomasia y Aleksis Kivi es considerado como el padre de las letras finesas. Sin embargo, en el momento de su publicación, la novela no tuvo una buena acogida por parte de la crítica. La obra había sido escrita en finés y no en sueco, que era la lengua culta del momento. Además, trataba sobre la vida de unos simples campesinos, en un entorno rural, y la sencillez y el realismo de sus temas no fue del agrado de las élites intelectuales. Esto último no deja de ser curioso porque *Los siete hermanos* apareció publicada en 1870, cuando el realismo ya era una corriente más que asentada en casi toda Europa. De modo que se puede decir que la novela fue también pionera en introducir el realismo en Finlandia. La novela cuenta la historia de los siete hermanos de Jukola, siete jóvenes que, al morir su madre, deciden abandonar su granja natal para irse a vivir a los bosques. Los jóvenes tienen un carácter indomable y rebelde y los encontronazos con sus vecinos, sumados a su incapacidad para aceptar las reglas que la sociedad impone, les decide a emprender una vida independiente y solitaria.

En el bosque, los siete hermanos construyen una cabaña y viven de la caza, pero su falta de previsión y su carácter destemplado les meten en líos una y otra vez. En cada ocasión, los hermanos prometen enmendarse, pero nunca tardan mucho en volver a las andadas. Finalmente, después de una década de rodar por los bosques y de muchas experiencias, los hermanos acabarán por escarmentar y sentar la cabeza. Jóvenes y robustos, los hermanos levantarán una próspera granja y llegarán a convertirse en pilares de su comunidad.

Por la manera de ser de sus protagonistas y por las mil peripecias que les suceden, *Los siete hermanos* es una novela preñada de un sentido del humor sano y sencillo. La manera en que se retrata la relación entre los hermanos —las afinidades entre algunos de ellos, la forma en que se establecen alianzas o la forma en que el grupo se percibe a sí mismo y a cada uno de sus miembros— es por completo fidedigna y da fe de las buenas dotes de observación de Kivi. Cualquier lector miembro de una familia numerosa reconocerá ese cariño algo malévolo con el que suelen tratarse los hermanos

jóvenes que viven bajo el mismo techo.

A pesar de todos los errores que cometen los hermanos, a pesar de que con frecuencia se muestran violentos o intemperantes, el libro jamás se muestra moralizante. Ni siquiera cuando los hermanos de Jukola deciden por fin comportarse y abandonan su vida díscola. La virtud de la narración está en no juzgar jamás a sus protagonistas, limitándose a describir las aguas procelosas del alma humana.

Aleksis Kivi

Los siete hermanos

ePub r1.0
Titivillus 20.01.2017

Título original: *Seitsemän veljestä*
Aleksis Kivi, 1870
Traducción: Ursula Ojanen & Joaquín Fernández
Diseño de cubierta: Pekka Halonen, Ilveksen Jäljillä, 1903

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

La traducción al español de *Los siete hermanos* (1870) de Aleksis Kivi
(1834-1872)
que hicimos en colaboración el ya fallecido Joaquín Fernández y yo misma, y que fue publicada en Madrid en 1988 por Alfaguara, no tiene prólogo sino un postfacio. Esta reedición de la traducción que Nórdica Libros ha tenido a bien publicar parece que requiere también algunas palabras a modo de prólogo, más que nada para que el lector sepa de qué versión se trata.

Aplaudo la decisión de Nórdica Libros porque, a medida que el número de las traducciones de obras finlandesas contemporáneas va en aumento en España, es importante que estén en el mercado también los clásicos. Y *Los siete hermanos* lo es; un clásico por excelencia, un clásico vivo, que los finlandeses siguen leyendo con entusiasmo, citando popularmente sus dichos, expresiones y frases célebres, y que muchos escritores de ahora tienen consciente y subconscientemente como fuente de inspiración para sus nuevas obras, o en sus textos aparecen referencias o alusiones a él. También ha dado pie a otras muchas expresiones artísticas, teatro, cine, música, etc.

La obra de Aleksis Kivi se ha hecho un lugar dentro de la literatura universal y, desde que en 1919 apareció su primera traducción, en sueco, traducciones a otras lenguas así como reediciones y retraducciones han ido sucediéndose de forma constante. En España la primera versión de *Los siete hermanos* se hizo en 1941 por Alfonso Nadal para la colección Saeta Blanca de la Editorial Emporion de José Janés y Félix Ros. La segunda edición salió diez años más tarde. No sabemos a ciencia cierta si Alfonso Nadal lo tradujo directamente del finés o si, como parece quizás

más probable, lo hizo a partir de otra traducción, por ejemplo al inglés o alemán como se solía hacer en aquella época.

Como curiosidad, pero también como un ejemplo ilustrativo, cabe mencionar aquí que Ángel Ganivet, que estuvo en Finlandia entre
1896-1897,
habla de Aleksis Kivi en sus artículos sobre literatura finlandesa y lo califica como el autor más grande de teatro en lengua finesa, pero no menciona para nada su novela. A Ángel Ganivet, que hablaba sueco y se movía en los círculos de los intelectuales de Helsinki, le pasó lo mismo que a la mayoría de la clase culta suecoparlante que no era capaz de entender el lenguaje en el que estaba escrita la obra. Este hecho y la mala crítica inicial de la obra explican por qué su valoración se hizo esperar y, también, por qué pasaron casi cincuenta años hasta que apareciera la primera traducción de *Los siete hermanos*.

El lenguaje característico de Aleksis Kivi con sus expresiones dialectales de su región natal, con giros populares, que tan feos y poco refinados resultaban a los oídos de los primeros críticos de la novela, pasando a un lenguaje lírico y solemne y con recursos estilísticos, literarios, bíblicos, homéricos, cervantinos, entre otros, supuso para nosotros quizás el mayor reto a la hora de abordar la traducción. No puedo más que admirar la paciencia, dedicación y entusiasmo de Joaquín Fernández cuando, a partir de mi borrador «literal» realizado en un español en muchos aspectos insuficiente para tamaña obra, lo vertió a un texto literario español. Fueron horas y horas de conversaciones y lecturas del texto para llegar a la versión definitiva. Cada uno aportó sus conocimientos: yo el de mi lengua, de la obra de Aleksis Kivi, de mi país y de mi pueblo; Joaquín, que no sabía finés, de su lengua y, quizás lo más importante, su experiencia y condición como poeta, escritor y traductor. Aun quedando satisfechos de la traducción en muchos puntos, éramos conscientes de que la brillantez de la obra original, donde la lengua y el contenido forman una unidad irrompible, sería difícil si no imposible alcanzar en otra lengua con otros recursos lingüísticos, con palabras y expresiones cuyas connotaciones pocas veces coinciden del todo con las de la lengua original.

Que disfruten leyendo las aventuras y desventuras de los siete

hermanos que sin duda ayudarán a entender mejor a los finlandeses, pero sobre todo la condición humana en general que es la misma independientemente del lugar geográfico o la época histórica. Subrayar esto fue quizás el motivo por el que Joaquín Fernández escribió después de la traducción un pequeño escrito titulado «Del notable encuentro que tuvo lugar en tierras de común entre Don Quijote de la Mancha y los siete hermanos de Jukola[1]», un diálogo entre los personajes literarios hablando de sus inquietudes y sobre el duro destino de sus respectivos autores.

Ursula Ojanen
Helsinki, septiembre de 2014

Capítulo primero

La granja de Jukola está situada en la vertiente septentrional de una colina, no muy lejos del pueblo de Toukola, al sur de la provincia de Häme. Rodeada de tierras pedregosas, en su falda se extienden, sin embargo, campos que, antes de que la propiedad agrícola entrara en decadencia, ondulaban en copiosas cosechas; más allá de los labrantíos comienza una pradera de trébol recorrida por un tortuoso arroyuelo que, si en otro tiempo producía abundante heno, hoy es solo un pastizal utilizado por los rebaños del pueblo. La finca posee, además de densos bosques, terrenos pantanosos y tierras desbrozadas que el primer dueño de la granja, gracias a sus hábiles artimañas, se adjudicó durante el gran reparto de tierras. Pensando más en sus herederos que en su propio beneficio, se conformó con un enorme bosque arrasado por el fuego, obteniendo así una extensión de tierra siete veces mayor que la de sus vecinos. Pronto no quedó residuo alguno del incendio y, en el mismo lugar, volvieron a crecer frondosos bosques. Esta es la propiedad de los siete hermanos cuyas peripecias me propongo narrar.

He aquí, de mayor a menor, los nombres de los siete hermanos: Juhani, Tuomas, Aapo, Simeoni, Timo, Lauri y Eero. Hay dos pares de gemelos: Tuomas y Aapo, y Timo y Lauri. El mayor de los hermanos, Juhani, tiene veinticinco años, y Eero, el más pequeño, apenas ha visto dar dieciocho vueltas al sol. Todos son mocetones robustos, de anchas espaldas y regular estatura, menos Eero, todavía un poco cenceño. Aapo es el más alto de todos, pero no el más ancho de espaldas; este privilegio le corresponde a Tuomas, y a él le debe su extensa fama. Los hermanos conservan algunos rasgos comunes, tales como la tez morena y los cabellos hirsutos y amarillos como el cáñamo, pero es Juhani el que destaca por la

aspereza de su pelo.

El padre, experto cazador, murió inesperadamente luchando con un oso enfurecido. Ambos, el hombre y el señor de los bosques, fueron encontrados uno junto a otro sobre un charco de sangre: el cazador completamente destrozado; la fiera, con el cuello y los costados acribillados a puñaladas y el corazón atravesado por una bala certera. De esta manera encontró horrible fin el robusto campesino que había dado muerte en su vida a más de cincuenta osos. Pero su desmedida afición a la caza le hizo al hombre desentenderse de su trabajo, y la granja, ante la pasividad de su dueño, fue cayendo en el abandono. A sus hijos, que heredaron del viejo su desbordada pasión por la caza en el bosque, también les importaban un comino las labores del campo y las siembras, y pasaban el tiempo fabricando lazos, trampas, cepos y otras artes, en perjuicio de pájaros y liebres. Así fue transcurriendo la infancia de los hermanos, hasta que se impusieron en el manejo de las armas de fuego y se arriesgaron a salir en busca del oso.

Fue inútil que la madre tratara, con amonestaciones y castigos, de hacer entrar a sus hijos por la senda del trabajo y la diligencia, pues todos sus esfuerzos se estrellaban contra la incorregible testarudez de los muchachos. La madre era una mujer hacendosa, conocida por la franqueza y rectitud de su carácter, aunque, eso sí, un poco viva de genio. Su hermano, el tío de los muchachos, era un buen hombre que, habiendo sido un intrépido marinero en su juventud, presumía de haber navegado por lejanos mares y visitado muchos pueblos y ciudades. Pero la vista se le fue desgastando hasta quedarse completamente ciego, y así pasó los lúgubres días de su ancianidad en la casa de Jukola, donde, alternando la fabricación de cucharones, mangos de hacha, paletas para la colada y otros utensilios, le daba gusto a la lengua contando a sus sobrinos cuentos e historias prodigiosas, tanto de su país como de otras tierras remotas, amén de milagros y hechos de la Biblia. Los muchachos lo escuchaban todo y guardaban fielmente los relatos en la memoria. Se olvidaban de las órdenes y reprimendas de la madre, y de tal manera hacían a ellas oídos sordos que ni las más tremendas palizas bastaban para abrírselos. Cuando olfateaban que la tormenta se les venía encima, salían de naja con gran desesperación de la madre y de los demás, lo cual solo servía para empeorar su situación.

He aquí un episodio de la infancia de los hermanos. Sabían, astutos ellos, que las gallinas de una vecina, llamada la Vieja del Pinar, cuya choza se hallaba cerca de la granja de Jukola, ponían sus huevos debajo del secadero. Pues bien, un buen día sintieron todos la necesidad de comer huevos y, ni cortos ni perezosos, decidieron saquear el nido y largarse al bosque a comérselos. En efecto, de las ideas pasaron a los hechos. Limpiaron el nido y los seis —puesto que Eero andaba aún pegado a las faldas de su madre — huyeron con su botín al bosque. Llegados a un rumoroso arroyo que discurría entre sombríos abetos, encendieron fuego en un ribazo y, después de envolver los huevos en unos trapos, los metieron en el agua y los enterraron en la crepitante ceniza. Luego, cuando los huevos estuvieron a punto, los saborearon hasta chuparse los dedos y, satisfechos, emprendieron el regreso. Pero al llegar al collado en cuya cima estaba la casa, vieron aproximarse una terrible tempestad: el hurto había sido descubierto; la Vieja del Pinar protestaba y amenazaba a voz en cuello, y la madre les salía al encuentro haciendo silbar en el aire una correa y con cara de pocos amigos. Intentando evadirse de la borrasca, los muchachos se dieron media vuelta y corrieron a esconderse en el bosque, sin hacer caso de los gritos de la madre.

Pasaron días y más días sin que se tuvieran noticias de los fugitivos, cuya larga ausencia acabó por calar hondamente en el sensible corazón de la madre, la cual, trocando su cólera en pesadumbre y en lágrimas de congoja, se lanzó en busca de sus hijos. Se internó en los bosques, recorriéndolos en todos los sentidos, pero en vano. Cuando la aventura tomaba visos de tragedia, la mujer exigió que las autoridades se interesaran en el asunto, y así, se dio aviso al montero, quien al punto convocó a todos los habitantes de Toukola y de la vecindad. Encabezados por el montero y formando una larga fila, todos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, emprendieron una batida por los bosques. El primer día patearon palmo a palmo los alrededores de la finca. Nada. El segundo día se alejaron más, adentrándose en el bosque. Pero he aquí que al llegar a una alta colina divisaron a lo lejos, en la linde de un bosque pantanoso, una voluta de humo azulado que se extinguía en el aire. Cuando localizaron el lugar de donde procedía se encaminaron hacia allí. Pronto estuvieron tan cerca que

pudieron escuchar esta canción:

También vivían antes
incluso detrás del arroyo,
y de él quemaban leña,
de él bebían cerveza.

Oyendo la canción, el ama de Jukola no cabía en sí de gozo: había reconocido la voz de su hijo Juhani. Como, por otra parte, resonaban en el bosque frecuentes chasquidos, los de la partida acabaron convencidos de que se hallaban cerca del lugar donde los fugitivos habían establecido su campamento. Entonces el montero dio orden de cercarlos y aproximarse a ellos con sumo cuidado, deteniéndose a prudente distancia del campamento.

Todos acataron las órdenes del montero, y cuando los que formaban el cordón que rodeaba a los hermanos se hallaban a no más de cincuenta pasos, se detuvieron y pudieron presenciar el siguiente cuadro: junto a una roca se levantaba una choza de ramas de abeto, y Juhani, tendido cuan largo era sobre un lecho de musgo ante la puerta, contemplaba despreocupado las nubes y tarareaba. No lejos de la cabaña chisporroteaba una viva hoguera, a cuyas llamas Simeoni estaba chamuscando un urogallo cogido en un lazo. Aapo y Timo, que acababan de jugar a los fantasmas y tenían la cara tiznada, vigilaban los nabos que se estaban asando entre las brasas. Muy callado, Lauri, sentado en un charco arcilloso, modelaba gallos, bueyes y magníficos potrancos. El resultado de su trabajo podía verse en una larga hilera de figuras puestas a secar sobre un tronco musgoso. El causante de los chasquidos que se oían no era otro sino Tuomas, quien, lanzando un salivazo sobre la roca, le acercaba un tizón y luego lo aplastaba con todas sus fuerzas con una piedra; de ahí el ruido que, resonando a lo lejos, podía confundirse con un disparo de escopeta. Una negra humareda salía entre las piedras retorciéndose en el aire.

JUHANI.—

También vivían antes
incluso detrás del arroyo…

Claro que sí, pero al final el diablo se saldrá con la suya. Así será si Dios no lo remedia, castorejos. ¿Me oís?

AAPO.— Ya lo dije nada más llegar aquí, huyendo como conejos. ¡Somos una partida de imbéciles! ¡Mira que vagabundear así al cielo raso! ¡Eso es cosa de gitanos y de bandidos!

TUOMAS.— Pero el cielo es de Dios.

AAPO.— Ya. ¡Vivir con los lobos y los osos!

TUOMAS.— Y con Dios.

JUHANI.— Te sobra razón, Tuomas, con Dios y sus ángeles. Oh, si pudiéramos mirar con los ojos del alma y del cuerpo de los bienaventurados, veríamos cómo una legión de ángeles de la guarda nos rodea y cómo el mismo Dios, en la forma de un anciano encanecido, está también entre nosotros como un padre amantísimo.

SIMEONI.— ¿Pero qué estará pensando nuestra pobre madre?

TUOMAS.— En cuanto nos eche la mano encima nos meterá una paliza tan grande que quedaremos como nabos después de asados.

JUHANI.— ¡Menuda zurra nos espera, amigos!

TUOMAS.— ¡De las que dejan huellas, supongo!

JUHANI.— Un palizón que nos arrancará chispas. Bueno, ya sabes lo que es.

AAPO.— De eso no nos libra nadie.

SIMEONI.— Claro que no, desde luego. Por eso más nos valdría salir a su encuentro enseguida y acabar de una vez esta vida de bueyes.

JUHANI.— Querido hermanito, el buey no va por su gusto al matadero.

AAPO.— Bueno, déjate ya de historias. El invierno está encima y no hemos nacido precisamente con un abrigo de pieles sobre el lomo.

SIMEONI.— Venga, marchemos para casa. Vamos al encuentro del castigo, que bien merecido lo tenemos.

JUHANI.— Concedamos a la espalda un poco más de descanso, hermanos. ¡Quién sabe los remedios que Dios puede sugerirnos de aquí a dos o tres días! Sigamos aquí, pues, tumbados de día junto al fuego donde arde un leño, y de noche en el refugio de ramas de abeto, muy juntitos unos contra otros; somos cochinos sobre la paja. ¿Y tú qué dices, Lauri, muchachito, ahí quieto junto al charco de arcilla? ¿Eh, qué dices? ¿Es que vamos a ir a

recibir mansamente la paliza?

LAURI.— Bueno, quedémonos un poquito más.

JUHANI.— A mí también me parece lo mejor. De acuerdo. Ah, mira, veo que tienes muchas cabezas de ganado.

TUOMAS.— El chaval modela animales de cuerno y de pluma.

JUHANI.— Sí, señor, un gran rebaño. Serás un famoso fabricante de cucos de barro.

TUOMAS.— Lo que se dice un verdadero maestro.

JUHANI.— Claro, un maestro excelente. ¿Y qué muñeca rusa es esa que estás haciendo?

LAURI.— Es un niño, ¿ves?

JUHANI.— ¿Qué os parece el muchacho?

TUOMAS.— La verdad es que hace niños como un hombre.

JUHANI.— Niños semejantes a tocones. Y que los cuida como un hombre, tanto a los niños como al ganado. ¡Venga, hermanitos! Daos prisa en poner el condumio en la mesa, que mis tripas empiezan a protestar. Echa brasas encima de ese nabo que asoma el lomo. ¿A quién le toca mangar más nabos?

SIMEONI.— A mí me toca volver a cometer ese pecado.

JUHANI.— Ay, a veces no queda más remedio que servirse un poco de los bienes del prójimo para vivir. Si este es un pecado, yo digo que es uno de los más pequeños que pueden cometerse en este asqueroso mundo. Y mira, si muero sin tener otra marca de pecado en el libro de mi vida, ese borrón no me impedirá llegar a mejor vida. Y aunque sé que me echarán de la sala de ceremonias con cajas destempladas, aspiro por lo menos a un empleo de portero, lo que me llenaría de alegría. Que así sea, y engullamos sin más cuidados lo que nos quepa en el buche.

AAPO.— Yo creo que lo mejor que podríamos hacer es abandonar el campo de nabos de Kuokkala y buscar otro, porque el propietario debe de andar algo escamado con las desapariciones diarias, y se pasará día y noche vigilando su campo.

EL MONTERO.— Eso no tiene por qué preocuparos, hijos míos. Vamos, vamos, no os asustéis. Ved cómo una legión de ángeles custodios os ha rodeado de pronto.

Así habló el montero a los hermanos, quienes, sobresaltados, se levantaron de un brinco y se dispersaron cada uno por su lado, para comprobar con terror que tenían cortado el paso. El montero volvió

a dirigirse a ellos:

«Habéis caído en la red, bribones, y no saldréis de ella sino desescamados, lo cual será para vosotros un pequeño recuerdo de lo mucho que nos habéis hecho sudar, malditos. Y usted, madre, acérquese, acérquese con esa vara de abedul y siénteles las costuras. Y si se resisten, ahí están las comadres dispuestas a echarle una mano».

Cayó el castigo de las manos maternales sobre sus hijos, uno por uno, y los quejidos resonaron por el bosque de Kuokkala. La madre no se anduvo con chiquitas en el manejo de la vara, pero aun así al montero le parecía que el castigo era demasiado ligero.

Cuando finalizó la tarea, cada uno se volvió a su casa, y así la madre con sus hijos. Durante el camino, la mujer no cesó de reprender a sus hijos y afearles su conducta, pero la tormenta no amainó ni siquiera cuando llegaron a la casa, pues mientras les servía la comida en la mesa de los niños, la madre no dejó de refunfuñar amenazándoles con una nueva azotaina. Sin embargo, cuando vio con qué ansia le hincaban el diente al pan y al pescado, volvió la cara para enjugarse disimuladamente una lágrima que le resbalaba por sus morenas y curtidas mejillas.

Así concluyó la escapada de los hermanos y el episodio de su niñez, con el que me he desviado de mi relato.

Una de las cosas que más divertía a los hermanos era el juego del disco, que siguieron practicando siempre con entusiasmo, aun siendo ya hombres. Divididos en dos bandos, competían enérgicamente por conseguir dar en el blanco. Allí eran los gritos, las carreras y los alborotos, mientras el sudor les chorreaba por la cara. El disco saltaba, silbando, a lo largo del camino, y salía de vez en cuando rebotado de la pala contra la cara de alguno de los jugadores, no siendo raro que alguno de ellos volviera a casa con una gran hinchazón o con un carrillo inflamado. Y así iban transcurriendo los días de su juventud: en el verano, correteando por los bosques o jugando al disco en el camino; en el invierno, acurrucados junto al horno sudando calor húmedo.

Pero llegó un momento en que se plantearon que los tiempos cambian. Ciertos acontecimientos les obligaron a preocuparse más por el futuro y a alterar algo su forma de vivir. Habiendo fallecido la madre, uno de ellos tenía que hacerse cargo de la casa, evitando

la ruina y atendiendo al pago de los impuestos, muy elevados por cierto, teniendo en cuenta la extensión de los campos y bosques de Jukola. Pero una granja mal atendida, como lo estaba la suya, exige mucho trabajo y entrega, y, para colmo de males, ocurría que el nuevo pastor de la parroquia era un hombre de gran rigidez en lo tocante a su ministerio, mostrándose implacable con los holgazanes que se resistían a aprender a leer, empleando contra ellos todos los recursos a su alcance, incluido el de exponerlos a la vergüenza pública en los cepos. El párroco había puesto sus intransigentes ojos en los muchachos de Jukola, habiéndoles transmitido por medio de su ayudante la orden de que acudieran sin excusa ni pretexto alguno a la casa del chantre, con objeto de que aprendieran las primeras letras. He aquí, pues, a los hermanos, una tarde de finales de verano, sentados en la espaciosa sala, reflexionando de la siguiente manera:

AAPO.— Yo lo que os digo es que esta vida desenfrenada no puede continuar más y acabará en llantos y rechinar de dientes. Hermanos míos, si queremos tener paz y felicidad, tendremos que cambiar de hábitos y de costumbres.

JUHANI.— Bien dicho; nadie puede negarlo.

SIMEONI.— ¡Que Dios esté con nosotros! La verdad es que hasta hoy hemos llevado una vida desordenada y salvaje.

TIMO.— Está bien; pero esta vida es la que se vive, y el mundo es como es y no hay que darle vueltas. No hay atajo sin trabajo.

JUHANI.— Lo cierto es que hemos vivido demasiado desordenadamente, y esto no hay quien lo desmienta. Pero recordemos: «Juventud es locura como vejez es prudencia».

AAPO.— Sin embargo, ya va siendo hora de que sentemos la cabeza; ya va siendo hora de que sometamos nuestros deseos y pasiones al yugo de la razón y empecemos a hacer cosas de provecho, y no solo las que nos vengan en gana. Por tanto, pongámonos sin tardanza a adecentar nuestra casa como es debido.

JUHANI.— Sabias palabras, Aapo. Antes que nada nos arrojaremos sobre ese estercolero como escarabajos, y luego el tajo resonará día y noche en todos los rincones de Jukola. El ganado, nuestro buen ganado, aumentará el montón de abono, hasta que levante en el corral paredes tan altas como los dorados muros del Palacio Real. Decidido está, pues, y el lunes a más tardar

comenzaremos por el principio.

AAPO.— ¿Y por qué no empezamos mañana?

JUHANI.— He dicho que será el lunes y no antes. Nada perderemos con madurar este asunto un poco más. De manera que ya está dicho: el lunes próximo.

AAPO.— Pero hay una cuestión que deberíamos dejar bien aclarada: si queremos proceder con todo rigor a gobernar nuestra vivienda, es preciso que uno de nosotros sea el cabeza y jefe de la casa. ¿Y a quién sino a Juhani le competen este derecho y este deber, ya que él es el primogénito y así lo decidió nuestra madre?

JUHANI.— Sí, es cierto que ese derecho, ese poder y esa potestad me corresponden a mí.

AAPO.— Así sea, pero habrás de ejercerlos con moderación y en beneficio de todos.

JUHANI.— Haré cuanto esté de mi mano. ¡Y ojalá me obedezcáis sin obligarme a recurrir a los castigos y a darle gusto a la tralla! Pero haré todo lo posible.

AAPO.— ¿A la tralla, dices?

JUHANI.— Si fuera necesario, desde luego.

TUOMAS.— ¡Anda ya! ¡Deja la tralla para tus perros!

TIMO.— No serás tú quien me ablande las cachas, que por reales solo el rey tiene derecho sobre ellas. Y si me pica la espalda, solo me la rascará la vara de la ley y de la justicia.

JUHANI.— ¿Por qué os enredáis en palabras que se lleva el viento? Aquí estaremos pero que muy a gusto, siempre y cuando la concordia reine entre nosotros y humillemos la cerviz.

EERO.— Bien está, pero establezcamos nuestros deberes mutuos.

AAPO.— Y que cada quisque manifieste su opinión.

JUHANI.— ¿Qué dices tú, Lauri, siempre tan callado?

LAURI.— Pues yo lo único que digo es que nos larguemos al bosque y mandemos al diablo el embrollo del mundo.

JUHANI.— ¿Qué?

AAPO.— Ya vuelve a delirar.

JUHANI.— Largarnos al bosque…, ¡qué insensatez!

AAPO.— No le hagas caso y escucha lo que pienso: el único que tiene el derecho indiscutible de tomar las riendas de la finca eres tú; si tú quieres, claro.

JUHANI.— Sí que quiero.

AAPO.— En cuanto a nosotros, mientras ocupemos los rincones del hogar paterno y sigamos solteros, cultivaremos la granja, comeremos de ella y vestiremos de lo que nos dé. El primer lunes de cada mes, excepto en la siembra y la cosecha, gozaremos de plena libertad, pero con derecho a comer de la granja. Cada uno de nosotros recibirá anualmente medio celemín de avena para la siembra, y cada año tendremos derecho a artigar un terreno común de no menos de fanega y media. Ya sé, ya sé que ninguno de nosotros abandonaría por su gusto los queridos campos de Jukola, y no lo haremos obligados por la escasez de nuestro patrimonio, pues en nuestras tierras hay espacio de sobra para siete hermanos. Pero si alguno de nosotros, andando el tiempo, sintiera deseos de fundar su propia familia, no habrá necesidad de desmembrar la finca acudiendo a la ley y pagando a los agrimensores. Oídme, pues, quizá sea bueno el siguiente arreglo: la finca le cederá un terreno donde podrá construirse una casa y cultivar los campos que la rodean. Además de lo dicho, recibirá en propiedad una parcela de la pradera común, y tendrá el derecho de artigar en los bosques prados suficientes para que puedan pastar un par de caballos y cuatro o cinco vacas. Y así, sin meterse en impuestos y gastos, cultivará sus tierras, vivirá de sus productos, y tanto él como sus hijos podrán vivir desahogadamente en su propiedad. ¿Qué os parece lo que he pensado, eh?

JUHANI.— Sensato es lo que has dicho por tu boca. Tendremos que examinar las cláusulas.

LAURI.— Sí, bueno, pero quizá sea mejor hacerlo de otra forma. Trasladémonos a los bosques y vendamos nuestra miserable Jukola o arrendémosla al curtidor de Rajaportti, que la tiene echada el ojo y nos ha comunicado que está dispuesto a cerrar el trato si le cedemos la granja por diez años al menos. Venga, chicos, hagamos lo que os digo y vámonos a vivir con el caballo, los perros y las escopetas junto a la abrupta montaña de Impivaara, donde construiremos una alegre cabaña sobre las risueñas y soleadas laderas. Allí, dedicándonos a la caza en las vastas soledades, viviremos en paz, lejos del bullicio del mundo y de la maldad de los hombres. Es un plan que llevo rumiando

día y noche desde hace años.

JUHANI.— ¿Es que el diablo te ha trastornado la cabeza, muchacho?

EERO.— Si no ha sido el diablo… habrá sido la dama del bosque.

LAURI.— Pues así lo he pensado y así lo haré. Allí viviríamos como señores, cazando pájaros, ardillas, liebres, zorros, lobos, tejones y osos de pelo hirsuto.

JUHANI.— ¡Sigue, hombre, sigue! Ya que te has puesto, ¿por qué no enumeras toda el arca de Noé, desde el ratón al alce?

EERO.— ¡Bonito consejo el tuyo! ¡Despedirse del pan y de la sal, chupar sangre y atiborrarse de carne como los mosquitos lapones! ¿Tendremos que devorar también zorros y lobos en las cuevas de Impivaara, como ogros peludos?

LAURI.— Los zorros y los lobos nos darán su piel. Con la piel conseguiremos dinero, y con el dinero sal y pan.

EERO.— Ya, ya; las pieles nos darán abrigos, pero lo único que comeremos será carne sangrante y humeante. Los monos y los zambos de los bosques no necesitan pan ni sal.

LAURI.— Haced lo que os parezca, pero yo así lo he pensado y así lo haré algún día.

TIMO.— Veamos, veamos. Examinemos la cosa desde el principio. ¿Por qué no podemos comer pan y sal incluso en el bosque? ¿Eh? ¿Por qué no? El bromista de Eero no es más que un embaucador, confunde tanto como un tocón en la artiga. Vamos a ver, ¿quién puede impedir que uno que viva en el bosque vaya de vez en cuando a los pueblos, aunque solo sea cuando la necesidad le obligue? ¿O es que tú me recibirías a trancazos, Eero?

EERO.— No, no, hermano mío, de ninguna manera; y si llevases frutos, hasta recibirías sal a cambio. Pues nada, hijos míos, id a vivir al bosque, id de una vez, que no seré yo quien se oponga, y hasta os llevaré en carroza y a buen trote.

JUHANI.— Ah, pero pronto les harían regresar los espíritus del bosque, creedme.

LAURI.— Lo que pasa es que el umbral parece más alto cuando se vuelve a casa, ya lo sé; pero no creas que iba a llamar a tu puerta, una vez me hubiera marchado. A comienzos de mayo me largo.

TIMO.— A lo mejor te acompaño.

LAURI.— No te rechazo ni te invito. Haz lo que tu corazón te dicte. Para el próximo año me instalaré en los campos de Impivaara. Al principio y hasta que mi cálida cabaña no esté bien acondicionada viviré en la musgosa choza de carbonero que construyó nuestro abuelo; ese será mi tranquilo refugio después de los trabajos cotidianos, oyendo cómo silba el oso en el bosque y canta el gallo lira en Sompio.

TIMO.— Lo he decidido, Lauri, te acompañaré.

TUOMAS.— Bueno, si los tiempos no mejoran por estos pagos, yo también iré con vosotros.

JUHANI.— ¿Qué es lo que oigo, Tuomas? ¿También tú quieres marcharte?

TUOMAS.— He dicho si los tiempos no mejoran.

LAURI.— En todo caso, yo me marcharé a comienzos de mayo, aunque vuelvan a Jukola los buenos tiempos.

TIMO.— Los dos emigraremos al bosque pantanoso de Sompio, como las grullas primaverales, y los vientos sonarán.

JUHANI.— ¡Cáspita! Pues si he de deciros la verdad, tengo que confesar que el plan de Lauri posee un secreto atractivo. El bosque atrae. ¡Diantre! Ya me parece estar viendo las radiantes llanuras celestes extendiéndose detrás del bosque.

AAPO.— ¡Cuidado que sois necios! De manera que estáis pensando en iros a vivir al bosque. ¿Por qué? Aquí al menos tenemos algo nuestro, una granja, un techo dorado que nos protege.

JUHANI.— Eso es muy cierto; tenemos una hacienda que no soltaremos ni aunque nos maten mientras nos proporcione un poco de alimento. Pero no olvides que si, a pesar de nuestros magníficos planes, la desgracia lo trastorna todo, el bosque será mi refugio, y me iré sin pensármelo dos veces cuando ya no quede un grano que moler. Así será, pero… ¡hala!, ahora hemos de ponernos a trabajar en la granja y en el campo con la celeridad del rayo. Mas volvamos a la cuestión que estábamos discutiendo. A mi entender, Aapo ha examinado el fondo del asunto con sentido común, y todo irá a pedir de boca a condición de que todos y cada uno nos esforcemos en que reinen la concordia y el buen entendimiento entre nosotros. Aunque, eso sí, si queremos discusiones, no han de faltarnos motivos para que las haya, y gordas.

SIMEONI.— ¿Y cómo no hemos de encontrar motivos mientras el viejo Adán nos busque las cosquillas y nos rasque entre la piel y el hueso?

TIMO.— Yo siempre me he representado al viejo Adán como un respetable y bondadoso señor con sombrero de fieltro, casaca negra, calzones y un chaleco rojo que le llega por debajo del ombligo, y el buen hombre se pasea absorto en sus pensamientos siguiendo a un par de bueyes.

SIMEONI.— El viejo Adán no es otra cosa que la raíz del pecado, el pecado original.

TIMO.— Ya sé que Adán es la imagen y el símbolo del pecado original, aquel cornudo Satanás del infierno; pero, la verdad, no puedo dejar de imaginármelo como un abuelo bonachón conduciendo sus bueyes, tal como dije antes. No puedo remediarlo.

JUHANI.— En fin, dejemos este artículo de fe y vamos con la madre del cordero. Dime, Aapo, ¿qué haremos con nuestras dos parcelas de Vuohenkalma y de Kekkuri?

AAPO.— No olvidemos que los aparceros se han tomado el trabajo de artigar sus tierras arrancando los bosques vírgenes, y sería una injusticia despojarles ahora de ellas mientras tengan redaños para labrar los campos. Además, la ley les otorga recursos para asegurar su vejez. Así están las cosas. Pero aún tenemos que tratar otra cuestión que, por lo que se me alcanza, no es nada sencilla, y ella es que hemos de dar un paso importante aquí, en la tierra, que acaso nos haga encanecer prematuramente, aunque también pudiera ser que nos trajera el sol de la felicidad haciendo que nuestros días acabaran en un crepúsculo dorado. Y a ti, Juhani, te incumbe el primero. Escucha bien lo que voy a decirte: un amo que gobierna la casa sin mujer es como si anduviera con una sola pata; una granja sin un ama que recorra los senderos…

TIMO.— … es como una madriguera de lobos sin loba o como una bota sin pareja. Cojea, tal como dice Aapo.

AAPO.— Una granja sin un ama que recorra los senderos es como un día nublado, y el tedio se sienta en la cabecera de la mesa familiar como un oscuro atardecer de otoño. Pero, ah, una buena ama de casa es el sol radiante de la granja, que alumbra y

calienta. Vedla si no: es la primera en levantarse, amasa el pan, dispone la mesa para el marido, le prepara las provisiones que ha de llevarse al bosque y acude al establo con un cubo en la mano para ordeñar las vacas. Luego cuece el pan, sin dejar de trajinar de un lado para otro; ahora está junto a la mesa y, como un vendaval, corre a avivar las llamas del horno, que salen por la boca chisporroteando y echando humo, y, mientras la masa sube, desayuna en menos que se reza un Credo, con su niño en brazos, se engulle un pedazo de pan y un arenque seco, y se atraganta bebiendo en un cuenco la leche cuajada. Y todo esto sin olvidarse del chucho, el fiel guardián de la casa, bajo la escalera, ni tampoco del gato que mira furtivamente acurrucado junto al horno. Va y viene que no para, amasa otra hornada, y mete los panes en el horno mientras el sudor le cae a chorros por la frente. Pero ahí no acaba la cosa, pues cuando empieza a anochecer, los tiernos panes ya están ensartados en las barras, llenando la casa con su oloroso aroma. Cuando los hombres vuelven del trabajo, la cena humeante les espera sobre la limpia mesa.

A todo esto, ¿dónde está el ama? Abajo, en el establo, ordeñando otra vez las vacas de retorcida cuerna, y la superficie de la leche espumea en el cubo. Pero el ama sigue trajinando sin descanso, y solo cuando todos los de la casa roncan que se las pelan puede ella tenderse en la cama echando bendiciones. Ah, pero todavía no ha llegado el fin de sus quehaceres y desvelos, porque a cada instante, a cualquier hora de la noche, el ama se levanta, ¡qué remedio!, para acallar a su niño que berrea en la cuna. Ya veis, hermanos, lo que es una buena ama.

JUHANI.— ¡Lo has explicado muy bien, Aapo! He comprendido perfectamente tus intenciones. Por lo que se me alcanza, tratas de persuadirme de que tome mujer. Comprendo, comprendo. Tú vienes a decir que una mujer es un elemento indispensable para el gobierno de una familia. Cierto. Pero pierde cuidado; creo que tu deseo se hará pronto realidad. Confieso que mi corazón siente debilidad por una muchacha a la que espero hacer mi esposa, si es que los viejos signos no me engañan. Así es, hermanos, otros días y otros avatares se avecinan, y el gobierno de la casa ya empieza a producirme quebraderos de cabeza. Una carga

tremenda pesa sobre las espaldas del amo, y de todo habrá que rendir cuentas el día del Juicio Final. ¡Ay, pensar que tengo que responder de todos vosotros!

TUOMAS.— ¿Tú? ¿Por qué tú?

JUHANI.— Vuestro amo soy, y de vuestra sangre me pedirán cuentas a mí.

TUOMAS.— Eso lo dirás tú. Yo respondo de mí, y de mi cuerpo y de mi alma.

TIMO.— ¡Toma, y yo! ¡Pues no faltaba más!

AAPO.— Ten cuidado con lo que dices, Juhani, que hay palabras que hacen hervir la sangre.

JUHANI.— ¡Calma, calma! Yo no pensaba ni en sangre hervida ni en carne cocida, pero lo que os digo es que así como el alquitrán y la brea se agarran en el calor del verano, así vosotros, hermanos, os agarráis como a un clavo ardiendo a palabras vanas, insignificantes, aunque conocéis los menores pliegues de mi corazón. Eso es lo que me saca de quicio.

AAPO.— No hagas caso y dinos, si quieres, qué muchacha es esa que te tiene sorbido el seso.

JUHANI.— Os lo diré sin rodeos. La muchacha a la que amo hasta las entretelas es Venla, la hija de la Vieja del Pinar.

AAPO.— ¡Anda, anda! ¿Conque esas tenemos?

JUHANI.— ¿Qué?

AAPO.— ¡Bueno, no he dicho nada!

TUOMAS.— ¡Un asunto que se las trae!

SIMEONI.— ¿De manera que a Venla? ¡Bueno, bueno! Encomendémonos al Dios del cielo.

AAPO.— ¡Vaya! ¿Así que a Venla?

JUHANI.— ¿Qué estáis gruñendo? ¡Ah! Me parece que empiezo a comprender. ¡Que el Hijo de Dios nos guarde! ¿Qué pasa? ¿Es que no podéis explicaros con más claridad?

AAPO.— Verás…, ya hace años que esa muchachuela me quita el sueño.

SIMEONI.— Si Dios me la tiene destinada, ¿por qué preocuparme?

EERO.— Que te crees tú. Ella te estaría destinada, pero yo te la birlaré.

JUHANI.— ¿Y qué dice Tuomas?

TUOMAS.— ¡Un asunto complicado! Resulta que a mí Venla también

me gusta mucho, lo confieso.

JUHANI.— Pues estamos buenos. ¿Y Timo?

TIMO.— Tengo que declarar lo mismo.

JUHANI.— ¡Por Dios y sus criaturas! ¿Qué dice Eero?

EERO.— Yo… lo mismo, sinceramente lo mismo.

JUHANI.— Está bien, muy bien. ¡Vaya, vaya! Seguro que Timo también.

TIMO.— Reconozco que amo a Venla con toda mi alma. Es verdad que una vez me arreó un sopapo de los de no te menees, y que cuando yo era un crío me sacudía sin contemplaciones; aún no he olvidado aquellas caricias, no.

JUHANI.— ¡Deja, deja! Ahora se trata de saber si la amas o no.

TIMO.— ¿Cómo no voy a amarla? ¡Y mucho! Lo que está por saber es si me ama ella a mí.

JUHANI.— ¡Lo que faltaba! ¿De manera que tú también te cruzas en mi camino?

TIMO.— No, no, si no puedes dominar tu corazón y tu lengua. Pero me gusta mucho esa chiquilla, y haré todo lo que pueda para que sea mi mujer.

JUHANI.— Vamos a ver, ¿qué dice Lauri?

LAURI.— ¿Qué tengo yo que ver con ella?

JUHANI.— Dinos de parte de quién de nosotros estás.

LAURI.— Ni con uno ni con otro. Me importan un comino vuestras cuitas.

JUHANI.— ¡Menuda sopa vamos a cocer!

LAURI.— No seré yo quien meta en ella mi cuchara.

JUHANI.— ¡Así que todos menos Lauri! ¡Ay, muchachos, muchachos, hermanos de Jukola, mi gran familia! Está visto que no queda otro remedio que batirse, y tierra y cielo van a temblar. ¡Vamos, queridos hermanos, empuñad el cuchillo, el hacha o la estaca! Uno contra todos y todos contra uno, como siete toros. ¡Vamos allá! Yo elijo la estaca, ese palo de nudos que hay ahí…, ¡y pobre del que reciba un palo en la cabeza! ¡Coged vuestras estacas, hermanos, y venid acá, si tenéis riñones!

EERO.— Armado estoy, aunque sea el más pequeño de todos.

JUHANI.— ¡Mira con el enano! Ya estoy viendo otra vez ese gesto tuyo, malicioso y provocador, esa maldita mueca, como si esto fuera para ti una diversión. ¡Pero espera, que te vas a acordar!

EERO.— ¿Y qué crees, que mi estaca no va a cumplir con su cometido?

JUHANI.— Ya te arreglaré yo, ya… ¡Vamos, os digo, las estacas! ¡Coged las estacas, chicos!

TIMO.— Aquí estoy yo y aquí está mi estaca, si se tercia. No me gustan las trifulcas ni los follones, pero si no hay más remedio…

JUHANI.— ¡Vamos, Tuomas, tu estaca!

TUOMAS.— Vete ya al diablo con tus estacas, pedazo de idiota.

JUHANI.— ¡Así te parta un rayo!

SIMEONI.— Todo este alboroto es terrible, y cosa de paganos, de turcos. No quiero seguir jugando a este juego, y dejo mi matrimonio en manos de Dios.

LAURI.— Yo también me retiro, ea.

JUHANI.— Entonces no estorbéis. ¡Fuera, fuera! ¡Coge tu estaca, Aapo, y que tiemblen las paredes de Jukola cuando revienten los cráneos! ¡Maldito infierno!

AAPO.— ¡Ay, cuán miserable es el hijo del hombre! ¡Miedo me da ver tu gesto, Juhani, y cómo te sobresalen los ojos y cómo se te erizan los pelos como paja revuelta!

JUHANI.— Déjalos que se ericen, al fin y al cabo así son mis pelos.

EERO.— No se me van las ganas de alborotar esas greñas.

JUHANI.— ¡Cállate, pequeñajo! Quédate prudentemente en tu rincón, que me das lástima.

EERO.— Y tú retira a tiempo tu fea jeta. Me da pena verla temblar y moverse como la barbilla de un mendigo.

JUHANI.— Mira cómo se mueve mi palo. ¡Mira!

AAPO.— ¡Juhani!

EERO.— ¡Pega, anda, pega! Creo que el golpe rebotará contra ti más fuerte aún. ¡Anda, pega!

JUHANI.— Pues claro que pego.

AAPO.— ¡No pegues, Juhani!

JUHANI.— Ve a esconderte en el estercolero, o coge un palo para defenderte, si no quieres que te salte los sesos. ¡Vamos, coge la estaca!

AAPO.— ¿Es que te has vuelto loco? ¿Has perdido el juicio?

JUHANI.— Mi juicio está en esta estaca de nudos. ¡Escucha, que va a hablar!

AAPO.— Espera que me arme, hermano. Mira, mira el salchichón de

madera que tengo ya en la mano. Pero antes, oh cristiana grey fraternal de Jukola, oíd unas palabras, y luego nos batiremos como lobos rabiosos. Escuchadme: el hombre dominado por la ira es como una fiera sedienta de sangre; deja de ser humano y, ciego, es incapaz de distinguir lo que es justo y razonable. Del mismo modo, cuando se halla poseído por la cólera, no está en condiciones de desenredar enredos de amor. Pero si este incidente, que hace que unos hermanos se armen de estacas unos contra otros, fuera examinado a la luz de la razón, me parece que la cuestión sería muy otra. La chica no puede amarnos a todos, sino solo a uno, y eso en el supuesto de que estuviese dispuesta a aceptarnos a alguno y a subir de su mano la empinada cuesta de la vida. Creo, pues, que nos comportaríamos juiciosamente si fuésemos todos juntos a exponerle a Venla nuestra pretensión y a preguntarle con corazón abierto y palabras elocuentes si está dispuesta a entregar su amor a uno de nosotros. Si consiente, alabada sea, y aquel que sea favorecido, dele gracias a su buena estrella. Y el que nada reciba ahogará su desengaño en la esperanza de encontrar más tarde a la mujer que Dios le tiene destinada en este mundo. Creo que si hacemos esto podremos decir que nos hemos comportado como hombres y verdaderos hermanos, y los espíritus resplandecientes de nuestro padre y nuestra madre saldrán a las puertas radiantes del cielo donde, mirándonos desde una brillante nube, dirán con orgullosa voz: «Muy bien, Juhani; muy bien, Tuomas y Aapo; muy bien, Simeoni, Timo y Lauri; muy bien, Eero, hijito. Vosotros sois verdaderamente esos hijos en quienes teníamos depositadas todas nuestras esperanzas».

JUHANI.— ¡Caray, Aapo, hablas como un ángel del cielo, maldita sea! No te digo más que estoy a punto de echarme a llorar.

SIMEONI.— Te lo agradecemos, Aapo.

JUHANI.— Sí, gracias, Aapo. Mira cómo tiro la estaca.

TIMO.— Yo también. Se acabó el follón, tal como yo deseaba desde el principio.

SIMEONI.— Aapo nos ha puesto delante de un espejo, lo cual es cosa de agradecer.

EERO.— Así es; démosle las gracias y entonemos a coro el «Cántico

de acción de gracias de Simeoni».

SIMEONI.— Ya estás otra vez con tus mofas.

TIMO.— ¡Ojo, Eero, no te burles del cántico de Simeoni, que es la palabra de Dios!

AAPO.— ¡Ay, tan joven y tan impenitente!

SIMEONI.— Tan joven y tan impenitente. Ay, Eero, Eero, callo la boca, pero todo se me vuelve suspirar por ti.

JUHANI.— Sospecho, Eero, que aún tendremos que castigarte dos o tres veces con mano paternal, porque nuestra madre te crio con excesivo mimo.

SIMEONI.— Todavía es tiempo de corregirle, porque aún es tierno su corazón y moldeable su juventud; pero habremos de hacerlo con mano amorosa y sin dejarnos llevar por la ira. Un castigo aplicado con cólera, lejos de ahuyentar a los diablos, los atrae.

EERO.— Así, así, ¡con mano amorosa!

SIMEONI.— ¿Os habéis fijado? ¡Este impío me ha pegado!

EERO.— Y en todos los hocicos. Otros se cabrean por menos.

JUHANI.— Ven acá, chaval. Y tú, Timo, alcánzame ese palo que está en el rincón.

SIMEONI.— ¡Así, Juhani, así! Sujétalo bien sobre las rodillas mientras yo le bajo los calzones.

EERO.— ¡No, no, por todos los diablos!

JUHANI.— ¡Es inútil que te resistas, tunante, granuja!

SIMEONI.— ¡No lo sueltes!

JUHANI.— ¡Mirad con el pez escurridizo! ¡Pero no te escaparás, no!

EERO.— ¡Pegad, infames, bestias! ¡Si me pegáis prenderé fuego en el rincón de la casa! ¡Os juro que habrá fuego y humo!

JUHANI.— ¡Hay que ver qué mala leche tiene! ¿Así que pegarás fuego a la casa, eh? ¡Ay, qué mala leche!

SIMEONI.— ¡Dios nos libre de su mal genio!

JUHANI.— Trae el palo, Timo.

TIMO.— No lo encuentro.

JUHANI.— ¿Estás ciego? ¿No lo ves? Ahí, hombre, en ese rincón.

TIMO.— ¿Esta vara de abedul?

JUHANI.— Sí, esa; dámela.

SIMEONI.— Pega, pero con moderación y no con todas tus fuerzas.

JUHANI.— Ya, ya lo sé.

LAURI.— Pues yo digo que ni un golpe, ¿me oís?

TUOMAS.— Deja en paz al mozalbete.

JUHANI.— Este necesita que le den en el trasero.

LAURI.— No te atrevas a tocarlo ni con un dedo.

TUOMAS.— ¡Suéltalo! ¡Enseguida!

TIMO.— Perdonemos al pequeño Eero, aunque solo sea por esta vez.

SIMEONI.— Perdonar, perdonar… hasta que los abrojos y la maleza acaben con el buen grano.

LAURI.— ¡No lo toques!

AAPO.— Venga, perdonémosle y así tratemos amontonar carbones encendidos sobre su cabeza.

JUHANI.— Anda, vete y dale gracias a la suerte.

SIMEONI.— Y ruega a Dios que te cambie el corazón, el alma y la lengua.

TIMO.— Yo voy a acostarme.

AAPO.— Aún nos queda por examinar una cuestión.

TIMO.— Me voy a la cama. Venga, Eero, vamos a dormir y olvidemos este hormiguero de mundo, este asqueroso amasijo que despide humo y vaho bajo la lluvia. Vamos, Eero.

JUHANI.— ¿Qué punto es ese que quieres aún examinar?

AAPO.— Es que… ¡Dios nos perdone!… no sabemos aún ni la A, la primera letra del abecedario, a pesar de que todo ciudadano cristiano está obligado a aprender a leer por exigencia de la ley, de la ley de la Iglesia. Y ya sabéis que la máquina del Estado nos espera y nos cogerá entre sus dientes si no aprendemos a leer como está mandado. Los cepos nos acechan, hermanos, esos negros cepos que, con sus funestos agujeros abiertos como fauces, se agazapan en el atrio de la iglesia como un negro jabalí. Ya nuestro pastor nos ha amenazado con esas tenazas del infierno, y tengamos por seguro que cumplirá su amenaza si no nos ve trabajar con aplicación.

JUHANI.— Es imposible aprender a leer.

AAPO.— Otros hombres lo hicieron antes.

TUOMAS.— ¡Cuánto tendrían que sudar!

JUHANI.— Y penar. Yo tengo la mollera muy dura.

AAPO.— Pero con voluntad firme se puede perforar una montaña. Pongamos manos a la obra, encarguemos cartillas a la ciudad de Hämeenlinna, y vayamos a estudiar a la escuela, a la casa del chantre, como ha ordenado el pastor. Y démonos prisa, antes de

que el carruaje de la Corona venga a buscarnos y nos lleve a la fuerza.

JUHANI.— ¡Ay, hermanos, mucho me temo que tengamos que hacerlo! ¡Que Dios tenga piedad de nosotros! Pero dejemos este asunto para mañana y vámonos a dormir.

Capítulo segundo

Es una tranquila mañana de septiembre. El rocío brilla en los campos, la niebla barre la arboleda amarillenta y finalmente se disuelve en las alturas. Esta mañana, los hermanos se han levantado de un humor de perros, sin intercambiar palabra; se han lavado la cara, se han peinado y se han puesto el traje de los días de fiesta. Están dispuestos a ir a casa del chantre, a la escuela.

Sentados ante la larga mesa de pino, almuerzan dando buena cuenta de los guisantes amarillos; pero su habitual expresión de alegría ha desaparecido de su rostro, y sus cejas fruncidas denotan que pronto han de emprender el camino de la escuela. Ya han acabado el almuerzo, pero, sin embargo, se hacen los remolones y se quedan descansando un rato; unos, con la vista fija en el suelo, pensativos; otros, contemplando su cartilla de tapas rojas y pasando y repasando sus ásperas páginas. Juhani, sentado junto a la ventana que da al sur, extiende su mirada por la colina pedregosa y el frondoso pinar, donde se divisa la casa de la Vieja, con su puerta de marco rojo.

JUHANI.— Allá va Venla por el sendero… ¡y qué gráciles son sus pasos!

AAPO.— Pues madre e hija debían de haberse marchado ayer a Tikkala, a casa de sus parientes, para limpiar los rábanos y recoger los arándanos, y según creo pensaban quedarse hasta bien entrado el otoño.

JUHANI.— ¿Hasta bien entrado el otoño? Me extraña mucho. Es posible que vayan, pero resulta que este año hay en Tikkala un robusto criado, un bellaco de tomo y lomo, y nuestra esperanza puede desvanecerse como el humo. Sería, pues, conveniente coger el toro por los cuernos y plantearle a la muchacha la cuestión que nos tiene sobre ascuas: si estaría dispuesta a abrir

su alma y encender su corazón.

TUOMAS.— Yo también creo que es lo mejor.

TIMO.— Y yo.

JUHANI.— De acuerdo. Y ahora, todos a pedir su mano a la vez, como hombres. ¡Dios nos ayude! No hay más remedio… ¡a casarse, a casarse! Llevamos las mejores ropas, nos hemos lavado y peinado, y nuestro aspecto es el de buenos cristianos. Somos puros como recién nacidos. Siento una gran desazón. Corramos a casa de Venla, que este es el tiempo propicio.

EERO.— ¡Que sea este un día de dicha!

JUHANI.— ¿Un día de dicha? ¿Para quién? ¿Qué crees tú, muchacho?

EERO.— Pues para todos nosotros.

JUHANI.— En otras palabras, ¿que Venla fuera la mujer de todos nosotros?

EERO.— Puede.

JUHANI.— Oye, a ver si te crees…

SIMEONI.— El cielo me asista, ¿cómo sería posible?

EERO.— Nada hay imposible para Dios. Creamos, esperemos y amemos todos a la vez.

JUHANI.— Cierra el pico, Eero. Ahora vamos a casarnos y luego proseguiremos la marcha hacia la escuela con la bolsa al hombro.

AAPO.— Pero, pienso yo, ¿no sería conveniente que para hacer las cosas bien uno de nosotros llevara la voz cantante en la casita?

JUHANI.— Un punto importante este, sí señor. Pero tú mismo vienes como anillo al dedo para esa función. Tienes condiciones especiales, pues con tus palabras sabes avivar una llama y sacar chispas de los corazones. Está visto que has nacido para predicador.

AAPO.— ¡Bah, bah! ¿Qué es lo que yo sé? Y, después de todo, ¿para qué hablar de mis prendas cuando aquí, entre los bosques, se pierden en las brumas de la ignorancia y desaparecen como un riachuelo que se hunde murmurando en la arena?

JUHANI.— ¡Maldito sea el destino que no te permitió ir a la escuela!

AAPO.— ¿De dónde hubieran sacado en casa el dinero para pagarme una educación? Recordad que hay que vaciar más de un saco de provisiones de casa a la escuela antes de que uno pueda subir al

púlpito. Pero, en fin, volvamos a lo que nos ocupa, que no es otra cosa que la petición de matrimonio. Haré lo que vosotros queráis, y así, me adelantaré en nombre de todos y procuraré que mis palabras sean las de un hombre sensato.

JUHANI.— ¿Qué hacemos aquí, entonces? ¡Adelante, pues! Vayamos derechos al asunto… ¡Qué sudores!, pero qué remedio, no lo pensemos más. Dejaremos las bolsas delante de la casa y Lauri, al que la cosa ni le va ni le viene, las protegerá de los cerdos. En marcha, chicos, y entremos en la casa nupcial con la cartilla en la mano; eso nos dará aires de dignidad.

EERO.— Sobre todo si enseñamos la última página, la del gallo que, según dicen, regala caramelos a los niños que llegan a ella.

JUHANI.— ¡Vaya, otra vez con tus cosas! Pero, a propósito del gallo, ahora recuerdo un sueño horrible que me atormentó la noche pasada.

SIMEONI.— Cuéntalo; tal vez resulte una advertencia que nos sea de provecho.

JUHANI.— He soñado que sobre el horno había un nido de gallina con siete huevos.

SIMEONI.— ¡Los siete hijos de Jukola!

JUHANI.— Pero uno de los huevos era ridículamente pequeño.

SIMEONI.— ¡Eero!

JUHANI.— El gallo murió.

SIMEONI.— ¡Nuestro padre!

JUHANI.— La gallina murió.

SIMEONI.— ¡Nuestra madre!

JUHANI.— Entonces los topos, las ratas y las comadrejas se arrojaron sobre el nido. ¿Qué significan estos animales?

SIMEONI.— Nuestras pecaminosas pasiones y las frivolidades mundanas.

JUHANI.— Puede que sea así. Los topos, las ratas y las comadrejas llegaron retorciéndose y dando saltos, rompieron y machacaron los huevos y, ¿qué diréis que pasó?; pues que del huevo más pequeño salió un hedor agrio.

SIMEONI.— ¡Pon atención, Eero!

JUHANI.— Cascados los huevos, salió del hornillo una voz espantosa, como el fragor de muchas cataratas, que me rugió en los oídos: «Todo está roto y grande es el delirio». Esto gritó la voz, pero, a

pesar de todo, nosotros empezamos a reunir y cocer aquellas mezcolanza e hicimos un revuelto de huevos que nos comimos con gran placer y hasta nos sobró para dar parte de él a los vecinos.

EERO.— ¡Bonito sueño!

JUHANI.— Y amargo, pues tú olías a demonios. ¡Sí, he tenido un sueño muy amargo contigo, pobrecito!

EERO.— Pues ya ves, yo, en cambio, he tenido un sueño muy agradable sobre ti; soñé que el gallo de tu cartilla te daba un montón de caramelos y dulces como premio a tu aplicación y perseverancia. Y tú, gozando como un enano, te ponías morado de dulces y me dabas unos pocos.

JUHANI.— ¿De veras te daba? Hermosa acción.

EERO.— «Quien algo da, mucho recibe».

JUHANI.— Por supuesto. Y, sobre todo, si va acompañado de unos cuantos golpes.

EERO.— ¿Por qué solo de unos cuantos?

JUHANI.— ¡Cierra el morro, novillo!

TUOMAS.— Cerradlo los dos y larguémonos de una vez.

AAPO.— Que cada uno coja su bolsa y su cartilla.

Fueron, pues, los hermanos a pedir en matrimonio a la hija de su vecina. Caminando en fila, uno detrás de otro, sin musitar palabra, atravesaron los cobertizos de patatas, subieron por la colina pedregosa y, finalmente, se detuvieron ante la casita de la Vieja del Pinar.

JUHANI.— Bueno, hemos llegado. Dejemos las bolsas, y tú, Lauri, quédate vigilándolas como fiel guardián hasta que salgamos de la sala nupcial.

LAURI.— ¿Pensáis quedaros mucho rato?

JUHANI.— El tiempo que nos lleve el asunto. ¿Tiene alguien una sortija?

EERO.— No te hará falta.

JUHANI.— Repito, ¿tiene alguien una sortija en el bolsillo?

TIMO.— Yo no, y supongo que nadie. Ved lo que pasa. Un joven debiera llevar siempre un reluciente anillo en el bolsillo.

JUHANI.— ¡Diablos, ahora sí que estamos en un apuro! Y lo que son las cosas, ayer mismo pasó por casa el buhonero Iisakki, el ruso, y hubiera sido una buena ocasión para comprarle una sortija y

una pañoleta, pero ¡idiota de mí!, no se me pasó por las mientes.

AAPO.— Ya tendremos oportunidad de comprar esos objetos más tarde. Antes convendrá saber si alguno de nosotros, y quién, tendrá que hacer tan agradables compras.

JUHANI.— Mirad, mirad, ¿quién está abriendo la puerta? ¿Es Venla?

TIMO.— Bah, es la vieja de la barbilla ganchuda.

JUHANI.— La rueca de Venla zumba como un alegre escarabajo en las noches de verano cuando presagia buen tiempo. ¡Adelante! ¿Dónde está mi cartilla?

AAPO.— La tienes en la mano, hermano. ¿Ya te da vueltas la cabeza, criatura de Dios?

JUHANI.— No hay peligro, hermano. ¿No tendré la cara tiznada de hollín?

EERO.— Qué va. Estás limpio y calentito como un huevo recién puesto.

JUHANI.— Entonces, vamos allá.

EERO.— ¡Un momento! Yo soy el más joven y me corresponde el honor de abriros la puerta y entrar el último. ¡No faltaba más! Entren sus excelencias.

Encabezados por Juhani, entraron en la casita de bajo techo. El muchacho tenía los ojos muy abiertos y los pelos tiesos como púas de puercoespín. Los otros, graves y solemnes, siguieron al hermano mayor. Eero cerró de golpe la puerta y se quedó fuera, sentado en la hierba con una sonrisa maliciosa en los labios.

Los hermanos, en calidad de pretendientes, están, pues, en casa de la vieja. Es esta una mujer vigorosa y ágil, que va tirando en la vida criando gallinas y recogiendo bayas. En verano y otoño recorre infatigable los claros llenos de tocones; trepa por las lomas y cuestas pobladas de fresas y arándanos; corre, sudorosa, seguida por su hija Venla. La muchacha goza de fama de ser hermosa: sus cabellos son del color de la herrumbre; sus ojos, vivaces y penetrantes; y su boca, graciosa, aunque quizá un poco alargada. Es pequeña, regordeta, prieta de carnes, y se dice que muy fuerte. Tal es la encantadora palomita de los hermanos, revoloteando en el pinar.

De pronto, chirrió la puerta de la casita y Juhani salió como una tromba gritando furiosamente a sus hermanos que se habían quedado dentro: «¡Salid todos, salid!». Los hermanos se unieron pronto a él, con cara de pocos amigos, y emprendieron el camino

del pueblo. Mas apenas se habían alejado unos cincuenta pasos cuando Juhani, cogiendo una piedra del tamaño de su puño, la arrojó con todas sus fuerzas contra la puerta de la casa de la vieja. Retembló la casa, la vieja lanzó un grito dentro, abrió la puerta y empezó a lanzar por su boca sapos y culebras, sin dejar de amenazar con el puño a los hermanos, que huían a todo correr y que pronto, con la cartilla en la mano y la bolsa al hombro, emprendieron el camino de la iglesia en fila india, sin intercambiar palabra.

Caminaban a largas zancadas, espoleados por la furia; crujía la arena, bailoteaban las bolsas, y los hermanos ni se fijaban en el camino que pisaban. Así anduvieron largo tiempo, mudos, hasta que finalmente Eero dijo:

EERO.— ¿Cómo fue la cosa?

JUHANI.— ¿Que cómo fue la cosa? ¿Acaso entraste tú con nosotros, urraca, hijo de cuervo? ¡Cobardica, que no tuviste valor de cruzar la puerta! ¿Pero a quién le importa el hijo de un cuervo como tú? Venla podría esconderte en su falda. ¡Qué cosas he soñado sobre ti! Escucha, escucha este otro sueño que tuve la noche pasada y que ahora mismo me viene a la memoria. ¡No tiene desperdicio! Estabas sentado junto a Venla en el pinar, en amorosos devaneos, y en esto que me acerqué a vosotros sigilosa y furtivamente. De pronto me veis, ¿y qué dirás que hace Venla? La muy ladina le esconde bajo sus faldas. «¿Qué escondes en tus sayas?», le pregunto. «Nada, solamente un corvato», me contesta la tunanta. ¡Je, je, je! ¡Vamos, no te lo creas, no es un sueño, por el diablo! No es más que una historieta que Juhani acaba de sacarse del caletre. No es tan tonto como se cree.

EERO.— ¡Hombre, esto sí que tiene gracia! ¡Hemos soñado los dos el uno con el otro! Verás lo que soñé sobre ti. Estabais Venla y tú arrullándoos en este mismo pinar, contemplando las nubes y buscando en el cielo un signo propicio a vuestro amor. El cielo escuchaba, escuchaban los bosques y la tierra y los pajarillos, y vosotros, mientras tanto, esperabais muy callados el prodigio. En esto apareció un viejo cuervo aleteando torpemente en el aire quieto y, trazando círculos, se fue acercando hasta que os descubrió; entonces, levantando la vista y estirando las patas, dejó caer algo blanco sobre la frente del muchacho y de la

muchacha, salpicándoles el rostro. No te enfades por eso, puesto que de veras es un sueño; no me lo he sacado de la cabeza.

JUHANI.— ¡Maldito truhán! Ahora vas a ver…

Y se lanzó furioso contra Eero, quien, para escapar de su colérico hermano, saltó fuera del camino y echó a correr como una liebre por el claro, perseguido por Juhani como un oso enfurecido. Las bolsas les golpeaban los costados, crujía el suelo bajo sus pies, y los demás hermanos les gritaban pidiéndoles calma. Eero se dio la vuelta y los hermanos corrieron a librarlo de las garras del airado Juhani, que ya iba pisándole los talones.

TUOMAS.— ¡Alto ahí, Juhani!

JUHANI.— ¡Voy a estrangularlo!

TUOMAS.— ¡Quieto, muchacho!

JUHANI.— Así le…

AAPO.— Favor con favor se paga.

JUHANI.— ¡Maldita sea su lengua! ¡Maldito sea este día! ¡Venla nos ha dado calabazas, Dios lo ha querido! ¡Malditos sean Lucifer y sus ángeles! Estoy tan ciego que mis ojos no ven a dos pasos; el cielo y la tierra están negros como mi alma. ¡Así me parta un rayo!

SIMEONI.— ¡No blasfemes, hermano!

JUHANI.— ¡Blasfemaré aunque el mundo se haga pedazos y quede como un viejo carro aplastado por un tronco!

SIMEONI.— ¡Qué le vamos a hacer!

JUHANI.— ¿Cómo que qué le vamos a hacer? Mira lo que te digo: si esta cartilla no fuera la palabra de Dios, la haría trizas ahora mismo. ¡Lo que se dice trizas! Pero, mirad: aquí está mi bolsa de provisiones; voy a dejarla hecha tiras ahora mismo. Vais a verlo.

SIMEONI.— ¡No, por el amor de Dios! ¡No los dones del Señor! Acuérdate si no de la criada de Paimio, aquella infeliz que, para poder cruzar un arroyo, tiró un pan a él y, al pisarlo, quedó inmóvil por toda la eternidad.

JUHANI.— Si rompo y rasgo es para calmar el dolor que siente mi alma.

SIMEONI.— «Lo que en la tierra es dolor, en el cielo será esplendor».

JUHANI.— Me río yo del esplendor celestial si Venla no puede ser mía. ¡Ay, hermanos, mi querida familia! Lo entenderíais si supieseis que desde hace diez años no hago más que pensar en

esa muchachuela, pero he aquí que mi esperanza se ha disuelto como ceniza al viento.

TIMO.— ¡Bonitas calabazas nos ha regalado la mañana!

JUHANI.— Sí, para todos y cada uno.

TIMO.— Nadie se libró, ni el más pequeño. Todos, todos recibimos las calabazas.

JUHANI.— Todos, sí. Pero es preferible que haya sido así a que alguno de vosotros hubiese sido aceptado por Venla porque… ¡ay de aquel al que le hubiera favorecido la suerte!… ¡Lo habría molido a palos! Lo digo en serio… ¡Testigos son los diablos!

TUOMAS.— El caso es que hemos quedado en ridículo. Así nos lo dio a entender Venla con aquella mueca burlona con que nos obsequió cuando Aapo se declaró en nombre de todos.

JUHANI.— ¡Una buena tunda es lo que merecería esa desvergonzada! ¡Quién se habrá creído que es! Aapo hizo cuanto pudo, esto no se puede negar; pero ni las palabras de los mismísimos querubines hubieran tenido mejor fortuna.

TIMO.— Si nos hubiéramos presentado ante ella con levita negra y un reloj tan grande como un gran nabo en el bolsillo del chaleco, y una llave tintineando en la cadena, y una pipa con incrustaciones de plata en la boca, echando humo, por mi vida que otro gallo nos hubiera cantado.

JUHANI.— Ya se sabe: la mujer y la urraca, por lo que brilla saca. Y a todo esto, ¿qué hace Aapo, silencioso como un lago helado?

AAPO.— Nuestra voz no encuentra eco en la tormenta. ¿O es que empiezan a calmarse los torbellinos de tu cólera?

JUHANI.— El pantano sangrante de mi corazón aún se agita, y se agitará durante mucho tiempo. Pero di una palabra cuando menos.

AAPO.— Hasta dos. Escucha. Dile a tu corazón al oído, con la voz de la razón: Venla no te hace caso porque no te ama, y por lo tanto no te enfades, porque es el cielo el que enciende el fuego del amor, y no el propósito del hombre, de manera que la mendiga se enamora del rey y la princesa pierde la chaveta por el deshollinador. El amor, que es ciego, revolotea de un lado para otro, y nadie sabe en qué momento llega.

TIMO.— El amor sopla al azar; lo oyes silbar, pero no sabes de dónde viene y adónde va. Cuántas veces se lo oí decir a aquella

vieja a la que tuvimos que dar albergue en casa. Pero para mí que se refería al amor divino.

AAPO.— También dile esto a tu corazón, Juhani: deja ya de agitarte. Venla hizo bien en rechazarte, ya que un matrimonio sin amor no puede tener buen fin y suele causar angustias sin cuento, como por desgracia estamos acostumbrados a ver y a oír en estos nuestros tiempos. Así es que, hermanos, no le demos más vueltas y dejemos que Venla se case con el hombre que tiene destinado, y hagamos nosotros lo mismo.

TIMO.— Aunque le duela al diablo, un día u otro encontraré a la mujer que ha sido fabricada con mi costilla. Y otra cosa puedo decir: el corazón del hombre late en la parte izquierda del pecho, y el de la mujer, en la derecha.

JUHANI.— Pero el mío no late, sino que se agita como el de un endemoniado. ¡Ah, lagarta, hija de gitana! ¿Por qué me has rechazado siendo, como soy, joven, labrador de rica hacienda e hijo mayor?

AAPO.— No tiene nada de extraño. Nuestra granja está descuidada, y esa señoritinga aspira, por lo que parece, aunque en vano, a ser un día la dueña y señora de una finca mejor que la nuestra. He oído decir que anda tras ella el bueno de Juhani de Sorvari.

JUHANI.— ¿Ah, sí? ¡Pues ay de ti, tocayo de cara de pera! ¡Ya te daría yo un buen manoseo si te echara el guante! ¡Seducir a una muchacha para hundirla en la vergüenza eterna!

AAPO.— Si es que el mundo está loco y lleno de falsedad. Ni a Venla le falta hermosura ni a ese Juhani astucia. Lo que pasa es que Sorvari es una gran finca, mientras que Jukola, este nido de miserias, está en unas condiciones lamentables, lo mismo que lo estamos nosotros, sus siete herederos, por lo menos a los ojos del mundo. Los que recuerdan nuestra juventud despreocupada y loca nada bueno esperan de nosotros, que tal es nuestra fama, y aunque nos comportáramos como ángeles durante diez años, dudo yo que lográramos conquistar el respeto y afecto de nuestros paisanos, porque cuando uno tiene mala fama, con ella se acuesta y con ella se levanta. Pero es preferible tratar de salir a flote que estarse revolcando de por vida en el cieno del envilecimiento. Por eso tenemos que hacer todo lo posible por rehabilitarnos.

JUHANI.— En ese camino estamos. Pero el fracaso de lo del casorio ha sido un golpe terrible para mi corazón, del que se resentirá durante días y aun semanas, pues he sido herido en lo más sensible.

AAPO.— Claro, una herida siempre es una herida; pero, créeme, hermano, cicatrizará con el tiempo y la piel del olvido la recubrirá. Mas ¿qué alboroto es ese que arman en el camino?

TIMO.— Es la alegre pandilla de los mozos de Toukola.

AAPO.— Esos bellacos celebran su lunes libre con una cogorza de aquí te espero.

TIMO.— Y seguro querrán que nos unamos a ellos.

JUHANI.— La tentación se acerca.

TIMO.— A lo que parece, se lo están pasando en grande.

JUHANI.— ¿Y a nosotros, en cambio, qué nos espera? ¡Rayos! ¡Unos buenos tirones de pelo!

EERO.— ¡Menuda diferencia entre sudar la gota gorda sobre la cartilla en un rincón de la casa del chantre y festejar el lunes libre con alborozo y cantando en alegre compaña!

JUHANI.— Tan grande es la diferencia como la que hay entre el pozo del abismo y el cielo. ¿Adónde vamos, hermanos?

EERO.— ¡Derechitos al cielo!

AAPO.— Al pozo, al pozo. Bebamos el agua fresca de la vida hasta saciarnos. Sumerjámonos en el tesoro del conocimiento, de la sabiduría y de la instrucción.

TUOMAS.— ¡A casa del chantre, pues! ¡A casa del chantre!

JUHANI.— Bueno, pero vamos despacito.

EERO.— ¡Hay que ver cómo suena el clarinete de Aapeli de Kissala!

JUHANI.— ¡Estupendamente!

TIMO.— Suena como la trompeta del arcángel.

JUHANI.— Como cuando las legiones celestiales desfilan entre airosas marchas levantando nubes de polvo. ¡Magnífico!

TIMO.— Los de Toukola querrán sin duda que nos unamos a ellos.

JUHANI.— Tenlo por cierto. La tentación se nos acerca.

Mientras así hablaban los hermanos, la banda de jóvenes de Toukola se había aproximado a ellos, pero no con las sanas intenciones que creían. Iban algo bebidos y dispuestos a reírse un poco a costa de los hermanos, de modo que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se plantaron delante de los escolares y,

acompañados por el clarinete de Aapeli, empezaron a cantar una canción que acababan de inventar, llamada «La fuerza de los siete hermanos», y que decía así:

Griten todos con fuerza,
pues de siete hombres fuertes
cantaré la canción.

Hay hijos en Jukola
cual estrellas de la Osa
Mayor, vagos y gordos.

El hijo de la granja,
el fuerte Juhani, grita
que retumba la casa.

Cual roble es Tuomas, y Aapo,
el Salomón de Jukola,
como un pastor predica.

De barba larga y rala,
Simeoni se queja:
«¡Pecador, hombre impío!».

Él guisa los guisantes,
Timo echa grasa al caldo
y escupe en el puchero.

Lauri anda por el bosque
buscando árboles raros;
cual topo hurga los campos.

En la cola está Eero,
el pequeñajo y listo,
el chucho de mal genio.

He aquí a los siete hermanos,
fuertes cual siete toros,
¡de siete hombres la fuerza!

Los hermanos escucharon la canción en silencio, aunque apretando los dientes, pero como las invectivas de la pandilla continuaron en aumento, especialmente las burlas referidas al gallo de la cartilla y su puesta de huevos, acabaron por cabrearse; sus ojos amenazadores se empequeñecieron como los de una garduña que, agazapada bajo un tronco en lo más profundo de un bosque, mira la luz cegadora del día naciente. Pero he aquí que uno de los jóvenes, más osado que sus compañeros, se apoderó de un tirón de la cartilla de Juhani y escapó con ella precipitadamente. Cegado por la ira, Juhani se lanzó tras él. Fue la señal para que todos los hermanos cayeran en tromba sobre los desvergonzados, y la refriega se generalizó. Primero restallaron las bofetadas por ambas partes, pero de aquí se pasó a agarrarse los pescuezos y liarse a puñetazos sin mirar dónde daban, arrebatados todos por la ira. Los mozos de Toukola devolvían golpe por golpe con singular ardor, pero los de Jukola no se quedaron atrás, descargando sus puños como mazas de hierro sobre las cabezas de sus contendientes. Todos rodaban sobre nubes de polvo que se levantaban del camino seco, mientras la arena y las piedrecillas saltaban sobre la maleza. Sin embargo, no duró mucho la ruidosa refriega; sintiéndose vencedores, los hermanos empezaron a gritar: «¡Cobardes!, ¿pedís perdón?», palabra esta que repitió el eco por los aires. Pero los de Toukola no se daban por vencidos, hasta que, después de un rato, se dejaron caer a tierra, completamente agotados. Desgarradas las ropas y amoratadas las caras, yacían por el suelo, aspirando a bocanadas el aire fresco, jadeando. Los hermanos, por su parte, se mantenían de pie, arrogantes, pero su aspecto dejaba claro que no habían salido indemnes de la contienda y que no les venía nada mal aquel respiro. El que salió peor parado de todos fue Eero, a quien su baja estatura le hizo víctima de los coscorrones más contundentes, agitándose frecuentemente como un perrucho entre las piernas de los grandullones, y si se libró de salir aplastado fue solo gracias a las oportunas intervenciones de sus hermanos. El muchacho se sentó a la orilla del camino para recobrar fuerzas respirando a pleno pulmón.

Pero cuando los otros se habían cansado ya de luchar, apareció Juhani con su presa agarrada por el cuello de la camisa y apretándole el pescuezo de vez en cuando. El aspecto del mayor de

los hermanos daba miedo. Sus ojillos, inyectados en sangre, giraban maliciosamente, lanzando chispas de ira, mientras goterones de sudor le caían por las mejillas y bufaba y resoplaba como un caballo de guerra.

JUHANI.— Recoge ahora mismo mi cartilla o te parto la crisma. ¡Te digo que recojas mi libro de pastas rojas, bribón! ¡Vas a probar mi puño! ¡Toma!

EL MUCHACHO DE TOUKOLA.— ¡No pegues!

JUHANI.— ¡Mi cartilla he dicho!

EL MUCHACHO.— La he tirado a ese matorral.

JUHANI.— ¡Dámela en la mano con buenos modales, granuja! ¿Crees acaso que estamos bailando, bellaco? ¿Vas a darme la cartilla, mostrenco?

EL MUCHACHO.— ¡Ay, me vas a partir el cuello! ¡Mi cuello!

JUHANI.— La cartilla, por Dios.

EL MUCHACHO.— ¡Tómala, energúmeno, aquí la tienes!

JUHANI.— Eso es. Ahora dale un besito. Venga, bésala con cariño.

EL MUCHACHO.— ¿Estás loco? ¿Darle un beso a la cartilla?

JUHANI.— Eso es, y con mimo. Por el amor de Dios, hazlo, muchacho, si es que tienes aprecio a tu pellejo y amor a la vida. Vamos, rápido, o tu sangre no tardará en clamar venganza sobre mi cabeza, como en otros tiempos la del piadoso Abel. ¿No ves mi cara, que está más negra de ira que la del duende de la sauna? Besa el libro, anda, te lo ruego por el bien de los dos… Así, ahora está bien.

EL MUCHACHO.— ¿Estás ya contento?

JUHANI.— Muy contento. Y ahora quítate de mi vista y da gracias a Dios de que solo te haya pedido esto. Y si descubres entre tus hombros y tu cabezota algo así como muescas de tornillo, y mañana sientes una tirantez como de paperas, no le des importancia. ¡Vamos, lárgate ya! ¡Ah! Una palabra, solo una palabra, amigo. Dime, ¿quién ha escrito esa preciosa canción que nos ha hecho levantar las orejas cuando la hemos oído?

EL MUCHACHO.— No lo sé.

JUHANI.— ¡Escúpelo!

EL MUCHACHO.— No lo sé.

JUHANI.— Está bien, ya lo averiguaré. Ah, y no dejes de saludar de mi parte a Aapeli de Kissala, y dile que cuando volvamos a

vernos las caras le van a salir de la garganta sonidos más agudos que los de su clarinete. Y como sé que mi presencia no te es grata, aléjate cuanto antes. ¡Y deja de refunfuñar sobre la venganza! ¡Mira que no se me caliente la cabeza otra vez y te dé un repaso de propina!

TUOMAS.— Deja ya en paz al desgraciado.

JUHANI.— ¡Os aseguro que ya ha recibido su merecido! Pero huyamos de este camino que tan mal hemos dejado pisoteándolo en todos los sentidos. No me parece prudente quedarnos aquí, porque una reyerta en un camino carretero es un delito a los ojos de la ley, y podría costarnos serios disgustos.

AAPO.— ¡Sí, vámonos dejando estela! ¡Menuda pelea! Yo habría quedado sin plumas y cacareando si no me hubiese echado una mano Simeoni, que me quitó de encima a un montón de muchachos.

SIMEONI.— ¿Por qué les hemos atacado? El hombre es débil y no puede contener la cólera y las incitaciones del pecado. ¡Ah! Cuando he visto a Tuomas haciendo rodar por el suelo a nuestros adversarios, he llegado a temer que pudiera cometerse un asesinato.

TUOMAS.— Tal vez me he pasado pegando, pero otra veces hemos llegado a las manos por menos. Vamos, démonos prisa, que queda poca luz.

Apretaron el paso, con las caras crispadas por la ira y el resentimiento royéndoles las entrañas al pensar en la insultante canción. Juhani, mudo de indignación, encabezaba la fila, moviendo la cabeza y escupiendo de vez en cuando. Al cabo de un rato se volvió a los otros y les dijo:

JUHANI.— ¿Quién habrá sido el cretino que ha compuesto esa canción tan estúpida?

EERO.— Aapeli de Kissala.

AAPO.— También yo lo creo, porque es un bromista de muy mala leche. Él fue quien compuso aquella execrable canción sobre nuestro viejo pastor —¡Dios le proteja!—, porque un día se le manchó la nariz durante un examen de lectura.

TIMO.— Con un cuartillo de aguardiente y un par de palabras al oído de Ananías de Nikula, pronto dispondríamos de una canción de una vara de largo, que explicaría qué clase de tipo es

el tal Aapeli. Un mamarracho y un holgazán, eso es lo que es, que va de pueblo en pueblo con el clarinete en la mano, dejando encinta a las muchachas, y que vive a costa de su madre anciana. ¡Valiente desgraciado!

JUHANI.— Como me entere yo de que esa canción de mofa que llaman «La fuerza de los siete hermanos» es de su cosecha, el día que le ponga la mano encima, aunque sea en la colina de la iglesia, lo despellejo vivo. He dicho. ¿Pero no podríamos denunciarlo a la justicia?

AAPO.— La ley no condena a nadie sin testigos serios.

JUHANI.— Entonces que jure por la Biblia que es inocente, y así se lo pensará antes de que su alma vaya a parar al valle de las sombras. Pero si es que elige este camino, allá él y con su pan se lo coma.

AAPO.— Pero tengo entendido que la ley no permite que un acusado jure.

JUHANI.— Entonces conocerá mi puño y saboreará el mismo amargor saludable que la sal de la ley y de la justicia.

SIMEONI.— Olvidemos de una vez para siempre esa dichosa canción y la tremenda trifulca en el camino. Eh, mirad, aquí está el viejo tronco junto al cual tuve una visión maravillosa, un día en que me quedé dormido guardando los rebaños, a pesar del hambre que me roía las tripas. Parecíame estar en el cielo, tendido en un blando diván que se balanceaba suavemente y ante una mesa repleta de humeantes guisos. ¡Y qué sabrosos y grasientos estaban! Los mismos querubines me servían manjares y bebidas como si yo fuera un gran personaje. Todo era de una belleza y grandeza incomparables. Al lado, en una estancia dorada, resonaba el coro de los ángeles cantando un salmo sublime. Esto fue lo que soñé, y desde entonces prendió en mi alma una chispa que ojalá nunca se apague.

JUHANI.— Yo creo que el que te trastornó la sesera fue tu compañero de pastoreo, el viejo Tuomas de Tervakoski, ese solemne meapilas con barbas de chivo y ojos rojizos. A eso es a lo que llamas tú una chispa.

SIMEONI.— Está bien; ya lo veremos el último día.

TUOMAS.— Mirad allí: bajo aquel abeto mató nuestro padre un hermoso lince. Ay, fue el último que cazó.

TIMO.— Así es, porque la vez siguiente ya no volvió a casa por su propio pie, sino que lo trajeron del bosque tieso y helado.

JUHANI.— Era un hombre fuerte y que no se paraba ante nada, pero severo y duro como las rocas con sus hijos. Pocas veces se le veía por los campos de Jukola, porque, mientras en la casa bailaban los ratones a su aire, él vivía en los bosques.

AAPO.— Así era. El viejo, en su pasión endemoniada por la caza, abandonó despreocupadamente la finca, pero al menos fue un buen padre y murió como hombre de honor. ¡Descanse en paz!

TIMO.— Y doblemente nuestra madre.

JUHANI.— Que aunque no sabía leer, fue un ama hacendosa y una piadosa mujer.

SIMEONI.— Que siempre rezaba sus oraciones de rodillas, al acostarse y al levantarse.

JUHANI.— Y que fue una buena madre y una granjera incomparable. Siempre la recuerdo empujando el arado, fuerte como un gigante.

EERO.— Sí, fue una excelente madre, pero ¿por qué no hemos salido nosotros unos hijos obedientes? ¿Por qué no nos hemos deslomado en los campos como siete osos? ¡Otro aspecto tendría ahora Jukola! Aunque la verdad es que poco podía entender yo entonces, que no era más que un mocoso con delantal.

JUHANI.— ¡Calla la boca! Todavía me acuerdo de lo mal que te portabas con nuestra pobre madre. Pero ella te disculpaba siempre, como hacen todos los padres y todas las madres con el hijo pequeño, mientras el mayor se lleva siempre todas las zurras. Lo sé a mi costa. ¡Diablos!, he recibido más palos que un perro; espero que todo haya sido para bien, Dios sea loado.

SIMEONI.— El castigo es de mucho provecho, sobre todo si se bendice el látigo y la zurra se aplica en nombre de Dios.

EERO.— Y más si calientas el látigo antes de usarlo.

SIMEONI.— Me tienen sin cuidado tus burlas maliciosas, tú, mal hijo, castigado con demasiada blandura.

TIMO.— «Un niño prudente se castiga a sí mismo», pero me gustaría saber cómo se hace ese truco.

SIMEONI.— Bueno, ya hemos llegado a la encrucijada de Sonnimäki. El espíritu de un muerto persiguió desde el camposanto hasta aquí a ese desdichado vidriero de Kiikala que, al pasar de noche

ante la iglesia, soltó una gran blasfemia, el muy impío. Eso debe enseñarnos a huir del pecado de blasfemia.

JUHANI.— Henos en la loma de Sonnimäki, desde donde se ve la iglesia. Mirad, mirad allí abajo la casita del chantre, roja como el fuego del infierno. ¡Brrr…! Allí está el esplendor del infierno, su estremecedora sabiduría, su terrible honor. Todo mi cuerpo se siente paralizado, y mis pies se niegan a dar un paso hacia delante. ¡Ay de mí! ¿Qué puedo hacer en este diabólico momento? Decidme, ¿qué debe hacer vuestro infortunado hermano mayor?

EERO.— Puesto que eres el mayor, ve tú delante y danos buen ejemplo desandando este camino. Estoy dispuesto a seguirte.

TUOMAS.— ¡Cállate, Eero! Ahora, ni un paso atrás.

JUHANI.— ¡Por los cuernos del diablo! Ver la puerta de la casa del chantre es como si viera la boca de la muerte.

AAPO.— Pero precisamente en ella comenzarán nuestra reputación y honor.

JUHANI.— ¡Un honor abrasador, pobres de nosotros! Ya veo el boato del chantre, el temible fasto de la casa del párroco, y toda mi alma se rebela. ¡Dios nos ayude! ¿Qué me dices, Timo?

TIMO.— Que también mi alma se opone con fuerza.

AAPO.— Me hago cargo, pero en este mundo no todo ha de ser bailar sobre rosas y flores.

JUHANI.— ¡Sobre rosas y flores! ¿Hemos bailado alguna vez sobre rosas y flores?

AAPO.— No tendremos más remedio que tragar unas cuantas bayas amargas, hermano mío.

JUHANI.— ¿Bayas amargas? ¿Es que aún no hemos tragado bastantes? ¡Pobre Aapo! Ya hemos sido cocidos en muchas salsas y muchos vientos han revuelto nuestros cabellos. ¿Y qué hemos sacado en limpio? Este mundo no es más que un enorme estercolero. ¡Al diablo los chantres y los pastores, los exámenes de lectura y los libros y los comisarios de policía con sus montones de papelotes! No sirven más que para atormentar a la gente. Y que conste que cuando hablo de los libros no me refiero a la Biblia, ni al salterio, ni al catecismo, ni a la cartilla, ni tampoco a ese libro terrible que se llama «La voz que clama en el desierto». No, no me refiero a esos libros. ¡Ah! ¿Por qué habré

nacido?

SIMEONI.— No maldigas los días de tu vida, los días de la gracia.

JUHANI.— ¿Por qué habré nacido? ¿Para qué?

TIMO.— Yo no soy más que un pobre viajero. ¿Por qué no habré nacido bajo ese abeto, con los ojos abiertos como un lebrato de labio partido?

JUHANI.— ¿Y por qué no habré nacido yo como esa ardilla que grita en las ramas del pino, con la cola levantada? Su pan son las piñas, y las barbas del abeto el tejado de su casita musgosa.

TIMO.— Y no necesita leer.

JUHANI.— No necesita leer.

AAPO.— A cada uno lo suyo. A tal señor, tal honor. De nada valen lloriqueos ni lamentaciones. Hay que trabajar y actuar. ¡Vamos, hermanos, adelante!

TUOMAS.— Derechos a casa del chantre, aunque haya que atravesar los abismos de un mar embravecido.

JUHANI.— ¿Y tú qué piensas, mi pequeño Eero?

EERO.— Pienso que voy a casa del chantre a aprender a leer.

JUHANI.— Eso está bien. ¡Vamos, pues! ¡En marcha! ¡Oh, hijo del Señor! ¡Pero cántanos algo, Timo, cántanos algo!

TIMO.— Cantaré algo sobre la ardilla en su casita musgosa.

JUHANI.— ¡Vamos a ver! ¡Venga!

TIMO.—

Dulcemente la ardilla
duerme en musgosa celda,
donde el diente del perro,
del cazador la trampa
nunca jamás llegaron.

Desde arriba, en la celda,
contempla el mundo y muchas
luchas debajo. Arriba,
la ramita de abeto
se agita en son de paz.

Feliz en su temblona
cuna-castillo mécese
la ardilla, y en el seno
del abeto la cítara

del reino arbóreo suena.

La de peluda cola
junto a su ventanita
duerme mientras los pájaros
cantan y por las noches
acompañan sus sueños.

Capítulo tercero

Han pasado dos días. Sentados alrededor de una mesa en la habitación de la servidumbre del chantre, los hermanos están mascullando letras dirigidos por este o por su hija, una niña de ocho años. En las manos los libros abiertos, estudian esforzadamente, con la frente empapada de sudor. Pero alrededor de la mesa solo hay cinco hijos de Jukola, pues faltan Juhani y Timo. ¿Dónde están? Helos ahí de pie, junto a la puerta, en el rincón de los torpes, con los pelos alborotados por la mano enérgica del chantre.

Pero, ay, la excesiva severidad del maestro, lejos de estimular sus entendederas, no hace sino entorpecerlas, de manera que los hermanos progresan lentamente en la lectura. Juhani y Timo no han pasado de la A. Los otros han aprendido algunas letras más. Eero, sin embargo, es una excepción, pues ya ha concluido el alfabeto y empieza a juntar las letras.

Declinaba la tarde y los hermanos aún no habían probado bocado, porque el chantre se había apoderado de sus provisiones con el ánimo de probar si los padecimientos del hambre obligaban a los hermanos a aplicarse. Juhani, atormentado por la gazuza, sacudía en el rincón su alborotada pelambrera, escupía y lanzaba a su maestro miradas de soslayo, como las de un buey. A su lado, Timo, medio durmiéndose, parecía completamente ajeno a las cosas de este mundo, hasta que llegó el momento en que el chantre, interrumpiendo la clase, dijo: «Basta por ahora: id a comer, cabezas de chorlito, y moved las quijadas como cabras que triscan en el aprisco. Pero tened bien presente que, después de esa comida, vuestros labios no probarán bocado hasta que aprendáis de pe a pa el alfabeto, pedazo de bueyes. Tenéis una hora para comer; pero cuidado con alejaros un paso de la puerta, porque estaríais aquí encerrados hasta la noche. Y ahora abrid vuestras fauces, que

enseguida os traerán vuestros sacos de provisiones».

Así habló el chantre. Al poco rato mandó a la criada con las provisiones, y la puerta se cerró a cal y canto.

TIMO.— ¿Dónde está mi saco?

LAURI.— Ahí lo tienes, y este es el mío. Sería capaz de comer piedras.

JUHANI.— Que nadie coma ni una migaja.

LAURI.— ¿Qué dices? ¿No comer?

JUHANI.— ¡Ni una migaja!

LAURI.— ¡Antes cerrarías una garganta de mar con la mano!

JUHANI.— Dejemos los sacos como están.

AAPO.— Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que pretendes?

JUHANI.— Joder al chantre. No se come nada hasta mañana. La sangre me rebulle, hermanos, y la cabeza me da vueltas como el molino de Keitula. ¡Pero a ver quién tiene la mollera más dura!

AAPO.— El viejo se reirá hasta más no poder.

JUHANI.— Que se ría lo que quiera. He dicho que no comeré y no comeré. ¡Vaya, vaya!, de manera que Eero ya sabe juntar las letras. No comeré.

TUOMAS.— Tampoco yo comeré aquí…, sino allá arriba, en la cima de Sonnimäki, tendido sobre un colchón de brezos.

JUHANI.— ¡Buena idea! Pronto estaremos tendidos allí.

EERO.— ¡Acepto el plan, chicos!

AAPO.— ¿Cómo? ¿Nuevas locuras?

JUHANI.— ¡Fuera de esta cárcel!

AAPO.— ¿Y la sensatez, qué?

JUHANI.— ¿Y el pinar de Sonnimäki, qué?

EERO.— ¡Eso, eso! Y la sensatez repitió: ¿Qué?

JUHANI.— Contesta como un hombre.

AAPO.— Simeoni, intervén tú.

SIMEONI.— ¡Sed sensatos, hermanos! En verdad os digo que no estamos llamados a ser hombres de letras, de manera que renunciemos en este punto a todo esfuerzo. Siempre podremos llevar una vida intachable y honesta, ya que, mientras no nos falte la fe, siempre podremos vivir como cristianos, aunque no sepamos leer.

AAPO.— ¡Maldito tú, que destruyes en vez de edificar!

JUHANI.— Simeoni habla el lenguaje de la justicia y de la prudencia.

¡Largo de aquí, muchachos! Yo ya no aguanto más.

TUOMAS.— El corazón se me parte cuando veo cómo maltratan a Juhani. ¡Vámonos, chicos!

JUHANI.— Ya está dicho. Pero no me compadezcas, Tuomas, porque ya tengo la venganza en mis manos. Me han triturado y machacado como carnada para cangrejos, es verdad. Tengo en el bolsillo un puñado de cáñamo que el maestro me ha arrancado de la cabeza. Pues bien, voy a hacérselo tragar un día, si no se me ocurre otra cosa mejor. El chantre tiene cuello, ¿verdad?, tiene cuello. Y no digo más por ahora.

EERO.— Me parece que tengo un destino mejor para los mechones que guardas en el bolsillo: haremos con ellos un fino sedal para la caña de pescar del chantre, como recompensa a su excelente enseñanza. ¿Para qué estimularos al pecado, si sé, y todos estamos de acuerdo en ello, que el castigo hace un bien indecible, como hemos convenido al venir aquí?

JUHANI.— Eero ya deletrea. ¡Buen chico!

EERO.— Me avergüenza verme obligado a deletrear siendo tan mayor.

JUHANI.— ¿Mayor tú? ¿Pues qué me dices de nosotros entonces?

SIMEONI.— Nos está pinchando.

JUHANI.— Sí, otra vez nos estás pinchando, cizaña de nuestro trigo, levadura amarga del pan cristiano de los hijos de Jukola, ¡puercoespín, cerdo, sapo!

SIMEONI.— Silencio, silencio, que vendrá el chantre.

JUHANI.— Salgamos todos de esta celda de castigo. Y si alguien protesta, va a saber quién soy yo.

TUOMAS.— ¡Fuera, fuera todos!

AAPO.— Y tú, Timo, tan formal y tan recto, ¿qué dices de esto?

TIMO.— «De la corteza no se hace un abrigo, ni de un viejo un pastor de almas». Así pues, cojamos los bártulos y desfilemos todos a una. Pero aún puedo citaros un proverbio que tiene su miga: «Por los dos lados se afila el hacha».

AAPO.— ¿Y tú qué piensas hacer, Lauri?

LAURI.— Largarme a Sonnimäki.

AAPO.— ¡Ay, ay! ¡Aunque los muertos os gritasen desde las tumbas, no se os ablandaría la cabeza!

JUHANI.— Sería inútil. Venga, pequeño. ¡De frente… marchen!

¿Vienes? Si no, por Cristo que van a llover golpes y tortazos. ¿Vienes o qué?

AAPO.— Sí, pero antes una palabra.

TUOMAS.— Mil palabras no servirían de nada.

JUHANI.— Aunque cada palabra tuviera mil espadas.

EERO.— Y cada espada tuviera mil filos.

JUHANI.— Mil filos resplandecientes. Todo es inútil. Salgamos de esta mazmorra, de esta cueva endemoniada, de esta Siberia, como siete balas por la boca de un cañón. Aquí hay una bala y un cañón cargado, que se calienta y recalienta, que está que arde y que dentro de poco va a explotar. ¡Ay, queridos hermanos, nacidos de la misma madre! Vosotros sois testigos de cómo ese tío se ha enredado al dedo índice un rizo de mi frente, y de cómo luego, cogiéndolo con toda la mano… así, ¿veis?…, me ha sacudido hasta hacerme castañetear los dientes. ¡Hiii!

TUOMAS.— Yo lo he visto y creí que me estallaban los carrillos de rabia.

EERO.— Yo he oído castañetear los dientes de Juhani y he visto hincharse los carrillos de Tuomas, y he sentido horror, pero he dado gracias a Dios en vuestro nombre, por eso de que los castigos son beneficiosos.

JUHANI.— Querido hermano, no acerques la mecha a la pólvora del cañón; no, no lo hagas.

TUOMAS.— ¿Puede saberse por qué le provocas, Eero?

JUHANI.— Ah, es que Eero es el ojito derecho del chantre. Bien, muy bien. ¿Pero qué mal hice yo para que él me maltratara así? ¿Es algún crimen ser cerrado de mollera? Me dan ganas de echarme a llorar.

TIMO.— ¿Y qué hice yo para que me tirase de los pelos sin piedad? ¿Tengo yo la culpa de que Dios, en su sabiduría, me diese estas entendederas?

LAURI.— No creáis, yo también me he llevado tres buenos tirones de pelo.

JUHANI.— Todos conservamos dulces recuerdos… ¡Vamos, abre la puerta!

AAPO.— ¿Olvidas acaso que está cerrada a cal y canto?

TIMO.— Y han echado la tranca, una tranca muy sólida.

JUHANI.— Que se partirá como una pajita. Además, tenemos la

ventana. Bastará un golpe de mi bolsa y se sentirá un estrépito y un tintineo.

AAPO.— Tú no estás bien de la mocha.

JUHANI.— ¿Y cómo quieres que esté después de dos días de alborotarme los pelos?

SIMEONI.— Mejor sería que antes de romper la ventana habláramos por las buenas con el chantre.

JUHANI.— ¡Vete al infierno a entendértelas con el diablo! ¡Rompamos la ventana y salgamos de este calabozo! «¡Fuera todo el batallón!», gritó el capitán, montando en cólera.

TUOMAS.— Echa el cerrojo, Eero.

EERO.— Claro, hay que cerrar el portón del castillo antes de que el batallón salga por la puerta trasera. Ya está echado el cerrojo.

AAPO.— Advertido queda por mi parte.

JUHANI.— La suerte está echada. ¡Mira!

AAPO.— ¡Estás loco de atar, impío!

SIMEONI.— Bueno, ya está hecho. Ya está roto el cristal.

JUHANI.— Sí, ha saltado hecho añicos como saltó el castillo de Viborg, y el cielo se ha iluminado con relámpagos solo con mover mi bolsa.

SIMEONI.— ¡Desdichados de nosotros!

JUHANI.— El paso está franco. ¿Quieres salir?

AAPO.— ¿Por qué levantas el puño, loco? Salgo. ¿Qué tenemos que hacer aquí, si el mismo diablo conduce nuestro trineo?

JUHANI.— ¡Por todos los diablos del infierno!

TUOMAS.— Venga, deprisa, bolsas a la espalda… y a la ventana. Ya se oyen pasos en el vestíbulo.

JUHANI.— ¿Es el chantre? Me gustaría acariciarlo.

TUOMAS.— ¡Vamos!

JUHANI.— Sí, es el chantre. Quisiera acariciarlo un poco.

TUOMAS.— ¡Te digo que salgas!

JUHANI.— No te cruces en mi camino, por lo bien que te quiero, Tuomas, hermano.

TUOMAS.— No permitiré que hagas una barbaridad. Salta conmigo por la ventana, que los otros ya corren por el campo. ¡Ven!

JUHANI.— ¡Suelta! ¿Por qué tienes miedo a las barbaridades? Le colocaré con buenos modales sobre mis rodillas, le levantaré los faldones de la levita, y le daré en las posaderas con la palma de

la mano. ¡Suéltame, querido hermano, o mi corazón estallará como la gaita de Korkki! ¡Suelta! ¿No ves cómo echa humo mi cabeza?

TUOMAS.— Eternos enemigos seremos si no me obedeces al punto. Piensa en lo que te digo.

JUHANI.— ¡Está bien, vamos! Pero que conste que no cedería si no te quisiera con toda mi alma.

Sin decir más, saltaron por la ventana y atravesaron a todo correr el campo de patatas del chantre. Las piedras rebotaban bajo sus pies y los terrones saltaban por el aire. Pronto desaparecieron entre la densa aliseda detrás de sus hermanos. El chantre, echando chispas, irrumpió en la habitación agitando su bastón de nudos y, con voz chillona, llamó desde la ventana a los evadidos. Pero inútilmente: los hermanos se perdieron por el soto, salieron a un campo pedregoso, atravesaron un estrecho boscaje de enebros, aparecieron en la amplia pradera de la casa del párroco, que resonaba bajo sus pisadas, recorrieron el prado de Neulaniemi, rodeado de juncos, y finalmente se detuvieron en el camino arenoso que asciende por la cuesta de Sonnimäki; luego se arrastraron entre la maleza y llegaron a la cima de la montaña, donde decidieron acampar bajo los altos pinos, sobre los brezos. Pronto, el humo de la hoguera se elevó sobre las copas de los árboles.

El lugar donde se hallaban los hermanos estaba en lo alto. Detrás de la montaña se veía el tejado abuhardillado de la casa del párroco, la casita roja del chantre sobre un cerro, el pueblo, grande, y más allá, entre abetos, la soberbia e imponente iglesia de piedra de la comarca. Más lejos aún se divisaba un lago poblado de innumerables islas rocosas, levemente agitado por la suave brisa del nordeste que abanicaba el aire transparente y acariciaba las aguas, las praderas y el pinar de Sonnimäki, junto al cual reposaban los hermanos y asaban nabos en el rescoldo de una chisporroteante hoguera.

JUHANI.— Ahora nos zamparemos una verdadera comida de reyes.

TIMO.— Un festín de señores.

JUHANI.— Tenemos carne en las bolsas y nabos en la ceniza, que pronto estarán en su punto.

Las copas de los árboles se inclinan a los vientos
y la voz de mi amada escúchase a lo lejos…

Hemos sido torpes como bueyes al haber pasado dos días infernales sentados en un banco en la casa del chantre, con la cartilla entre las manos.

EERO.— No digas más, aunque de pie en el rincón era otra cosa…

JUHANI.— Bien por mi pequeño y sabihondo Eero, tan poca cosa él. De manera que en el rincón del chantre, ¿eh? ¡Ya te voy a arreglar yo a ti, diablejo!

AAPO.— ¡Haya paz, malditos impíos!

TUOMAS.— Siéntate tranquilo, Juhani, y no hagas caso de sus puyas.

JUHANI.— Quítate la gorra cuando comes, maleducado.

TUOMAS.— Lo mismo digo, quítatela tú.

JUHANI.— Así. Tienes que obedecer; no hay otro remedio.

SIMEONI.— ¡Siempre con discusiones, con estúpidas discusiones! ¡Ojalá Dios os iluminara de una vez el corazón y el entendimiento!

JUHANI.— Si es que siempre está metiendo cizaña.

EERO.— No se os cae mi nombre de la boca: que si ese enano, ese renacuajo, ese rabanillo de Eero… ¡Hay que ver lo que tiene uno que aguantar!

JUHANI.— Tú no eres más que un chucho ladrador, como te llamaban en la canción de marras.

EERO.— No hago más que devolver los mordiscos, y bien a gusto.

JUHANI.— Estás hinchado de amargura.

AAPO.— Deja que hable yo también. Eero dijo algo que a mi juicio no va desencaminado. La hiel que pone en sus palabras quizá la hemos provocado nosotros. Y no olvidemos que todos somos criaturas de un mismo Creador.

TIMO.— Bien observado. Si tengo dos «narices, una como un zueco y otra como medio panecillo», ¿qué le importa a la gente? Soy yo el que las lleva, ¿no? Pero enterremos en las cenizas las narices y otros apéndices, las criaturas y los creadores. Toma, Juhani, coge este nabo tierno como la manteca e híncale el diente en los riñones. Y olvídate de las tonterías de Eero. Sabes bien que es joven y que tiene menos sesos que un mosquito. Come, hermano.

JUHANI.— Naturalmente que comeré.

TIMO.— Estamos como en unas bodas, aquí en esta colina con eco.

JUHANI.— Como en unas bodas celestiales, pero, ay, no hace mucho

que sufríamos allí abajo los peores tormentos del infierno.

TIMO.— El mundo es una escalera; unos la suben y otros la bajan.

JUHANI.— Eso es verdad. ¿Qué dices tú, Aapo, hermano mío?

AAPO.— He hecho cuanto he podido, pero como si nada. Ahora estoy enfadado por una vez y dejo el gobierno de la barca de nuestra vida en manos del destino. Aquí me siento.

JUHANI.— Sentados estamos y el universo se extiende a nuestros pies. Cual la cresta de un gallo, brilla allí abajo la casa del chantre, y más allá se alza hacia el cielo la torre del templo de Dios.

AAPO.— A los pies de aquel templo nos sentaremos un día en los negros cepos infamantes, acurrucados como siete cuervos en una cerca, y la gente nos señalará con el dedo diciendo: «Mirad a los siete vagos de Jukola».

JUHANI.— No amanecerá el día en que los hijos de Jukola se sienten en los cepos de la infamia, agachados como pequeños cuervos, ni nadie oirá decir a la gente señalándoles con el dedo: «Mirad a los siete vagos de Jukola». No, nunca amanecerá ese día. Antes me ahorcaría o me iría al fin del mundo a manejar el fusil en el batallón de Heinola. «¿Para qué preocuparme, bribonzuelo?». Y ahora, hermanos, cuando nos hayamos atiborrado, cantemos alegremente hasta que tiemble el bosque.

SIMEONI.— Deseémonos la paz y durmamos como benditos.

JUHANI.— Pero antes cantemos «¿Para qué preocuparme?». Aclara la garganta, Timo.

TIMO.— Ya estoy entonado.

JUHANI.— ¿Y nuestro hermanito Eero? ¿Qué? ¿Volvemos a ser amigos?

EERO.— Amigos y hermanos.

JUHANI.— Estupendo, pero aclara la voz.

EERO.— Ya está.

JUHANI.— ¡Bien! Ahora, que todos oigan cómo se alborota el pinar. ¡Ahora, chicos!

Para qué preocuparme, bribonzuelo,
si como una montaña tengo el pecho.
¡Tralará, tralará, tralará!

Me uniré a los soldados de Heinola,

a quien las chicas no dicen ni ¡hola!
¡Tralará, tralará, tralará!

No me importan el obispo ni el pastor,
con uniforme vestiré mejor.
¡Tralará, tralará, tralará!

Corre, caballo, corre con ardor
hacia los chuscos del emperador.
¡Tralará, tralará, tralará!

Para qué preocuparme, bribonzuelo,
si como una montaña tengo el pecho.
¡Tralará, tralará, tralará!

Juhani.— ¡Bravo! ¿Veis qué bien se está aquí?

SIMEONI.— ¡Más quedo, más quedo! Metéis más ruido que una legión de diablos. ¡Silencio, silencio, que alguien se acerca!

JUHANI.— ¿Gente? Ah, ya. Son los del «Regimiento de Rajamäki», esa partida de gitanos.

El tropel que se acercaba era, en efecto, una familia ambulante que vivía en una cabaña situada en el calvero de Rajamäki, por lo que todos la llamaban el Regimiento de Rajamäki. Su jefe, Mikko, famoso en toda la comarca, es un hombre pequeño y ágil, y siempre va cubierto con un negro sombrero de fieltro. Va por ahí vendiendo pez, y es un experto en el manejo del cuchillo de castrador. También toca el violín, y rasca su instrumento rojo oscuro en los bailes o en las fiestas campesinas, regando su gaznate con todo lo que buenamente le ofrecen. Kaisa, su mujer, de carácter desabrido y aficionada al rapé, goza de gran prestigio por su habilidad en poner ventosas. Raras son las saunas en las que no ha estado para aliviar con su maña a las mujeres de la comarca. Entonces hace brincar su lanceta, su boca succiona y emite chasquidos, su rostro, manchado de rapé, suda la gota gorda; pero su talega se llena de regalos. Mikko y Kaisa tienen un montón de hijos que les siguen en sus caminatas de aldea en aldea y de granja en granja. Dos de los muchachos ya andan, saltan felices, delante o detrás de sus padres, pero sin alejarse mucho de ellos; los tres pequeños van como fardos

en la carreta, entre cuyas varas va Kaisa tirando, mientras Mikko empuja detrás con su bastón. Por donde pasa el Regimiento de Rajamäki siempre hay bullicio, y un coplero compuso una vez una canción burlesca sobre la familia, llamándola «Regimiento». Tal era el grupo que, armando jaleo, subía por la ladera de la colina de Sonnimäki hacia el pueblo, mientras los hermanos, alegres como cabras locas, celebraban su libertad en la loma.

JUHANI.— ¡Hola, hola, ilustre regimiento! ¡Salud!

TIMO.— Se os saluda en sueco, si queréis.

EERO.— Y si queréis, se os saluda en ruso.

KAISA.— Eh, vosotros, los de ahí arriba, ¿qué queréis?

EERO.— Que la comadre venga a chupar un buen cuerno de sangre de la morena nalga de Juhani.

JUHANI.— Que la comadre chupe y dé unas palmadas mientras que el compadre hace música… ¡será una buena banda!

MIKKO.— ¡Iros al diablo, bandidos de Jukola!

EERO.— El viejo no quiere tocar, ea; pero nosotros vamos a cantar una marcha estupenda.

JUHANI.— Eso, una marcha estupenda, mientras el Regimiento de Rajamäki desfila ante nosotros. ¡Venga, chicos, Timo y Eero!

Andan con paso ligero,
cuesta arriba, cuesta abajo,
ella ventosas poniendo,
él vendiendo pez, castrando.

Con la cara de rapé
manchada tira del carro
Kaisa, mientras Mikko, veis,
empuja y masca tabaco.

JUHANI.— ¡Bravo! ¡Qué canción más divertida!

KAISA.— Habéis de saber, golfos, que nosotros caminamos por las sendas del honor, y no como vosotros, que andáis escondidos por los bosques como ladrones y fieras. Yo pongo ventosas y devuelvo la salud, y Mikko capa a los cochinos para que engorden y a los bueyes para que cumplan bien su oficio. Por sus manos han pasado los preciosos caballos capones sobre los que cabalgan los reyes de los reyes. ¿Habéis oído, malditos demonios?

JUHANI.— Chicos, esta prédica bien merece algunas estrofas más.

¡Venga, Timo y Eero, ilustres cantores! ¡Todos a la vez!

Los labios de Kaisa chupan
y actúa con la lanceta,
mas no deja de hablar nunca,
sufriendo, la vieja Greta.

Mas ¿qué pasa en el corral
que los cerdos pegan gritos?
¡Parecen una coral
cantando los muy cochinos!

¿Por qué gruñirán los puercos,
por qué tanto desafino?
Asomar por la pocilga
se ve el cuchillo de Mikko.

JUHANI.— ¡Divertida canción, cielos! ¿A ti no te lo parece, Mikko?

MIKKO.— Cierra el pico al instante y no olvides que estás nada menos que delante del célebre maestro Mikko, que ha castrado el semental del gobernador sobre una limpia sábana sin derramar una sola gota de sangre, y esta hazaña le ha valido una procura que ni el mismo emperador de Roma osaría violar. Este soy yo, Mikko.

EERO.— ¡Bien por ti, Mikko, sin par capador ambulante, con tu vieja bruja!

KAISA.— A ver si os convierto a todos en una manada de lobos, como hizo aquel viejo que hechizó a todos los convidados a una boda, por desagradecidos.

JUHANI.— Por el momento sigo siendo Juani de Jukola, aquí donde me veis, con mis propios pantalones, y con la ayuda de Dios espero seguir siéndolo mucho tiempo. Y en cuanto a tus hechizos, pobre vieja, serán lo mismo que cuando auguraste el fin del mundo, hace dos años, que muchas mujeres corrieron a pedir perdón a sus maridos por sus pasadas iniquidades.

KAISA.— ¿Sí, eh? Pues escucha lo que te profetizo ahora.

EERO.— Profetiza, y estaría bien que nos profetizases una sauna bien caliente mientras nos ponías ventosas en el cogote.

JUHANI.— Además, esas profecías y augurios son pura filfa, aunque bien es cierto que cuando llegue a casa pienso calentar la sauna y darme un baño delicioso; pero maldito el deseo que tengo de

que me arañen el traje de Adán.

KAISA.— ¡Escucha, escucha lo que te digo! Tu sauna arderá, así como tu choza, y tú vagarás por los bosques en un estado miserable, en busca de un abrigo para tu cuerpo helado. ¡Ah!, y tendrás que enfrentarte en sangrientas luchas con los hombres y con las fieras del bosque, y entonces, jadeando como una liebre en las últimas, esconderás tu maldita cabeza bajo los matorrales. ¡Escuchadlo todos y que no se os olvide!

JUHANI.— ¡Vete al infierno!

TUOMAS.— ¡Anda, calla, calla!

SIMEONI.— ¡Qué impiedad!, ¡qué desenfreno!

JUHANI.— ¡Así te hundas en el rojo infierno llameante! ¡Anda a casa del chantre y que por tus conjuros padezca paperas eternas!

EERO.— Sí, que chille como un viejo verraco entre las patas de Mikko.

JUHANI.— ¡Eso es! ¿Y qué vamos a desearle al pastor, ese hipócrita santurrón y engreído? ¿Eh, qué vamos a desearle, Eero?

EERO.— Que después de un examen de lectura le pase lo que le pasó al aduanero de Oulu… ¡Que le metan en el talego una empanada de gato!

JUHANI.— ¡Eso es! O sea, una empanada de pescado donde de relleno haya un gato… ¡un gato con todos sus pelos!

EERO.— Sí, y que el domingo siguiente eche un sermón sobre el castigo, tan fanático y venenoso que le estalle la sebosa panza.

JUHANI.— ¡Sí, sí! Y luego que el diablo se lo lleve en volandas agarrado por el pescuezo, como acostumbra a hacer con los pastores.

EERO.— ¡Y que lleve con el rico opulento a un pastor tan rico y poderoso!

JUHANI.— Estos son los saludos que queremos que lleves de nuestra parte al chantre y al pastor, y cuando lo hayas hecho, vuelve y cumple tu amenaza convirtiéndome en lobo.

EERO.— Y tan voraz que pueda engullirse de un bocado a todo el Regimiento de Rajamäki.

JUHANI.— Con el saco de cuernos de postre.

EERO.— Y el saco de la pez como pastel.

JUHANI.— ¡Has dado en el clavo, martillo!

KAISA.— ¡Muy bien! El pastor y el chantre recibirán no tardando

mucho vuestros cumplidos, y un día os tragaréis esta sopa, malditos. Anda, Mikko, tírales una piedra a manera de despedida, y a ver si le abres a alguno la cabeza.

MIKKO.— Aquí hay un pedrusco que ni mandado hacer de encargo… ¡Ahí va, chivos barbudos! Y ahora sigue el camino, Kaisa.

JUHANI.— ¡Maldito! Ha estado a punto de descalabrarme.

EERO.— Devolvámosle la pelota.

JUHANI.— Vuélale el sombrero al viejo.

TUOMAS.— No tires, mostrenco, si es que quieres conservar el nido de los piojos.

AAPO.— ¿No ves que llevan niños, tarugo?

JUHANI.— Deja la piedra. Van a tal velocidad que no ven dónde pisan.

SIMEONI.— ¡Desgraciados, malvados, calmucos, cara de perros! ¡Ni siquiera un pacífico caminante puede pasar tranquilamente ante nosotros por el camino! ¡Bandidos!

JUHANI.— ¿A mí me lo dices, que no le tocaría ni un pelo al caminante? Lo que pasa es que cuando uno está encolerizado y se le sube la sangre a la cabeza, entonces…, bueno, ya sabes lo que quiero decir. Uno ha pasado dos días con sus noches encerrado en prisión. Y lo que he hecho ha sido mandar al chantre afectuosos saludos para descargar la mala uva.

AAPO.— Y saludos no menos afectuosos al pastor. Algún día nos arrepentiremos de ello amargamente.

JUHANI.— «¿Para qué preocuparme…?». La vida de un joven es igualita a esta colina que pisamos, poblada de ecos y rumores. Allá, al noroeste, se alza la abrupta cima de Impivaara, mientras que al otro lado, al sudoeste, brilla el lago del pueblo, y al fondo, donde el claro cielo acaba, se divisan otros lagos, en un encadenamiento infinito. Mis ojos contemplan los tres lagos de Kolistin.

Qué remedio me queda
que en el lago meterme.
Mi amada me desdeña
y silba cual serpiente.

Mira tú por dónde, a aquel lago suele ir el viejo chantre a echar la caña. ¡Ay, si ahora estuviese él allí y yo fuera un aire violento, un terrible huracán del sudeste, ya sé dónde soplaría de golpe, y

pronto se iría a pique la barca del chantre!

SIMEONI.— ¡Torpe deseo, por mi vida!

JUHANI.— Pues lo haría como lo digo: tumbaría la barca y el agua del lago herviría como caldo.

TIMO.— Así se convierta en presa de los lobos, el maldito hombre.

JUHANI.— Eso es, lo arrojaría a la trampa de los lobos y yo caminaría tan campante al borde del foso.

AAPO.— Una vez la maliciosa zorra quiso jugarle una mala pasada al oso, atrayéndole con artimañas a una trampa. Así lo hizo, y luego empezó a hacer muecas alrededor del agujero, burlándose de su víctima. Luego cabalgó sobre un lince, el cual la llevó a la cima de un alto abeto que crecía no lejos. Borracha de gozo, púsose la zorra a cantar y, convocando a los vientos de la rosa, les mandó que la acompañasen en sus cantos con el arpa del abeto. Pronto llegaron los vientos del este, del oeste y del sur, y el abeto se balanceó y susurró. Pero he aquí que llegó también el fuerte ventarrón del norte, rugiendo y bramando a través del denso bosque sombrío, e hizo crujir el abeto, que, inclinándose profundamente, se salió de raíz y fue a caer sobre el foso del oso, arrastrando en su caída a la ladina zorra al fondo, dejándola a merced de las zarpas del oso.

TIMO.— ¡Toma ya! ¿Y qué pasó después?

JUHANI.— Ya puedes figurártelo. Pasó que el oso agarró a la zorra por el cuello y la zarandeó hasta hacerle castañetear los dientes, lo mismito que hizo conmigo nuestro buen chantre. Pero ya caigo en lo que Aapo quiere decir: recordarme que quien cava una fosa para otro cae en ella. Puede que sea así; pero, de todas formas, la verdad es que me gustaría ver al chantre en el fondo de una trampa de lobos.

TIMO.— A mí me haría mucha gracia ver al chantre pataleando en el fondo de una trampa, pero yo no emplearía mucho tiempo en darle tormento al anciano en el hediondo agujero. Creo que dos horas bastarían. Pero quédese todo como está. Que viva en paz el chantre, sin caer en el hoyo de mi irritado corazón. Sin embargo, hay una cosa que me inquieta: ¿cómo podéis creer en boberías como esa fábula de la zorra y el oso? ¡Venga ya, hermanos! Ni la zorra puede barbullar una sola palabra ni mucho menos convocar a los vientos celestiales. Vosotros

creeréis esas historias, pero a mí me parecen un camelo.

JUHANI.— Todo el mundo sabe que la cabeza de Timo no es precisamente de las más claras de este mundo.

TIMO.— Supongamos que sea así, pero la verdad es que con esta cabeza me paseo por el mundo con ella tan alta como tú o como cualquier otro, hombre o mujer.

AAPO.— Es que Timo no comprende las parábolas.

JUHANI.— El pobre desdichado no comprende nada. Pero yo voy a explicártelo. La historia de la zorra y el oso ocurrió tal vez en aquellos tiempos en que todas las criaturas todavía sabían hablar, y también los árboles, tal como nos relata el Antiguo Testamento. Eso le oí decir a nuestro difunto tío ciego.

AAPO.— Pero tampoco tú has entendido la fábula y su intención.

TIMO.— «Apártate que me tiznas, dijo la sartén al cazo».

JUHANI.— ¿Quieres dártelas de sabio? Puedes creerme que doy gracias a Dios de no ser tan mostrenco como tú, mi pobre Timo.

TIMO.— De acuerdo, ningún peligro veo en ello.

EERO.— Timo, haz como hizo antes el publicano: golpéate el pecho y allá se verá cuál de nosotros dos será el mejor.

JUHANI.— ¡Cáspita! ¿También el pequeño Eero, el menospreciado publicano, se ha sentido herido?

EERO.— Se ha sentido herido el mismísimo jefe de todos los publicanos, el pequeño Zaqueo.

JUHANI.— No me importan tus Zaqueos, así que voy a volveros la espalda y a echarme a dormir como las hormigas bajo la nieve… ¡Que Dios nos ayude, pues hemos venido a instalarnos en un lugar funesto!

AAPO.— ¿Por qué lo dices?

JUHANI.— Porque esa es la enorme y espantosa roca que difunde ecos tan tristes siempre que doblan las campanas de la iglesia. ¿No veis sus ojos, constantemente fijos en nosotros? ¡Qué miedo! ¡Huyamos, en el nombre de Dios!

TUOMAS.— Podemos quedarnos tranquilos.

JUHANI.— Pero aquí el genio de los bosques se muestra cruel y colérico.

AAPO.— Sí, pero solo con los blasfemos y los impíos. Así que ten cuidado. Pero, ahora que recuerdo, sobre las imágenes grabadas en esa piedra existe un cuento muy antiguo.

LAURI.— No sabía. ¿Por qué no nos lo cuentas?

AAPO.— Mirad primero la roca con más atención. ¿Veis allí esos cuatro puntos dorados, brillantes? Son los dulces ojos de dos enamorados. Ella era una encantadora muchacha y él un apuesto joven. Podéis distinguir sus imágenes dibujadas sobre la piedra. Contempladlas entornando los ojos y veréis a los amantes enlazados en tierno abrazo. Pero observad que más abajo, a los pies de los jóvenes, yace un viejo atravesado por una espada.

TIMO.— ¡Anda, pues es verdad lo que dices!

LAURI.— También a mí me parece ver algo semejante. Pero, venga, cuéntanos la historia.

Y Aapo la contó como sigue:

> Había antes, cerca de aquí, un soberbio castillo cuyo dueño, un caballero rico y poderoso, tenía por hijastra a una huerfanita dulce y graciosa como la aurora. Un joven la amaba, pero el severo señor, cuyo corazón no conocía el amor, los odiaba a ambos. Es el caso que la doncella correspondía también al sentimiento del noble joven, y así, con frecuencia, se daban cita en este lugar, en la colina rumorosa, junto a la roca. Pero la suerte adversa quiso que el padrastro se enterara de las relaciones de los enamorados. Entonces pronunció al oído de la doncella un terrible juramento: «Hija mía —le dijo—, tened cuidado de que no os sorprenda abrazándoos al amparo de las noches del bosque, porque entonces, a fe mía, mi espada os unirá al instante en una muerte sangrienta. Lo juro solemnemente». Así habló el señor del castillo, y la muchacha se estremeció de horror al oír el juramento. Sin embargo, lejos de olvidar al elegido de su corazón, la llama de su amor por él se avivó.
>
> Era una tranquila noche de verano. La muchacha tuvo la corazonada de que su galán rondaba por la colina esperándola y, cuando le pareció que todos los moradores del castillo dormían profundamente, acudió a la amorosa cita envuelta en un pañolón. Salió sigilosamente, deslizándose como una sombra, y pronto se perdió más allá de la linde del bosque, el pañolón azul flotando entre los árboles cubiertos de rocío. Pero, ay, no todos dormían en el castillo, pues el

señor atisbaba de pie junto a una ventana y vio a la muchacha alejarse en la noche como un fantasma. Entonces, tomando la espada y el venablo, el señor se precipitó afuera y se internó en el bosque siguiendo las huellas de su hijastra. Una fiera sedienta de sangre perseguía a la oveja de dulces ojos.

La enamorada trepó sin aliento por la colina y fue a reunirse con su amado al pie de la roca. Allí se abrazaron dulcemente, musitándose deliciosas palabras de amor. En aquel instante dichoso ya no se sentían aquí, en la tierra, sino que sus almas volaban hacia las floridas praderas del cielo. Pasaron así unos instantes hasta que, de pronto, apareció el señor del castillo, quien, ciego de cólera, atravesó por el costado izquierdo el cuerpo de la desprevenida doncella con el acerado venablo, cuya punta asomó por el costado derecho del galán, uniendo así a los enamorados en la muerte. Sus cuerpos cayeron sobre la roca y la sangre de sus heridas fluyó en un único riachuelo por la falda de la colina, enrojeciendo las mejillas de las flores de los brezos. Los amantes, unidos por el lazo de acero, reposaban en silencio sobre un tálamo de piedra, tiernamente abrazados para siempre, mientras sus ojos, refulgentes como cuatro estrellas de oro, miraban fijamente al poderoso señor, el cual, sobrecogido de admiración, no podía apartar los suyos de aquella imagen maravillosa y serena, en las fauces de la muerte. En esto estalló una repentina tormenta: los relámpagos iluminaron el cielo y, al resplandor azul, los ojos de los amantes irradiaban una felicidad sublime, como cuatro antorchas de las estancias celestiales que brillaran en el aire sagrado. Esto miraba el asesino, horrorizado, mientras la cólera del cielo bramaba sobre él y le rodeaba por todas partes. Los bellos y lánguidos ojos de los jóvenes, la sangre que manaba a borbotones, el estruendo de la tormenta, todo, en fin, eran horribles acusaciones contra el alma del señor del castillo. Cuando su corazón negro y frío se conmovió por primera vez, encogido de arrepentimiento, vio que los jóvenes tenían clavados en él sus ojos inocentes y brillantes. Destellaron los rayos, tembló el firmamento y los demonios del terror se cernieron sobre el

asesino. Fue entonces cuando, estremecido por el horror, sintió que una angustia infinita le invadía el alma.

Contempló de nuevo a los jóvenes, cuyos ojos, aun apagando su brillo, le miraron sonrientes. Entonces se volvió hacia oriente con los brazos cruzados, y así permaneció largo tiempo, callado en la noche sombría. Finalmente, llenándose el pecho de aire, lanzó un prolongado y ronco grito que resonó en la lejanía como un bramido. Luego volvió a quedarse en silencio, aguzando el oído en espera de que el último eco de su alarido se perdiera en el seno de la colina más lejana. Sin apartar la vista del oriente, lanzó otro grito penetrante, cuyo eco oyó saltar de monte en monte hasta que, por fin, se apagó temblando a lo lejos. Cuando se extinguió la voz lejana, se aplacó la tormenta y se apagaron los ojos luminosos de los amantes; solo una recia lluvia arrancaba suspiros al bosque. Como si de pronto despertase de un sueño, el señor del castillo desenvainó su espada y, hundiéndola en su pecho, se desplomó a los pies de sus víctimas. El cielo volvió a iluminarse y se oyó un tremendo bramido. Finalmente, un temeroso silencio lo envolvió todo.

Cuando amaneció, encontraron los cadáveres al pie de la roca gris y los trasladaron para sepultarlos juntos en la misma tumba; desde aquel día, sus imágenes quedaron grabadas en la roca. Allí puede verse a los dos amantes abrazados y, arrodillado a sus plantas, un anciano grave y barbudo. Y cuatro puntos maravillosos, como cuatro estrellas doradas, brillan día y noche en la superficie de la roca, recordando los dulces ojos de los jóvenes. Como cuenta la leyenda, un relámpago trazó esas figuras en la roca durante la tormenta. Y, como en esa imagen, los jóvenes están abrazados tiernamente en las gloriosas alturas, del mismo modo que el anciano señor que yace ahí en el suelo está tendido en un ardiente lecho del infierno. Cada vez que tañen las campanas de la iglesia, el señor del castillo escucha atentamente el eco que resuena en la roca, un eco lúgubre. Sin embargo, un día llegará en que la roca contestará con dulce y alegre voz. Habrá llegado la hora del perdón, de la liberación del culpable. Pero, ay, también estará cerca la

hora del fin del mundo. Por eso la gente escucha con temor el eco de la roca cuando tocan las campanas, puesto que, aunque celebrarían la llegada del día de la liberación del hombre, piensan con horror en la hora del Juicio Final.

Aquí acabó la historia que Aapo contó a sus hermanos en la colina de Sonnimäki.

TIMO.— ¡Lo que tendrá que sudar ese viejo!… ¡Hasta el Juicio Final! ¡No quiero ni pensarlo!

SIMEONI.— ¡Tú, insensato! Cuídate de que en este momento no suene la trompeta del Juicio.

EERO.— No hay por qué temer el fin del mundo mientras queden paganos sobre la tierra. Y, gracias a Dios, aún hay aquí siete paganos salvajes en el seno de la comunidad cristiana. No hay mal que por bien no venga. Seamos nosotros las columnas del mundo.

JUHANI.— ¿Tú una columna del mundo, pequeñajo?

SIMEONI.— Temblarás, Eero, te digo que temblarás como el propio diablo cuando llegue el día del que ahora te burlas.

TIMO.— No se burlará, no; yo se lo aseguro. Entonces será el estrépito y la confusión. ¡Huy, huy! Ya ha habido dos alborotos, y el tercero se acerca. Entonces se mostrará la gran señal de la salvación eterna, entonces la tierra se deshará en polvo como un seco zapato de abedul. Entonces, si es verano, los ganados bramarán en las praderas y los cerdos gruñirán asustados en las porquerizas. Pero si esa calamidad llega en invierno, los animales se agitarán gritando en el establo, y en las pocilgas gruñirán los puercos. ¡Menudo revuelo y confusión, hermanos! ¡Huy, huy, huy! Ya ha habido dos convulsiones de este orden, y la tercera está aún por llegar, según decía nuestro tío ciego.

SIMEONI.— Sí, sí, hay que pensar en ese día.

JUHANI.— ¡Callaos ya, hermanos, Dios nos asista! ¡Me estáis metiendo el corazón en un puño! Durmamos ya, ea.

Así continuaron hablando, pero pronto fue languideciendo la conversación y el sueño apoderándose sucesivamente de los hermanos. El último que cayó fue Simeoni, quien, recostado en la raíz saliente de un pino, meditaba calladamente sobre el fin del

mundo y sobre el gran día del Juicio. Sus ojos enrojecidos tenían un brillo acuoso, y un ardor místico encendía sus ásperas mejillas. Finalmente, se fue quedando adormilado hasta que sus ojos se cerraron como los de sus hermanos. La cercana hoguera, que aún mantenía algunas llamas, fue extinguiéndose poco a poco hasta apagarse del todo.

También se apagó el día, llegaron las sombras del crepúsculo y cayó la noche. El aire era cálido y denso, y el cielo se iluminaba de vez en cuando hacia el nordeste, donde se fraguaba una amenazadora tempestad que, con la rapidez del águila, se precipitó sobre el pueblo lanzando llamas de sus entrañas. El granero de la casa del párroco, donde se acumulaba la paja seca, se incendió, provocando un vivo resplandor. Las campanas rompieron a tocar, la gente empezó a bullir, y de todas partes acudieron corriendo hombres y mujeres al pavoroso incendio. Pero todo fue inútil. Ardía el pajar, envuelto en llamas que daban miedo, y la bóveda celeste se tiñó del color de la sangre. Pero ahora la tempestad se lanzó sobre la colina de Sonnimäki, donde los hermanos reposaban en un profundo sueño, roncando que temblaba la tierra. Pero el tremendo estampido de un trueno les despertó, sobresaltados y llenos de miedo. Sus mentes embotadas se estremecieron de horror, y toda su vida recordarían la sombría historia y las descripciones del fin del mundo en el preciso instante en que las fuerzas de la naturaleza se desataron a su alrededor, en aquella tétrica noche iluminada solo por los fogonazos de los relámpagos de la tormenta y por el horrible resplandor del incendio en el pueblo.

Un rayo, seguido de un trueno que estalló con un ruido horrísono, acabó de sacarles del sueño. Los hermanos se levantaron a la vez de un salto, gritando y gimiendo con los pelos de punta como juncos vibrantes, y se quedaron mirándose unos a otros con los ojos dilatados por el terror.

SIMEONI.— ¡El día del Juicio!

JUHANI.— ¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos?

SIMEONI.— ¿Es que nos vamos de este mundo?

JUHANI.— ¡Ampáranos, Señor!

AAPO.— ¡Es terrible, es terrible!

TUOMAS.— ¡Vaya si lo es!

TIMO.— ¡Que Dios nos proteja, pobres de nosotros!

SIMEONI.— ¿Oís cómo tocan las campanas?
JUHANI.— Y el roquedal resuena y baila. ¡Oh, oh!
SIMEONI.— «Las campanas del cielo tocan».
JUHANI.— «Las fuerzas me abandonan».
SIMEONI.— ¿Es así, entonces, como nos vamos de este mundo?
JUHANI.— ¡Acude en nuestra ayuda, Dios misericordioso!
AAPO.— ¡Oh, qué horror!
JUHANI.— Tuomas, Tuomas, agárrate fuerte a mi chaqueta.
SIMEONI.— ¡Huy, huy! Ahora sí, ahora sí que nos vamos.
JUHANI.— ¡Tuomas, mi hermano en Cristo!
TUOMAS.— Aquí estoy, ¿qué quieres?
JUHANI.— ¡Reza!
TUOMAS.— Sí, claro, rezar…
JUHANI.— Reza, Timo, si sabes.
TIMO.— Procuraré hacerlo.
JUHANI.— ¡Vamos, no pierdas tiempo!
TIMO.— ¡Oh, Dios! ¡Qué tristeza tan grande! ¡Oh, trono de gracia de Belén!
JUHANI.— ¿Qué dices tú, Lauri?
LAURI.— ¡No se me ocurre nada en esta situación tan espantosa!
JUHANI.— ¡Ay, qué desgracia, qué infinita desgracia! Pero creo que todavía no estamos cerca del fin.
SIMEONI.— ¡Si al menos se nos concediera un día de plazo!
JUHANI.— Más bien, una semana, una preciosa semana. ¿Pero qué decir de esos terribles resplandores y de ese confuso sonido de campanas?
AAPO.— Hay un incendio en el pueblo, queridos.
JUHANI.— Tienes razón, Aapo, y por eso las campanas tocan a rebato.
EERO.— Está ardiendo el pajar de la casa del párroco.
JUHANI.— ¡Maldito lo que importa que ardan mil pajares mientras quede esta tierra podrida y sobre ella sus siete hijos pecadores! ¡Que Dios nos tenga de su mano! Tengo todo el cuerpo bañado en sudor frío.
TIMO.— También a mí me tiemblan los calzones.
JUHANI.— ¡Qué momento único en el mundo!
SIMEONI.— Así es como nos castiga Dios por nuestros pecados.
JUHANI.— Es verdad. ¿Por qué cantaríamos aquella maliciosa

canción sobre el Regimiento de Rajamäki?

SIMEONI.— Cantasteis desvergonzadamente contra Mikko y Kaisa.

JUHANI.— No hace falta que lo digas. Pero que Dios los bendiga y nos bendiga a todos, a todos, incluso al chantre.

SIMEONI.— Esa plegaria será grata al cielo.

JUHANI.— ¡Vayámonos ya de este lugar maldito! Allá abajo arde el infierno como un horno de maldición, y desde el roquedal los ojos nos lanzan miradas de indignación, y sabed que con toda justicia. El relato que hizo Aapo sobre esos ojos de gato es lo que nos da calambres en el espinazo. Larguémonos ya y que nadie olvide su bolsa y su cartilla. Vámonos, hermanos; vamos a Tammisto, a casa de Kyösti, si Dios nos guía, y mañana volveremos a casa, si aún seguimos vivos. ¡Andando!

LAURI.— Pero nos va a caer un chaparrón encima y nos mojaremos como ratas.

JUHANI.— ¡Deja que nos calemos, deja! Al menos habremos sido gratos a los ojos del Señor. ¡Adelante!

Emprendieron la marcha en fila y, al llegar al camino de arena, dirigieron sus pasos a la granja de Tammisto. Bajo los destellos de los relámpagos y el rugido de los truenos, que resonaban en todo el cielo, fueron andando hasta que descargó un verdadero diluvio. Entonces emprendieron una veloz carrera y llegaron al «abeto de Kulomäki», célebre por su altura y frondosidad, y que, alzándose al borde del camino, servía de refugio a muchos caminantes sorprendidos por la lluvia. Los hermanos se apiñaron alrededor del tronco mientras el aguacero rebotaba en el gigantesco árbol, y cuando escampó, reanudaron la marcha. Las fuerzas de la naturaleza se aplacaron, cesó el viento, se disiparon las nubes, y una luna pálida surgió sobre la bóveda del bosque. Los hermanos, sin prisa y ya calmados, chapotearon por el camino encharcado.

TUOMAS.— Cuántas veces me he preguntado de dónde puede venir la tormenta y qué serán esos relámpagos y esas resonancias.

AAPO.— Nuestro tío ciego decía que todo ese estruendo se produce en el cielo cuando la arena seca, arrastrada por los torbellinos, se cuela entre las masas de nubes.

TUOMAS.— Será así, tal vez.

JUHANI.— Pero las mentes de los niños imaginan cada cosa… ¿Qué diréis que pensaba yo de la tormenta cuando aún era pequeño y

me vestían con faldillas? ¡Qué rico! Pues pensaba que era Dios, que se paseaba en carroza por los caminos del cielo, con gran estrépito, y que saltaban chispas de las piedras del camino y de los aros de hierro de su carruaje. Ahora me río al pensarlo. Y es que un niño piensa como un niño.

TIMO.— ¡Pues anda que yo! Cuando era un mocoso que no abultaba ni tanto así y correteaba por el camino en camiseta mientras crujía la tempestad, mis ideas eran más o menos las mismas. Es Dios que labra sus campos, me decía, y descarga su látigo, fuerte como la verga de un toro, sobre las anchas ancas de su hermoso caballo, y los golpes resplandecen como cuando salen chispas del lomo de una yegua cuando se la frota. ¡Qué cosas!

SIMEONI.— Cuando yo era niño pensaba, y todavía lo pienso ahora, no creáis, que el relámpago y el trueno del cielo significan que Dios se siente ofendido por los pecados de la tierra; porque grandes son los pecados de los hombres, innumerables como los granos de arena del mar.

JUHANI.— No hay que negar que aquí en la tierra se cometen pecados, esta es la verdad, pero hay veces que se purgan bien. Acuérdate, hijo mío, de nuestro viaje a la escuela y de lo mucho que nos hicieron sufrir. El chantre nos hincó sus garras y nos sacudió como un halcón sacude a su presa. Solo de pensarlo me rechinan los dientes.

Pero el camino se iba acortando en la noche y, cuando quisieron darse cuenta, estaban en la granja de Tammisto, donde entraron muy circunspectos. Kyösti, un hombretón fuerte como un roble, era el único hijo de la granja, que prefería vivir aislado y arreglárselas por su cuenta, sin preocuparse de ser el amo. Tiempo atrás había vagado de pueblo en pueblo como un poseso, predicando y sermoneando, perdida la chaveta por sus continuas meditaciones sobre cuestiones tocantes a la fe, según decían. Cuando por fin volvió a sus cabales, fue otra vez el que había sido, pero ya no se le vio reír. Y lo extraordinario del caso es que, desde entonces, los hermanos de Jukola, a quienes antes apenas conocía, se convirtieron en sus mejores amigos. En casa de este hombre entraron los hermanos buscando un refugio donde pasar la noche.

Capítulo cuarto

Al día siguiente, los hermanos volvieron en fila india a su casa en un estado deplorable, con las ropas hechas jirones y la cara llena de moratones y de cortes. Juhani, que encabezaba la fila, tenía el ojo izquierdo medio cerrado; Aapo tenía los labios hinchados, un gran chichón adornaba la frente de Timo, y Simeoni se arrastraba cojeando detrás de los demás. Todos llegaban más o menos señalados, uno ceñida la frente con una tela de saco, y el que no, con las heridas vendadas con jirones de la camisa. De esta guisa regresaban a casa tras su expedición a la escuela. Los perros de la granja, Killi y Kiiski, salieron a recibirles brincando y meneando la cola; pero los hermanos no tenían ánimos para corresponder a las carantoñas de los fieles guardianes.

Pero ¿quién había dejado tan maltrechos a los hermanos? ¿Quién había maltratado así a los fuertes hijos de Jukola? ¡Quién hubo de ser sino los mozos de Toukola, ansiosos de venganza! Sabiendo estos que sus enemigos pasaban la noche en Tammisto, se juntaron, en número de veinte hombres, en una belicosa pandilla, escondiéndose al acecho tras los arbustos que flanqueaban el camino. Allí, armados con fuertes estacas, aguardaron largo rato dormitando y, al aproximarse los escolares, cayeron sobre ellos desde ambos lados del camino. Se armó, pues, la gran reyerta, durante la cual llovió sobre los hermanos un diluvio de porrazos. Pero los mozos de Toukola también recibieron lo suyo, y más de uno se tambaleó bajo los formidables puños de los hermanos. A dos de los mozos, Eenokki de Kuninkala y Aapeli de Kissala, tuvieron que llevárselos a sus casas sin sentido. La brecha abierta en la cabeza de Aapeli brillaba desde la nuca a la frente como el fondo de un plato de estaño, por obra y gracia de los puños de Juhani.

Finalmente, agotados y maltrechos, los hermanos se sentaron en

la espaciosa sala de la granja.

JUHANI.— ¿A quién le toca hoy calentar la sauna?

TIMO.— A mí.

JUHANI.— Pues ya estás calentándola hasta que crepiten las piedras del hornillo, anda.

TIMO.— Voy a encargarme de ello.

JUHANI.— Y pon todos tus sentidos, porque nuestras heridas necesitan vapor abundante. Y tú, Eero, acércate a casa de Routio por un cuartillo de aguardiente, que le pagaremos con el mejor tronco de nuestros bosques. ¡Vamos, un cuartillo de aguardiente!

SIMEONI.— Oye, tú, ¿no será demasiado?

JUHANI.— Apenas bastará para dar friegas a siete tíos. ¡Tenemos tantas heridas como estrellas hay en el cielo, bien lo sabe Dios! Este ojo me quema y me escuece que da pena, pero más aún me escuece la bilis y me quema el corazón dentro del pecho. Sin embargo, no hay por qué quejarse. ¡Juhani de Jukola aún está vivito y coleando!

Llegó la noche, una triste noche de septiembre. Eero volvió de la casa de Routio con el aguardiente, y Timo declaró que la sauna estaba lista, lo cual calmó en parte la irritación de los hermanos. Fueron a tomar la sauna; Timo arrojó agua a las piedras hasta que crujieron estrepitosamente, mientras una nube de vapor cálido giraba dentro del recinto. Todos agitaron con energía los hacecillos de ramas de abedul, hojosas y blandas, y se lavaron y curaron las heridas. Desde lejos se oía el golpeteo de las ramas sobre los cuerpos en la sauna.

JUHANI.— Menuda polca turca están recibiendo nuestras heridas. No existe remedio mejor que un baño de vapor para el cuerpo y el alma enfermos. Pero el ojo me escuece a más no poder. ¡Peor para ti! ¡Cuanto más escuezas y piques, más calor te pondré! ¿Cómo van tus morros, Aapo?

AAPO.— Deshinchándose poco a poco.

JUHANI.— Dales fuerte, como el buhonero ruso zurra a su jaca, y verás qué pronto se ablandan. Más vapor, Timo, ya que te toca servirnos esta noche… ¡Así, hijo mío, así! ¡Venga, dale más! ¡Huy, qué calor, qué calor! ¡Así, así, mi hermanito burlón!

LAURI.— Se siente el calor hasta en las uñas.

JUHANI.— ¡Que las uñas también reciban lo suyo!

AAPO.— Deja ya de echar agua o tendremos que salir de aquí pitando.

EERO.— Animémosle un poco más y pronto estaremos carbonizados.

JUHANI.— Para ya, Timo, no eches más agua. ¡Por el diablo, no eches más!

SIMEONI.— ¡Sí, ya bajo, desgraciado! ¡Ah, si supierais por qué!

JUHANI.— Dínoslo.

SIMEONI.— Hombre, piensa en el fuego eterno y reza noche y día.

JUHANI.— ¡Vaya idiotez! Dale al cuerpo lo que te pide, porque cuanto más caliente está el vapor, más eficaz es la cura; bien lo sabes.

SIMEONI.— ¿De quién es esta agua caliente del cubo que está junto al horno?

JUHANI.— «Mía es la casa, Colasa». No la toques.

SIMEONI.— Solo cogeré cuatro gotas.

JUHANI.— Guárdate de cogerla como del mismo diablo. ¿Por qué no has calentado agua para ti, eh?

TUOMAS.— ¿Por qué te enfadas por nada? Anda, Simeoni, cógela de mi cubo.

TIMO.— O del mío, que está ahí debajo de las gradas.

JUHANI.— Bueno, ya puedes coger también de mi cubo, pero deja al menos la mitad.

LAURI.— Eero, no hagas el bestia, si no quieres rodar de cabeza por los escalones.

AAPO.— Eh, vosotros dos, ¿qué estáis haciendo en ese rincón?

JUHANI.— ¿A qué viene tanto ruido, si puede saberse?

LAURI.— Me está soplando en la espalda.

AAPO.— Estate quietecito, Eero.

JUHANI.— ¿Será quisquilla?

SIMEONI.— ¡Ay, Eero, Eero! ¿Es que ni el calor del vapor te hace pensar en el infierno? ¡Acuérdate de Juho de Hemmola, acuérdate de él!

JUHANI.— En su lecho de dolor vio el lago de fuego, del que se salvó gracias a que, como le dijeron, se había acordado del infierno siempre que estaba en las gradas de la sauna. Pero… ¿es la luz de la mañana la que entra por esa rendija?

LAURI.— La brillante luz de la mañana.

JUHANI.— ¡Pues sí que estamos buenos! Nuestra sauna está ya que

se cae de vieja. Lo primero que pienso hacer cuando mande es construir otra nueva.

AAPO.— La verdad es que sí, que nos hace falta una nueva.

JUHANI.— Y que lo digas. Necesitamos una resistente y nueva. Una granja sin sauna no vale nada; es imprescindible para bañarse y para los partos del ama y de las mujeres de los criados. Y es que una granja, si se precia de tal, necesita una sauna que eche humo, un perro que ladre, un gallo que cante y un gato que maúlle. Así pues, mucho trabajo y muchos quebrantos le esperan al que se haga cargo de nuestra finca. Oye, Timo, necesitaríamos más vapor aún.

TIMO.— Lo habrá.

SIMEONI.— Pero no olvidemos que es noche de sábado.

JUHANI.— Y mucho ojo, no vaya a ser que nuestros pellejos cuelguen pronto de una barra, como el de aquella criada. Fue algo que da un susto al miedo.

SIMEONI.— Sí, hombre, aquella muchacha que nunca iba a la sauna con las demás, y que aprovechaba cuando toda la gente estaba durmiendo, y que un día se entretuvo allí más que de costumbre. Entonces fueron a ver, ¿y qué es lo que encontraron? Solo su piel en una barra. La habían despellejado con manos expertas: solo quedaban los cabellos, los ojos, las orejas, la boca, y también las uñas.

JUHANI.— Pues que esa historia nos sirva de… ¡Mirad, mirad con qué ansia absorbe mi espalda el vapor! Como si no hubiera probado las ramas de abedul después de Año Nuevo.

LAURI.— Pero ¿quién despellejó a la criada?

TIMO.— ¿Y tú preguntas quién?

JUHANI.— El diablo en persona.

TIMO.— El que anda al acecho como león rugiente. ¡Oh, terrible caso!

JUHANI.— Timo, alcánzame la camisa, allí, sobre la barra.

TIMO.— ¿Cuál, esta?

JUHANI.— ¡No! ¿Cómo te atreves a ofrecer a un hombre el jubón de Eero? Esa, la que está en medio.

TIMO.— ¿Esta?

JUHANI.— Sí, esa. ¡Esta sí que es una camiseta de hombre! Gracias… ¡Un caso terrible, ya lo creo! Me refiero a lo que estábamos

hablando antes. No hay que olvidar que «lo mejor de la fiesta es la víspera». Y ahora vamos a lavarnos para estar tan limpios como si saliéramos de las hábiles manos de la partera, y luego volveremos a la casa con la camisa bajo el brazo, para que nuestros cuerpos calientes se refresquen al aire. Me parece que mi apreciado ojo va curándose.

SIMEONI.— Pues lo que es mi pie, lejos de curarse, me duele y me atormenta como si estuviese metido en ceniza caliente. ¿Qué voy a hacer con este pie, desgraciado de mí?

EERO.— Cuando estemos en casa, vete a dormir tranquilamente y pídele al cielo un ungüento que te cure. Luego dale gracias a tu Creador por haber evitado que «tu pie tropiece contra una piedra», como dice la oración que rezamos cuando vamos a acostarnos.

SIMEONI.— Ni caso. Me entra por un oído y me sale por el otro.

EERO.— Pues pide también un remedio para los oídos. Pero, venga, muévete, o el diablo se apoderará de ti aquí mismo.

SIMEONI.— Mis oídos, quiero decir los oídos espirituales, son sordos para ti. ¡A ver si te enteras, hombre!

EERO.— Sal de ahí si no quieres que tu piel cuelgue pronto de una barra, y esto en el sentido material.

Desnudos y recalentados, se encaminaron de la sauna a la casa, y sus cuerpos curtidos brillaban como la corteza de abedul requemada por el sol. Cuando estuvieron dentro, se sentaron para descansar un poco, mientras el sudor goteaba por su piel. Luego se vistieron sin prisa. Juhani se puso entonces a preparar un brebaje para curar las heridas de todos los hermanos, para lo cual puso al fuego un viejo caldero de hierro en el que echó un jarro de aguardiente, dos cuartos de pólvora, un cuarto de polvo de azufre, y otro tanto de sales. Cuando la mezcla hubo hervido cerca de una hora, la retiró del fuego y la dejó enfriar; el ungüento, pastoso y negro como la pez, se hallaba dispuesto. Los hermanos ungieron con él las heridas, poniendo especial cuidado en las de la cabeza, y las recubrieron luego con una capa de alquitrán. Permanecieron un buen rato con los dientes apretados y la cara contraída en una mueca de dolor: tal era el efecto que la enérgica pócima producía en las heridas. Luego, Simeoni fue a preparar la cena, colocando sobre la mesa siete panes redondos, un trozo de carne de buey y

una fuente de nabos. Pero aquella noche no tenían el mismo apetito que de costumbre, por lo que pronto se levantaron de la mesa, se desnudaron y se fueron a acostar.

La noche era oscura, silenciosa y tranquila. Pero, de pronto, los alrededores de Jukola se iluminaron. ¡La sauna estaba ardiendo! Timo había calentado tanto las piedras grises del horno que la pared empezó a calcinarse hasta que, finalmente, salió ardiendo. Y así, en la más prodigiosa paz, la caseta fue convirtiéndose en cenizas sin que nadie lo advirtiera. Al amanecer, de la sauna de Jukola no quedaban más que unos cuantos tizones candentes y los restos abrasados del horno. Por fin, hacia el mediodía, se despertaron los hermanos, se levantaron en bastante mejor estado que se habían acostado, se vistieron y se sentaron a dar buena cuenta del almuerzo, que esta vez encontraron suculento. Estuvieron largo rato come que te come, sin pronunciar palabra, hasta que acabaron hablando de la inesperada refriega que tuvo lugar en el camino, entre Tammisto y Toukola.

JUHANI.— La verdad es que esos bandidos que se nos vinieron encima con palos y estacas nos dieron una paliza de las de no te menees. ¡Maldita sea! De haberlo sabido, no nos hubieran pillado desarmados, y hoy estarían haciendo tablas para ataúdes en el pueblo de Toukola, y el enterrador no daría abasto. Pero a ese Aapeli de Kissala le di lo suyo, ya lo creo.

TUOMAS.— Toma, como que una tira blanca y sin pelo le cruzaba la cabeza desde la frente hasta la nuca, como la Vía Láctea el cielo de otoño.

JUHANI.— ¿Se la viste?

TIMO.— Claro que se la vi.

JUHANI.— Recibió su merecido. Pero los otros…, los otros… ¡Dios santo!

EERO.— Tenemos que vengarnos de una manera ejemplar.

JUHANI.— Vamos a exprimirnos la sesera hasta que se nos ocurra un plan de venganza que no se pueda comparar.

AAPO.— ¿Para qué atraer sobre nosotros males eternos? Recurramos a la ley y a la justicia, y no a la fuerza de los puños.

JUHANI.— ¿Conque a la ley y a la justicia, eh? Al primer tipo de Toukola que agarre me lo como crudo, con piel y pelos.

SIMEONI.— ¡Oh, desgraciado hermano mío! ¿Piensas alguna vez

verte en compañía de los herederos del cielo?

JUHANI.— ¡Me río yo del cielo si no puedo ver a Matti de Tuhkala chorreando sangre y con las tripas fuera!

SIMEONI.— ¡Monstruo, que eres un monstruo! Vas a hacerme llorar.

JUHANI.— Llora si quieres por la muerte del gato, pero no por mí. ¡Bah! ¡Lo haré salchichas!

TUOMAS.— Juro y prometo que algún día me las pagará esa mala bestia. Solo los lobos tratan así a la gente.

JUHANI.— Los lobos rabiosos. Yo también lo juro.

AAPO.— Esa venganza se volvería contra nosotros; en cambio, una sentencia legal los castigaría y nos compensaría.

JUHANI.— Ya. Pero la ley no les zurraría la badana para aliviarnos de las heridas que nos causaron.

AAPO.— Pero se resentirán sus bolsillos y su honor.

SIMEONI.— Desistamos de tomar una venganza sangrienta y acudamos a la ley. Esto opino yo, aunque no me hacen ninguna gracia los trapicheos de los tribunales.

JUHANI.— Si a eso vamos, no seré yo quien caiga en la trampa. La verdad es que uno tiembla de pies a cabeza cuando se presenta por primera vez ante el tribunal; pero si tiene coraje, pronto se rehace. Todavía me acuerdo de cuando me citaron como testigo en el caso de esa pobre Kaisa de Koivula, que reclamaba una pensión alimenticia para su hijo, y recuerdo cuando el comisario gritó: «¡Juhani, hijo de Juhani de Jukola, del pueblo de Toukola!».

TIMO.— «Y su hermano menor, Timoteo», porque yo también estaba allí, mira tú por dónde. Y a Kaisa le asignaron un padre para su hijo. Yo también fui testigo, Juhani.

JUHANI.— ¡Pues claro, hombre, claro! Y todo estaba lleno de gente, el vestíbulo, la escalera, la sala… Yo estaba en la antesala, discutiendo con Kyösti de Tammisto sobre cómo se debía hablar ante la justicia. Estábamos en plena conversación, yo tirándole de los botones de la levita, así, mira, cuando el comisario, ese cazalobos, gritó en voz tan alta que todo quisque levantó los ojos y abrió las orejas: «¡Juhani, hijo de Juhani de Jukola, del pueblo de Toukola!».

TIMO.— «¡Y su hermano menor, Timoteo!». Y entonces, ya ves lo que son las cosas, Kaisa tuvo un padre para su hijo.

JUHANI.— Sí que lo tuvo.

TIMO.— Aunque no se nos tomó juramento.

JUHANI.— No, no juramos, aunque nuestra declaración firme y verdadera fue tenida muy en cuenta.

TIMO.— Y nuestros nombres, que quedaron escritos en los papeles, han llegado en los protocolos y en las suplicatorias nada menos que hasta el emperador, fijaos.

JUHANI.— Así es. Pues como iba diciendo, el comisario gritó mi nombre, y entonces sentí que el corazón se me encogía; pero pronto se me levantó el ánimo y dejé que por mi boca, como por la de un apóstol en persona, saliera el lenguaje inalterable de la verdad, importándome un comino los dimes y diretes y las risitas y sonrisitas de toda la audiencia.

TIMO.— Así, así es como le lían a uno en la sala del tribunal, y todo sale a pedir de boca. Aquello está lleno de nudos corredizos y de zancadillas.

JUHANI.— Tienes razón; pero el derecho y la verdad siempre salen a flote, a pesar de todas las artimañas.

TIMO.— Sí, a pesar de tantos trucos y laberintos, a menos que el mismo diablo se meta a abogado y convierta la noche en día y el día en noche, y el alquitrán negro en leche cuajada. Pero una cosa es lo mismo de buena que dos, y así, ¿por qué no habrá establecido Dios las decisiones de la justicia en una base mucho mucho más sólida? ¿Qué falta hacen los testigos y los interrogatorios liosos y todos los chanchullos de los hombres de leyes? A mi parecer, tendría que haber un camino mucho más recto hacia la justicia y la verdad cuando un caso se presenta oscuro y no hay modo de aclararlo. Veréis. Todo el tribunal, encabezado por el juez, saldría de la sala, donde el comisario o el montero haría sonar un cuerno de abedul, que se llamaría la trompeta del tribunal, dirigiendo la boca hacia las altas estancias del Señor. Entonces el cielo se abriría y el ángel de la justicia se aparecería a todo el pueblo y preguntaría en voz alta: «¿Qué quiere el comisario?». El comisario contestaría con voz retumbante: «¿El acusado es inocente o culpable?». Y entonces el ángel iluminado pronunciaría una sentencia que todos acatarían sin rechistar, y el acusado se iría bajo la protección del Señor o le sacudirían la badana. Creo que así todo marcharía bien.

JUHANI.— ¿Y para qué tantas ceremonias y ringorrangos? Os diré cómo arreglaría yo el asunto. Si yo fuese el Creador, haría lo siguiente: el acusado declararía ser cierto lo que ha dicho, bajo juramento solemne. Si dijese la verdad, podría irse a casa; pero si se le viniese a la cabeza decir mentiras, la agusanada tierra se abriría bajo sus pies y se lo tragaría el infierno. Este sería el camino más derecho hacia la verdad.

AAPO.— Sí, podría emplearse ese sistema, pero tal vez esté mejor como lo ha dispuesto el Padre que todo lo sabe.

JUHANI.— ¿Mejor? ¿Y tenemos más mataduras y arañazos en nuestro cuerpo que los gatos en marzo? ¿Es bonito esto? ¡Un cuerno! ¡Este mundo es lo más estúpido que puede verse bajo el sol!

SIMEONI.— Así lo ha dispuesto Dios todo, para probar la fuerza del hombre en la fe.

JUHANI.— ¡La fuerza en la fe! El Señor prueba, examina, y con todos sus exámenes vuelan las almas como mosquitos a los castigos eternos, allí donde yo no enviaría ni una serpiente, aunque, ¡pobre de mí!, soy un miserable pecador.

TUOMAS.— La vida y el mundo son un mal juego. Pocas esperanzas de salvación le quedan a uno, si los elegidos no son hoy más numerosos que Josué y Caleb entre los seiscientos mil hombres.

JUHANI.— Dices verdad. Pero, entonces, ¿qué es esta vida? ¡La antesala del infierno!

SIMEONI.— ¡Ay, Juhani, Juhani! ¡Vigila tu alma y pon freno a tu lengua!

JUHANI.— El infierno completo, digo, si me dejo llevar por mi peor humor. Yo soy aquí un alma en pena, y esos miserables de Toukola son verdaderos diablos con el tridente en la mano. Los hombres son para nosotros espíritus malignos.

AAPO.— Adentrémonos en nuestro pecho. Puede ser que nosotros mismos hayamos provocado y mantenido el odio de los hombres. Recordemos cómo hemos asolado sus campos de nabos y sus sembrados de guisantes y pisoteado el heno de las orillas en nuestras excursiones de pesca, y cómo matábamos los osos que ellos habían acorralado, y cometimos otras muchas vilezas sin preocuparnos de las amenazas de la ley ni de la voz de nuestra conciencia.

SIMEONI.— Hemos agraviado al cielo y a la tierra. Muchas veces, al acostarme pensando en las diabluras de nuestra juventud, siento traspasado mi pecho miserable por la espada flamígera de la conciencia, y me parece escuchar un lejano murmullo, como el de la lluvia lejana y susurrante, y una voz temible me dice al oído: «Es el llanto de Dios y de los hombres por los siete hijos de Jukola». Hermanos, la perdición nos espera, y la estrella de la felicidad no brillará para nosotros hasta que no corrijamos nuestras relaciones con los demás. ¿Por qué no vamos a pedir perdón, prometiendo vivir en adelante de otra forma?

EERO.— Lloraría si supiera, ay, Simeoni, Simeoni. «Por poco más…». Sí, por poco más. «Pero, por ahora, retírate».

SIMEONI.— Bueno, bueno. El último día nos veremos, seguro.

TIMO.— ¿Agachar la cabeza para pedir perdón? No creo que pudiera hacerlo.

TUOMAS.— Nunca jamás, mientras el cuervo sea negro.

EERO.— En eso llegará el día del Juicio, porque entonces el cuervo será blanco como la nieve, como dice la canción del niño alegre y su adorada madre. Por mi parte, prefiero no rogar hasta que quememos el último cartucho.

JUHANI.— Créeme, Simeoni, a nada conduce andar preocupándose por la salud del alma y pensar siempre en el diablo y los diablejos. Esas ideas pueden volverte majareta o ponerte la soga al cuello. Hay que considerar nuestras pasadas locuras como juegos y travesuras propios de la juventud, más que como verdaderos pecados. Además, he llegado a convencerme de que en este mundo hay que cerrar muchas veces los ojos y hacerse el distraído, como si uno no viera lo que ve y supiera lo que sabe. Hay que hacerlo así para salir del atolladero de la vida. No abráis tanto los ojos, que no hace falta. Me refiero a los pecados de poca monta contra Dios, más que a los cometidos contra los hombres, porque el prójimo y el vecino también tienen que ir de tapadillo por la vida. Pero Dios sabe contener su cólera, por lo que siempre perdona a quien se lo pide con corazón sincero. O sea, que yo creo que no es menester comparar siempre y en todo lugar y con tanto detalle nuestras acciones y bellaquerías con la palabra de Dios y sus mandamientos, sino que es preferible mantenerse en el justo medio. Evitemos, pues, los pecados muy

gordos e imploremos un bálsamo para nuestros ojos. Y en cuanto a los pecados veniales, los que van dirigidos contra Dios, por supuesto, no es preciso que cebemos con ellos el anzuelo de nuestra conciencia. El medio, el justo medio es lo que importa.

SIMEONI.— ¡Oh, gran Dios! Ya veis lo que Satanás susurra al oído de los hombres.

TIMO.— Igualito que las peroratas que la mujer de Olli le suelta a la señora de Mäkelä cuando no pueden reprimir su afición a la bebida.

AAPO.— Juhani ha pronunciado algunas palabras que me han dejado perplejo e indignado. ¿Es eso, hermano, lo que nos enseñan los mandamientos de Dios? ¿Así nos ha educado nuestra madre? ¡No, por cierto! Para Dios, una cosa es como mil y mil como una. ¿Qué enredo es ese de pecados veniales y justo medio, eso de servir a dos amos a la vez? Dime, Juhani, ¿qué es el pecado?

JUHANI.— ¿Qué es la verdad? ¡Oh, tú, Salomón de Jukola, señor licenciado y Viejo Paavo de Savonia! «¿Qué es el pecado?». Vamos, dime, «¿qué es el pecado?». He aquí una pregunta inteligente a más no poder. «Le hierve la sesera a nuestro niño», ya lo creo. Sí, ¿quién tiene algo más que decir? ¡Que qué es el pecado! ¡Je, je! ¿Qué es la verdad?, pregunto yo.

TUOMAS.— ¿Por qué divagas y te escurres así, hijo? Debes saber que la doctrina que nos has expuesto es la del espíritu del mal.

JUHANI.— Deseo poneros un ejemplo vivo que confirma lo que creo. ¿Os acordáis del viejo curtidor del pueblo? Después de atiborrarse la cabeza con las ideas más raras sobre el alma, sobre el pecado y del Mammón de este mundo, el pobre cambió por completo de vida. De pronto decidió no entregar ni recibir pieles los domingos, y eso sabiendo lo importante que es para un campesino matar dos pájaros de un tiro. En vano le aconsejaron sus amigos al notar que cada día tenía menos trabajo, mientras que su vecino colega no daba abasto. El necio respondía siempre: «Dios bendecirá el trabajo de mis manos, aunque disminuya; en cuanto al que presume de quitarme ahora el pan de la boca, acabará segando maldiciones con el sudor de su frente, porque no santifica el día del Señor». Así hablaba el desgraciado, que, eso sí, se pasaba todos los domingos sin dar

golpe, con el Libro de los Salmos en la mano, los ojos perdidos y el cabello tieso como el de Pietari de Pommi. ¿Y qué le pasó al fin? Ya lo sabemos. Hubo de coger el bastón de mendigo, que es el más pesado que haya, y echarse a los caminos. Y ahora va de pueblo en pueblo, emborrachándose siempre que puede. Yo me lo encontré un día en la loma de Kanamäki, a orillas del camino, sentado en el banco de su trineo, con una tajada de miedo. «¿Cómo van sus negocios, curtidor?», le pregunté. «Tirando», me contestó con una mirada embrutecida. Y le volví a preguntar: «¿Cómo va esa salud, maestro?». «Tirando», me contestó, y prosiguió la marcha empujando el trineo delante de él mientras tarareaba una canción estúpida. En esto paró su vida, mientras que el otro curtidor hizo fortuna y murió rico y feliz.

AAPO.— Su poca fe y su orgullo espiritual fueron la causa de la ruina del curtidor, y lo mismo les pasará a los que hagan como él. Pero tu doctrina es falsa doctrina, y tu fe falsa fe.

SIMEONI.— ¡Los falsos profetas y el final del mundo!

TIMO.— Juhani quiere convertirnos a la fe de los turcos; pero de mí no obtendrás nada, porque soy sólido y firme como el ojo del hacha.

JUHANI.— Tuomas, alcánzame ese medio pan que está en el extremo de la mesa. ¿De manera que «los falsos profetas», eh? No quiero arrastrar a nadie al pecado y a la maldad, y por lo que a mí se refiere, sería incapaz de robarle una lezna a un zapatero ni una aguja a un sastre. Pero me cabreo cuando veo que mis intenciones se malean siempre y que, siendo apenas morenas, se hacen negras como la pez.

AAPO.— Has hablado con tal claridad que no se te puede malentender, pues planteaste el asunto punto por punto, párrafo por párrafo.

TIMO.— Me juego la cabeza a que quería convertirnos a la fe de los turcos.

SIMEONI.— ¡Dios se apiade de él!

JUHANI.— ¡Callaos de una vez! No soporto que ruegues a Dios por mí y me eches prédicas como pastor de ojos de cordero. Todavía me queda un poco de buen sentido, aunque no sea yo un ejemplo de sabiduría como nuestro Aapo.

AAPO.— ¡Pobre de mí! Mucho me falta para ser sabio, bien lo sabe

Dios.

JUHANI.— Sí, un ejemplo de sabiduría, y cierra la boca si no quieres que te la cierre yo de un puñetazo y te quede peor que ayer, te lo advierto. ¡Puaff! Y dejo de tragar porque ya tengo la andorga llena.

TIMO.— Me parece que todos estamos hartos como abejorros.

EERO.— Ahora que me doy cuenta, ¿dónde está la sauna, que no la veo?

JUHANI.— ¿Qué puede ver una peonza como tú? Pero… ¡si se ha ido al quinto infierno!

EERO.— Nada de eso: al cielo sobre un carro de fuego.

JUHANI.— ¿Se habrá quemado?

EERO.— ¡Qué sé yo! No es cosa que me importe, puesto que es la sauna del amo de Jukola y no la mía.

JUHANI.— Pero, si no me engaño, el cuerpo de Eero tomó en ella un buen baño ayer. Claro, claro, es muy bonito echarlo todo a la espalda del amo. Vamos a ver qué ha pasado. ¿Dónde está mi gorro? Pues sí, hermanos, observo que nuestra sauna ha quedado reducida a cenizas.

Salieron a ver qué había sido de la sauna y comprobaron que no quedaban de ella más que las paredes ennegrecidas del horno y los escombros humeantes. Llenos de pena, contemplaron los hermanos aquel cuadro desolador, y finalmente volvieron a la casa. Juhani entró el último con dos goznes que tiró muy enfadado sobre la mesa.

JUHANI.— ¡Bueno! Ya está Jukola sin sauna.

EERO.— Juhani dijo que una granja sin sauna no es nada.

JUHANI.— Timo se excedió calentando aquel querido horno y en cenizas se convirtieron las adoradas vigas ennegrecidas y las paredes a cuyo resguardo todos vimos la luz. Digo que Timo caldeó mucho la sauna.

TIMO.— Pero fue por orden tuya, y tú lo sabes.

JUHANI.— ¡Vete al diablo con la orden! Menuda gracia habernos quedado sin sauna. ¡Con el trabajo que cuesta construir una! ¡Y la construcción no es precisamente lo que da pan!

AAPO.— Sí que es un fastidio, sí. Pero la pobre era vieja y tenía las esquinas llenas de rendijas. Tú mismo dijiste ayer que teníamos que construir una nueva.

JUHANI.— No niego que era vieja y que los troncos estaban requemados hasta la médula; pero hubiera aguantado aún un par de años más. La granja no tiene medios para meterse en construcciones. Habrá que empezar por los campos.

TUOMAS.— Contigo les pasará a los campos lo mismo que le pasó el verano pasado a la hermosa pradera de Aroniitty, donde echamos a perder aquel heno que daba gloria mirarlo, sin que recibiera un solo golpe de hoz. Esa fue tu voluntad. Sin embargo, cuando te recordaba aquella siega, tú contestabas: «Todavía estamos a tiempo, aún crece la hierba; se la oye crecer».

JUHANI.— Esa es ya una historia vieja, y tu palabrería no remediará lo hecho. El año que viene crecerá el heno más abundante. Pero… ¿quién es ese hombre que se acerca a nuestra casa por allí, por el campo?

TUOMAS.— Es el asesor Mäkelä. ¿Qué tripa se le habrá roto?

JUHANI.— El diablo anda suelto. Seguro que viene en nombre de la ley a causa de la maldita pelea con esos bigardos de Toukola.

AAPO.— Por lo que se refiere a la última trifulca, la ley está a nuestro favor; pero si se trata de la agarrada anterior, hay que ir con pies de plomo. Dejad que yo le exponga la situación.

JUHANI.— Como hermano mayor que soy, quiero tener también voz, puesto que se trata de nuestro interés común.

AAPO.— Está bien, pero procura no comprometernos; será mejor obrar con un poco de astucia.

JUHANI.— Lo sé.

Entró Mäkelä, el competente y benévolo asesor. Su visita se debía a otra causa muy distinta de la que suponían los hermanos.

MÄKELÄ.— ¡Buenos días!

LOS HERMANOS.— ¡Buenos días!

MÄKELÄ.— ¿Pero qué horrores son estos que estoy viendo? ¿En qué os habéis metido, muchachos? Desolladuras, moratones, cortaduras, la cabeza llena de chichones… ¡Pero criaturas!

JUHANI.— «El perro se lame sus propias heridas»; pero ya pueden irse preparando los lobos. ¿A esto debemos ahora su visita?

MÄKELÄ.— ¿Y yo qué sabía de esto? ¿Cómo es posible que unos hermanos se maltraten así? ¡Qué vergüenza!

JUHANI.— Se equivoca usted, Mäkelä. Los hermanos se portan como

ángeles. Todo esto que usted ve es obra de los vecinos.

MÄKELÄ.— Entonces, ¿quién lo ha hecho?

JUHANI.— Nuestros queridos vecinos. ¿Pero puede saberse por qué razón ha venido a visitarnos?

MÄKELÄ.— Por una razón grave. Muchachos, muchachos, ha llegado para vosotros el día de la desgracia.

JUHANI.— ¿Y qué día es ese?

MÄKELÄ.— El día de la vergüenza.

JUHANI.— ¿Y cuándo amanecerá ese día?

MÄKELÄ.— He recibido del pastor la orden formal de conduciros a la iglesia el domingo que viene.

JUHANI.— ¿Pero para qué nos quiere en la iglesia?

MÄKELÄ.— Hablando claro, para exponeros en los cepos.

JUHANI.— ¿Por qué motivo?

MÄKELÄ.— Tiene muchos motivos. ¡Pobres tontos! Rompisteis una ventana del chantre y huisteis como lobos.

JUHANI.— El chantre nos arrancaba el pellejo como un lobo rabioso.

MÄKELÄ.— ¿Y qué os ha hecho el pastor?

JUHANI.— Ni una picadura de pulga.

MÄKELÄ.— Y, sin embargo, vosotros le habéis puesto en solfa y ultrajado por medio de Kaisa, la de las ventosas, esa deslenguada y sinvergüenza. A modo de saludo habéis enviado, por medio del horrible Regimiento de Rajamäki, obscenidades y porquerías sin venir a cuento, ¡a él, un hombre tan respetable!, ¡a nuestro querido pastor! ¡Sois unos atrevidos impertinentes!

JUHANI.— «Es verdad, pero falta probarlo», como dijo el otro, que no yo.

MÄKELÄ.— Pues bien, habéis de saber que nuestro pastor se vengará cumplidamente de vosotros. Será implacable.

AAPO.— Siéntese, Mäkelä, y hablemos de este asunto con calma y en profundidad. Examine este punto: ¿acaso el pastor podrá encastrarnos en los cepos solo por los chismorreos de una mujer como Kaisa? ¡Nunca jamás! Antes tendrá que determinar, con arreglo a la ley, lo que se ha dicho y cómo se ha ofendido su honor.

JUHANI.— «Antes de pegar, mira dónde das», eso ya se sabe.

MÄKELÄ.— Pero es que además hay otra cosa: ¡las lecciones de lectura! Según la ley de la Iglesia, el pastor tiene amplias

atribuciones al respecto, y las usará contra vosotros en su justa cólera.

JUHANI.— Por lo que toca a la lectura, podemos invocar el orden y la ley de Dios, que ha querido que todos nuestros esfuerzos resulten inútiles. Verá. Ya en el vientre de nuestra madre nos dio tan pocas luces que nos resulta imposible aprender a leer. ¿Qué culpa tenemos nosotros, Mäkelä, de que los frutos del espíritu estén tan mal repartidos en este mundo?

MÄKELÄ.— ¡Venga ya! Estáis equivocados si creéis que sois tan duros de mollera. La aplicación y la perseverancia todo lo pueden. Ahí tenéis a vuestro padre, que era uno de los mejores lectores de por aquí.

AAPO.— Pero nuestra madre no sabía ni la A, y a pesar de ello fue una buena cristiana.

JUHANI.— Que crio y educó a sus hijos en el temor de Dios. ¡El Señor la bendiga!

MÄKELÄ.— ¿No hizo nada por que alguien os diese instrucción?

JUHANI.— Hizo cuanto pudo. Se sirvió de la Vieja del Pinar, pero esta mujer, que tiene un genio de mil diablos, pronto empezó a molernos a palos, y su cabaña llegó a darnos tanto miedo como la cueva de un ogro. ¿Y qué pasó? Que acabamos por no volver más, aunque buenas palizas nos costó.

MÄKELÄ.— Bueno, entonces erais unos muchachos sin sentido; pero ahora sois unos hombres hechos y derechos, y un hombre fuerte y sano llega hasta donde se propone. Así que demostradles al pastor y a todo el mundo de lo que es capaz todo un hombre. No me explico cómo tú, Aapo, que eres tan sensato, que no andas corto de conocimientos y que retienes en la memoria todo lo que has visto y oído, no has cambiado ya de conducta.

AAPO.— La verdad es que sé muy pocas cosas. Sí, bueno, alguna idea tengo. Nuestro difunto tío, el ciego, nos contaba muchas historias, nos hablaba de la Biblia, de sus viajes por mar, de la estructura del universo, y siempre le escuchábamos embebidos.

JUHANI.— Escuchábamos con las orejas tiesas como las de las liebres cuando nos hablaba de Moisés, de los hijos de Israel, de los hechos escritos en el Libro de los Reyes, y de los prodigios del Apocalipsis. «Y el ruido de sus alas como estruendo de carros que corren al combate». ¡Válgame Dios, los milagros y las cosas

que sabemos! No somos unos paganos tan salvajes como la gente cree.

MÄKELÄ.— Pero si queréis ser miembros de la grey cristiana, habéis de empezar por el abecedario.

AAPO.— Mäkelä, vea usted en ese estante siete cartillas compradas en la ciudad, lo cual demuestra que queremos instruirnos. Si el pastor se dignara tener un poco de paciencia, creo que algo sacaríamos en claro.

JUHANI.— Sí, que tenga un poco de paciencia. Yo le pagaré el diezmo dos veces, y mientras dure la temporada de caza, no le faltará en la olla carne de pájaro joven.

MÄKELÄ.— Mucho me temo, cuando pienso en la cólera del pastor contra vosotros, tan violenta como justa, que los ruegos y las promesas no sirvan de nada.

JUHANI.— ¿Pues qué esperan él y usted de nosotros? ¡Está bien! Venga con setenta hombres, y aun así correrá la sangre.

MÄKELÄ.— Pero decidme, chicos, ¿cómo pensáis aprender la cartilla y el catecismo, que es el fin primordial que persigue nuestro pastor?

JUHANI.— Lo intentaremos aquí, en casa, con la ayuda de la Vieja del Pinar o de su hija Venla, puesto que las dos saben leer muy bien.

MÄKELÄ.— Siendo así, le comunicaré al pastor vuestras intenciones. Sin embargo, por vuestro propio bien, id a pedirle perdón por vuestra lamentable conducta.

JUHANI.— Lo pensaremos.

MÄKELÄ.— Haced lo que os aconsejo, y tened en cuenta que si el pastor no advierte que estáis dispuestos a aplicaros, os veremos un domingo sentados en los cepos a la entrada de la iglesia. Esto es lo que os digo; y ahora, adiós.

JUHANI.— ¡Adiós, adiós!

TUOMAS.— Oye, Juhani, ¿hablabas en serio cuando le dijiste lo de la vieja y de Venla? ¿Hablabas en serio cuando casi llegaste a prometerle que iríamos a arrodillarnos ante el pastor?

JUHANI.— ¡Qué iba a hablar en serio! Se lo dije para ganar tiempo. ¿De modo que la Vieja del Pinar o Venla guiando nuestros palitos de lectura? Todos los cerdos de Toukola se reirían de nosotros. Pero ya lo habéis oído: nos amenaza seriamente el

cepo, la horca de la vergüenza. ¡Maldita sea! ¿Es que no va a poder uno vivir a gusto y tranquilo en su propia casa sin molestar ni ofender a nadie? ¿Quién podría impedirlo? Pero lo digo y lo redigo: los pastores y los funcionarios con sus legajos y sus protocolos son demonios de la humanidad. ¡Ay de ti, cerdo negro! ¡Día maldito! Todas las desgracias y bajezas de este mundo se nos vienen encima de golpe y porrazo, y os aseguro que de buena gana me daría de cabezazos contra la pared. ¡Oh, tú, buey negro! Venla nos ha echado con cajas destempladas, nos han cantado una canción poniéndonos verdes, el chantre nos ha torturado como el diablo en persona, los bestias esos de Toukola nos han dejado como un terreno artigado, nos han sacrificado como a cochinillos en Navidad, y henos aquí como pobres andrajosos y maltrechos pidiendo caridades. ¿Y ahora qué? Nuestra casa carece del único regalo del pobre, del vapor cálido de nuestra vieja y querida sauna, cuyos escombros humean y se consumen bajo las cenizas. ¡Y por si fuera poco, viene la peor de las atrocidades! ¡Hum! Los cepos nos miran burlándose de nosotros por sus diez agujeros, desde el atrio de la iglesia. ¡Mundo amargo! Si este montón de desgracias no lleva a un hombre a abrirse la garganta con una navaja, ¿qué más hace falta? ¡Por los cuernos del diablo!

EERO.— Andas mal de memoria; los cepos no tienen diez agujeros.

JUHANI.— ¿Ah, no? ¿Pues cuántos tienen?

EERO.— ¿Cuántas estrellas tiene la Osa Mayor? ¿Cuántos son los hijos de Jukola?

JUHANI.— Somos siete muchachos. Por lo tanto, siete agujeros y siete muchachos. ¡Bueno, peor que peor! ¡Siete agujeros, para mayor sarcasmo! ¡Aquí tenéis la prueba de cómo la mala suerte y los hombres se ensañan con nosotros! ¡Siete agujeros grandes y redondos como el ojo de la rueda del molino! Ya es demasiada burla por parte de la suerte. Pero qué importa. Que nos arrojen todos los dardos de su rabia: nuestro corazón atormentado se volverá más duro que el acero refulgente; que viertan de todas partes contra nosotros su veneno como serpientes, y que nos caiga del cielo pura bilis, que nosotros les haremos frente con los ojos cerrados, rechinando los dientes y mugiendo como bueyes furiosos. Y aunque finalmente nos torturasen en los cepos con la

fuerza de la ley, allí permanecería yo con alegría.

AAPO.— ¿Por qué con alegría?

JUHANI.— Tú no conoces, hermano, el poder del odio. La idea de la venganza me hará olvidar toda la vergüenza, puesto que lo que ellos quieren es avergonzarnos. Solo pensar que me beberé la sangre del señor pastor tendrá para mi ánimo envenenado el sabor de la miel. Y no utilizaré cuchillo ni escopeta, como hizo aquel; le desgarraré la garganta con las uñas y los dientes como un lobo. Lo haré mil pedazos, y entonces saborearé de veras la miel de la venganza. Lo haré como lo digo, aunque tuviera diez vidas y en cada una me viese atormentado en un barril erizado de clavos. Esto no sería nada comparado con el placer de la venganza.

AAPO.— Tú mismo te estás revolviendo los malos humores. ¡Pobre hermano! Aplaca el fuego de tu corazón con el agua fresca sacada del rumoroso río de paciencia que fluye mansamente a través de la pradera.

SIMEONI.— Tienes la cara más negra que la pez, y tus ojos enrojecidos parece que van a salirse de las órbitas. ¡Apiádate de ti mismo!

TUOMAS.— ¿Duda alguien de que nos vengaremos si nos sientan en el banquillo de la infamia? Pero no perdamos el rumbo entre tanto. Aún queda alguna esperanza.

JUHANI.— Solo queda un rincón en la tierra donde el sol de paz pueda brillar para nosotros. En el lago de Ilvesjärvi, allá al pie de Impivaara, está el puerto donde podremos navegar al abrigo de la tempestad. Estoy decidido.

EERO.— Yo os seguiré también a la más profunda caverna de Impivaara, donde se cuenta que el viejo de la montaña hace hervir la pez, tocado con un gorro de cien pieles de cordero.

TUOMAS.— Iremos todos.

JUHANI.— Y allí construiremos un nuevo mundo.

AAPO.— ¿No nos pondrá allá la autoridad la mano encima?

JUHANI.— El bosque protege a sus criaturas. Allí estaremos en nuestra casa, nos hundiremos en lo profundo de la tierra, como los topos de ojos diminutos, y si quieren ir a buscarnos allí, conocerán las consecuencias de hostigar a siete osos en su guarida. Vamos, pues, a casa del curtidor para arreglar el

acuerdo. Durante diez años nuestra hacienda cambiará de manos.

SIMEONI.— Yo también anhelo un refugio de paz. Vamos, hermanos, a crearnos un nuevo hogar y un espíritu nuevo en el corazón del bosque.

JUHANI.— ¡Todos de acuerdo!

AAPO.— ¿Qué dices tú, Timo?

TIMO.— «¿Dónde va Colás? Donde van los demás», dice el refrán.

AAPO.— ¿Os marcharíais todos y me quedaría yo como un pino solitario en el corral de Jukola? ¡Ah, no! Todas las raíces y las ramas de mi ser están trabadas con las vuestras. Está decidido. ¡Quiera Dios que este cambio sea para bien! Voy con vosotros.

JUHANI.— ¡Muy bien! Y ahora, marchando a casa del curtidor para hacer un arriendo en toda regla. ¡Todos de común acuerdo!

Todos juntos fueron a formalizar el contrato, según el cual cederían su hacienda al curtidor por diez años, de acuerdo con las siguientes cláusulas estipuladas por escrito: el curtidor administraría y llevaría la granja durante diez años, los tres primeros sin pagar renta alguna; pero luego entregaría a los hermanos siete medidas de centeno al año y se comprometería a construir una nueva sauna antes de que expirase el contrato. Los hermanos tendrían derecho a cazar libremente en los bosques de Jukola hasta donde permitieran las leyes. En la parte norte de la finca, lindante con Impivaara, podrían desenvolverse y vivir a su antojo, tanto en los bosques como en las tierras de cultivo. El curtidor entraría en usufructo de la granja el día de Todos los Santos, pero los hermanos podrían permanecer en su casa natal durante todo el invierno próximo.

Tales eran las principales cláusulas del contrato.

Llegó noviembre. El curtidor se presentó en la granja con todas sus pertenencias y se hizo cargo de la explotación de Jukola por el tiempo previsto. Para escapar del pastor y de todos sus mensajeros, los hermanos vivieron casi todo aquel invierno en el bosque, deslizándose sobre los esquís, cazando por la zona y albergándose en la choza del carbonero que dominaba la pradera de Impivaara. La verdadera mudanza, sin embargo, que incluía el caballo y los aperos indispensables, no se produjo hasta llegado el verano. Pero, pensando ya en su futura morada, los hermanos empezaron a

derribar árboles para que se fueran secando hasta la primavera, y a acarrear grandes piedras para los basamentos que se asentarían en la parte alta de la pradera bajo la áspera montaña.

Así transcurrió el invierno, durante el cual los hermanos no tuvieron noticia alguna del pastor. No sabían si los esperaba o los había abandonado a su destino.

Capítulo quinto

Llegó la primavera y se fundieron las nieves. Por entonces, soplaba un viento suave, la tierra empezaba a vestirse de verdor y los abedules a cubrirse de hojas.

Los hermanos caminan de Jukola a Impivaara por un sendero tortuoso y accidentado a través de los bosques. Llevan la escopeta al hombro y a la espalda la mochila de corteza de abedul, donde guardan las municiones. Juhani va en cabeza acompañado por Killi y Kiiski, los grandes y temibles perros de Jukola. Detrás camina Valko, el viejo caballo tuerto, arrastrando el carro conducido por Timo. Les siguen todos los demás hermanos, con la escopeta al hombro y la mochila a la espalda, prestos a ayudar a Valko en los tramos más difíciles del camino. Eero va un poco detrás, abrazado al soberbio gallo de Jukola, del que los hermanos no han querido desprenderse, para que su canto madrugador les despierte en las soledades de Impivaara. En el carro llevan un arca, cepos para lobos y zorras, una olla y dentro de ella dos soperas de madera de encina, un cazo, siete cucharas y otros utensilios de cocina; sobre la olla, un saco de guisantes y el viejo gato de la casa, enroscado y maullando en una bolsa atada encima del saco. Los hermanos abandonan, pues, la casa natal y caminan apesadumbrados y silenciosos por el escabroso camino del bosque. El cielo es puro, el aire está inmóvil y el sol empieza a inclinarse hacia el ocaso.

JUHANI.— El hombre es un navegante por el mar agitado de la vida. Igual nosotros ahora zarpamos de nuestro amado lugar de nacimiento, en nuestra navecarreta a través de grandes bosques que nos pueden hacer extraviar rumbo a la isla abrupta de Impivaara.

TIMO.— Me siento una pobre rana y estoy a punto de echarme a llorar.

JUHANI.— Lo comprendo, hermano, dado el estado de mi afligido corazón en este momento tan triste. Pero eso no ayuda nada en este mundo; el corazón humano ha de ser siempre duro como una piedra. El hijo del hombre ha nacido para errar por este mundo sin rumbo fijo.

TIMO.— Va de un lado para otro, vacila y avanza, hasta que los pies le fallan y muere como una rata junto a la pared.

JUHANI.— Has hablado con propiedad.

SIMEONI.— Y si todo fuera eso, pero… ¿y después?

JUHANI.— Entonces es cuando viene ese asunto de la Biblia de la mina que se nos ha confiado; supongo que es eso lo que quieres decir. Es verdad.

TIMO.— Entonces habrá que ir al grano diciendo: «Heme aquí, Señor, y he aquí tu mina».

SIMEONI.— El hombre debería pensar siempre en su fin, pero se ha empedernido.

JUHANI.— Empedernido, sí, empedernido. Eso no lo puede negar nadie. ¡Pero, Dios mío, así somos todos bajo el cielo! Esforcémonos, sin embargo, en vivir como cristianos piadosos cuando estemos en nuestra apacible y tibia morada. Hermanos, hagamos el pacto de expulsar de nuestro nido de pájaros todas las veleidades pecaminosas, todo el odio, la ira y las disputas. ¡Fuera la ira, el odio y el orgullo!

EERO.— ¡Y el lujo!

JUHANI.— ¡También el lujo!

EERO.— ¡Y los vestidos fastuosos y provocativos!

JUHANI.— ¡También!

EERO.— ¡Y el carruaje de muelles para ir a la iglesia y los bonitos trajes de los domingos!

JUHANI.— ¿Cómo? ¿Qué dices?

SIMEONI.— Ya empieza otra vez con las bromitas.

JUHANI.— A ver si crees que no me doy cuenta. ¡Verás como te coja por el cogote!… Pero qué puede importarle a un hombre la palabrería de un tontaina. ¡Maldito osezno del diablo! Ten cuidado cómo llevas el gallo, que el pobre animal no hace más que gritar.

EERO.— Le he arreglado el ala que se le caía.

JUHANI.— Yo sí voy a arreglarte a ti. Verás como te retuerza el

pescuezo… A ver si te enteras de que es el gallo que en toda la comarca mejor cumple con sus obligaciones: siempre puntual y seguro. Su primer canto es a las dos, y el segundo a las cuatro, que es la hora buena para levantarse. Ese gallo nos distraerá mucho aquí, en los grandes bosques. ¿Y qué hace el gato ahí arriba, en lo más alto del cargamento? ¡Nuestro pobre Matti, cómo asoma la cabeza y maúlla que da pena! Y es que «para el abuelo, todo son duelos». Pocos días te quedan de corretear por esta tierra; se te han oscurecido los ojos y enronquecido la voz; pero tal vez te animes un poco cuando puedas echarles las uñas a los gordos ratones del bosque. ¡Ojalá sea así! Y vosotros, Killi y Kiiski, vosotros sois los que más pena me dais, puesto que habéis nacido, vivido y crecido en Jukola, como nosotros, y os consideramos nuestros propios hermanos. ¡Ah, con qué viveza me miráis a los ojos! ¡Sí, Killi, y tú, mi buen Kiiski! ¡Vamos, vamos! ¡Con qué alegría meneáis la cola, animalitos! No sabéis que abandonamos nuestra maravillosa casa. De buena gana me echaría a llorar. ¡Necesito llorar!

TIMO.— Acuérdate del consejo que acabas de darme. Conserva el corazón fuerte y duro.

JUHANI.— No puedo, no puedo, ahora que abandonamos nuestro dulce hogar.

TUOMAS.— Sí, triste día este, pero… ¡arriba los corazones! No tardaremos en tener en Impivaara otro hogar al que tal vez queramos lo mismo.

JUHANI.— ¿Qué tonterías dices, hermano? Ni en la tierra ni en el cielo hay un hogar tan querido como aquel en que uno nació, creció y se revolcó cuando aún estaba echando los dientes.

AAPO.— La hora de dejar la casa nos duele en el alma como le duele a la liebre abandonar el chaparral donde ha nacido.

JUHANI.— ¿Qué dijo un día la madre liebre al notar que estaba otra vez preñada y mandó a su pequeño que se alejase para dejar sitio a los que iban a llegar?

TIMO.— «Ponte en camino y abre los ojos, que algo acecha en cada matojo. Detrás de cada mata hay un peligro; apréndelo como en un libro».

JUHANI.— Eso es, y el lebrato se alejó dando brinquitos; levantó el polvo de los yermos, corrió por las praderas, siempre con los

ojos redondos y con una mueca inocente en su labio partido. Así abandonó su madriguera, mientras el sol del atardecer brillaba tristemente.

EERO.— El lebrato era Juhani.

JUHANI.— Ni caso. Así abandonó su madriguera, y así partimos también nosotros. ¡Adiós, hogar paterno! Ganas me dan de besar tu portal, tu estercolero.

AAPO.— Sí, hermano, pero no seamos débiles. Nos espera un duro trabajo: pronto crujirán los troncos, silbarán las hachas y una hermosa casa se levantará sobre el valle de Impivaara, entre un soberbio bosque. Mirad: ya estamos en un gran bosque, rodeados del susurro de los abetos.

Así iban hablando los hermanos mientras atravesaban el bosque sombrío. Pero poco a poco el terreno fue haciéndose cuesta arriba y el camino empezó a trepar hacia una alta planicie boscosa, llamada Teerimäki. El breñal estaba salpicado de grandes rocas cubiertas de musgo, como enormes losas sepulcrales de gigantes, entre densos pinos bajos. El terreno pedregoso y abrupto sacudía violentamente el carro y las ancas del caballo, y de trecho en trecho los ojos no podían distinguir los antiguos baches. El camino ascendía hacia la cima, y a ambos lados se percibían, al fondo, yermos sin fin. Los hermanos se esforzaron por aligerar la carga de su caballo tuerto, y cuando llegaron a la cumbre concedieron un breve respiro a Valko, mientras contemplaban el amplio paisaje que se extendía ante ellos: pueblos lejanos, praderas, sembrados, lagos azules y, por la ladera occidental boscosa, la alta torre de la iglesia. Al sur, la granja de Jukola surgía al arrimo de un ribazo como una tierra feliz perdida. Una honda añoranza volvió a apoderarse de los hermanos, quienes, volviendo los ojos hacia el norte, contemplaron el altivo Impivaara, sus oscuras cavernas y los abetos melenudos que, desgreñados por muchas tormentas, cubrían la escarpada ladera del monte. Al pie de este se hallaba el lugar de su nueva residencia, una amena pradera cuajada de tocones; más abajo empezaba el bosque deshabitado que les proporcionaría magníficos troncos para construir su casa. Todo esto vieron los hermanos y, entre los pinos, el luminoso lago de Ilvesjärvi y el sol esplendente que, en su declinar, brillaba desde el precipicio noroccidental del monte. Entonces un rayo de esperanza encendió la alegría en sus ojos y sus pechos se ensancharon.

Reanudaron la marcha y se encaminaron apretando el paso a su nueva morada. Bajando la cuesta llegaron a la columnata de los pinos del bosque, donde los brezos, las matas de los arándanos y las marchitas briznas de hierba cubrían el árido suelo sobre el que resonaban sus pasos. Llegaron al camino arenoso que conducía de la granja de Viertola a la iglesia, lo cruzaron y siguieron por su propio sendero del bosque que trepaba por la loma.

Aapo.— Según cuentan los ancianos, aquí se levantaba un día la sala de justicia de las serpientes, cuyo juez era entonces el propio rey, un culebrón blanco sumamente raro que llevaba una valiosísima corona. Pero, según cuenta la leyenda, un valeroso caballero se la arrebató.

Y mientras bajaban la montaña hacia las desoladas tierras pantanosas de Sompio, Aapo les contó lo siguiente:

> Un día llegó un jinete a lo alto de la colina y se vio delante del rey de las serpientes que llevaba una hermosa corona. Lanzándose contra él, se la quitó con la punta de la espada y, espoleando a su caballo, se alejó como nube empujada por el viento, llevándose su tesoro. Pero las demás serpientes, lejos de permanecer indiferentes, se lanzaron en persecución del hombre que se había atrevido a ofenderlas. Más de mil de ellas, enroscadas como aros y silbando, corrieron tras las huellas del caballero; como los discos lanzados por los jugadores ruedan por el camino. No tardaron en dar alcance al fugitivo y, trepando por las patas del caballo, saltaron a la grupa poniendo al caballero en grave aprieto. Este, viéndose en serio peligro, les arrojó como cebo su sombrero, que quedó al instante hecho trizas y fue devorado con rabia. Pero la triquiñuela no le sirvió de nada, y las serpientes siguieron tras él levantando el polvo del camino. El jinete espoleó con más ímpetu su caballo, hasta que de las ijadas del animal manó sangre y la boca arrojó espumarajos de saliva. El caballero se refugió en el bosque, pero este no logró detener la persecución del enemigo. Entonces encontró un torrente, se lanzó a las turbulentas aguas y el caballo le condujo hasta la orilla opuesta. Pero las serpientes llegaron al borde, se arrojaron al agua con el estruendo de cien cataratas y,

rápidas como una tormenta que estalla de pronto, nadaron sobre las olas, levantándolas hasta lo alto en torbellinos espumosos. El caballero aceleró la marcha, pero las enfurecidas serpientes no dejaron de perseguirle. Vio delante un campo que estaban quemando para la artiga y, envuelto en su capa empapada en el torrente, se arrojó a las llamas, pero los animales no cejaron en su empeño de darle alcance. Aún volvió a hundir el caballero las espuelas en los flancos de su caballo, que, haciendo un supremo esfuerzo, siguió galopando; pero cuando hubo rebasado las llamas, el animal cayó reventado, pagando con la suya el juego ardiente de la vida. El héroe se había librado del fuego y de sus terribles enemigos; las llamas destruyeron el incontable ejército de serpientes. Y aquí tenéis al héroe, con el ánimo alegre y en posesión del maravilloso tesoro.

AAPO.— Este fue el cuento de la corona de la serpiente blanca de Teerimäki.

JUHANI.— Precioso cuento, y magnífico el hombre que arrancó la corona de la cabeza del culebrón y se apoderó de ella. ¡Sin par caballero!

TIMO.— Pocos son los que han visto esa serpiente, pero, según los ancianos, el que la ve adquiere una sabiduría incomparable.

JUHANI.— También dicen que quien caza a ese juez de las serpientes, lo asa y se lo come en primavera, antes del primer canto del cuclillo, llega a comprender el lenguaje del cuervo, que le desvela el porvenir.

EERO.— Otros cuentan otra cosa, y es que el que hace todo eso en primavera, después del primer canto del cuclillo, comprende el lenguaje del cuervo, que le revela el pasado.

JUHANI.— ¡Hay que ver qué sandeces se te ocurren! ¿Hay alguien que no conozca el pasado aunque no haya probado ni un trozo de serpiente? ¡Mirad por dónde nos sale ahora Eero, el cabeza de chorlito! «¡Le revela el pasado!». ¿Cómo puede ocurrírsele semejante cosa a un hombre? ¡Anda, bribonzuelo!

AAPO.— Déjalo, Juhani. Ha dicho una estupidez, a no ser que pretenda burlarse y bromear. Lo mismo da. En todo caso, nos ha dado una idea curiosa de la que, si lo analizamos bien, podremos sacar alguna enseñanza. Gran ciencia es, si bien se

mira, la de conocer el pasado. Si tú aprendes a distinguir bien las semillas que han producido frutos útiles en el pasado de aquellas que los han producido nocivos, y si acomodas tu vida, tu trabajo y tu conducta a esto, eres lo que se dice un sabio. Si hubiéramos abierto antes los ojos, creo que no andaríamos ahora dando vueltas como emigrantes.

JUHANI.— Como lobeznos sin techo. Pero lo hecho, hecho está.

TUOMAS.— Lo que hemos perdido en Jukola lo ganaremos en Impivaara. ¡Hala, todos a empujar el carro! ¡Ayudemos a Valko a salir de esta tierra pantanosa! ¡Todos a la tarea! Las ruedas se hunden un palmo en el lodo.

En estas y parecidas pláticas habían descendido por la loma y atravesado la extensa pradera de Matti de Seunala y un poblado bosque de pinabetes, llegando a la orilla del pantano de Sompio. El aspecto de la ciénaga era en verdad deprimente. En su superficie se alternaban lodazales con islotes cubiertos de musgo donde crecían las bayas de los pantanos; aquí y allá, un abedul achaparrado y raquítico inclinaba su mustia copa al viento de la tarde. En el centro, el pantano se estrechaba y el suelo era más firme y sólido. Crecían allí pinos bajos recubiertos de musgo, y en los islotes, arbustos de rosmarino de color verde oscuro y fuerte fragancia. Y por aquella estrecha faja de tierra corría un accidentado sendero que conducía al lado opuesto, donde se prolongaban los espesos bosques. Tal es el camino que siguen los hermanos a través del pantano. Unos tiran de las varas del carro, a los lados de Valko, y otros le empujan por detrás. Por fin, fatigados, llegan a la orilla de la ciénaga y caminan de nuevo por tierra firme a través de los bosques, a lo largo de un sendero de unos quinientos pasos, sembrado de raigones. Luego aparece ante sus ojos el claro erizado de tocones. Ya se hallan en el lugar elegido, al pie de la escabrosa montaña.

Allí, un día, su abuelo, afamado leñador, taló buena parte de los árboles del bosque, cultivó terrenos, levantó grandes chamiceras, artigó el monte alrededor, preparó campos con su roturador, aró, sembró y amontonó pesadas gavillas de trigo. En el extremo de la pradera, un montón de escombros revelaba aún el lugar de la era desde donde, después de la trilla, acarreaba a su granja los henchidos costales de trigo, dejando la paja y la granza para

transportarlas en trineo sobre las nieves invernales. No lejos de allí, a la entrada del bosque, se veía el fondo ennegrecido de un enorme foso, donde el abuelo convirtió en carbón chisporroteante los troncos derribados. El que fuera vigoroso amo de Jukola trabajó con ardor por aquellos parajes bajo el picor de muchos soles, enjugándose muchas gotas de sudor de la frente. De noche descansaba en una choza de techo de hierba, vigilando su chamicera, y esta misma choza es la que eligieron los hermanos como morada provisional.

La pradera erizada de tocones es amplia, pero la vista no alcanza más allá de sus límites, puesto que al este, al oeste y al sur, los bosques que la ciñen impiden la visión, y al norte se levanta un alto monte. Pero si se sube a la cima de este monte, coronada de escasos pinos, puede abarcarse el panorama en todas direcciones. Hacia el sur se ve, a los pies, el suave declive de la pradera de la que hemos hablado; luego, más lejos, el espeso bosque, y detrás, las tierras pantanosas de Sompio; finalmente, en el horizonte, se halla la azulada colina de Teerimäki. Al norte, la colina desciende poco a poco, y en su suave pendiente, que en tiempos pasados fue también talada y cultivada, crece hoy un bosque de abedules tiernos y espesos por donde saltan los urogallos y las ortegas cacarean en tono melancólico sobre las sendas estériles. Al este se ve una tierra llana con su bosquecillo de pinos, y al oeste, un terreno abrupto cubierto de rocas musgosas; de un lado a otro, sobre un cerro tapizado de musgo, algún pino achaparrado de enorme copa. Más allá de los árboles, a unos mil pasos de distancia de la pradera, brilla el lago de Ilvesjärvi, cristalino y abundante en pesca. Y por muy lejos que se mire, no se ve más que bosque, como un mar revuelto que todo lo rodea. Aunque, a decir verdad, puede divisarse al nordeste el contorno impreciso de la granja de Viertola, y más lejos, al noroeste, recortado en el cielo, el campanario gris de la iglesia. Tal es el lugar y los alrededores donde los siete hermanos de Jukola han decidido trasladar su vivienda.

Junto a la choza del carbonero, después de desenganchar a Valko y soltarlo con un cencerro al cuello para que pastara a su gusto, los hermanos encendieron con tocones y ramas secas una viva hoguera, donde Simeoni se encargó de asar arenques, nabos y un tasajo de buey para la cena, mientras los demás hermanos iban

de un lado para otro alrededor del carro descargando y llevando a su sitio todos los objetos y utensilios. Terminada esta tarea, y dispuesta la cena, se sentaron en la hierba a reponer fuerzas, cuando ya el sol se ocultaba detrás de la montaña.

SIMEONI.— Esta es nuestra primera comida en nuestro nuevo hogar. ¡Que la paz y la felicidad divinas nos acompañen en las sucesivas comidas!

JUHANI.— ¡Que la felicidad, una completa felicidad, sea nuestra única compañera en todos nuestros actos y en todos los trabajos que emprendan nuestras manos!

AAPO.— Quisiera explicaros una idea importante.

JUHANI.— Bueno, abre las compuertas de tu corazón.

AAPO.— Un cuerpo sin cabeza no vale nada, a mi parecer.

JUHANI.— Choca contra la pared como una gallina descabezada.

TIMO.— Y aun con cabeza, cuando a una gallina se le mete el diablo en el cuerpo, se pone a revolotear de una parte a otra, de aquí a allá; mirad, así, así. Eso les pasaba a veces a las gallinas de la Vieja del Pinar, y ella decía que volaban por el aire flechas mágicas.

JUHANI.— Vale, vale, Aapo, pero suelta de una vez lo que tengas que decir.

AAPO.— Veréis lo que he pensado. Si queremos hacer aquí algo de provecho, es preciso que uno de nosotros sea el jefe, el que ponga orden en nuestras discusiones, el mediador en nuestras disputas. En una palabra, es preciso que la voz de uno de nosotros suene más fuerte que las de los demás.

JUHANI.— Yo soy el mayor.

AAPO.— En efecto, tú eres el mayor de los hermanos de Jukola y, por consiguiente, te corresponden esos derechos.

JUHANI.— Soy el primero de la fila, y siendo así, me haré obedecer por vosotros… ¡con tal de que os dé la gana de mostrar acatamiento!

AAPO.— Es justo y necesario. Ah, pero, eso sí, en los asuntos comunes todos tendremos derecho a opinar.

JUHANI.— De muy buen grado escucharé todos los consejos, y aún más los tuyos. Pero quede claro que soy el primero.

AAPO.— De eso no hay duda. ¿Pero qué castigo aplicaremos al que desobedezca y se ponga farruco?

JUHANI.— A ese tal lo meteré en una cueva de la montaña y taparé la entrada con montones de piedras de diez arrobas. Allí permanecerá encerrado uno o dos días, según la gravedad de la falta, y se chupará los dedos meditando «en lo que le puede traer paz».

LAURI.— Yo me opongo a esa medida.

TUOMAS.— Y yo.

TIMO.— ¿Soy yo por ventura un tejón de carrillos rayados cuya madriguera es una gruta de aire viciado? ¡Nada de eso!

JUHANI.— ¿Ya empezáis a rebelaros?

TUOMAS.— Esa cláusula de castigos…; bueno, no puede ser.

TIMO.— Eso mismo. «Castigos no hacen amigos», como dice el refrán. Insisto en que no soy un tejón.

JUHANI.— Por eso, si quieres escapar al duro castigo de mi cólera, pórtate con juicio y sensatez.

TIMO.— Pero yo no soy ni un tejón ni un lobo, qué va. Y menos un oso, y mucho menos una rata. Deberías sentirte avergonzado. «¿No te avergüenzas, mamarracho?, dijo el pastor al borracho». ¡Bah!

AAPO.— ¿Se me permite hablar?

JUHANI.— No faltaba más. A ver, ¿qué tienes que decir?

AAPO.— Que yo tampoco apruebo la cláusula del castigo que acabas de establecer; la encuentro demasiado cruel y demasiado brutal tratándose de hermanos.

JUHANI.— Así que no la apruebas, ¿no? ¿De veras no la apruebas? Entonces propón tú mismo otra más prudente, porque está visto que yo no soy capaz de distinguir nunca entre lo que está bien y lo que está mal.

AAPO.— No haré yo tal.

JUHANI.— Vamos, propón esa nueva cláusula, tú, profeta de Jukola.

AAPO.— Oh, no he hecho nada para merecer ese título. Pero es que…

JUHANI.— ¡Vamos, hombre, la cláusula!

AAPO.— Pero es que…

JUHANI.— ¡La cláusula, te digo! ¡A ver esa sabia cláusula!

AAPO.— ¿Te has vuelto majareta? Gritas como si te hubieras sentado sobre ascuas. ¿Por qué te desgañitas así y mueves la cabeza como un búho?

JUHANI.— ¡Y seguiré gritando hasta enronquecer! ¡La cláusula, esa sabia cláusula tan prudente como antigua! Habla y te escucharé sin decir esta boca es mía, en completo silencio, como una carpa escucha el croar de una rana.

AAPO.— Bueno, va. Escuchad, pues, mi proposición: el que se burle de consejos y advertencias y se muestre reticente y antojadizo, sembrando entre nosotros la semilla de la discordia, será apartado de nuestra comunidad y expulsado lejos de aquí.

TUOMAS.— Sea esta la cláusula.

LAURI.— La apruebo.

TIMO.— Y yo, lo mismo.

SIMEONI.— Entonces, todos estamos de acuerdo.

JUHANI.— ¡Bien! Aprobada, pues. Pero recordadlo bien: al que de ahora en adelante se muestre reacio, se le dará el pasaporte de la liebre: una patada en las posaderas… y a freír monas. Bueno, moros míos, ¿qué trabajo emprenderemos mañana? Yo os daré las instrucciones precisas.

AAPO.— Estás algo resentido, mas no por eso se turbará nuestra calma ni la plácida alegría de esta noche.

JUHANI.— ¿Qué trabajo emprenderemos cuando claree el día?

AAPO.— Eso ni se pregunta. Lo primero es construir nuestra casa.

JUHANI.— Es verdad. Mañana, a primera hora, cuatro muchachos, hacha en mano, se pondrán a los lados de la construcción; esos cuatro seremos Tuomas, Simeoni, Aapo y yo. Los demás irán desbastando los troncos y nos los irán pasando. Y cuando hayamos construido la cabaña y una pequeña despensa para los víveres, a cazar y a pescar para reunir provisiones. ¡Tenedlo bien presente!

Acabaron de cenar y fueron a tumbarse a la choza. Llegó la apacible aunque nubosa noche de mayo. Cantaba el búho en el bosque con voz ronca, graznaban los patos en el lago de Ilvesjärvi, y a lo lejos se oía de vez en cuando el agudo silbido del oso; por lo demás, la paz y el profundo silencio envolvían la naturaleza. Pero el sueño de alas finas no quería visitar en la choza a los hermanos, quienes, silenciosos, se revolvían de un lado a otro pensando en cómo iba este mundo y en lo veleidosa que es nuestra vida.

AAPO.— Creo que nadie consigue pegar ojo.

JUHANI.— Timo sí; duerme como un tronco, pero los demás no

hacemos más que dar vueltas y más vueltas, como salchichas en una cazuela hirviente. ¿Por qué estaremos desvelados?

AAPO.— El camino de nuestra vida ha tomado hoy un giro repentino.

JUHANI.— Por eso mi alma está muy, pero que muy inquieta.

SIMEONI.— Y mi corazón se siente triste. ¿Qué soy yo? Un hijo pródigo.

JUHANI.— ¡Ay! Una oveja perdida en el desierto.

SIMEONI.— Nos hemos alejado de los vecinos y de los cristianos, nuestros hermanos.

TUOMAS.— Aquí estamos y aquí estaremos mientras no falte carne fresca en el bosque.

AAPO.— Todo irá bien si obramos siempre cuerdamente.

SIMEONI.— Un búho canta en el bosque, y su canto no augura nada bueno, pues presagia incendios, luchas sangrientas y crímenes, según dicen los viejos.

TUOMAS.— El oficio del búho es cantar en el bosque, y eso no significa nada.

EERO.— En el bosque…; pero aquí cerca tenemos el pueblo y la casa de Impivaara con su techo de matojos.

SIMEONI.— Vaya, ahora ha cambiado de puesto el adivino, pues canta en la cumbre de la montaña. Allí, un día, según cuenta la leyenda, imploró la Virgen Pálida el perdón de sus pecados, rezando todas las noches, ya fuese invierno o verano.

JUHANI.— Por eso la montaña lleva su nombre: Impivaara, monte de la Virgen. Una vez, cuando era pequeño, oí ese cuento, pero ya casi no lo recuerdo. Anda, cuéntanoslo tú, Aapo, y nos ayudará a pasar esta noche larga y triste.

AAPO.— Timo ronca que se las pela; dejémosle que siga durmiendo en paz. Os contaré a vosotros la leyenda.

Y Aapo contó a sus hermanos la siguiente historia sobre la Virgen Pálida:

> Vivía una vez en las grutas de esta montaña un ogro espantoso, terror y azote de las gentes de la comarca. El monstruo tenía dos pasiones en su vida: contemplar y manosear los tesoros que había ido amontonando en los ocultos recovecos de las cavernas y saciar con sangre

humana su inagotable sed. Pero estaba condenado a cometer sus fechorías a no más de nueve pasos del monte, por lo que no le quedaba más remedio que recurrir a la astucia cuando quería atraer a sus víctimas. Pero, eso sí, podía cambiar de aspecto a su antojo, y así, se le podía ver recorrer la comarca, ora disfrazado de apuesto galán, ora de graciosa doncella, según tuviera deseos de sangre de hombre o de mujer. Su belleza diabólica y su mirada sedujeron a bastantes personas, y fueron muchos los que hallaron la muerte en la temible guarida del monstruo.

Una apacible noche de verano, un joven descansaba sobre la verde hierba abrazando a su amada, que, como una fresca rosa de pétalos recién abiertos, apoyaba su cabeza sobre el pecho del galán. Se trataba del encuentro de despedida de los enamorados, ya que él había de partir y abandonar por un tiempo a su adorada. «Amada mía», le dijo, «el destino nos separa, pero el sol no saldrá y se pondrá cien veces antes de que volvamos a vernos». A lo que la doncella contestó: «El sol del ocaso no dirige a la tierra una mirada de despedida más tierna que la que dirijo a mi adorado que se va, ni el astro del día al levantarse alumbrará con tanto resplandor como lo harán mis ojos cuando, a tu regreso, corra a tu encuentro. Pensar en ti será el único placer de mi alma durante tu ausencia, y contigo pasearé en el mundo misterioso de los sueños». Así habló la doncella, y su novio le contestó: «Tus palabras son dulces como la miel y, sin embargo, mi alma no puede librarse del presagio de una desgracia. Amada mía, jurémonos ante el cielo fidelidad eterna». Hicieron un voto sagrado, juraron ante Dios y el cielo, y los bosques y montañas guardaron silencio para escuchar sus palabras. Pero, finalmente, al despuntar el día, se abrazaron por última vez y se separaron. El galán se alejó apresuradamente, pero la novia se entretuvo largo tiempo vagando por las sombras del bosque sin dejar de pensar en su amor.

Pero he aquí que mientras la doncella cruzaba una espesura de pinos, se le aparece un ser maravilloso, un joven noble como un príncipe y radiante como esta soleada mañana.

Lleva un sombrero cuyo penacho se agita y ondula como una llama, y una capa azul y cuajada de brillantes estrellas como el cielo nocturno cuelga de sus hombros; su casaca es blanca como la nieve y ciñe al talle una faja de púrpura. Contempla a la doncella con ojos que revelan un amor ardiente, y con voz temblorosa le dice: «No tengas miedo, preciosa; yo soy tu amigo y te haré sentir una felicidad suprema con tal de que me permitas estrecharte una vez contra mi pecho. Soy un caballero poderoso, y tantos tesoros y joyas poseo que podría comprar el mundo entero si me viniera en gana. Si aceptas mi amor, te llevaré conmigo a un espléndido castillo y te sentaré a mi lado en un trono rutilante». La voz del joven es melodiosa, y la doncella queda sobrecogida de estupor. Pero enseguida le viene a la memoria el sagrado juramento que acaba de pronunciar y retrocede unos pasos. Sin embargo, no puede evitar volver a mirar al señor, y una extraña turbación se apodera de ella. Se vuelve a él, tapándose los ojos con las manos, como deslumbrada por un sol cegador; se vuelve de nuevo, pero una vez más se siente atraída por aquella maravillosa aparición de la que mana un irresistible encanto, y acaba por ceder, cayendo en el regazo del hermoso príncipe. Este huye con la presa, que, embriagada, descansa en sus brazos. Corre él sin detenerse, salvando empinadas colinas, cruzando valles profundos. Alrededor, el bosque se hace más oscuro cada vez. El corazón de la doncella late apresuradamente y un sudor de angustia cae de su frente cuando descubre, en el brillo endemoniado de los ojos de la terrible aparición, algo espantoso y brutal. Mira alrededor y ve desfilar con vertiginosa rapidez los oscuros abetos en la carrera desenfrenada del secuestrador. Entonces contempla la cara de este y, aunque un estremecimiento sacude su cuerpo, su corazón se siente todavía cautivado por un cierto sentimiento de atracción.

Al acabar la frenética carrera a través de los bosques, se apareció de pronto ante sus ojos la alta montaña cavernosa, y fue entonces cuando, hallándose a pocos pasos de la misma, sucedió algo horrible. El hombre disfrazado de rey se convirtió al instante en un monstruo repulsivo, con cuernos

en la frente y pelos como cerdas en la nuca. Entonces, unas garras afiladas rasgaron dolorosamente el pecho de la doncella, quien, angustiada, gritó, forcejeó y luchó con todas sus fuerzas por defenderse. Pero en vano. El monstruo, lanzando un rugido bestial, la arrastró al fondo de su cueva y chupó hasta la última gota de sangre de la indefensa doncella. Pero se produjo un prodigio: el alma no abandonó el cuerpo de la joven, y esta continuó viviendo, exangüe, pálida como la nieve, cual un espectro lastimero del reino de las sombras. El monstruo, sin poderse explicar el prodigio, clavó con más furia si cabe sus uñas y dientes en la carne de la desdichada; pero no logró acabar con su vida, por lo que decidió conservarla para siempre a su lado en el fondo tenebroso de su gruta. Después de meditar sobre qué servicio podría prestarle aquella criatura, qué provecho podría sacar de ella, decidió dedicarla a limpiar sus tesoros y joyas y amontonarlos siempre ante él para seguir contemplándolos con deleite.

Durante muchos años, la Virgen Pálida, desfalleciente, vivió cautiva en el seno de la montaña. Sin embargo, por la noche se recogía siempre en oración silenciosa sobre la cumbre. ¿Qué poder celestial velaba sobre ella dándole fuerzas para que todas las noches, ya fueran de tormenta, de lluvia o de cruda helada, acudiera a la cima de la montaña a implorar el perdón de sus pecados? Exangüe, blanca como la nieve, sin moverse ni hablar, tal una estatua, allí está la doncella, las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada, y, aunque no osa levantar ni siquiera una sola vez los ojos al cielo, su mirada permanece fija en la torre de la iglesia, allá en el lejano límite de los bosques. Y es que una voz misteriosa no deja de susurrarle al oído palabras de esperanza, aunque una esperanza tan lejana como la más lejana de las estrellas que brillan en el cielo. Así pasa la noche la virgen en la cima de la montaña, sin que una queja salga de sus labios ni un suspiro altere su pecho. Así transcurre la noche oscura hasta que, al amanecer, el abominable ogro la arrastra de nuevo a sus cavernas.

Apenas cien soles habían iluminado la tierra cuando, según

su predicción, el joven amante de la doncella regresó de su viaje, lleno de júbilo. Pero su otrora hermosa adorada no salió a su encuentro a darle la bienvenida. En vano preguntó y preguntó por su amada: nadie pudo facilitarle noticias. Día y noche la buscó infatigablemente por todas partes; había desaparecido sin dejar huella, como desaparece el rocío absorbido por el sol de la mañana. Así, el joven acabó por renunciar a toda esperanza, perdió la alegría de vivir y anduvo vagando durante algún tiempo como una sombra muda. Así hasta que un día, en un amanecer radiante, la noche de la muerte le cubrió los ojos.

Pero para la virgen pálida los años son eternos. Durante el día, en las cavernas del monstruo, limpia y abrillanta los tesoros amontonándolos ante su vista. Pero pasa las noches en la cima de la montaña. Inanimada, blanca como la nieve, sin moverse ni hablar, allí permanece siempre con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada. La desdichada no osa levantar una sola vez la frente al cielo, pero su mirada permanece siempre fija en la torre de la iglesia, allá en el lejano límite de los bosques, sin que una queja salga de sus labios ni un suspiro altere su pecho.

Es una blanca noche de verano. La virgen está de nuevo en la cumbre y recuerda el largo tiempo de su cautiverio, desde el día aquel en que, habiéndose apenas despedido de su amado, fue bruscamente secuestrada. Al comprobar que han transcurrido cien años, la invade el terror, siente vértigos, frías gotas de sudor caen de su frente al suelo musgoso. Y por primera vez en aquellos cien años, osa levantar la frente al cielo. Al punto divisa una luz prodigiosa que, como una estrella errante, parece dirigirse hacia ella cruzando el espacio. Pero la luz cambia de aspecto a medida que se acerca. No, no es una estrella, sino la figura de un joven con una espada flamígera en la mano. La doncella nota que los rasgos del joven no le son desconocidos y, reconociendo en él a su amado, el corazón empieza a latirle violentamente. ¿Por qué empuña una espada, sin embargo? Se turba y con un hilo de voz dice: «¿Va esa espada a poner fin a mis tormentos? Hiere mi pecho, hermoso héroe, hiérelo con tu brillante

espada y, si te es posible, dame la muerte que tanto anhelo». Esto dice la doncella desde la cumbre. Pero no es la muerte lo que el joven le trae, sino el dulce aliento de la vida que, como la brisa perfumada de la mañana, rodea ya a la virgen pálida. El galán la toma en sus brazos mirándola con ternura, la besa, y ella siente un delicioso flujo de sangre que corre por sus venas como un manso río; sus mejillas se tiñen de rosa como una nube auroral, y en su frente brilla la dicha. Apoya su cabeza de rizada cabellera en el hombro del joven y, liberando su pecho del sufrimiento de tantos años, levanta los ojos al cielo, mientras los dedos del joven acarician su pelo, agitado dulcemente por una tenue brisa. ¡Qué bella es la hora de la redención, qué maravilloso el amanecer del día de la liberación! Los pájaros gorjean en los abetos de la ladera del abrupto monte, y al nordeste se alza el disco refulgente del sol. Es un amanecer que recuerda aquel otro cuando, en la verde pradera, los dos enamorados se separaron para tanto tiempo.

Pero el ogro, enfurecido, con los pelos erizados por la rabia, trepa por la montaña para apoderarse de la virgen y devolverla a su gruta. Sin embargo, la espada del joven, rápida como el rayo, se hunde en el pecho del monstruo cuando este alargaba sus garras para coger a su víctima. Un charco de sangre negra se extiende por el suelo. Y mientras el monstruo, con un rugido estremecedor, entrega el alma al demonio y se precipita montaña abajo, la virgen desvía los ojos y apoya la frente en el pecho de su amado.

Así se libró la tierra de aquel ser infernal. Los dos enamorados, transportados por una nube plateada, ascendieron hacia las regiones celestiales. Sentada en las rodillas de su amado, con la cabeza descansando en su hombro, la virgen sonríe de felicidad. Se alejan por el firmamento mientras abajo, en las lejanas profundidades, van desapareciendo los bosques, las colinas, los valles sinuosos, hasta que, finalmente, todo se pierde a sus ojos como en un vapor azulino.

Este es el cuento de la Virgen Pálida que Aapo contó a sus hermanos aquella noche de insomnio en la choza de matojos de la

pradera de Impivaara.

JUHANI.— ¡Vaya, ahora que el cuento se acabó, se despierta Timo!

TIMO.— ¿Por qué no dormís en paz, muchachos?

JUHANI.— Estamos en pleno ejercicio de contar historias. Esta era la del ogro y la virgen.

SIMEONI.— Hay quien afirma que ese monstruo abominable vive aún. Algunos cazadores lo han visto y aseguran que solo tiene un ojo que brilla en la oscuridad, como un ascua.

JUHANI.— ¿Sabéis lo que le pasó hace años al viejo de Kuokkala, que en paz descanse? Una primavera, mientras cazaba el urogallo, en la época del celo, cuando después de la medianoche esperaba junto a la hoguera en esta misma pradera, divisó al pie del monte una luz brillante y oyó una voz que repetía sin cesar: «¿Qué hago? ¿Tiro? ¿Tiro?». Más de mil veces hizo esta misma pregunta. Pero el viejo, que era chapado a la antigua y no le temblaba el pulso por nada, acabó por enojarse y contestó enfurruñado: «¡Tira, diablo!».

TIMO.— Pero, mira, no hizo falta más.

JUHANI.— Bueno, Timo, cuenta lo que pasó después.

TIMO.— Pues pasó que, al cabo de un instante, un esqueleto con una mueca horrible cayó sobre la hoguera rebotando con un ruido tremendo, como si lo hubiesen arrojado las manos de diez hombres, apagando el fuego hasta convertirlo en ceniza. Y entonces el viejo agarró la escopeta a toda prisa y se alejó echando leches para no acercarse más a la montaña, aunque era hombre de armas tomar y nada le asustaba, como ha dicho Juhani.

SIMEONI.— ¡Y a estos antros de ogros y demonios hemos venido a parar!

AAPO.— Aquí hemos decidido venir y aquí viviremos sin temor. Si el monstruo ese está aún vivo, ha perdido su poder, como lo manifiesta su conducta con el viejo de Kuokkala. Todo lo que pudo hacer, cuando más enfurecido estaba, fue apagar la hoguera, y eso con el permiso del buen viejo. Su poderío quedó extinguido para siempre por la espada del santo joven.

JUHANI.— ¡Ay, qué lástima me da la pobre doncella en la oscuridad de las cavernas! ¡Tener que vivir con aquel diabólico monstruo peludo!

SIMEONI.— ¿Por qué no resistió a la tentación?

JUHANI.— ¡No digas eso, hermanito! Habría que ver qué harías tú si te vieras en un deleitoso valle florido y se te apareciera una hija de rey, bella como una rosa fresca y fragante, envuelta en delicadas sedas, cubierta de lentejuelas relumbrantes como un pavo real; si una beldad semejante se presentase de buenas a primeras y quisiera abrazarte y besarte, ¿qué sentiría tu pobre corazón? Vamos, di algo.

SIMEONI.— Buscaría fuerzas en la fe.

JUHANI.— ¡Ya, ya!

TIMO.— Yo no le permitiría que me abrazase, y menos aún que me besase en los labios. «Aparta», le gritaría, «no avances un paso más, taimada, si no quieres que arranque una rama del bosque y te dé un repaso que mañana tu espalda estará más roja que las alas de una mariquita». Y lo haría sin debilidad. Esto bastaría para persuadir a la atrevida.

JUHANI.— ¡Ah, pobrecilla! Seguro que no pensarías lo mismo si te hubieses dado una vuelta por este mundo; si, por ejemplo, hubieras llegado, como yo, a la ciudad de Turku, donde estuve una vez, conduciendo los bueyes de la mansión de Viertola… ¡No quieras saber las cosas que vi allí! Comprobé que el boato y el lujo pueden hacer perder la chaveta a un hombre. ¡Qué ciudad tan bulliciosa, qué vida tan desenfrenada! Coches por aquí, coches por allá…, y en ellos, locos bigotudos y muchachas como muñecas de porcelana despidiendo fuertes perfumes de aceites y pomadas costosas. ¡Pero aguarda! ¡Jesús nos proteja! He aquí que salta fuera una graciosa doncella, o señorita, como dicen, con plumas de oro en el vestido. ¡Qué cuello, blanco como la leche fresca! En esto, se pone colorada y sus ojos se encienden como ascuas al sol, cuando ve aparecer a un caballerete que usa sombrero y levita con faldones y… ¡todo lo que puedas imaginarte, diablos! Entonces el tipo va y le hace guiños a la damisela a través de un trozo de vidrio cuadrado que lleva en el ojo izquierdo. Y entonces… ¡voto a los siete herreros!… empiezan las zalemas por ambos lados, y la pelandusca arruga la boquita como dulce fresón y gorjea como una golondrina en un alero soleado, y el lechuguino agita la mano, sacude los faldones, levanta el sombrero al aire y patalea

sacando chispas del empedrado. ¡Qué farsa! ¡Ay, mis queridos mariposones!, pensé yo, pobre rapaz parado en una esquina de la calle, con una carga de pieles de buey sin curtir a la espalda, mientras observaba cómo aquellos dos palominos se arrullaban.

TUOMAS.— Los señores son unos necios.

TIMO.— E infantiles como niños con la cara rebozada de leche. Cuando comen se ponen un trapo en la pechera, y ni siquiera saben, los muy puercos, lamer la cuchara cuando se levantan de la mesa. Yo lo he visto con mis propios ojos y me he quedado patidifuso.

SIMEONI.— Pero cuando se trata de exprimir y despellejar al campesino, ya se dan buen arte, ya.

JUHANI.— La verdad es que en el mundo de los señores se ven cosas amariconadas y ridículas… ¡Si lo sabré yo de cuando estuve en Turku! Pero, eso sí, cuando uno ve pasar a una joven como la que yo vi, oliendo a rosas y moviendo la cadera… Bueno, no puede evitar que el corazón le baile en el pecho. Así es, hijos, así es; las delicias del mundo tienen un poderoso atractivo, como pude observar en mi viaje a Turku. Y digo y repito que me da lástima la joven de la montaña. Ya era hora de que se salvara de este infierno para navegar con su amado hacia el tranquilo puerto donde, así lo espero, Dios nos conducirá a nosotros el día menos pensado. Procuremos dormir con esta esperanza. Y aunque bien es verdad que existe otra leyenda sobre esta montaña, dejémosla para mejor ocasión y tratemos de conciliar el sueño. Anda, tú, Simeoni, sal a cubrir de ceniza el rescoldo de la hoguera, para que mañana no tenga yo que ponerme dale que te dale con la yesca para encender un manojo de briznas y pueda empezar enseguida a talar troncos como un picamaderos. Anda, por favor.

Salió Simeoni a cumplir la orden de su hermano; pero no tardó en volver a entrar en la cabaña con los pelos de punta y los ojos fuera de las órbitas, farfullando algo sobre un ojo extraño que brillaba fuera, junto al carro. Levantáronse todos los hermanos de un salto y, santiguándose y encomendando su alma y cuerpo a Dios, salieron de la choza atropellándose, con los cabellos tiesos como ramas de abedul enredadas. Se quedaron paralizados, mudos como piedras, sin apartar la vista de donde señalaba el dedo de Simeoni.

Sin parpadear, vieron, en efecto, detrás del carro, un resplandor extraño que de vez en cuando desaparecía, reapareciendo poco después. Al principio, hubieran podido tomarlo por el ojo único de su caballo blanco; pero nada blanco se veía, sino algo negro, y tampoco oían el sonido del cencerro. Así, pensando qué podría ser aquello, permanecieron los hermanos sin osar pronunciar palabra ni moverse, hasta que Tuomas gritó:

TUOMAS.— ¿Eh, busca algo?

JUHANI.— ¡Por Dios, no empieces a hablarle a lo bruto! ¡Es él! ¿Qué hacemos ahora? ¡Os digo que es él, hermanos! ¿Qué le decimos?

AAPO.— No se me ocurre nada.

TIMO.— No vendría mal un salmo.

JUHANI.— ¿Es que nadie sabe de memoria una oración? Recitad algo, hermanos, por el amor de Dios; decid todo lo que sepáis, aunque sea lo primero que os venga a la cabeza, un pasaje de la Biblia, venga o no venga a cuento con las circunstancias. ¡Recitad, aunque sean las palabras de un bautismo de urgencia, queridos hermanos!

TIMO.— Yo sabía muchos versículos de los Salmos, pero ahora tengo como un nudo en la garganta que me corta el resuello.

SIMEONI.— Es ese espíritu que no te permite hablar, como a mí.

TIMO.— No lo permite, no.

JUHANI.— ¡Es espantoso!

AAPO.— ¡Horrible!

TIMO.— ¡Horrible de verdad!

JUHANI.— ¿Qué hacemos?

TUOMAS.— Yo creo que lo mejor es mostrarse decididos. Preguntémosle quién es y qué quiere.

JUHANI.— Déjame que pregunte yo. ¿Quién eres? ¿Quién eres, di? ¿Quién eres y qué quieres de nosotros? ¡Nada, ni una palabra de respuesta!

LAURI.— Cojamos tizones.

JUHANI.— ¡Cogeremos tizones y te asaremos el pellejo si no dices tu nombre, tu ralea y tus propósitos!

LAURI.— ¡No!, pensaba que cogeríamos enseguida los tizones.

JUHANI.— ¡Si nos atreviésemos!

TUOMAS.— Todos debemos a Dios una muerte.

JUHANI.— Todos debemos a Dios una muerte. ¡Cojamos un tizón en

la mano, muchachos!

Pronto estuvieron todos en fila, sosteniendo ardientes tizones. Juhani iba en primer lugar, erguido, con los ojos abiertos como un mochuelo y clavados en el ojo que le miraba desde detrás del carro con un brillo misterioso. Los demás hermanos blandían también sus armas incandescentes en la oscura pradera. Gritaba el búho en los abetos de la montaña, el gran bosque desprendía hondos rumores, y negras nubes oscurecían la bóveda celeste.

JUHANI.— Cuando yo diga: «Ahora, muchachos», que los tizones salgan disparados de nuestras manos a la misma nuca del diablo.

SIMEONI.— Probemos antes algún conjuro.

JUHANI.— Buena idea. En principio, algún exorcismo. ¿Pero qué le digo? Apúntame, Simeoni, porque en este momento estoy como embotado. Díctame las palabras y yo se las arrojaré a la cara hasta que el bosque se estremezca.

SIMEONI.— Está bien, escucha lo que voy a dictarte: aquí estamos…

JUHANI.— Aquí estamos…

SIMEONI.— … como héroes de la fe, empuñando la espada de fuego…

JUHANI.— … cómo héroes de la fe, empuñando la espada de fuego…

SIMEONI.— ¡Vete!

JUHANI.— ¡Vete al infierno!

SIMEONI.— Somos cristianos bautizados, soldados de Dios…

JUHANI.— Somos cristianos bautizados, soldados de Dios, guerreros de Cristo…

SIMEONI.— Aunque no sabemos leer…

JUHANI.— Aunque no sabemos leer…

SIMEONI.— … no nos falta la fe.

JUHANI.— … no nos falta la fe, y creemos firmemente.

SIMEONI.— ¡Vete ahora!

JUHANI.— ¡Vete ahora!

SIMEONI.— Pronto cantará el gallo…

JUHANI.— Pronto cantará el gallo…

SIMEONI.— Y anunciará la voz del Señor.

JUHANI.— … y anunciará la voz del Señor Sebaot.

SIMEONI.— Pero observo que se lo toma como si nada.

JUHANI.— Pero observo que se lo toma… sí, como si no fuera con él. ¡Ya puedo gritarle como un arcángel! ¡Que Dios nos lleve de su

mano, hermanos míos! Vamos allá. ¡Ahora, muchachos!

Entonces lanzaron todos a la vez los tizones contra el espectro, que huyó como una flecha, con un ruido de cuatro patas, y los carbones ardientes pegados a la grupa a través de la noche cerrada. Así escapó bajo la lluvia de fuego, sin detenerse hasta el límite de la pradera, donde finalmente se aventuró a pararse lanzando dos o tres fuertes relinchos, porque el fantasma que veían los hermanos, el monstruo espantoso, no era sino el viejo caballo tuerto que, por un momento, había perdido su color blanco en el légamo negro del pantano, donde, al parecer, se había hundido y se había estado revolcando mucho tiempo antes de lograr poner de nuevo las patas en tierra seca. En los revolcones se le había desprendido al animal el cencerro del cuello, lo que contribuyó a que los hermanos no reconocieran su caballo. Tal era el ojo que brillaba detrás del carro, igual que brillaban los ojos de muchos animales en la oscuridad.

Pero solo pasado un rato se atrevieron los hermanos, y con mucha cautela, a acercarse a Valko, y solo entonces pudieron comprobar su error. Un tanto avergonzados, volvieron a la choza, donde, al despertar la aurora, se sumieron en profundo sueño.

Capítulo sexto

La cabaña de los hermanos estaba concluida. Tenía unas cinco brazas de largo por tres de ancho. Un hastial daba al este y otro al oeste, y, según se entraba por la puerta, situada en el hastial este, a la derecha se hallaba una gran estufa, y a la izquierda un establo, donde Valko había de pasar el invierno. Arrancaba del umbral un piso de tierra cubierto de ramas de abeto que llegaba hasta la mitad del recinto, donde se convertía en un magnífico suelo hecho de anchas planchas de madera, sobre el cual se abría un espacioso sobrado. Los hermanos utilizaban su nueva casa como habitación y como sauna. A veinte pasos de la cabaña habían construido un granero, ensamblado con pequeños y redondos troncos de abeto.

Los hermanos disponían, pues, de un buen refugio contra la tempestad, el viento y el frío del invierno, y de una despensa para sus provisiones, pudiendo dedicarse ya en cuerpo y alma a la caza y captura con variados medios. Pronto empezaron a caer gallos-lira y ortegas, liebres y ardillas, tristes y torpes tejones, sin que la muerte perdonara a los patos y peces del lago Ilvesjärvi. En las colinas y en el inmenso bosque de abetos resonaron los ladridos de Killi y Kiiski y los disparos de las escopetas, y de vez en cuando un oso de piel hirsuta se desplomaba ante los perdigones de los hermanos, aunque no era la época adecuada para esta caza.

Llegó el otoño con sus heladas noches, y los saltamontes, los lagartos y las ranas perecieron o corrieron a buscar refugio en sus profundos escondrijos; era el momento de preparar las trampas de brillante acero para las zorras, arte en que los hermanos, habiéndolo aprendido de su padre, eran consumados maestros. Más de un astuto y ágil zorro pagó con su fina piel un trozo de apetitosa carne. Las liebres, como se sabe, dejan en el bosque la huella de su paso, y los hermanos tendieron centenares de lazos de cobre

amarillo para desgracia de las cobardes de piel blanca. En una intrincada hondonada, en el límite oriental de la pradera, habían construido una excelente trampa para la caza del lobo, y, con la misma intención, habían cavado cerca de la choza un profundo hoyo en terreno seco y arenoso. El cebo atrajo a la trampa a más de un lobo hambriento, y los apuros de la presa, revolviéndose en el fondo del hoyo en la oscura noche otoñal, eran el desesperado y ruidoso aviso de que aquella había caído en la trampa. Entonces uno de los hermanos, apoyado en la valla, apuntaba con su escopeta, tratando de acabar de un disparo con la fiera de pelos erizados; otro alumbraba con una tea; un tercero, agitando un tizón en el aire, ayudaba a los perros a sacar del enramado a las bestias feroces. Los gritos de los muchachos, los ladridos de los canes y los ruidos de los disparos formaban una tremenda barahúnda; el bosque y las cavernosas paredes de Impivaara retumbaban sin cesar. Había, pues, una ruidosa agitación; la nieve, pisoteada en todos los sentidos, se teñía de rojo, hasta que al fin todas las fieras de tupida cola yacían sobre su propia sangre. Entonces empezaba para los hermanos la grata tarea de desollar las piezas. Uno o dos ejemplares de aquellas criaturas de ojos oblicuos del bosque cayeron también en el hoyo del extremo occidental de la pradera.

Una mañana, a primera hora, mientras sus hermanos seguían durmiendo, Timo salió de la choza y fue a visitar la trampa. La visión de la cubierta, medio hundida, le hizo concebir buenas esperanzas. Cuando llegó al borde del hoyo descubrió en el fondo, con alegría, una mancha gris. Se trataba, en efecto, de un enorme lobo que, con el hocico en el suelo, permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el muchacho. ¿Qué decidió entonces Timo? Dar muerte él solo al lobo y volver a la choza con la peluda presa sobre los hombros, para presumir. Cogió una escala que estaba apoyada en la pared de la casa y la colocó cuidadosamente en el hoyo. Luego bajó los peldaños armado de una gran maza de madera, con el propósito de machacar la cabeza de la fiera. Apretando los dientes, daba una y otra vez en el vacío, ya que el lobo apartaba la cabeza instintiva y velozmente cada vez que el hombre descargaba su pesada arma. Timo arrojó por fin la maza entre las patas de la fiera y decidió ir a comunicar la novedad a los hermanos.

Poco después acudían todos, armados de estacas, cuerdas y lazos

corredizos, para capturar la presa; pero cuando llegaron junto a la trampa vieron, decepcionados, que esta estaba vacía. El lobo había huido tranquilamente por la escala que Timo había dejado en el hoyo y se había adentrado en el bosque dándole gracias a la suerte. Los hermanos, que lo comprendieron enseguida, corrieron a buscar a Timo con las peores intenciones, soltando maldiciones y rechinando los dientes; pero el culpable se había puesto ya fuera de su alcance, intuyendo que no sería prudente quedarse para discutir el asunto sobre el terreno, y que lo mejor sería esconderse de momento en lo más intrincado del bosque de abetos. Los otros no dejaban de insultarle y amenazarle con los puños levantados, jurando ablandarle de arriba abajo como un nabo cocido si se atrevía solo a entreabrir la puerta de la choza, a la que volvieron enfurecidos después de haber agotado toda clase de improperios y amenazas. Timo vagó por los bosques como un forajido, pero, mientras tanto, los hermanos se fueron calmando, pensando que el daño se debía más a falta de cuidado que a malicia. Así, antes de que anocheciera, Juhani se encaramó a la cima de Impivaara y llamó a Timo gritando con voz potente en todas direcciones, prometiéndole bajo juramento que no tomarían venganza alguna. Al cabo de un rato volvió Timo, con rostro sombrío y lanzando miradas recelosas. Se desnudó sin decir palabra, se tumbó sobre su lecho y al momento empezó a roncar ruidosamente.

Llegó por fin el momento más propicio para la caza del oso. Los hermanos cogieron sus venablos, cargaron sus armas con balas de acero y se dirigieron al bosque para despertar a su rey, que dormía aún en su oscura guarida bajo los abetos cubiertos de nieve. Más de un oso corpulento cayó bajo las balas de los hermanos cuando salía enfurecido de su apacible retiro. Con frecuencia se producía una encarnizada lucha en que saltaba la nieve enrojecida por la sangre que brotaba de las heridas producidas por ambas partes, hasta que el oso de áspera pelambre caía exánime. Entonces regresaban los hermanos a casa y curaban sus llagas con un bálsamo preparado por ellos mismos, hecho de aguardiente, sal, pólvora y flor de azufre, cubriéndolas luego con una capa de alquitrán de color marrón amarillento.

Así obtenían los hermanos sus alimentos del bosque y de la arboleda de la colina, llenando su despensa de toda clase de caza:

aves, liebres, tejones y carne de oso. Tampoco se olvidaron de recoger forraje para su viejo y fiel Valko. Cerca del pantano se levantaba un henar con heno segado y prensado, suficiente para pasar el invierno. Tampoco se olvidaron del combustible para calentar su vivienda. Una enorme pila de troncos se levantaba junto al granero, y un gran montón de tocones resinosos, con la forma del legendario alce del diablo, se acumulaba contra la pared de la choza hasta el techo. Así pertrechados, los hermanos podían afrontar con seguridad el invierno de barba gris.

Es la víspera de Navidad. El frío no es muy intenso, grises nubes cubren el cielo, y las montañas y los valles se hallan tapizados por la reciente nevada; del bosque llegan suaves rumores, el gallo-lira picotea los jugosos brotes de abedules, una bandada de currucas devora las hojas del serbo rojizo, y la urraca, la ávida hija del pinar, transporta ramitas para su futuro nido. En la casa y en la magnífica granja reinan el contento y la paz, que también se hallan presentes en la cabaña de Impivaara. Junto a la puerta hay una carga de paja que Valko ha traído de la granja de Viertola para cubrir el suelo de la sala, como se requiere en Navidad. Y es que los hermanos no han podido olvidar el más bello recuerdo de su infancia: el chasquido de la paja seca.

Se oye en la cabaña el silbido que sale de las piedras ardientes del hogar y el crepitar de las tiernas ramas de abedul. Los hermanos toman a placer la sauna de Navidad y, cuando desciende el calor, bajan de las escaleras, se visten y, sudando y resoplando, descansan en los troncos que hacen las veces de banco a lo largo de las paredes. Una larga tea da luz a la estancia. Valko, que también celebra la festividad, come avena en el establo, y adormilado y bostezando, el gallo se sostiene en su viga, diríase que milagrosamente. Killi y Kiiski, el hocico entre las patas, dormitan junto al horno, y el viejo y pardo gato de Jukola ronronea ovillado sobre las rodillas de Juhani.

Mientras Timo y Simeoni empezaban a preparar la cena, los demás hermanos fueron metiendo en la choza las gavillas de paja, las desataron y esparcieron la paja por el suelo en una gruesa capa, más gruesa aún en el sobrado, donde solían pasar las veladas y las noches. He aquí, por fin, la cena dispuesta: siete panes de centeno, dos escudillas de madera de encina llenas hasta el borde de

humeante carne de oso y una cubeta de cerveza esperaban sobre la mesa. Los hermanos habían fabricado la cerveza según la receta heredada de su madre, pero la hicieron más fuerte que la que acostumbran a beber los campesinos. La bebida, de un color rojo oscuro, espumeaba en la cubeta, de manera que si alguien se hubiera decidido a echar un trago, no habría dejado de experimentar una sensación de mareo. He aquí, pues, a los hermanos sentados a la mesa, devorando buenas tajadas de carne y rebanadas de pan, todo regado con burbujeante cerveza.

AAPO.— ¡Muchachos, vaya banquetazo!

JUHANI.— Comamos y bebamos, hermanos, que es Navidad para nosotros, Navidad para todos, para las bestias y para los hombres. Timo, hermanito, acércate al pesebre y échale cerveza en la avena a Valko, por lo menos un jarro. Y nada de roñerías, que todos tengan su parte, el caballo, los perros y el gato, y los felices hermanos de Jukola. Al gallo dejémosle que duerma en paz, que ya recibirá mañana su ración. Y para vosotros, Killi y Kiiski, ahí os va este trozo de pata de oso, y para ti también, pobre minino. ¡Pero antes dame la pata, legañoso! ¡Así! Y ahora las dos patas. Mirad la habilidad de nuestro gato y decidme si no soy un poco maestro. Ya sabe darme las dos patas juntas. Mirad, mirad, se sienta como un viejo, muy serio él, y me pone las dos patas delanteras en la mano, el muy picarón. ¡No os lo perdáis!

AAPO.— ¡Qué gracioso!

TUOMAS.— ¡Qué cosas! ¡Tener que aprender eso en su vejez!

JUHANI.— ¡Cáspita! Pues anda que no me ha costado poco tiempo amaestrarlo. Pero no le he dejado en paz hasta que ha aprendido a dar las gracias a su maestro con las dos patas. Ahora ya lo hace como un hombre, lo cual recompensa mi esfuerzo. ¡Menudo gato! Toma, híncale los dientes a este trozo de oso. ¡Y para qué hablar de Killi y Kiiski! Ya lo dice el refrán: «Puedes tocar a un hombre, pero no a su perro». Bueno. Pero yo quiero añadir esto: «Puedes tocar a Jussi de Jukola, pero no a su gato».

EERO.— Acércame la cubeta de cerveza, Juhani.

JUHANI.— Toma, hermano, bebe, bebe, criatura de Dios, que es Navidad y la despensa está que no cabe de víveres. A ver, ¿qué nos falta aquí? ¿Qué nos importaría si todo el mundo menos Impivaara y sus alrededores quedara reducido a polvo y ceniza?

Aquí vivimos como señores, a lo grande, sin que nos importe un rábano la maldad de los hombres. ¡Qué bien se está aquí! El bosque nos sirve de prado, de campo, de molino y de nido eterno.

TIMO.— Y de despensa de carne.

JUHANI.— ¡Es verdad! Se está bien aquí. Gracias, Lauri, por habernos inspirado huir del bullicioso mercado que es este mundo. Aquí reinan la paz y la libertad. Y pregunto de nuevo: ¿Qué nos importaría que doradas llamas incendiaran el mundo entero si respetasen el norte de Jukola y a sus siete hijos?

TIMO.— Si un incendio abrasase un día el mundo entero, el norte de Jukola quedaría también hecho cenizas, y con él sus siete hijos.

JUHANI.— ¿Te crees que no lo sé? Pero el hombre es libre de imaginarse lo que quiere, puede pensar que es el amo de todo el mundo o un escarabajo del estercolero. Puede suponer que todo está muerto. Dios, los diablos, los ángeles y todo el género humano, los animales de la tierra, del mar y del aire; puede imaginarse que la tierra, el infierno y los cielos perecen en el fuego como un manojo de estopa, y que su lugar lo ocupan las tinieblas, donde el gallo de gracioso cuello curvado jamás anunciará el día del Señor. Así vuela el pensamiento del hombre aquí abajo, ¿y quién puede ponerle puertas al campo?

TIMO.— ¿Quién es capaz de concebir la construcción de este mundo? No, por cierto, el hijo del hombre, que es estúpido y torpe como un cordero lanzando balidos. Lo más razonable es aceptar el día como se presenta y dejarlo marchar salga lo que saliere. Nosotros por ahora estamos aquí.

JUHANI.— ¿De qué carecemos? ¿Qué echamos de menos?

TIMO.— «Ni la gracia divina ni la leche de la gallina». La despensa está llena a rebosar, nuestra cabaña está caliente, y podemos revolcarnos en la paja a nuestras anchas.

JUHANI.— Justo. Como novillos en la paja crujiente. Podemos bañarnos cuando nos dé la gana, cuando se nos antoje, y comer cuando lo deseemos. Pero ahora estamos bien satisfechos. Solo nos queda bendecir la mesa y recogerla.

SIMEONI.— Esperad a que haya rezado la acción de gracias y cantado una estrofa.

JUHANI.— Ya no viene a cuento. ¿Por qué no lo hiciste antes de la

cena? Eero, tú que eres el pequeño, ve a llenar de cerveza la cubeta.

SIMEONI.— ¿Y no vas a dejarnos que cantemos un himno para celebrar la Navidad?

JUHANI.— Pero, mi querido hermano, ninguno de nosotros es un cantor. Que cada cual cante y rece en su corazón, que es también la ofrenda que más agradece Dios. ¡Ah, pero ya está aquí la cubeta de cerveza, espumeante como las cataratas de Kyrö! Gracias, muchacho. Vamos a hacerle los honores, toma, Tuomas, y echa un buen trago.

TUOMAS.— No hará falta que me lo digas dos veces.

JUHANI.— ¡Mirad cómo bebe un hombre! Con tragos como estos, nuestras gargantas se convertirán en verdaderas gargantas de chantres.

También vivían antes
aun detrás del arroyo,
y de él quemaban leña,
de él bebían cerveza.

Bien. Solo que en lugar de agua tenemos el jugo oscuro de la cebada; en lugar de leña, troncos y astillas resinosas, y además, un blando jergón de paja, una magnífica palestra que para sí quisieran los reyes y los grandes duques. Una palabra, Tuomas. Aapo afirmó una vez que tú eres ya mucho más fuerte y más robusto que yo, pero no puedo creérmelo del todo. ¿No podríamos luchar un poco para probar? Vamos, intentémoslo.

SIMEONI.— Estaos quietos y no estropeéis esta paja tan limpia. Conservadla por lo menos hasta mañana.

JUHANI.— Pero es ahora cuando estamos más alegres. «La víspera es tan fiesta como la fiesta». Además, la paja alguna vez tiene que romperse, de todas formas. ¿Qué te parece, Tuomas?

TUOMAS.— Pues que podemos probar.

JUHANI.— ¡Una lucha agarrados a la cintura del pantalón!

TUOMAS.— De acuerdo.

JUHANI.— ¡Venga, vamos! ¡Ya te tengo!

AAPO.— ¡Espera, muchacho! Tuomas ha de agarrarte también por la cintura del pantalón.

JUHANI.— Bueno, pues que lo haga.

EERO.— Juhani, ¿a qué vienen esas muecas y por qué tuerces los

ojos como un buey en el matadero? Vamos, procura no hacer el ridículo, hermano.

AAPO.— ¿Estáis preparados? ¿A quién le toca empezar?

JUHANI.— A Tuomas.

TUOMAS.— Al mayor.

JUHANI.— Pues tente firme.

TUOMAS.— Lo procuraré.

JUHANI.— ¿Te mantienes firme?

TUOMAS.— Lo estoy intentando.

AAPO.— ¡Hale, muchachos! ¡Así, así! ¡Bravo! Lucháis como los héroes de la fe. Juhani se revuelve y se agita como Israel en persona y «Tuomas es como un roble».

EERO.— Y «Aapo predica como un pastor». Pero mirad la boca que pone Juhani, da miedo. Si le pusierais una barra de hierro entre los dientes… ¡crac!… la partiría en dos pedazos. ¡Qué miedo!

AAPO.— ¡Es una lucha de hombres! El suelo se tambalea bajo nuestros pies.

EERO.— Las tablas suben y bajan lo mismo que los pedales del órgano, y las botas de Tuomas se hunden en el suelo como un pesado arado.

AAPO.— ¡Mira tú! ¡No iban a acariciar como los deditos de un niño de pecho! ¡Por todos los diablos! Si esta lucha fuese en la montaña, los clavos de sus tacones harían brotar chispas de la roca.

EERO.— Verdaderas estrellas de fuego volarían al bosque y provocarían un gran incendio. Pero, mirad, Tuomas se mantiene tieso.

TUOMAS.— ¡Qué! ¿Te has cansado ya de zarandearme a tu gusto?

JUHANI.— Vamos a ver qué haces tú.

TUOMAS.— Allá voy. Vas a ver cómo da vueltas el suelo.

EERO.— ¡Cuidado, cuidado, Juhani!

AAPO.— ¡Ese sí que ha sido un golpe!

EERO.— Una costalada como si hubieran golpeado con un mazo, como si el trueno hubiera descargado su martillo.

TIMO.— Y ved ahí al pobre Juhani tendido como un saco de harina.

EERO.— ¡Pobre Juho!

TIMO.— Así es como gustaba él llamarse de niño.

AAPO.— Pero hay que ir con tiento al derribar a un hombre. No

olvides, Tuomas, que el cuerpo humano no es de hierro, sino de carne y huesos.

TIMO.— Así es, aunque lleve pantalones.

TUOMAS.— ¿Te he hecho daño?

JUHANI.— ¿Y a ti qué te importa?

TUOMAS.— Anda, levántate.

JUHANI.— Me levantaré y te demostraré lo que valgo en el juego del palo, que es donde los hombres miden sus fuerzas.

TUOMAS.— Eero, alcánzame ese palo liso que está en el rincón. ¡Vamos, Juhani!

JUHANI.— Ya estoy listo. Ahora pie contra pie y el palo bien agarrado con las dos manos.

AAPO.— Cuando yo diga, tiraréis, pero sin dar saltos. El palo por encima de los dedos de los pies, pero ni una pulgada más a un lado que a otro. ¡Ahora, muchachos!

TIMO.— Tuomas levanta a Juhani como si nada.

AAPO.— Sí, está perdido.

JUHANI.— Ve a buscar cerveza, Timo.

TIMO.— Estás cojeando, hermano.

JUHANI.— ¡Trae cerveza, te digo, maldito osezno! ¿Me oyes? ¿O quieres que te atice un sopapo?

TUOMAS.— ¿Te he dañado el pie?

JUHANI.— ¿Por qué te metes en lo que no te va ni te viene? Cuídate de tus patas. ¿Acaso tengo yo la culpa de que se me haya desprendido el tacón de la bota? Se me ha soltado en la lucha como un trozo de nabo. Ocúpate de tus asuntos. Bueno, parece que me has ganado en la lucha y con el palo. Pero probemos ahora a puñetazo limpio.

AAPO.— Esa lucha no viene al caso ahora.

JUHANI.— ¿Qué pasa si nos da la gana?

TUOMAS.— Yo no quiero.

JUHANI.— Lo que pasa es que no te atreves.

AAPO.— La lucha ha de ser un juego.

SIMEONI.— Ya conozco yo ese juego, que casi siempre acaba en riña y hasta en homicidio.

JUHANI.— ¡Bueno! ¡Reconozco que has ganado… pero nadie más podrá tumbar a Juhani! Lo juro y os lo demostraré uno a uno a toda la compañía. ¡Un tirón, Aapo, venga! ¿Es fuerte tu cintura?

¿Di, es fuerte?

AAPO.— No te acalores sin motivo. Ten un poco de paciencia y lucharemos como es debido.

JUHANI.— ¡Rayos y centellas!

AAPO.— Paciencia, te digo. Y ahora… ¡tira!

EERO.— Juhani baila la polca que da gusto verle, aunque cojee.

JUHANI.— ¿Qué me dices ahora, hermano Aapo?

AAPO.— Que estoy debajo de ti.

JUHANI.— Ahora te toca a ti, Simeoni.

SIMEONI.— No seré yo quien profane esta fiesta solemne, aunque me dieras mil reales.

JUHANI.— ¡Respeto la fiesta de Navidad, claro! Pero nada hay de profano en luchar inocentemente cuando nuestra alma está alegre y puro es nuestro corazón. ¡Vamos, solo una vez, Simeoni!

SIMEONI.— ¿Por qué te empeñas en darme la lata?

JUHANI.— ¡Un esfuerzo!

SIMEONI.— ¡Diablo!

AAPO.— ¡Déjalo en paz, Juhani!

JUHANI.— Podríamos probar, solo probar. ¡Anda, un solo tirón de la solapa!

SIMEONI.— ¡Vete al infierno, espíritu del mal! Ea, admito que eres más fuerte que yo.

TUOMAS.— Yo no lo creeré hasta que lo vea. No creo que los músculos de Simeoni sean de carne de ternera.

JUHANI.— Pues que lo pruebe, y veremos si son de carne de ternera o de carne de oso, negra y veteada.

AAPO.— Déjale tranquilo y que salga a luchar otro con más agallas. Sal tú, hermano Timo, que siempre fuiste un valiente.

JUHANI.— ¿Te gustaría?

AAPO.— ¡Vamos, Timo, no te achiques! ¡Tú nunca fuiste un cobarde!

TUOMAS.— Nunca, sino siempre vigoroso como él solo. Nunca olvidaré los mandobles que repartió en aquella agarrada con los bandidos de Toukola. Es verdad que al principio recibió en la cabeza un estacazo de padre y muy señor mío; pero él no hizo maldito el caso y, revolviéndose, le quitó la estaca a su enemigo y se la rompió en la sesera. La estaca se partió con un crujido y el tipo cayó a tierra como un saco vacío. Ese es Timo de Jukola,

y sé que es capaz de tenérselas tiesas con el más pintado.

TIMO.— Ven, muchacho.

JUHANI.— No deseo otra cosa. Pero deja que también yo te enganche con fuerza por la cintura. Anda, ya estoy listo.

AAPO.— Ha de empezar Timo.

JUHANI.— De acuerdo. Así tendré tiempo de respirar un poco.

TIMO.— ¡Toma!

JUHANI.— ¡No basta, muchachito!

TUOMAS.— ¡Buen golpe, Timo! ¡Anda, valiente, a ver si lo mejoras!

JUHANI.— ¡No es fácil acabar conmigo!

TUOMAS.— Ahora verás… ¿Qué me dices de este cate?

JUHANI.— «No es fácil acabar conmigo, que dijo el mendigo».

AAPO.— Prueba otra vez, Timo.

TUOMAS.— ¿Es que no puedes hacer más?

TIMO.— Veremos… ¿Y este?

JUHANI.— «No es fácil acabar conmigo, que dijo el mendigo».

TUOMAS.— Pues ha sido un meneo de cuidado.

EERO.— Nada de peligro, pero la voz de Juhani ha temblado un pelín.

JUHANI.— Aún me mantengo firme.

TUOMAS.— ¡Otra vez, Timo!

TIMO.— Vamos a ver, vamos a ver.

JUHANI.— ¡Quieto! ¡Espera, que se me caen los pantalones!

TIMO.— ¡Ahora o nunca!

JUHANI.— ¡Se me caen los pantalones!, ¿lo oyes?

TIMO.— ¡Ahí te va, hermano!

AAPO.— Parece que Juhani ha vuelto a besar el santo suelo.

EERO.— Resuella como un toro, pero, a Dios gracias, «tiene tiempo de respirar un poco».

TIMO.— Vedlo a mis pies como una chancleta mojada.

TUOMAS.— Los pantalones le han hecho un flaco servicio.

AAPO.— Sí, la verdad es la verdad. Los pantalones de Juhani se la han jugado a su amo para aliarse con Timo.

EERO.— Es cierto. Pero todo tiene arreglo: quitaos los pantalones y empezad a luchar de nuevo.

SIMEONI.— Cierra el pico, perdiz, o te largo un sopapo. ¿Aún no estás harto de este juego infernal?

EERO.— ¿Y por qué no lo convertimos en juego celestial? Quitaos

los pantalones y las camisas y luchad como los ángeles en las praderas del paraíso.

TUOMAS.— ¿Por qué te sientas sobre su cuello, Timo?

TIMO.— Si tuviera una paleta, le sonarían las posaderas como un pandero.

AAPO.— ¿Por qué? No es una riña, es una lucha noble.

EERO.— Por lo que parece, Timo está enfadado.

TIMO.— Nada de eso; pero repito que si tuviera una paleta o una estaca, le sonarían las posaderas como un pandero.

TUOMAS.— Deja que se levante.

TIMO.— Arriba, hombre de Dios.

JUHANI.— Me levantaré, pero quiero que sepas que cuando me haya sujetado los pantalones, vas a ser tú el que caiga, y no como yo hace poco, que caí por causa de un accidente del que te has aprovechado enseguida, ¡grandísimo bellaco!

AAPO.— ¡No te enfades! Apenas se ha fijado en lo que ocurría con tus pantalones, antes de la arremetida. Lo ha hecho en el ardor de la lucha, el pobre chico.

JUHANI.— Lo sabía muy requetebién. Lo que pasa es que todos os ensañáis conmigo como cuervos. ¡Que no se ha fijado! ¿Acaso no he bramado como un demonio diciendo: «¡Quieto! Espera, que se me caen los pantalones»? Y él, en vez de hacer caso, se me ha agarrado con las uñas y los dientes como un gato. ¡Por el diablo, que voy a enseñarte a sacar partido de mis pantalones caídos! ¡Vas a ver!

TIMO.— Lo hice en el ardor de la lucha.

JUHANI.— Yo te enseñaré cuando me haya subido los pantalones y me haya apretado el cinturón como un cerco de tonel.

TIMO.— Me importa un bledo la lucha, el caso es que he ganado y no hay más que hablar. Nada tienen que ver en el asunto los pantalones. El hombre es quien pelea y no sus pantalones, sus polainas o sus botas.

JUHANI.— ¡Vamos! Manos a la cintura y pecho contra pecho. ¡Por todos los diablos!

TIMO.— ¿Vamos a volver entonces a ese juego de niños?

EERO.— ¿Por qué lo pregunta? Anda, hombre, anda mientras puedas.

SIMEONI.— Te ruego que no vayas, Timo.

EERO.— Si el miedo te hace temblar, no vayas.

JUHANI.— ¿Quién habla de miedo ni de temblar? Hay que luchar de nuevo… y en este bendito momento.

EERO.— Ten piedad de él, Juhani, ten piedad.

TIMO.— ¿Por qué, Eero, por qué? Que sea una arremetida más, una o dos.

JUHANI.— Vamos, muchachito.

TUOMAS.— ¡Cuidado, Juhani!

AAPO.— ¡Cuidado! Parecen dos halcones hambrientos luchando.

SIMEONI.— ¡Eso es una lucha y no otra cosa!

AAPO.— ¡Sé sensato, Juhani!

SIMEONI.— ¡Sois unos monstruos, lo que se dice unos monstruos!

EERO.— ¡No tritures a tu propio hermano!

SIMEONI.— Estás muy pálido, Eero. Echaste las redes y mira lo que has pescado.

TUOMAS.— ¡Juhani!

SIMEONI.— Vais a echar abajo la choza, fieras endemoniadas.

JUHANI.— ¡Mira!, o como dicen los rusos: «¡*Vott!*». ¿Qué haces ahí en el suelo mirando al techo?

TIMO.— Esta vez me has ganado, pero deja que pase un poco de tiempo, que ya envejecerás y te encogerás, mientras que yo me desarrollaré y me haré más fuerte.

JUHANI.— Si el mundo acabará un día por hacerse polvo, con más razón un pobre pecador. El tiempo nos hará a todos iguales, hermanos. Anda, levántate y echa un buen trago de cerveza, y confiesa que tu cuerpo es algo menos fuerte que el mío.

TIMO.— Ya se ha visto y comprobado. He caído de bruces debajo de tu corpachón, que me aplastaba como un osazo.

JUHANI.— Vamos, hombre, echa un trago, que «donde cae el chorro, brota el oro». Soy el segundo más fuerte de toda la pandilla de Jukola. Lauri y Eero no han probado aún, pero saben que si se las viesen conmigo verían las estrellas. En cuanto a Simeoni, él mismo confiesa que es más débil que yo. Pero lo que es seguro es que ninguno de los hermanos de Jukola es un alfeñique, os lo garantizo. Ya podrían venir aquí cincuenta mocetones de Toukola a puños cerrados. Soy capaz de llevar cinco toneles sobre la espalda, y Tuomas algo más; cinco toneles, si alguien me los carga a la espalda.

TUOMAS.— ¡Cómo me gustaría ver luchar a Lauri y a Eero con todas sus fuerzas!

AAPO.— Sí, habría que verlo. El uno, frío y lento como el deshielo del invierno, y el otro, pequeño como un enano, pero vivo y rápido como un relámpago. Vamos, animaos, y así veríamos luchar al armiño y la liebre. Y conste que no aludo a la liebre por el miedo ni por la rapidez, ya que Lauri marcha como el hombrecillo mecánico del relojero Könni, cuyas piernas y azada eran accionadas por un curioso mecanismo de relojería oculto en la tripa; pero esta lucha me produciría el efecto de una pelea entre un magnífico conejo y un armiño.

JUHANI.— Un tiento, hijos míos, un tirón del cuello de la camisa o del cinturón del pantalón.

LAURI.— ¿Cómo se puede luchar con Eero si no hay por dónde trincarlo? Se escurre entre las piernas como un gato, araña y se agarra como un loco hasta que le deja a uno sin resuello. Acordaos del otoño pasado, cuando luchamos en la pradera, y ni Dios podría decir quién ganó y quién perdió. ¿Para qué volver a luchar con él?

EERO.— No era más fuerte que tú ni tanto así… Puedes creerlo.

LAURI.— Lo creo porque sé que eres más flojo que yo.

JUHANI.— Una lucha leal lo probará.

LAURI.— Insisto, ¿para qué volver a luchar con él?

SIMEONI.— Mejor sería que nos fuésemos a la cama, locos.

JUHANI.— Noches hay muchas, pero solo cada año hay una de Navidad. Y por eso, ¡que haya alegría! Regocíjate, casa de Belén, regocíjate, casa de Israel. Tal noche como esta, a estas horas, se obró un prodigio en la ciudad de Babilonia. ¡Alegrémonos! ¿A qué jugamos? ¿A comer el asado de Navidad? ¿A buscar el cerdo? ¿O a zurrar al zapatero?

SIMEONI.— Bueno, ¿todavía a estas memeces, como niños traviesos? ¡Quita!

JUHANI.— La vida del soltero es un baile, ¿a que sí, Timo?

TIMO.— ¡Je, je, je!

JUHANI.— ¿Verdad que sí?

TIMO.— Sí, algo así.

EERO.— Es eso y nada más, querido Juhani.

JUHANI.— Dijo el zorro a la liebre. Bueno, esta vida es llevadera, y

de vez en cuando tiene sus bromas y hay que levantar un poco los tacones… Bailemos. ¿Por qué no bailamos una danza rusa? A mí se me da muy bien. ¡Mirad!

AAPO.— ¿Se le habrá subido la cerveza a la cabeza?

JUHANI.— Échate tres jarros al coleto y verás qué contento te sientes. Canta alguna cosa, Eero, mientras yo bailo. ¡Vamos, destápate!

EERO.— ¿Qué canto?

JUHANI.— Lo mismo da, con tal de que haga ruido. Anda, hijo, grita hasta que las maderas del suelo se levanten. Canta, hijo de castor, canta mientras bailo y doy saltos hasta las vigas como un carnero. ¡Canta!

EERO.— Voy a intentarlo.

Riamos y disfrutemos,
que es día de Navidad;
cubas de cerveza llenas
tenemos, jarras y más
jarras de rica cerveza.

En la feria de Anjanpelto
cerveza y aguardientazo
bebimos, y por el precio
de un buey negro nos compramos
anillos de casamiento.
Por el precio de un buey negro
anillos de casamiento.
¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!

AAPO.— Silencio, Eero, no lo irrites.

JUHANI.— Sigue, sigue cantando sin preocuparte, que no me enfadaré; canta, canta para que no tenga que bailar sin música.

EERO.— *¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!*
Tienes la cara llena de harina…
y trituras del cerdo las pajitas…

TIMO.— ¡Je, je, je! ¡Hay que ver qué bobadas cantas!

JUHANI.— No importa, no me enfadaré. ¡Canta!

EERO.— Me acompañaré haciendo castañetas con los dedos.

Y tú trituras las pajitas
del cerdo y les calientas la pocilga.
¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!

Ida se fue a la playa
y escribió en la raya
el nombre de su amado,
el nombre de su amado.

Cuando escuché su voz
y mis ojos la vieron,
junto a los serafines
creí estar en el cielo;
creíme en sus confines
junto a los serafines.

¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!

Dime, Maija, ¿te acuerdas
de cuando por el campo
te buscaba la fresa,
corríamos, jugábamos?

¡Tralará, tralará!
Te buscaba la fresa,
corríamos, jugábamos.
¡Tralará, tralará!

¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!

No oses, pobre Aapo,
con Juhani meterte;
sabes que nuestro hermano
es un tío muy fuerte.

En la prisión Juhani
come carne de chivo.
Y es que todos valemos
en la vida lo mismo.
¡Tralará, tralará!

El Tardío de Viluksela,
el Obispo de Viuvala,
el Buey de Syvän-oja y

el Gordo de Sylvinä.
¡Tralará, tralará!
El Buey de Syvän-oja y
el Gordo de Sylvinä.
¡Tralará, tralará!

¡Ay de mí, pobre locuelo!,
en buen lío me he metido;
tengo una granja en mi pueblo
y aquí encadenado vivo.
Tengo una granja en mi pueblo
y aquí encadenado vivo.

JUHANI.— ¡Bien, bien! Aquí, al menos, no me pesan las cadenas. ¡Canta, canta!

EERO.— *¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!*
Tienes la cara llena de harina,
y tú trituras las pajitas
del cerdo y les calientas la pocilga.
¡Jussi de Jukola! ¡Cara de perola!
¿Aún no te basta?

JUHANI.— ¡No; más! Quiero bailar como en las bodas de Matti el ganadero. ¡Más, más! ¡Las bodas de Matti!

SIMEONI.— Hasta el gallo se asusta y cacarea por este horrible escándalo.

JUHANI.— ¡Cierra el pico, viejo gallo, y ni un quiquiriquí más!

TUOMAS.— Basta ya, Juhani.

AAPO.— Esa danza turca te corta el aliento.

JUHANI.— Es rusa, ¿verdad, Eero?

EERO.— Es una danza que te has sacado de la manga.

JUHANI.— De acuerdo, será así, pero demos una veintena de saltos más.

SIMEONI.— ¡Estás loco!

TIMO.— ¡Mira, mira! ¡Je, je, je!

JUHANI.— Quítate de en medio, si no quieres que te arrolle como el caballo del cosaco a un borrachín de feria. ¡Hup!

AAPO.— ¡Mirad cómo le brinca el cinturón por detrás, de arriba abajo, contra la espalda, contra las nalgas! ¡Oh, oh!

JUHANI.— ¡Tralará, tralará! ¡Qué locura! ¡Ja, ja! Esta es la segunda vez en mi vida que bailo hasta quedar rendido. La primera vez

fue en la boda de Matti, donde no había más mujeres que tres viejas para un rebaño de tíos. Pero cuando Matti nos preparó unos jarros de ponche con café, no nos quedó más remedio que ponernos a patear el suelo entre nosotros, y el maldito entarimado suspiraba bajo nuestros pies. Las pobres viejas se quedaron a gusto cuando se vieron libres de aquel terremoto, porque las hubiéramos dejado para el arrastre. ¡Vaya jaleo aquel! Pero ahora quedémonos en camisa y vayamos al sobrado. Nada de dormirnos aún, ¿eh? Nos colocamos alrededor de la cubeta de cerveza, y a la luz de una tea embreado contaremos cuentos e historias divertidas en ese sitio tan calentito.

Se desnudaron, volvieron a llenar la cubeta de cerveza y subieron todos al sobrado. Sentados en la tibia paja sin más ropa que la camisa, empezaron a correr rondas de las espumeante cerveza mientras la resinosa tea de madera de pino, sujeta entre dos troncos de la pared, proyectaba una llama dorada. Pero a Juhani le vino a la cabeza una extraña idea, y de su boca salieron palabras que habrían de provocar una desgracia.

JUHANI.— Aquí nos tostamos como salchichas puestas a ahumar, y las piedras ardientes del hogar nos proporcionan calor. Eero, echa un jarro de cerveza sobre las piedras calientes, a ver qué gusto tiene el vapor del jugo de cebada.

TUOMAS.— ¡Vaya idea más tonta!

JUHANI.— Qué va. Una gran idea. ¡Echa!

EERO.— No tengo más remedio que obedecer a mi jefe.

JUHANI.— ¡Dos o tres jarros sobre las piedras!

TUOMAS.— Ni una gota. ¡Si oigo el menor silbido, al que lo haya causado se le va a caer el pelo!

AAPO.— ¿Por qué hemos de desperdiciar esta excelente bebida?

TIMO.— Nuestras condiciones no nos permiten darnos baños de vapor de cerveza, ni mucho menos.

JUHANI.— Pero será muy divertido probarlo.

TUOMAS.— Lo prohíbo terminantemente.

JUHANI.— Pero será muy divertido probarlo. Lo que pasa es que la reciente victoria de Tuomas se le ha subido a la cabeza y ya se piensa que puede mandar a su antojo en esta casa. Pero no olvides que cuando la bilis amarga se le revuelve a uno, le da la fuerza de siete hombres, si hay que llegar a las manos. Pues para

que te enteres, mis ojos no están dispuestos a volverse hacia ti para recibir órdenes.

SIMEONI.— ¡Ahí tenéis, ahí tenéis los frutos de la lucha!

JUHANI.— Anda, Eero, que retiemble la casa. Yo respondo de todo y sabré defenderte.

EERO.— Es orden del amo y hay que obedecer, de lo contrario, la misma noche de Navidad me darían el pasaporte de la liebre, ya sabéis.

Apretando los dientes y frunciendo los labios en una sonrisa socarrona, Eero se apresuró a ejecutar la orden de Juhani, y no tardó en oírse un fuerte chasquido sobre las piedras ardientes, seguido de un violento hervor. Tuomas se levantó echando chispas y se lanzó como un águila contra Eero. Pronto todos estaban enzarzados en la pelea. En la confusión, tiraron al suelo la tea encendida, la cual prendió fuego en la paja sin que los hermanos lo advirtiesen. Del mismo modo que un círculo se propaga y ensancha sobre la superficie de un lago, así se propagó el fuego, en llamas cada vez más intensas y voraces, y ya alcanzaban las vigas del sobrado cuando los habitantes de la cabaña se dieron cuenta del peligro. Pero ya no había tiempo de salvar otra cosa que no fueran sus vidas y las de los animales que les acompañaban. Las llamas prendían por todas partes, sembrando el desconcierto y el desorden entre los hermanos. Todos se lanzaron en tropel a la puerta, la abrieron, y hombres, perros, gato y gallo salieron en una tremenda confusión. Era como si la casa los vomitara entre humo sobre el suelo cubierto de nieve, donde permanecieron tose que te tose, medio asfixiados. Lauri salió el último, arrastrando por la brida a Valko, que sin su ayuda hubiera sido víctima del fuego. Las violentas llamas, que al principio salían por los angostos ventanucos, acabaron abriéndose paso por la puerta y el techo. La sólida cabaña de Impivaara se consumía en el incendio y, en el suelo cubierto de nieve, hombres y animales quedaron al raso. La choza del carbonero, la primera morada de los hermanos, estaba ya destruida hasta sus cimientos, y el granero era tan poco hermético como un nido de urracas. Los hermanos tiritaban sobre la nieve, y solo una corta camisa les protegía del frío. El furor de las llamas no les dio tiempo a recoger ni un gorro para la cabeza ni unos zuecos de corteza de abedul para los pies. De todo lo que contenía la casa

no les quedaban más que las escopetas y las mochilas con las municiones, que habían dejado en el granero antes de tomar la sauna. Se hallaban los hermanos en la nieve, vueltos de espaldas al incendio abrasador, levantando ora el pie derecho, ora el izquierdo, para calentarlos a la lumbre de la gran hoguera, y sus piernas, expuestas al fuego y a la nieve, se enrojecían como patas de gansos.

El calor del incendio era como el último regalo de la cabaña: un brasero enorme cuyas llamas ascendían hasta el cielo, irradiando su resplandor hasta muy lejos, y los melenudos abetos de la ladera de la montaña sonreían dulcemente como en el fulgor de la aurora. El montón de astillas resinosas lanzaba hacia las nubes una humareda densa, negra como la pez, que giraba en torbellinos bajo la bóveda del cielo. Una viva luminaria alumbraba la pradera y sus alrededores, y, sorprendidos por tan inusual espectáculo, los pájaros miraban deslumbrados desde las ramas, que se curvaban bajo el peso de la nieve, mientras la sólida cabaña de Impivaara se consumía en brasas y en cenizas ante la desesperación de los hermanos, que, vueltos de espaldas al fuego y mesándose los cabellos de ira, alargaban ora un pie, ora el otro, al calor de las llamas. Poco a poco se hundió el techo y cayeron las vigas, convertidas en tizones, y el aire nocturno quedó tachonado de miles de centellas crepitantes. Los hermanos notaron entonces, con terror, que el cielo se aclaraba y que el viento del norte cambiaba, señal de que el frío iba a seguir al deshielo.

AAPO.— Hemos escapado del fuego para caer en las garras del frío. Mirad, el cielo se aclara y sopla ya un viento gélido. ¡Un peligro espantoso nos acecha, hermanos!

JUHANI.— ¡Por mis difuntos! ¿Quién tiene la culpa de todo esto?

TUOMAS.— ¡Cómo! ¿Y tienes la desvergüenza de preguntarlo, bribón? Merecerías que te pusiera a asar en las ascuas de esa hoguera.

JUHANI.— Haría falta más de un Tuomas para hacerlo. Pero maldito sea el que nos ha dado esta noche infernal.

TUOMAS.— Él mismo se maldice.

JUHANI.— Maldito sea el llamado Tuomas de Jukola.

TUOMAS.— ¡Repite lo que has dicho!

JUHANI.— Tuomas de Jukola, hijo de Juhani, es el causante de toda esta desgracia.

AAPO.— ¡Tuomas!

SIMEONI.— ¡Juhani!

LAURI.— ¡Silencio!

TIMO.— ¡Aunque os empeñéis, no vais a reñir ahora, granujas, os lo advierto! Estaos quietos y vamos a calentarnos fraternalmente.

SIMEONI.— ¡Impíos!

AAPO.— Ya está bien de gritos y discusiones, cuando nos amenaza una muerte de las más horribles.

TUOMAS.— ¿Quién tiene la culpa? ¿Quién la tiene, eh?

JUHANI.— Yo soy inocente.

TUOMAS.— ¿Inocente? ¡Maldita sea! ¡Voy a tragarte vivo!

AAPO.— ¡Calma! ¡Haya calma!

SIMEONI.— ¡Calma, por el amor de Dios!

AAPO.— Inocentes o culpables, quédese ahora esa cuestión como está, y ocupémonos solo de salvarnos sin pérdida de tiempo. Nuestra casa se ha convertido en cenizas y nos hemos quedado desnudos en la nieve. ¿De qué nos sirve esta camisola de simple lino? Menos mal que tenemos las armas y municiones en el granero, que ahora nos van a hacer mucha falta. Oíd, oíd cómo aúllan los lobos en Teerimäki.

TUOMAS.— ¿Qué hacemos entonces?

AAPO.— Yo creo que lo mejor es correr a toda prisa a Jukola si no queremos morir congelados. Dos pueden ir a lomos de Valko, y los demás seguirles corriendo. Correremos por turnos y montaremos por turnos. Gracias a nuestro caballo no nos veremos obligados a pisar nieve durante todo el camino, y, Dios mediante, tal vez podamos salir de esta.

JUHANI.— Pero antes de que podamos instalarnos junto al hogar de Jukola, ante un buen fuego de troncos, nuestros pies estarán como nabos cocidos.

AAPO.— No nos queda otro remedio. Y apresurémonos, que el cielo está despejado y presagia helada. ¡Vamos, no perdamos tiempo!

EERO.— La hora final ha llegado para nosotros.

JUHANI.— ¡Aquí están los siete hermanos de Jukola!

SIMEONI.— Grande es nuestra desgracia, pero más grande es el poder del Señor de los cielos. ¡Vámonos deprisa!

TUOMAS.— ¡Saquemos del granero las armas y las mochilas!

JUHANI.— ¡Terrorífica noche! Un frío glacial nos amenaza y los

lobos aúllan hambrientos.

TIMO.— Tanto nosotros como Valko estamos en un gran peligro.

JUHANI.— Pero el nuestro es aún mayor. Siempre oí decir que un hombre desnudo es un bocado apetecible para el lobo en invierno.

TIMO.— Pues yo he oído decir que el hombre y el cerdo saben lo mismo, y todo el mundo sabe que los cerdos son el plato favorito del lobo, en invierno. La verdad es que estamos en una situación difícil.

JUHANI.— ¿Qué hacemos?

AAPO.— Volar hacia Jukola como flechas mágicas a través de la noche, antes de que el frío aumente helándonos la sangre. ¡A Jukola, por la colina silbante de Teerimäki! Tenemos armas contra los lobos, pero no contra el rey Barbahelada.

TUOMAS.— Aquí están las escopetas y las mochilas. ¡Que cada uno se eche su escopeta al hombro y su mochila a la espalda! Dos que vayan a caballo y los demás correremos detrás hasta que nos abandonen las fuerzas. ¡Pero démonos prisa, démonos prisa, por la salvación de nuestras almas inmortales!

JUHANI.— Por el norte aclara y ya brillan las estrellas. ¡Vamos, apresurémonos!

AAPO.— Mañana volveremos a recoger las provisiones y los útiles que se hayan salvado del incendio, y podremos rescatar el gato y el gallo. Esta noche pueden pasarla al calor del rescoldo. Killi y Kiiski nos acompañarán fielmente en esta carrera. Por cierto, ¿dónde están?

TUOMAS.— No los veo. ¡Silencio, escuchad!

EERO.— Se han largado. Se les oye ladrar detrás de la montaña.

TUOMAS.— Persiguen un lince que probablemente habrá pasado por delante de la cabaña dejándoles el rastro. Allá ellos, y que persigan linces a su gusto. Ahora hemos de olvidarles y apresurar nuestra marcha.

JUHANI.— De acuerdo. La vida y la muerte están atenazadas por la garganta como dos osos.

AAPO.— Partamos, con todas nuestras fuerzas.

JUHANI.— Con todas las fuerzas del alma y del cuerpo, hasta que echemos los hígados por la boca.

TUOMAS.— Y pensando que nos aguarda una muerte espantosa.

JUHANI.— Una muerte atroz nos amenaza por todas partes. ¡Diablos! Ya me veo con la nariz helada o las tripas fuera, si no estoy pronto calentándome al fuego sobre un montón de paja. Una de las tres cosas sucederá dentro de un momento. Pero como de nada vale lloriquear, yo aprieto los dientes de tal modo que partiría una montaña de hielo de una legua de espesor.

SIMEONI.— Intentemos salir en nombre del Señor, y con su ayuda.

JUHANI.— Con su ayuda tiene que ser, pues de nada valen aquí las fuerzas del hombre nacido de mujer. ¡Pero estamos en buenas manos!

EERO.— No nos entretengamos más y partamos.

JUHANI.— Y sin miedo a nada. ¡Vamos!

TUOMAS.— ¿Estáis todos preparados? Vosotros, Eero y Simeoni, subid al caballo, y derechos a Jukola, pero no os adelantéis mucho, que nosotros vamos detrás siguiendo a nuestro rocín corriendo sobre la nieve.

Sin más protección que una tosca camisa, con la mochila a la espalda y la escopeta al hombro o en la mano, los hermanos emprendieron el viaje. En la noche helada huían del frío que les llegaba de las ciénagas del norte, a pesar de que la temperatura no era en aquel momento de las más rigurosas. De vez en cuando parecía serenarse el cielo, pero volvieron a acumularse las nubes, y el viento norteño soplaba moderadamente. Los hermanos estaban muy acostumbrados al frío: su piel se había curtido en crudas heladas, y en su dura infancia se habían revolcado y corrido descalzos por la nieve durante muchas horas. Pero aquel viaje de Impivaara a Jukola prometía ser terrible, produciéndoles un miedo mortal. Caminaban apresuradamente, con el corazón encogido. Detrás de Valko, sobre el que cabalgaban Eero y Simeoni, corrían los demás hermanos, hundiendo los pies en la nieve del bosque y levantando a su paso blancas salpicaduras. Lejos ya, en la pradera de Impivaara, el gato y el gallo contemplaban con tristeza las vigas consumidas por las llamas.

Dejando atrás el pantano de Sompio, los hermanos se acercaron a Teerimäki, de donde seguía llegando aún el aullar de los lobos. En el bosque de jóvenes abetos, entre el pantano y la pradera de Jaakko de Seunala, cambiaron los jinetes, apeándose Eero y Simeoni y ocupando otros dos su puesto. Así prosiguieron la marcha

sin detenerse, caminando a lo largo del perfil de la colina, cruzando el camino de Viertola y corriendo por un extenso y sonoro bosque de pinos. Finalmente, llegaron a la altura rocosa de Teerimäki, y el clamor de los aullidos de los lobos cesó de repente. Alcanzaron por fin la cima y decidieron dar un respiro a su caballo. Los jinetes bajaron, y pronto otros dos subieron en su lugar. Todavía permanecieron en la roca nevada. Soplaba el viento norteño, el cielo se serenó de nuevo y la lanza de la Osa Mayor indicaba que había pasado la medianoche.

Sin haber descansado apenas, reanudaron la marcha deslizándose por el sendero que descendía en rápida pendiente; al pie del declive se vieron envueltos en un ambiente hostil, puntuado por sombríos abetos. La pálida luna se asomó a contemplarlos. Cantaban los grandes búhos y de vez en cuando se vislumbraba en el bosque un extraño fantasma, semejante a un oso monstruoso, pero que no era otra cosa que algún abeto derribado que levantaba al aire sus raíces musgosas. Inmóviles como espectros helados, estas siluetas de oso miraban al extraño grupo de hombres que caminaban a toda prisa. Eran como espectadores mudos e inanimados, y en torno de ellas pronto se produjo un espantoso movimiento en el imponente bosque. Los hambrientos lobos estrechaban cada vez más el cerco a los hermanos. Podía vérseles cruzando siniestramente el camino delante o detrás, o apareciendo y desapareciendo entre los abetos. Famélicos, sedientos de sangre, seguían a los caminantes de la noche, y las ramas secas de los abetos, esparcidas por el suelo, se rompían rechinando y crujiendo bajo sus patas. El asustadizo Valko temblaba, resollaba y tropezaba de trecho en trecho. La audacia de las fieras se hacía cada vez más desafiante; se deslizaban a veces muy cerca de los hermanos, jadeantes y excitadas, y aquellos a los que les tocaba cabalgar se las veían y deseaban para sujetar al caballo en su desenfrenada carrera, mientras los que seguían detrás descargaban sus armas a uno y otro lado para espantar a los lobos, que, sin embargo, no se alejaban mucho.

Salió el grupo al claro de Kiljava, devastado en un tiempo por el incendio, donde solo se erguía aquí y allá algún pino seco para refugio de halcones y de búhos. Allí se hizo temible el furor de los lobos y se acrecentó el peligro. Tuomas y Timo iban ahora a

caballo, y los que corrían detrás se detuvieron de pronto y dispararon sus escopetas contra sus perseguidores, que, intimidados, se retiraron esta vez a considerable distancia. Los hermanos se precipitaron de nuevo adelante, pero no transcurrió mucho tiempo sin que percibiesen el ruido de la manada de lobos al acecho junto a ellos, con más peligro que antes. Tuomas paró en seco su cabalgadura y gritó con todas sus fuerzas: «¡El que tenga la escopeta descargada que la cargue inmediatamente! ¡Venga, rápidos como centellas!». Y diciendo esto, saltó a tierra, ordenando a Timo que sujetase bien el caballo. Los hermanos se detuvieron y cargaron sus armas. Sus pies y todos sus miembros eran ya insensibles al frío. También las fieras se habían detenido a cincuenta pasos, mirando fijamente a los hermanos con ávidos ojos y agitando furiosamente la cola. No había nubes en el cielo y la luna miraba hacia la tierra pantanosa.

TUOMAS.— ¿Habéis cargado ya las escopetas?

AAPO.— Sí. ¿Qué te propones?

JUHANI.— ¡Tiremos todos a la vez!

TUOMAS.— No, si tenemos aprecio a nuestras vidas. No olvidéis que algunas escopetas han de estar siempre cargadas. Lauri, tú que tienes más puntería y la vista más aguda, ven aquí, a mi lado.

LAURI.— Aquí estoy. ¿Qué quieres?

TUOMAS.— Un lobo hambriento devora a su mismo hermano ensangrentado. Si pudiéramos aprovecharnos de ello, estaríamos salvados. Vamos a probar, Lauri; apuntemos al primero de la izquierda y disparemos a un tiempo; pero vosotros ahorrad el tiro. Mira bien, Lauri, como un águila, y tira cuando yo diga: ¡Ahora!

LAURI.— Ya estoy listo.

TUOMAS.— ¡Ahora!

Dispararon ambos a un tiempo y los lobos huyeron precipitadamente, pero uno de ellos se quedó solo, tratando de arrastrarse detrás de sus compañeros, sin lograr apenas avanzar. Los hermanos reanudaron la marcha velozmente, seis a pie y Timo a caballo, delante. Enseguida los lobos se detuvieron y, volviéndose ágilmente, se lanzaron de nuevo en persecución del grupo nocturno. Entonces levantaban nubes de nieve y hacían resonar la ancha pradera de Kiljava. Con la rapidez del huracán, las fieras se

acercaron a su compañero, que se arrastraba como podía sobre su propia sangre, y siguieron adelante. Pero, apenas olfatearon la sangre, volvieron a él, levantaron un remolino de nieve, y, con ojos que brillaban feroces en la noche y las fauces abiertas en una mueca espantosa, se arrojaron contra su compañero herido. Tan feroz fue la pelea que se organizó en la pradera que parecían venirse abajo las columnas del firmamento. Temblaba la tierra y la blanca nieve se convertía en inmunda papilla, porque las fieras desgarraban al que hasta hace unos momentos había sido su compañero, al hijo del bosque cuya sangre habían vertido Tuomas y Lauri con certeros balazos. Por fin volvió a reinar en el yermo nocturno el silencio, apenas roto por un débil rumor de crujir de huesos; los lobos, con las fauces sangrientas y los ojos llameantes, se disputaban los despojos de su compañero abatido.

Así se libraron los hermanos de sus terribles enemigos y pudieron proseguir su marcha. Los siniestros aullidos de los lobos en Kiljava sonaron en sus oídos como deliciosa música que les anunciaba su salvación. Llegaron a la vasta pradera de Kuttila, y como el camino que la rodeaba era muy accidentado, decidieron atravesarla. La cerca cedió ante ellos, y Valko, cargado con los dos jinetes de turno, saltó sobre la valla derribada y, hostigado por el látigo, galopó por la llana superficie. Los hermanos que iban detrás pisando la nieve corrieron tras el animal sin descanso.

Cruzaba la pradera un camino de invierno que conducía a la iglesia, y unos viajeros que pasaban por allí, con tres caballos y tres trineos, se quedaron aterrorizados al ver a los hermanos que bajaban del norte. A la luz de la luna distinguieron a siete hombres con camisa que, con una escopeta al hombro, corrían tanto como el caballo, y los tomaron por trasgos salidos de las cuevas de Impivaara que se les echaban encima. La confusión y el revuelo que se produjo en la pradera fue enorme. Los caballos, enloquecidos, se lanzaron desenfrenados y se dispersaron; uno de los viajeros daba espantosos gritos, otro se quejaba con ayes lastimeros, y otro lanzaba improperios y maldiciones. Pero los hermanos, sin hacer caso ni volver apenas la vista a los aterrorizados viajeros, prosiguieron su imparable carrera hacia Jukola a través de la pradera de Kuttila, donde la nieve se abría como humo delante de sus pasos. Al llegar a la valla del otro lado arremetieron contra ella

violentamente y siguieron por el camino quebrado.

Aquella noche fue horrible y espantosa para los hermanos. Corrían tanto como sus piernas les permitían, jadeando, con la desesperación del alma reflejada en sus ojos hundidos, que no dejaban de mirar hacia su antiguo hogar de Jukola. Avanzaban sin decir palabra, y la tierra nevada huía rápida bajo sus pasos. Pero cuando por fin llegaron a la cima de Pohjanpelto y al claro de la luna vieron en la falda de una colina la granja de Jukola, todos exclamaron al unísono: «¡Jukola, Jukola!». Entonces se lanzaron cuesta abajo, atravesaron como duendes alados el prado de Ojaniittu, subieron la pendiente y se encontraron ante la puerta cerrada de su granja. La impaciencia no les permitió llamar a la puerta y esperar que se les invitase a entrar, de manera que, arrojándose con todas sus fuerzas contra ella, la abrieron con violento estruendo.

Se precipitaron, pataleando, de la entrada a la sala, y corrieron atropelladamente hacia el rescoldo del horno, que los recibió con la agradable caricia de su calor, mientras la familia del curtidor, que se había despertado sobresaltada por el ruido, era presa del pánico.

EL CURTIDOR.— ¿Qué monstruo entra así en casa de un hombre honrado, nada menos que en la noche de Navidad? Contesta, mi escopeta te está apuntando.

TUOMAS.— Deja tu escopeta, buen hombre.

AAPO.— No dispares contra la gente de la granja.

JUHANI.— Venimos… ¡Dios nos proteja!… venimos de Impivaara.

TIMO.— Somos los siete hijos del viejo Jukola.

SIMEONI.— ¡Que Dios nos tenga compasión! En este terrible instante, siete almas están camino de la eternidad. ¡Que Dios nos ampare!

JUHANI.— Un incendio voraz ha destruido nuestra hermosa cabaña del bosque con todo lo que teníamos en ella. Hemos llegado corriendo hasta aquí como liebres, sin más protección para nuestro cuerpo que una simple camisa, nada más que la camisa. ¡Menuda broma!

LA MUJER DEL CURTIDOR.— ¡Que Dios no se aparte de nosotros!

EL CURTIDOR.— ¡Pobres muchachos!

JUHANI.— ¡Algo increíble! Aquí estamos como urracas implorando la gracia divina. ¡Es para echarse a llorar!

LA MUJER.— ¡Pobres chicos! ¡Tú, marido, aviva el fuego! ¡Pronto!

EERO.— ¡Desgraciada noche y desgraciados nosotros!

AAPO.— ¡Espantosa noche, ay de mí!

SIMEONI.— ¡Uf!

JUHANI.— No llores, Eero; no llores, Simeoni, y tú no te lamentes, Aapo. Eero, pequeño Eero, no llores, que ya estamos bajo techo. ¡Pero qué carrera a pelo nos hemos dado!

LA MUJER.— ¡Ay, pobre hijo del hombre, aquí en el mundo!

JUHANI.— Querida granjera, su compasión y sus lágrimas arrancan las mías de nuevo. Pero no llore, mujer, no llore. Nos hemos librado de los colmillos de las fieras y del frío, y henos aquí entre cristianos, entre nuestros semejantes, al amor de la lumbre. ¡Que Dios sea loado!

TUOMAS.— Venimos en un estado lastimoso, verdaderamente lastimoso. Mantened un buen fuego y traednos unos haces de paja para que podamos dormir en el suelo, y llevad a Valko, nuestro caballo, al establo y dadle una ración de heno.

AAPO.— Perdonad si nos ponemos pesados pidiéndoos ayuda y protección tan enérgicamente en nombre de la ley y por nuestra vida… ¡porque ella nos va en esto!

JUHANI.— ¡Oh, ángeles de misericordia! Siento la vida en la punta de la nariz como si fuera a huir, a escapárseme. Traednos carne y cerveza, si tenéis en casa. Ha sido un juego al que ningún otro puede compararse, una desgracia que no se borrará de nuestra memoria. ¡Dadnos carne y cerveza caliente, por el amor de nuestra vida y de nuestra alma!

EL CURTIDOR.— Haremos lo que esté en nuestra mano, amigos, una vez que haya hecho un poco de luz en la casa. ¡Desdichados! ¡Sin más ropa que la camisa!

JUHANI.— ¡Ni un mal trapo viejo para la cabeza, ni unos zapatos remendados para los pies! Mira estas patas enrojecidas como las de Sibilo. ¡Mira!

EL CURTIDOR.— Los pelos se me ponen de punta. ¡Ven a ver, mujer!

TIMO.— ¡Y mire mis piernas!

JUHANI.— ¿Cómo pueden compararse las tuyas con las mías? ¿No las ves? ¡Son como rábanos cocidos!

TIMO.— ¿Y estas?

JUHANI.— ¡Bah, bah!, ¿qué son tus pantorrillas comparadas con las mías?

TIMO.— ¿Qué dices? Fíjate en las mías. ¿Es esto carne de hombre?

EL CURTIDOR.— Ven enseguida a mirar, mujer.

LA MUJER.— ¡Oh, buena gente y poder del cielo!

JUHANI.— Sí. ¿No es algo nunca visto? Hasta los ojos de Tuomas se humedecen. No llores, Tuomas. Como decía, ¿no es algo nunca visto?

TIMO.— Así se trata aquí a la pobre ternera humana.

LA MUJER.— ¡Qué enrojecidas y escocidas están! ¡Oh, Dios mío!

TIMO.— Como el fuego en la fragua, o, mejor, como hierro al rojo vivo. ¡Je, je!

LA MUJER.— ¡Vaya si están encarnadas! ¡Dios nos ayude!

JUHANI.— «Semejantes a azófar incandescente», como dice la Biblia. ¡Dios tenga piedad de nosotros!

LA MUJER.— ¡Pobres muchachos!

LAURI.— Haga lo que le dijimos y nos había prometido.

AAPO.— ¡Pero dense prisa, por lo que más quieran! Ya nos ocuparemos nosotros del fuego, puesto que en aquel rincón hay leña de abedul.

JUHANI.— Otra vez estamos en nuestra vieja Jukola, bajo estas queridas vigas ahumadas, y aquí nos quedaremos hasta principios de mayo. Nuestra antigua habitación será nuestro refugio de este invierno.

TUOMAS.— Espera que llegue el verano.

JUHANI.— Espera que llegue el verano, y una casa, más hermosa que la anterior, surgirá de nuevo sobre la pradera de Impivaara.

TUOMAS.— Cuando la nieve se haya derretido, los bosques y los montes resonarán con los golpes, y los hermanos de Jukola no tendrán más necesidad de mendigar de los demás un refugio contra el viento.

JUHANI.— ¡Bien dicho! Tuomas, olvidemos este desgraciado suceso que nos ha hecho prender fuego a nuestra casa y soñemos con la que levantaremos de nuevo.

TUOMAS.— Debes saber que al emprender este horroroso viaje ya se había desvanecido todo el rencor de mi pecho, y que cuando tú corrías detrás de mí, echándome el aliento en el cuello como un semental que nada… ¡se me hacía pedazos el corazón!

JUHANI.— En fin, alegrémonos de que ese viaje haya terminado y de que nos hallemos de nuevo en una casa caliente. Pero, vaya,

aquí nos traen de comer y de beber y dos grandes haces de paja brillante. ¡Démosle las gracias a Dios, mis queridos hermanos!

El fuego de abedul llameó alegremente, y los hermanos, contentos, se calentaron junto a él. Después de permanecer un rato, los siete en fila, delante de las llamas, se sentaron a la mesa para gozar de la carne, el pan, las salchichas y la cerveza caliente que la compasiva ama les había preparado. El curtidor se hizo cargo de Valko y lo llevó al establo, llenándole el pesebre de heno. Finalmente, siguiendo las huellas de los hombres, los perros volvieron de su horrible excursión, fatigados, tiritando, pero brincando de gozo y con los ojos brillándoles de alegría. Los hermanos los acogieron felices, les acariciaron, les dieron de comer y no les escatimaron toda clase de carantoñas.

Cuando acabaron de comer se tendieron en la paja y, envueltos en el vaporoso velo del sueño, pronto olvidaron la cruel lucha de la vida. Descansaron como benditos, al calor de las ardientes llamas, hasta que estas fueron extinguiéndose y finalmente se apagaron. Entonces el ama cerró el portillo del horno, gracias al cual se propagaba en la estancia un agradable calor. Luego se retiró a acostarse y un silencio completo se cernió de nuevo sobre la casa. Fuera arreciaba el frío crepitando a lo largo de las vallas. El viento gélido soplaba bajo el cielo cuajado de estrellas, desde el cual la pálida luna miraba sonriendo a la tierra.

Capítulo séptimo

Era a principios de primavera, antes de que llegasen las grullas, cuando los hermanos salieron de Jukola para la pradera de Impivaara, donde se dedicaron con todas sus fuerzas a la construcción de su nueva morada. Pronto pusieron sólidos troncos sobre las piedras angulares y unas capas se alzaron sobre otras. Durante muchos días, desde el amanecer hasta la puesta del sol, se oyó el chasquido de las hachas y el golpe de las mazas. Juhani, Aapo, Tuomas y Simeoni trabajaban cada uno en su propia esquina, mientras los otros tallaban los troncos y los subieron en lo alto de la obra haciéndolos rodar por unas vigas inclinadas, apoyadas contra lo ya construido. Con la frente empapada de sudor, pero con ánimo alegre y satisfecho, trabajaban con ahínco y sin parar, y la cabaña se levantaba poco a poco, despidiendo un fresco olor a resina. Había días, sin embargo, en que los hermanos no empuñaban las herramientas y dormían de un tirón, roncando de una a otra noche, hasta la tercera mañana.

Antes de que las mieses se dorasen alrededor del pueblo, la cabaña de la pradera de Impivaara estaba concluida; se levantaba en el mismo punto, sobre un mismo plano y más sólida que la anterior. Ahora los hermanos podían dedicar a otros menesteres sus energías. Se proveyeron de todo lo necesario para cazar en el bosque y pescar en el lago de Ilvesjärvi y, seguidos de los perros de ojos vivaces, emprendieron largas excursiones con sus armas y pertrechos. Infatigables, recorrían los montes boscosos, los pantanos y los campos, y surcaban en todas direcciones la límpida superficie del lago, almacenando provisiones para los días inmediatos y para el crudo invierno que se avecinaba. Más de un habitante de los legendarios bosques y aguas, los reinos de Tapio y de Ahti, perdió la vida.

Me gustaría hablar ahora del viejo Matti, el recogedor de yesca, único amigo de los hermanos en el bosque. Érase, pues, un viejo llamado Matti, el de la yesca, que vivía en una colina poblada de abedules veteados y nudosos. Habitaba solo en una pequeña choza a unos miles de pasos de Impivaara. Fabricaba la yesca más blanda de la provincia de Häme, así como sólidos calzados de corteza de abedul, y con este oficio se ganaba su pan cotidiano. De joven había viajado a Ostrobotnia en calidad de gran postillón del antiguo pastor de la comarca, que se había trasladado hasta las fronteras del país lapón, y allí permaneció Matti, el de la yesca, cazando osos, glotones y grullas en las inmensas ciénagas del Norte. No paraba de contar cosas de aquellas expediciones, que recordaba con todo detalle, ayudándose de la incomparable memoria que poseía. Nada de lo que oía o veía, aunque solo fuese una vez, se le olvidaba. Pero, además, sus dotes de observación y su vista eran tan notables como su memoria. Caminaba por los intrincados y extensos bosques sin vacilar, y no había lugar, por distante que fuera, que no estuviese seguro de conocer con pelos y señales, con tal de que hubiese estado una vez en él. Inmediatamente lo señalaba con su pulgar, y tan seguro estaba de conocerlo, que no toleraba que nadie le contradijera. Si uno le preguntaba: «¿Dónde está Vuokatti?», Matti le contestaba al momento, apuntando con el pulgar al horizonte: «Está allá, mira la dirección de mi dedo, como si fueras a disparar. La iglesia de Kuusamo está en la dirección de esa quebrada, y a un tiro de piedra, a la derecha, pasa la línea hacia Vuokatti». Y si otro le preguntaba: «¿Dónde está el campo de batalla de Porrassalmi?», el viejo contestaba sin vacilar, tendiendo el pulgar hacia el horizonte: «Allí, mira la dirección de mi dedo, como si fueras a disparar». Y es que el viejo, que había cruzado los bosques y recovecos que rodeaban su choza en todas las direcciones, en busca de yesca y de corteza de abedul para su oficio, y para comprobar sus trampas para animales, los conocía como la palma de la mano.

Ocurría, pues, a veces, que el viejo, en sus andanzas, entraba en la casa de Impivaara a saludar a los hermanos, y estos se entusiasmaban escuchando las historias del viejo, boquiabiertos y con las orejas tiesas como las de los murciélagos.

Y he aquí que una noche de agosto sorprendemos a Matti en

casa de los hermanos, refiriéndoles sus cacerías por tierras del Norte.

JUHANI.— ¿Sí? ¿Y qué ocurrió después?

MATTI.— Así es. ¿Que qué pasó? Pues pasó que llegamos a una gran hondonada, una ciénaga movediza, y nos deslizamos con los esquís a través de la sima llena de borboteos. Encontramos calientes nidos de grullas en gran cantidad, abatimos las chillonas a montones y llenamos los sacos de huevos y plumas. Atadas las grullas en racimos, nos las cargamos a la espalda. Luego nos metimos un lingotazo y después reanudamos la marcha llevando a hombros grullas y perros, a través del pantano movedizo, chapoteando y con riesgo de hundirnos para siempre en enormes profundidades, con el perro gruñéndonos en la nuca. En esto llegamos a un cerro rumoroso, en tierra firme, pero mojados como topos que acaban de vadear un arroyo. Levantamos un campamento nocturno, encendimos un fuego flameante y nos quitamos las ropas, que estaban chorreando. Fijaos cómo estaríamos de empapados, que tuvimos que arrancarnos los pantalones y la camisa como se arranca la piel de una anguila. Pronto humearon nuestras ropas colgadas de las ramas, los huevos de grulla chisporrotearon en la ceniza; mientras, nosotros, desnudos, saltábamos alrededor del fuego como fantasmas nocturnos, y lugo nos metimos un lingotazo. El tiempo pasaba sin sentir; se iba la noche primaveral. Los perros no dejaban de moverse de un lado a otro con sus hocicos húmedos y miraban desconfiados entre el follaje de los árboles. Por fin nos pusimos también nosotros a observar. ¿Y qué diréis que vimos?

JUHANI.— ¡Diga! ¿Un osezno dormitando?

TIMO.— ¿O al mismísimo Satanás?

MATTI.— Ni lo uno ni lo otro, sino un enorme glotón pardo oscuro, colgado el muy holgazán en una rama de pino seco y barbudo. Heiskanen disparó y falló, y lo mismo le pasó a Jussi el pequeño. Entonces tiré yo, pero casi con la misma suerte. El glotón se movió ligeramente y gruñó furioso, pero siguió en la rama como si tal cosa. Entonces Heiskanen gritó: «¡Brujerías, brujerías!», y sacando del bolsillo un diente de difunto y mordiéndolo dos o tres veces, escupió en una bala con la que cargó de nuevo su

escopeta. Luego, agitando la mano en el aire y girando los ojos que daba miedo, aquel hijo del demonio pronunció dos o tres palabras extrañas y terribles, disparó, y el glotón cayó redondo del pino. Pero el bellacón estaba todavía lejos de la muerte, y el juego comenzó de nuevo. Nosotros, completamente desnudos, no osamos acercarnos a aquel maldito truhán, y ni siquiera los perros parecían dispuestos a hacerlo, sino que se movían y respingaban a prudente distancia, mientras el glotón escupía contra ellos y gruñía amenazador desde un matorral. Se veía que sus poderes mágicos estaban vivos todavía. Pero Heiskanen volvió a proferir palabras espantosas mientras agitaba la mano en el aire y giraba como un loco sus ojos, y cuando un perro se lanzó por fin contra el criminal, como un cohete chisporroteante, ¡vaya la que se armó! ¡Ah, hijos de Dios, no queráis saber cómo le puso el perro al pobre glotón! ¡Así, así, así! ¡Qué barahúnda! ¡Nunca visteis un follón semejante!

JUHANI.— ¡Mil rayos!

TIMO.— ¡Qué divertido hubiese sido estar allí!

MATTI.— Un juego la mar de divertido, ya lo creo.

TIMO.— ¿Y entonces echasteis el glotón al saco?

MATTI.— ¡Pues no faltaba más! ¡Menudo bocado era el cebón, como para no echarle en el saco! Así lo hicimos, claro. Entonces nos metimos un lingotazo. Luego nos pusimos la ropa, seca como la pólvora, y nos echamos a dormir junto al fuego de llamas movedizas. Pero apenas pudimos pegar ojo, porque, como serpientes encendidas, volaban por el aire en todos los sentidos flechas embrujadas, produciéndonos temblores de vértigo. De vez en cuando, Heiskanen se levantaba de un salto gritando: «¡Apágate, flecha embrujada; apágate, flecha embrujada!». Más de una caía con un chasquido seco en el bosque o en el pantano gris, y la mayor parte no cesaba de volar a pesar de sus gritos. Una vez se oyó un fragor horrible que rasgaba el aire de norte a sur, seguido de un débil susurro. «¿Qué espíritu maligno acaba de pasar por ahí?», pregunté a Heiskanen, quien, al cabo de un rato, me contestó entre dientes: «¡El legendario Hiisi, el Demonio!». Transcurrió una hora, transcurrieron dos, y el aire ligero y brumoso seguía lanzando brasas de fuego. Entonces, de pronto, de la parte este, a orillas del pantano, llegó una voz

parecida al ruido de los abetos musgosos, y al punto contestó otra voz procedente de la orilla opuesta, una voz apagada como la brisa en un boscaje de abedules. «¿Qué es ese ruido de allí y esa brisa de allá?», volví a preguntar, y Heiskanen me contestó mascullando: «Es el Viejo del Bosque que charla con su hija». Por fin acabó la maldita noche, despuntó el día y reanudamos la marcha. Pero no termina ahí la cosa, porque, nada más salir del bosque, vimos un enorme lobo gris que corría como una planta seca de guisante arrastrada por el viento. Ya no se le veía más que la pata izquierda. Me eché la escopeta a la cara y le rompí la pierna como si fuera ternilla; pero logró salvar la vida el pobre diablo.

TIMO.— ¡Esa sí que es buena! ¿Le rompió la pata como se rompe un carámbano y quedó en el suelo ante usted como una mano de cerdo sobre la mesa el martes de carnestolendas?

MATTI.— ¡No tanto, no tanto!

TUOMAS.— Pues entonces, ¿cómo sabe que se le rompió la pata?

MATTI.— Sencillamente, porque corrimos tras él durante largo rato y vimos que, al huir, dejaba huellas sobre la arena con la pata que le colgaba. Y esas huellas tenían forma de dieces.

TIMO.— Pero ¿qué dice? ¿El número diez sobre la arena? ¡Je, je, je!

MATTI.— Como lo oyes: dieces y muy claros.

JUHANI.— ¡Qué malparado saldría el lobo!

MATTI.— Muy malparado, sí, pero no menos los cazadores. Los malditos perros se pegaban a nuestros calcañares y caminaban cabizbajos, con el rabo entre las piernas; ¡tan valientes como eran siempre!

AAPO.— ¿Qué es lo que les había acobardado?

MATTI.— Las artes mágicas, un fluido mareante que llenaba el aire, como cuando en una batalla el aire se llena de humo de pólvora. Heiskanen hacía cuanto podía, lanzando exorcismos y profiriendo maldiciones, manoteando y gesticulando; pero todo en vano. Y el bribón de Jussi el pequeño estiraba las piernas como un enano y corría sudando como un condenado, porque resulta que Jussi tenía las piernas muy cortas, de tres palmos como mucho, y su espalda era como la de una nutria, de larga, flexible y resistente. Jussi era también resistente, endiabladamente resistente y entero como la nutria misma.

Corrió y corrió largo rato detrás del lobo, que huía cojeando; pero nada logró, y hubo de dejar la bestia a merced de los bosques. Sí, y entonces nos metimos un lingotazo y reanudamos la marcha hacia la casa con nuestro rico botín. Caminábamos con los sacos bajo el brazo, dentro de los cuales iban los huevos y plumas de grulla y algunas piezas de caza menor, y con los esquís y las grullas a la espalda y la escopeta en la mano, mientras el glotón peludo colgaba por turno de la espalda de cada uno de nosotros. Así íbamos caminando cuando disparé a una becada que volaba a la altura de las nubes, y la metí en mi saco. Lo mismo hice con una ardilla voladora, aplastada y de ojos grandes, que vi al cabo de un rato en la copa de un pino. La tumbé y la metí en el saco. Llegamos por fin a altas y vastas tierras, y al sur apareció una vez más la granja de Turkkila, de la que habíamos partido para la batida. Cruzamos un paraje ensangrentado donde, según nos había dicho el amo de Turkkila antes de empezar la expedición, dos días atrás un oso había despedazado un semental que era una gloria. Nos quedamos mirando la puerca mesa donde la fiera había celebrado su banquete y, por ciertas señales, yo adiviné que el oso había vuelto recientemente, tal vez la tarde anterior, para acabar con los restos de su presa al ponerse el sol. Entonces, pensando que el oso volvería de nuevo al atardecer, decidí permanecer a la espera, mientras los demás seguían camino hacia Turkkila para preparar una deliciosa cena. Púseme a meditar, dándole vueltas a la cabeza sobre la manera de espiar a mi huésped en aquel terreno abierto, donde no había ni un árbol al que trepar. Pero como más vale maña que fuerza, acabé por descubrir un medio, se me ocurrió una jugarreta excelente. Cerca de donde me hallaba vi un tocón negro y corpulento cuyas raíces los hielos primaverales habían levantado por lo menos un codo; corté a hachazos la raíz central, que se hunde derecha en la tierra, y, arrancándola, hice más grande el agujero. Luego me deslicé dentro, apunté el cañón de la escopeta hacia el lugar ensangrentado y, agazapado en el improvisado refugio, bajo la sólida fortaleza del tronco, esperé al querido peludito. De pronto vi a la fiera salir de unos matorrales próximos, acercarse a la carroña y poner la zarpa en el costado ensangrentado del

semental; entonces decidí mandarle con mis mejores deseos una ración de plomo a la frente. Pero ¡maldita sea!, la contera de metal de la culata chocó contra un botón de mi chaqueta, y el fino oído del oso percibió de inmediato el ligero ruido. El animal vino hacia mí, enfurecido; yo disparé, pero el hijo de puta no hizo el menor caso y se abalanzó sobre mí lanzando horribles gruñidos. ¡Para qué deciros el follón que se armó sobre mi cabeza! Crujieron las raíces y tembló la tierra cuando el tronco de múltiples cuernos se salió de cuajo de una fuerte sacudida. Creí, desgraciado de mí, que había llegado mi última hora. Me quedé encogido, las manos engarfiadas en la escopeta, esperando ver aparecer las fauces abiertas del monstruo. Mas he aquí que, de pronto, cesaron todo movimiento y todo ruido. Me sentí rodeado de un silencio sepulcral. El cuerpo a cuerpo, que tanto temía, no llegaba. Permanecí un rato inmóvil y por fin miré al otro lado, entre las raíces que se levantaban al aire, y pude ver al oso tendido en el suelo, exánime, abrazado aún al tocón abatido y bañando la tierra con la sangre que le brotaba del ancho pecho. ¡Bravo!, pensé al respirar de nuevo el aire libre, sano y salvo. ¡Y con qué rapidez me quité de encima el tocón que me aprisionaba!

JUHANI.— «¡Al infierno, como dijo el mendigo!».

TIMO.— ¡Por los siete herreros, como dijo el otro!

JUHANI.— ¡Es la mejor jugarreta que se ha visto sobre el globo terrestre!

TUOMAS.— ¡Una gran hazaña, un alarde de valor tanto por parte del oso como por la suya, Matti!

JUHANI.— ¡Por los cuernos del diablo!

TIMO.— ¡Demonios!, que no sé decir otra cosa. ¿Y qué pasó luego?

MATTI.— Puedes adivinar lo que pasó después, puedes adivinar que el estampido se oyó en Turkkila como si llegase del fondo de una caldera, y que atrajo a las gentes al campo como mosquitos. No quieras ver el bullicio que se armó cuando transportamos el oso a la granja, colgado de un palo que se curvaba y crujía como si fuera a partirse por tanto peso. ¡Menudo ejemplar era el tío! No os digo más que, una vez colgado del techo, oscurecía la sala como una nube de tormenta. Estos fueron los incidentes de aquel día, de aquella jornada y de aquella cacería. Y entonces

nos metimos un lingotazo.

JUHANI.— Y no faltarían alegres banquetes fúnebres por el oso.

MATTI.— Bueno, los empezamos en Turkkila y los acabamos en casa del señor pastor, con caras grasientas y ojos apagados. Así fue; pero aquellos días han pasado para no volver. Sin embargo, a un viejo siempre le gusta recordar las aventuras de sus días vigorosos, y disfruta contándolas.

AAPO.— También a nosotros nos complace escucharlas.

JUHANI.— Podría usted estar contando cosas hasta que amaneciera y olvidaríamos que el sueño existe sobre la tierra.

MATTI.— En fin, ya es hora de que me retire a mi choza; sí, ya es hora. ¡Quedad con Dios, muchachos!

JUHANI.— Que el Señor le proteja, apreciado Matti.

AAPO.— Que usted lo pase bien, y ya sabe que siempre es bienvenido a nuestra casa.

Matti se alejó con el hacha al hombro, camino de su choza, que descollaba sobre la colina coronada de frondosos abedules veteados, lejos de la aldea. Como ya empezaba a oscurecer y las pequeñas ventanas apenas dejaban pasar una tenue luz, los hermanos se fueron a la cama. Durante largo tiempo los pensamientos zumbaban fogosos en su cerebro, alejando el sueño reparador. Recordaban los relatos de Matti sobre los vastos páramos del Norte, sobre el aire encantado y las flechas embrujadas que se cruzaban en el cielo nocturno. En su alma brillaba una alegría ardiente y extraña recordando cómo las flechas chispeaban y las armas lanzaban resplandores. Pero lo que más les apasionaba era la grulla, esa ave de mirada inteligente y penetrante que chilla en las tierras pantanosas del Norte. Se imaginaban, deleitándose, el tibio calor de los nidos de plumas, los huevos lustrosos entre matas de plantas de pantano. ¡Lo que hubieran dado en aquel momento por capturar aquellos animales de largo cuello y vaciar sus nidos! La aterradora soledad de las tierras pantanosas del Norte les tenía profundamente fascinados.

Pero quien más tiempo permanecía desvelado en su cama era Juhani, que no dejaba de pensar en la manera de organizar, en sus propias tierras, una cacería que pudiera compararse con las de las tierras pantanosas del País de las Tinieblas, cuyo relato acababa de oír. Pensaba en la ciénaga de Kouru, donde, aunque no había

grullas, abundaban en cambio los patos de costados moteados. Y como los tragos frecuentes de los hombres del Norte eran su obsesión, recordó que en la granja de Viertola podrían proveerse de aguardiente. Así pudo recomponer una copia de la apasionante caza del Norte y, después de decidir llevarla a la práctica al día siguiente, se quedó finalmente dormido. Sin embargo, siguió largo rato soñando con los episodios de las venturosas jornadas de Matti, y hubo un momento en que, sin despertarse, se incorporó en el lecho gritando con voz terrible: «¡Un glotón, un glotón! ¡Trincad por el cuello a ese bergante!». Los gritos medio despertaron a los demás hermanos, que refunfuñaron enfadados, para volver a hundirse en el sueño. Juhani miró a todas partes hasta que cayó en la cuenta de que no estaba en el tenebroso país de los lapones, entre hondonadas de tierras pantanosas, sino en el tranquilo sobrado de su cabaña. Poco a poco, la luz fue haciéndose en su cabeza, y el muchacho acabó estirándose de nuevo sobre su lecho hasta quedarse profundamente dormido.

Pero, nada más despertarse, se acordó de lo que había decidido por la noche, y empezó a planteárselo a sus hermanos sin demora.

JUHANI.— Hermanos, oídme atentos, pues tengo algo que deciros. Me he acordado de un paraje donde abunda la caza, y mucho me sorprende que no hayamos caído antes en ello. Veréis. Me estoy refiriendo a las tierras pantanosas de Kouru, en cuyos prados y límpidos lagos se agrupan innumerables aves acuáticas de toda pinta. Vamos a cazar allí y llenaremos los sacos de patos.

TUOMAS.— Estoy de acuerdo contigo.

TIMO.— Yo también iré de buena gana.

EERO.— Opino lo mismo, y cuando me vea en los pantanos de Kouru, pensaré que soy Jussi el pequeño en las ciénagas laponas. ¡De acuerdo!

AAPO.— No seré yo quien se oponga a un proyecto que puede proporcionarnos alimento para muchos días.

JUHANI.— Queda, pues, aprobada la expedición; pero hasta la ciénaga de Kouru hay mucho camino que andar, un buen trecho de lobo, y tendremos que quedarnos allí por lo menos una noche. Me parece a mí que no nos vendría mal un poco de bebida, cuando acampemos al cielo raso.

TUOMAS.— Claro. En Viertola hay aguardiente.

JUHANI.— ¡Y nada malo, por cierto!

TUOMAS.— Siete pintas, muchachos.

JUHANI.— ¡Correcto! Una por barba.

AAPO.— Yo pienso que, como aún no estamos acostumbrados al alcohol, afortunadamente, tal vez estaría bien prescindir de él.

JUHANI.— ¡Anda ya! ¡Como que no has echado un trago de vez en cuando, lo mismo que yo!

EERO.— Vamos, Aapo, no le quites la idea inocente ni nos prives a todos de poder decir: «Y entonces nos echamos un lingotazo», cuando de viejos peinemos canas y contemos nuestras hazañas a los jóvenes. Deja que soñemos despiertos con que hemos ido a cazar glotones al Norte.

JUHANI.— ¿Ya empiezas con tus tonterías? El hombre tiene que dar a su cuerpo lo suyo. Durante esta excursión tendremos que atravesar ciénagas y terrenos movedizos y pasar la noche, calados hasta los huesos, en una cama de musgo. Y entonces será una delicia darle un tiento a la cantimplora, creo yo. Haremos muy bien en no emprender el viaje sin un poco de bálsamo en la mochila. Así que Lauri va a largarse ahora mismito a Viertola llevándose la mejor piel de zorro para cambiarla por aguardiente.

Lauri partió, en efecto, para Viertola, en busca del aguardiente que tendría la misión de reanimarles mientras durase la caza de patos en la ciénaga de Kouru. Estas tierras se encuentran en el territorio de Viertola, extenso y poblado de sombríos bosques, a unos cinco mil pasos de Impivaara. En la superficie, residencia ruidosa de los patos, se suceden charcos espejeantes, cañaverales e islotes herbosos con pinos moribundos. Este es el paraje al que los hermanos han decidido ir a cazar patos chillones, con la esperanza de obtener un rico botín.

Lauri volvió de Viertola con el aguardiente burbujeante en una botella de hojalata, la vieja cantimplora usada por su padre cuando iba a cazar. Pero no solo trajo alcohol del reino de los bosques, sino también una importante noticia que excitó aún más la fogosa imaginación de los hermanos, y ella era que un oso había atacado a uno de los mejores bueyes de Viertola y sabía dónde se había producido la carnicería: al norte de Impivaara, en la heredad de

Viertola, sí, justamente en un lugar colindante con los bosques de Jukola.

Los hermanos tomaron entonces la decisión de pasar por allí en su expedición hacia las tierras pantanosas de Kouru y salir al caer la tarde. Si la suerte estaba de su parte, tal vez encontrarían el oso, que acostumbra a volver a esa hora a darse otro festín con los restos de su presa. Tal era el deseo de los hermanos, los cuales, después de acabar su copiosa comida, y cuando comenzaba a declinar la tarde, salieron de la cabaña con las mochilas repletas y las escopetas cargadas. Lauri iba el último, conduciendo los perros y llevando las siete pintas de aguardiente en la mochila. Acordaron que él esperaría con los perros a trescientos pasos de los despojos del buey, y que soltaría a Killi y Kiiski apenas oyera gritos o disparos. Obedeció Lauri, quien, sentándose bajo un abeto, esperó los acontecimientos, mientras sus hermanos se acercaban al lugar donde estaban los despojos del buey, al que encontraron en un sombrío bosque de abetos medio devorado sobre el suelo ensangrentado. Los hermanos se pusieron al acecho tras unos abetos jóvenes y compactos, a la distancia de un disparo. Pasó un rato bastante largo. Finalmente, oyeron un leve ruido de pisadas y vieron que la maleza se agitaba. Era la señal de que el convidado acudía al festín. En efecto, un oso enorme apareció caminando con parsimonia y recelo entre los árboles. El animal parecía presentir el peligro, porque se detuvo lejos de su presa husmeando y moviendo la cabeza de un lado a otro. Vaciló largo rato y llegó un momento en que parecía que iba a retirarse sin ponerse al alcance de las escopetas. Los hermanos, siempre al acecho, contenían el aliento, pero Timo, sin hacer caso de las señales de los otros, que le indicaban que se estuviera quieto, salió de su escondite y, dando un rodeo, se acercó al oso. Cuando consideró que lo tenía a la distancia adecuada, disparó, pero solo se inflamó la pólvora de la cazoleta sin prender en la carga. El oso, enfurecido, se precipitó contra el cazador como una enorme piedra musgosa que se despeña por una pendiente. Timo, instintivamente, se echó al suelo boca abajo y permaneció allí, inmóvil. La fiera lo olió, lo empujó y lo sacudió gruñendo de ira, y el muchacho habría exhalado su último aliento si Juhani, acudiendo rápidamente en su auxilio, no hubiera disparado contra el lomo del oso, no atreviéndose a apuntar más abajo por

temor a herir a su hermano, que yacía bajo la fiera. Pero el tiro no acertó de pleno, porque el príncipe de los bosques se revolvió contra Juhani con más furia aún, abandonando a Timo, que siguió de bruces contra el suelo. Viéndose perdido, Juhani descargó un culatazo contra las fauces abiertas del animal, y ya se preveía una lucha a muerte cuando Tuomas apuntó su arma y acertó a dar al oso en una pata. Para no herir a su hermano, tampoco quiso apuntar a la cabeza o al costado, disparos que ocasionan más fácilmente la muerte. Pero el oso sintió el plomo en lo vivo y la sangre manó por la pata carnosa y peluda. Ciego de rabia y lanzando tremendos gruñidos, el animal se arrojó impetuosamente sobre Tuomas, y este respondió con un formidable culatazo que obligó al oso a pararse en seco, sacudiendo la cabeza. Los dos rivales permanecieron inmóviles un instante, cruzándose miradas amenazadoras.

Los perros se acercaron rápidos como dos relámpagos, y al llegar junto a la arrogante fiera se produjo una espantosa algarabía. Killi lanzaba desaforados ladridos en los mismos hocicos del oso, aunque manteniéndose fuera de su alcance; Kiiski saltaba detrás y se envalentonaba hasta aventurarse a morder la pelambre del muslo, pero se apartaba a prudente distancia cada vez que la fiera se revolvía entre ellos como un montón de heno verdinegro. Por fin, cansado de lanzar ataques infructuosos contra sus atacantes, el oso inició la retirada perseguido por los perros y sus ladridos.

La escena referida fue vista y no vista, concluyendo antes de que los otros hermanos llegasen al lugar donde se desarrollaba. Juhani y Tuomas volvieron a cargar sus escopetas con la intención de alcanzar de nuevo al oso. Timo se levantó poco a poco, volviendo la cabeza de un lado a otro como si buscase el norte y la dirección en que soplaba el viento. Sus hermanos le riñeron agriamente por su inoportuno alarde de valentía, que había puesto en peligro su propia vida y la de todos, desperdiciando, además, lo que parecía una caza segura. Timo aguantó el pedrisco sin rechistar y siguió sentado sobre la hierba limpiando la cazoleta de su arma y afilando el pedernal con el dorso de su cuchillo. Y pronto estuvieron todos listos para reanudar la caza. Los ladridos de los perros fueron alejándose hasta hacerse inaudibles, y ya los hermanos dudaban de volver a encararse con su presa cuando, pasado un rato, los ladridos

de Killi y Kiiski se hicieron más claros, como si el oso, después de dar su acostumbrado rodeo, se aproximase de nuevo al punto de partida. Los hermanos se apostaron a placer, arma al brazo, esperando la aparición del animal. Simeoni y Lauri, no muy lejos uno de otro, estaban en un pequeño claro herboso, inmóviles y mudos como estatuas. En esto el oso apareció lanzado, haciendo crujir el suelo y mostrando sus fauces de color rojo ennegrecido. El jadeante animal voló hacia Simeoni, que disparó. La fiera cayó, pero volvió a levantarse y acometió al cazador. Entonces el arma de Lauri lanzó un fogonazo, resonó un disparo, y el oso se desplomó a los pies de Simeoni, donde quedó silencioso, exánime, chorreando sangre de la cabeza y del costado.

Los hermanos se agruparon pronto alrededor del oso abatido, un macho gordo y viejo. Observaron que tenía una herida que le atravesaba la cabeza por debajo de la oreja, y otra en el costado, y que la primera había sido causada por la bala de Lauri, porque un animal herido en el cerebro cae redondo y no vuelve a levantarse. Satisfechos, los hermanos se sentaron en corro alrededor de la hirsuta fiera, y se dispusieron a echar un trago para celebrar la matanza. Los perros, también contentos y con una noble mirada, se tumbaron junto al oso muerto. La tarde era hermosa, el viento se había calmado y el sol se hundía en los lejanos y sombríos bosques. Los hermanos gozaban del descanso en aquel ambiente apacible, ahora que la animada y ruidosa lucha había terminado.

JUHANI.— Sea para Lauri el primer trago. Ha tirado como un hombre, ha alcanzado al granuja justo en su punto débil, haciéndole caer patas arriba como hierba bajo la hoz. Anda, chico, dale un buen tiento.

LAURI.— Preferiría enjuagarme solo un poco el gaznate.

JUHANI.— Venga ya. ¿Qué os parece este novato en materia de mistela? Todavía ignora a lo que sabe. Es inocente como un cordero.

LAURI.— Claro que sé a lo que sabe, lo suficiente para que nadie se me haga el gallito; pero lo que no sé es cómo le parece el mundo al alegre muchacho cuando se tambalea borracho imitando a los tontos que van dando trompicones.

AAPO.— Piénsalo un poco, Lauri. Yo quisiera más bien desaconsejártelo que aconsejártelo.

LAURI.— ¡Bebamos!

AAPO.— Pero confiemos en que no se convierta en un vicio.

LAURI.— ¿A qué tanto parloteo? Bebe, hombre, que no nos faltan motivos para alegrarnos un poco.

JUHANI.— Así es. Aquí yace el patrón como un montón de heno. ¡Y cuántas vacas y caballos habrán salvado la vida!

TIMO.— No me cabe duda de que el amo de Viertola nos pondrá en el bolsillo una botella de aguardiente gratis cuando nos vea; lo menos un litro o un par de ellos.

JUHANI.— Y no haría nada de más, porque hemos librado a su ganado de esta fiera.

AAPO.— Y que es una buena manada de bueyes… ¡nada menos que cuarenta cabezas! Todo el verano, día y noche, viven en los bosques, y durante el invierno acarrean a los sembrados el estiércol de la granja. Pero la vida libre que llevan en verano en los bosques les vuelve casi salvajes.

JUHANI.— ¡Quiera Dios que no nos los encontremos con nuestros perros! Nos harían papilla a todos en un instante. Acordaos de lo negras que las pasó Nikkilä cuando se encontró con los bueyes de Honkamäki; fue algo horrible, y eso que no eran tantos como los de Viertola. Y como resulta que en caso de apuro los perros buscan refugio al lado de su amo, sin duda el suyo la hubiese palmado de no haber tenido la suerte de encontrar un vallado resistente que frenó la embestida de los bueyes, como la muralla protectora de un castillo.

AAPO.— Sí, hay que andarse con cuidado. Acabo de oír un áspero bramido por la parte de aquel cerro. Me da en la nariz que no andan lejos. Pero ¿qué hace Eero bajo esa piedra?

EERO.— Aquí hay una nutria, en el agujero debajo de la piedra.

JUHANI.— Puede.

EERO.— Seguro; observo huellas de entrada, pero no veo en la arena ninguna de salida.

AAPO.— Hagamos que las huelan los perros; viéndoles mover el rabo, sabremos si hay huéspedes.

JUHANI.— ¡Eh, aquí, Killi, Kiiski!

TUOMAS.— Han desaparecido otra vez, y me parece que ahora andan detrás de una liebre.

EERO.— Si tiramos todos a la vez, conseguiremos levantar la piedra.

TUOMAS.— Por menos suda un hombre. Dame tu hacha, Juhani, que voy a cortar unas ramas fuertes y levantaremos la piedra cuando vuelvan los perros.

Así hablaron los hermanos. Tuomas preparó robustas ramas para todos con el hacha afilada de Juhani: cuatro de abedul y tres de serbal. Mas he aquí que, de pronto, les llegó del bosque un enorme estruendo que iba acercándose rápidamente. Asombrados, escucharon sujetando las trancas y esperando lo que no tardó en ofrecérseles a la vista. Se oyó un ruido confuso, inquietante; de vez en cuando los perros aullaban de miedo y, de pronto, algo terrible apareció: diez bueyes embravecidos se precipitaban hacia los hermanos persiguiendo a los perros que corrían hacia ellos. A los hermanos se les pusieron los pelos de punta y se les heló la sangre de pavor. Los bueyes venían lanzados a todo correr, soltando bramidos ensordecedores. El encuentro fue terrible. Los hermanos descargaban sus fuertes palos entre los terribles cuernos, y pronto dos bueyes se derrumbaron con las pezuñas al aire. Pero la muerte amenazaba también a los hermanos. Timo cayó al suelo en la lucha, y cuando un buey estaba a punto de cornearlo por el pecho, la rama de serbal de Tuomas cayó pesadamente sobre los lomos del animal, que, lanzando un bramido, cayó redondo. Timo estaba salvado. Lo mismo iba a sucederle a Aapo, pero la oportuna llegada de Juhani y Eero lo arrancó del peligro, asestando el primero formidables golpes entre las astas del buey, mientras el segundo le tiraba de la cola para apartarle del sitio. Pronto el animal estuvo fuera de combate, agitando las patas en el aire. En la confusión de la lucha, Timo perdió su estaca de abedul, pero divisó en el suelo el hacha de Juhani y, empuñándola, empezó a descargar golpes a un lado y a otro, abriendo horribles boquetes en las panzas de los bueyes, de las que brotaba la sangre a chorros, que caía al suelo mezclada con agua y excrementos. Los hermanos, lívidos y desencajados, luchaban a brazo partido con la muerte, y los perros hacían por su parte cuanto podían, hincando sus colmillos en la papada de los bueyes. La pelea era cada vez más confusa y ruidosa: las estacas caían pesadamente y retumbaban; los cuernos, violentamente arrancados, saltaban por el aire; todo se mezclaba en tremendo bullicio: los gritos de los muchachos, los aullidos de los perros, los bramidos de los bueyes…

Hasta que al fin concluyó la espantosa pelea. Siete bueyes quedaron tendidos sin vida, y los tres restantes huyeron, uno con un cuerno de menos, otro completamente desmochado, y el tercero muy malherido. Mortecinos, los ojos desorbitados, los hermanos se mantenían firmes en el suelo ensangrentado. Timo, sofocado y empuñando el hacha cubierta de sangre y tripas de buey, parecía un leñador preparando la artiga. No podían creerse lo ocurrido. Aquella lucha, sobrevenida como una formidable tempestad que de pronto había descargado sobre ellos toda su furia, parecíales una negra pesadilla. Pero allí estaban, contemplando con horror los animales que yacían a sus pies sobre la hierba teñida de sangre: el enorme oso de los bosques y siete robustos bueyes. Ninguno de los hermanos había salido sin señales de la lucha, especialmente Aapo, Juhani y Timo; pero todos estaban de pie, y allí permanecían con las estacas en la mano, sudorosos, jadeantes, mirándose fijamente y en silencio, con ojos abiertos y cansados.

Pero apenas habían recuperado el aliento cuando un nuevo peligro, aún más temible, se cernió sobre ellos. La ráfaga sería seguida por un huracán. Parecía llegado el fin del mundo. El suelo tembló como sacudido por un terremoto. Resonó el bosque y un ruido infernal rompió la quietud del crepúsculo. Treinta y tres bueyes enfurecidos se acercaban a todo correr. Los hermanos, con los ojos como platos, aguzaron los oídos y escucharon un rato completamente inmóviles, mudos como una piara de puercos que, acosados durante largo tiempo, escuchan con las orejas gachas, entre las matas de un seto vivo, si se acerca el perseguidor. Así permanecieron hasta el momento en que los bueyes salieron en manada del bosque. Entonces tiraron las estacas, cogieron las escopetas y, perseguidos por los bueyes, que no cesaban de bramar, se dieron a la fuga con los perros en dirección a la cerca que separa los bosques de Viertola de los de Jukola. Encontraron una charca de escasa profundidad y con la superficie cubierta de hierba, y como no tenían tiempo para bordearla, se arrojaron a ella sin vacilar. Hubo ruidos de chapoteos y salpicaduras, mientras desaparecían en una nube de agua y de niebla, hasta que reaparecieron en el aire claro. Su carrera parecía la de la luna por las azules llanuras del cielo, que no se aparta ante una nube que le impide el paso, sino que la atraviesa sin inmutarse y reaparece más límpida aún al otro

lado, continuando su camino segura y altiva. Pero los hijos de Jukola, espoleados por el miedo, corrían como liebres y carneros salvajes. Saltaron de un brinco una cerca nueva y sólida que les salió al encuentro y se detuvieron a unos veinte pasos de distancia, en campo abierto, para comprobar si aquel obstáculo les protegería de la manada enfurecida que se acercaba lanzando mugidos. Pero no. Se oyó un espantoso crujir de maderas, y la valla de estacas de abeto cayó derribada estrepitosamente. Los bueyes se hallaban más cerca que nunca de los hermanos, que se lanzaron a correr con los perros por el descampado, seguidos, pisándoles los talones, por los astados, que bufaban y levantaban tempestades de arena, como el ventarrón invernal levanta ventiscas de nieve. Los hermanos corrían a toda velocidad, con el horror de la muerte en el alma, puesto que pensaban que aquel era el último trecho del camino de su vida.

«¡Fuera los sacos y quedémonos con las escopetas!». Este fue el grito que salió de la boca de Aapo, y al instante cayeron al suelo seis sacos, pues el séptimo seguía bailoteando sobre la espalda de Lauri, que no accedió a desprenderse de su carga. Pero de poco les sirvió la medida, porque el tremendo estrépito se oía cada vez más cerca. Y he aquí que de nuevo se impusieron los alaridos de Aapo: «¡A la Piedra del Diablo! ¡A la Piedra del Diablo!».

Se refería a una piedra enormemente grande que se levantaba en el lúgubre bosque. Allí se dirigieron los hermanos, quienes pronto se encontraron en la base de roca, y tanto los hombres como los perros treparon a ella como centellas. Hincando las uñas en las quebraduras de la roca con más fuerza y ahínco que las corvas garras del lince, se encaramaron a ella haciendo volar las pellas de musgo. Los hermanos lograron así librarse de la terrible muerte… ¡pero qué cerca habían estado del agujero mortal! Apenas estuvieron en lo alto, los rodeó la manada de bueyes, mugiendo y escarbando el suelo con las pezuñas. La piedra, dentro del bosque, era un risco casi cuadrado, a unos dos metros del suelo y a unos trescientos pasos de la linde del erial. Se sentaron, sudorosos, sin aliento, extenuados por el esfuerzo de la mortal carrera, y allí permanecieron sin decir palabra, hasta que Juhani pudo hablar.

JUHANI.— Aquí estamos, hermanos, y demos gracias a la suerte por ello. ¡Vaya carrerón! ¡Lo recordaremos mientras haya bueyes sobre la tierra!

AAPO.— Sí, aquí estamos, pero me pregunto cómo saldremos. Los bueyes tienen la cabeza muy dura, y como además están furiosos por la matanza de sus compañeros, querrán tomarse venganza con creces en nuestros perros.

JUHANI.— Todos correríamos la misma suerte.

AAPO.— Si no fuera por la milagrosa altura de esta piedra.

JUHANI.— Y tú que lo digas. Nos recibió con los brazos abiertos y trepamos a ella como ardillas.

EERO.— «Y entonces nos metimos un lingotazo».

JUHANI.— ¡Eso es! Gracias a Dios, tendremos al menos aguardiente, si nos vemos obligados a ayunar.

LAURI.— ¡Yo no tiré mi mochila!

JUHANI.— Gracias a ti también, querido hermano. Anda, saca la cantimplora, riégate el gaznate sin pasarte, y luego hazla correr. El corazón necesita algo que le anime.

AAPO.— Pero os advierto que en la grave situación en que nos hallamos, hay que usar con prudencia este brebaje.

JUHANI.— Buen consejo. Pero bebe al menos un trago razonable.

AAPO.— La razón es siempre lo mejor. No olvidemos que la roca es nuestro lecho, y tal vez para más de una noche.

JUHANI.— ¡No lo quiera Dios! Supongo que el hambre alejará pronto de este bosque a los cornudos que nos cercan. ¿Sabéis lo que os digo? Que sobre esta piedra musgosa parecemos siete búhos en el páramo. Me pregunto de dónde le vendrá el nombre de «Piedra del Diablo».

AAPO.— Es una historia extraña.

JUHANI.— ¿Ah, sí? Pues cuéntanosla para matar el tiempo. Este es un buen momento para cuentos e historias.

Entonces Aapo contó a sus hermanos el cuento de la piedra.

> Había una vez en las montañas de Laponia un castillo en que habitaba un príncipe de los demonios, el más poderoso de los hechiceros del Norte. Poseía un hermoso reno de patas incomparablemente veloces. Una mañana de primavera, el esbelto animal se lanzó a corretear por la nieve helada y empezó a recorrer toda Finlandia. Más de un arquero, al ver el reno de pelaje de oro y ojos claros, salió a perseguirlo con sus afiladas flechas; pero nadie lograba darle alcance porque,

cuando el cazador, sobre sus esquís, estaba a punto de hacerlo, el animal desaparecía como por encanto ante sus mismos ojos.

El reno llegó por fin a Häme, donde vivía un afamado arquero y hábil esquiador, el cual, presintiendo el paso del animal, salió tras su rastro, el gran arco a la espalda, deslizándose sobre la nieve con sus lisos esquís. El reno, más que correr, volaba sobre la superficie de la nieve, pero el cazador lo seguía más veloz si cabe. Cruzaron extensas llanuras, montes arriscados, alturas y valles, y así hasta que el reno empezó a dar señales de fatiga y solo avanzaba penosamente. Poco a poco disminuía su velocidad, y el arquero se iba acercando implacablemente. Mas he aquí que entonces tuvo lugar un prodigio que luego se repetiría impidiendo disparar el arco a más de un cazador. El reno dio media vuelta y, dirigiéndose a su perseguidor con aire suplicante, comenzó a derramar gruesas lágrimas. El arquero, no obstante, inconmovible, disparó su flecha sin vacilar, atravesó la frente del hermoso animal, y el reno del diablo cayó, tiñendo con su sangre la blanca nieve.

Pero he aquí que, mientras el hechicero del castillo se paseaba por los oscuros valles del Norte lejano, siente una opresión en el corazón, anuncio del peligro en que se hallaba su dorado reno. Sube a la montaña sobre la que se alza su castillo y explora el Sur con su catalejo mágico. En un sombrío bosque de abetos ve al reno retorciéndose sobre su propia sangre en los estertores de la agonía, y ve también al ufano cazador inclinado sobre su víctima. Arrebatado por la cólera, el hechicero arranca de la muralla del castillo un enorme sillar y lo arroja a lo alto contra el cazador de los bosques de Häme. La enorme piedra atraviesa el aire como una ráfaga sonora y describe una gran curva a través del variable mundo de las nubes; sube hasta la bóveda del cielo y luego cae a tierra hacia el sur, aplastando al arquero, que queda sepultado bajo su mole hasta la consumación de los siglos.

JUHANI.— Mirad por dónde la muerte del arquero aquel ha sido nuestra salvación. Porque, ¿qué sería de nosotros sin esta

piedra? Ya estaríamos con las tripas fuera y boca arriba por estos bosques de Dios, pobres de nosotros.

TUOMAS.— Pero se nos cansará el espinazo de estar aquí, os lo aseguro.

JUHANI.— ¡Que Dios venga en nuestra ayuda antes de que sea tarde!

TIMO.— Si queremos echar una cabezada, aunque solo sea una, tendremos que apiñarnos unos encima de otros como las golondrinas en el nido.

AAPO.— ¡Nada de eso! Apenas el sueño nos atontara, correríamos el riesgo de caer rodando bajo las pezuñas de los bueyes. Esto es lo que vamos a hacer: dos de nosotros, uno a cada lado, vigilarán mientras los otros duermen.

JUHANI.— He aquí un sabio consejo que haremos bien en seguir al pie de la letra. Es seguro que esta noche tendremos que pasarla aquí, a juzgar por lo que traman los bueyes, pues tres de esos malditos demonios se han acomodado ya panza en tierra, resoplando y rumiando. ¡Maldita sea! Bien, ahora disponeos a dormir a pierna suelta, hijos míos, que Aapo y yo velaremos vuestro sueño hasta medianoche. ¡Hala, a dormir! Que el Señor nos proteja de todo mal, muchachos.

AAPO.— ¡Pobres de nosotros, sea como sea!

SIMEONI.— ¡Dónde nos vemos, desgraciados!

JUHANI.— En un aprieto, en un gran aprieto. Pero, ea, dormíos. Rezad por la salud de vuestras almas y de vuestros cuerpos, y dormíos, en el nombre de Dios.

Así pasaron la noche, de manera que mientras dos de los hermanos se mantenían en permanente vigilia, los demás descansaban sobre la piedra musgosa. Larga fue la noche, pero finalmente despuntó el alba. El sol se levantó en el horizonte y, sin embargo, la suerte de los hermanos seguía siendo la misma; los de cuernos curvos seguían acechando la piedra, y el hambre atormentaba ya a los ocupantes, cuya única esperanza era que el mismo huésped visitara el estómago de los bueyes y acabara por desplazarlos a sus pastos. Con esta esperanza aguardaban la retirada del enemigo, pero pronto observaron, descorazonados, que los bueyes encontraban pasto en las jugosas juncias que crecían alrededor de la piedra. Los animales se pusieron a pacer tranquilamente, siempre sin alejarse de la piedra para no perderla

de vista.

JUHANI.— ¡Se diría que van a echar raíces aquí, diablos! Parece que han encontrado casa y mesa hasta el invierno.

EERO.— ¡Demonios de bichos!

TIMO.— Claro, a ellos poco les importa eternizarse aquí. El bosque les brinda bebida y comida, y nosotros, en cambio, no disponemos más que de musgo seco.

SIMEONI.— ¡Los perros! ¡Los perros tienen la culpa de que nos veamos aquí colgados! Mucho me temo que la única forma de salvarnos sea arrojar a Killi y a Kiiski como ofrenda a los bueyes furiosos.

JUHANI.— ¡Un consejo atroz!

AAPO.— Que no estamos dispuestos a seguir.

JUHANI.— No, mientras a Juhani de Jukola le sostengan sus propias piernas.

TUOMAS.— ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Sacrificar a los perros cuando tantas veces nos han salvado de las garras mortales de las fieras! Y aún dudo que nos sirviera de algo.

JUHANI.— Y yo. Estos bueyes, después de hacer trizas a nuestros perros, seguirían esperando impávidos a enfilar otra cosa en sus cuernos. No me cabe duda.

SIMEONI.— Todo eso está muy bien; pero ¿qué pasará cuando el hambre nos retuerza de veras las tripas?

JUHANI.— El hambre empieza gruñendo en las tripas, luego salta al corazón palpitante como un gato a la nuca de una rata, y entonces el hombre de más aguante se da por vencido. Dura, muy dura es nuestra suerte. ¿Qué podríamos hacer, pregunto yo también?

AAPO.— A mí se me ocurre que si gritamos todos a la vez con todas nuestras fuerzas, tal vez alguien que pase por el bosque oiga el griterío, o quizá nuestras voces lleguen a Viertola y alerten a la gente.

JUHANI.— Creo que vale la pena intentarlo.

TIMO.— Gritemos, pues, a pleno pulmón.

JUHANI.— Como locos. Lancemos todos un formidable grito, un alarido estruendoso. Todos a un tiempo, para que el efecto sea más contundente. Así que de pie, y todos preparados. Cuando dé tres palmadas, todos a gritar hasta enronquecer como siete

hombres. ¡Una, dos, tres!

El bramido fue tan estruendoso que la piedra y el suelo sobre el que se erguía se estremecieron y hasta los mismos bueyes se asustaron y recularon algunos pasos. El brusco griterío de los hermanos resonó con espantosa fuerza y se extendió por el aire acompañado del triste gañir de los perros. Hasta cinco veces gritaron con gritos prolongados que retumbaron en el bosque y se esparcieron en lejanas oleadas. El último grito fue más fuerte aún, y tras descansar un instante para tomar aliento volvieron a gritar siete veces. Sentados luego sobre la piedra, el rostro amoratado, los ojos inyectados de sangre, el pecho palpitante, esperaron el resultado.

JUHANI.— Esperemos a ver qué pasa. O la gente está loca o tiene que comprender que un grupo de hombres no se lía a dar gritos como nosotros si no se encuentran en un gran apuro. Esperemos.

EERO.— Pero si este estruendo no nos sirve de nada, tendremos que resignarnos sin remedio a caer en las garras de la muerte. El sol declina por segunda vez hacia el ocaso, y el hambre no cesa en sus dentelladas.

SIMEONI.— ¡Dios nos tenga de su mano! Ya hace una noche y día y medio que no probamos bocado.

TIMO.— Así es. Oíd cómo protestan, gruñen y hasta rechinan mis tripas. Es duro.

JUHANI.— Es duro, muy duro. Basta que cada cual escuche su estómago.

SIMEONI.— ¡Largo es el día para el hambriento!

TIMO.— Sí, muy largo.

JUHANI.— Largo y triste. ¿Pero ya no conserva nada Aapo en su memoria? ¿No recuerdas ninguna conseja del cuervo, ninguna anécdota del búho que poder contarnos en esta funesta isla del hambre?

AAPO.— Ahora que lo dices, acabo de recordar un cuento, pero no nos solucionará el alimento de nuestro cuerpo, sino, al contrario, nos hará recordar más aún la bebida y la comida.

JUHANI.— ¿Te refieres al hombre encerrado en la montaña? Ya conozco esa historia.

TIMO.— Pero yo no. Cuéntala, Aapo.

SIMEONI.— Vamos, cuéntala.

AAPO.— Es la historia de un hombre, de un gran héroe de la fe que

permaneció durante mucho tiempo emparedado en las cuevas de Impivaara, lo mismo que la Virgen Pálida, aunque otra era la razón.

Y Aapo contó lo siguiente:

> En otro tiempo, cuando el cristianismo y el paganismo estaban aún enfrentados en Häme, había entre los convertidos un hombre bueno, piadoso, que se dedicaba con todo entusiasmo a propagar las nuevas creencias, protegido por las armas del reino de Suecia. Pero los guerreros armados tuvieron que regresar de pronto a su país, y los cristianos de Häme fueron perseguidos brutalmente por sus hermanos paganos. Unos morían entre horribles suplicios, y otros, para librarse de la persecución, huían a los recónditos laberintos de los bosques solitarios, a las grutas de las montañas, y otros, en fin, váyase a saber dónde. El hombre piadoso se refugió en una caverna de Impivaara, pero sus enemigos, que estaban sedientos de venganza, descubrieron su refugio. «Encerremos al lobo en su madriguera», clamaron con diabólica alegría, y cerraron a cal y canto la entrada de la gruta, dejándole que muriera de hambre en las tinieblas.
>
> El hombre encerrado hubiera tenido un cruel fin; pero el cielo obró un nuevo milagro y, cuando la última claridad del día desapareció de la entrada de la caverna, el interior se inundó de una luz maravillosa y brillante como la plata, y el prisionero se vio envuelto en una suave claridad celeste. Mas no fue este el único milagro, pues del suelo de la caverna brotó una fuente de agua viva, clara y abundante, que proporcionó al hombre piadoso una bebida siempre fresca en su prisión rocosa. Luego, al pie mismo de la fuente, creció, verde y frondoso, un hermoso árbol cuyos sabrosos frutos se convirtieron en alimento exquisito. Pasaba el hombre los días alabando al Señor y las noches soñando en el paraíso de los bienaventurados. Sus días eran semejantes a los días templados y claros del estío, y sus noches, a un suave crepúsculo. Transcurrió un año y la sangre de los cristianos corrió a raudales en Häme. Pero al cabo de ese año de horrible persecución, y mientras fuera de la caverna brillaba

una hermosa mañana de septiembre, llegó a los oídos del prisionero un ruido de martillos y de hierros que machacaban en el muro de la entrada de la gruta. La luz del amanecer se filtró a través de la tapia derribada, y al instante desaparecieron de la gruta la fuente milagrosa y el árbol de deliciosos frutos.

¿De dónde provenían aquellos ruidos y aquellos golpes en la entrada de la caverna? Una multitud de paganos rodeaba a un grupo de cristianos atados con cuerdas y condenados a morir de hambre en el seno oscuro de la montaña. ¿Quién podía imaginarse que el hombre que llevaba un año encerrado en aquella gruta no hubiera corrido la misma suerte? El estupor de los que le vieron salir de la caverna, con la cara iluminada y la frente radiante, fue indescriptible. Entonces oyeron la sonoridad sagrada de su voz y se estremecieron hasta la médula al oírle decir: «Salud, amigos y hermanos, salud, sol dorado y bosques rumorosos, ¡salud!». La muchedumbre cayó de rodillas ante el hombre piadoso, alabando al Dios en que él creía y que lo había salvado de una muerte horrible. Les contó en alta voz los prodigios que le habían sucedido en el seno de la montaña, y la multitud, arrebatada, exclamó con una sola voz: «¡Bautízanos, bautízanos en la fe de tu Dios!». Grande fue el gozo del hombre santo al oír las invocaciones de los paganos, quienes al momento desataron las cuerdas de los condenados a muerte. El héroe de la fe se adelantó entonces a orillas del riachuelo y la muchedumbre le siguió, abjuró del paganismo y se bautizó en la fe de Cristo. Los cristianos, destinados al martirio momentos antes, se agrupaban en la orilla cantando cánticos de alabanzas al cielo, que lo mismo que a su piadoso padre, les había librado de una muerte cruel y había abierto los ojos de los paganos a la luz.

AAPO.— Este es el cuento del hombre piadoso.

JUHANI.— El bautizo de los paganos tuvo lugar precisamente en el tramo del riachuelo que pasa junto a la cerca que hemos hecho para los lobos.

SIMEONI.— La fe obra milagros. Apuesto que el hombre no tenía en la caverna ni fuente ni árbol y que su noche no estaba iluminada

por ninguna luz que brilla para ojos mortales, sino que una fe firme y sólida satisfacía todas sus necesidades corporales. Es lo que decía Tuomas de Tervakoski, mi compañero de pastoreo: «Si tienes el escudo de la fe y la espada del espíritu, puedes ir a bailar al corro con los mismos diablos». Así hablaba aquel piadoso anciano.

JUHANI.— Pero el vientre de un hombre no se satisface durante mucho tiempo con la fe desnuda y el aire vacío; me jugaría el cuello. A mí me parece que ese buen hombre se llenaba la boca con manjares más suculentos que frutas y agua. Otros alimentos pide el cuerpo humano que se ha desarrollado a base de carne y de pan de centeno. Pero el caso es que también se cuenta esa historia de otra manera. Cuentan que brotaron de la pared de la caverna cinco negros cuernos de toro. Cuando el hombre abrió el primero, salió de él borbotando un delicioso y claro aguardiente que provocó muecas en los labios del bebedor. Del segundo cuerno sacó ristras de salchichas grasientas y calientes. El tercero le brindó una excelente papilla espesa; el cuarto, cuajarones de leche para sazonar la papilla, espesos como el alquitrán, y cuando se hubo atracado como una chinche, abrió el último cuerno y sacó tabaco para mascar, el célebre tabaco de rapé danés, que se hinchó en su carrillo como una sanguijuela que chupa. ¿Acaso un hombre ocioso puede aspirar a mejor agasajo?

TIMO.— ¡Él estaba en el cielo, pero no así nosotros!

TUOMAS.— Solo de pensarlo me siento desfallecer.

TIMO.— A mí me dan vahídos.

JUHANI.— ¡Mil escudos daría por una comida semejante! ¡Mil veces mil escudos!

SIMEONI.— «¡Salchichas grasientas y calientes!». Bonito, ¿no? Estamos en pleno infierno y oímos contar cómo se disfruta y come en el cielo. ¿Qué vamos a hacer, qué vamos a hacer?

EERO.— ¡Nos alimentaremos con la fe!

SIMEONI.— ¡Monstruo! ¿Cómo puedes burlarte aún?

EERO.— Es el último aliento, hermano, pues pronto me desmayaré soplando como una vejiga que se desinfla, una vejiga de buey. ¡Ah, si al menos tuviéramos un pan caliente untado con mantequilla!

TIMO.— ¡Y dentro la salchicha más gorda del mundo!

JUHANI.— Si tuviéramos siete panes tiernos y calientes, siete libras de mantequilla y siete salchichas asadas a un buen fuego de leña, ¡otro gallo nos cantara!

EERO.— ¡Maldita sea!

TIMO.— Si fuéramos prudentes, llevaríamos siempre en el bolsillo una bolsita de sal, que dicen que comprime las tripas y permite conservar la vida durante semanas, sin tomar ni pizca de alimento.

JUHANI.— ¡Hombre de Dios! Ni con sal irías muy lejos.

TIMO.— Sin embargo, Iisakki de Koivisto, ese redomado vago, puede estarse tumbado en el altillo de la sauna de Karkkula durante varios días de Dios sin probar una migaja. ¿Cómo le dura el hálito en el cuerpo? Sencillamente, porque el bribonazo chupa un trozo de sal como un niño de teta chupa el pecho de su padre.

JUHANI.— Pero también se le ve a veces por los campos de centeno de la aldea arrancando espigas para quitarles el grano y llenarse la panza. Ay, fijaos cómo ya va bien entrada la noche sin que del mundo de los hombres nos llegue el menor socorro, mientras treinta y tres demonios rondan a nuestros pies sin dejar de bufar. Pero ¿qué ven mis ojos? Eh, mirad esos malditos bichos que se han liado a cornadas. ¡Hala! ¡Embestíos con fuerza! ¡Eso es! ¡Duro! ¡A ver si os rompéis la testuz mutuamente hasta que os saquéis los sesos y… dos enemigos menos! ¡Muy bien! ¡Que siga la fiesta! ¡Así tendremos un poco de distracción para matar el tiempo! ¡Labrad la tierra con los ocho arados de hueso!

TUOMAS.— Ese de lomo curvo y el de cabeza blanca se tiran unas cornadas que da miedo.

JUHANI.— Ganará Testablanca.

TUOMAS.— ¡Qué va; ganará Lomocurvo!

JUHANI.— ¿Qué te apuestas? Choca mi mano.

TUOMAS.— De acuerdo. Timo, tú serás el juez.

JUHANI.— De acuerdo.

TUOMAS.— ¿Va un cuartillo de aguardiente?

JUHANI.— Va. Veamos, veamos cómo luchan nuestros dos campeones. Ahora se tantean un momento, frente contra frente.

TIMO.— Y se empujan poco a poco.

JUHANI.— ¡Fíjate ahora cómo se embisten! ¡Duro con él, Testablanca! ¡Hinca bien las pezuñas en tierra!

TUOMAS.— ¡Tú, Lomocurvo, híncalas con más firmeza aún! ¡Así, muy bien!

JUHANI.— ¡Testablanca! ¡Testablanca!

TUOMAS.— ¡Anda con él, Lomocurvo, no te achiques! ¡Dale una testarada con todas tus fuerzas y manda al otro mundo a ese tipo de una vez!

JUHANI.— ¡Testablanca! ¡Así te arranque los cuernos el diablo! ¿Es que vas a ceder, blandengue, cobarde?

TUOMAS.— Me parece que va a darse el piro.

TIMO.— Y el otro le persigue como un loco. ¡Me parto de risa!

TUOMAS.— ¿Qué me dices ahora, Juhani?

JUHANI.— He perdido un cuartillo de aguardiente. Te lo daré cuando hayamos salido de esta. ¿Pero cuándo llegará ese día? ¡Ay! Dentro de unos años llevarán una carga de aquí al pueblo y del pueblo al cementerio. Al mando de nuestro guarda rural, trasladarán un montón de huesos tintineantes, los esqueletos de siete tíos.

SIMEONI.— Así acabará nuestra vida pecadora.

JUHANI.— Así acabará nuestra vida.

TIMO.— Así acabará.

JUHANI.— Acabará de un modo lamentable. Pero abre tu saco, Lauri, y pásanos la cantimplora.

AAPO.— Vale por esta vez; pero tenemos que racionar el aguardiente para el último apuro.

JUHANI.— Tienes toda la razón. Pero de momento vamos a echar un trago que nos permita gritar como un trombón.

Bebieron y gritaron todos a la vez hasta no poder más. El sonido llegó a oídos del guarda de Viertola, que pasaba por la colina del pajar. Pero el hombre, ignorando el sentido de aquellas voces, se dijo asustado: «Es el trasgo que merodea las lindes, que grita a lo lejos».

Con el cuello alargado hacia el cielo, la boca desencajada como fauces de dragones o pajaritos en el nido cuando sienten el batir de las alas maternales, los hermanos siguieron lanzando angustiosos gritos. Gritaron hasta diez veces, tras lo cual volvieron a sentarse en la piedra musgosa, mientras la esperanza se debilitaba en sus

corazones.

Capítulo octavo

Hace ya tres días que los hermanos se refugiaron en la Piedra del Diablo huyendo de los bueyes. El asedio de estos continúa. De vez en cuando, los animales se alejan un poco, pero siempre queda rondando alguno cerca de la piedra, que lanza un bramido de alarma cuando los hermanos intentan abandonarla. Muy cerca ramonea un buey retorciendo la lengua, mientras otro rumia tendido sobre las patas dando fuertes mugidos. No lejos riñen otros dos, entre bromas y veras, y el choque de sus cornamentas resuena por doquier. Al pie de la roca, otro buey escarba el suelo lanzando al aire tierra y broza, y bufando ferozmente. El caso es que allí permanecen los animales sin ánimo de moverse, para desesperación de los hermanos, que solo esperan la muerte. Lauri, que acaba de echar un tiento a la cantimplora, vuelve a beber un buen trago, con gran sorpresa de los hermanos, que le regañan ásperamente.

JUHANI.— ¿Pero es que te has vuelto loco?

AAPO.— ¿En qué piensas? Ten en cuenta que todos estamos en el mismo aprieto.

TUOMAS.— Piensa que nuestro albergue no tiene más que un palmo de ancho y que hemos de movernos con toda cautela.

LAURI.— Esto es para volverse loco de rabia.

AAPO.— ¡No digas eso!

LAURI.— ¡Váyase todo al infierno! Que este castillo dé vueltas como rueda de molino y nos tire a los siete desgraciados bajo las patas de los bueyes. ¡Gira, roca, del este al oeste, y tú, bosque que nos rodeas, gira de oeste a este! ¡Así, así!

JUHANI.— ¿Ya estás borracho, hijo?

LAURI.— Bonita pregunta. ¿Qué valen la vida y el mundo? Ni un centavo roñoso. ¡Así se convierta todo en polvo y ceniza, y se lo lleve el viento! ¡Zas! ¡Va por vosotros, hermanos de mi alma!

AAPO.— Está como una cuba. Tenemos que quitarle la cantimplora.

LAURI.— ¿Ah, sí? Pues os advierto que no va a ser un juego nada fácil. La cantimplora es mía, que por algo no la tiré a la pradera, donde los bueyes la hubieran pisoteado. En cambio, vosotros, ¿qué? No tuvisteis ningún reparo en tirar vuestros sacos al suelo como pobres gitanos cuando oyen los disparos del comisario.

JUHANI.— ¡Venga la cantimplora!

LAURI.— Es mía.

JUHANI.— Pero quiero guardarla yo.

LAURI.— Si la quieres tendrás que recogerla de tu cabeza, porque te la encasquetaré en ella.

JUHANI.— ¿Buscas camorra?

LAURI.— Si la quieres, la tendrás. Pero entre hermanos que se quieren no están bien las riñas. Por lo tanto… ¡a vuestra salud!

TIMO.— No bebas, Lauri.

JUHANI.— ¡Dame ahora mismo la cantimplora!

LAURI.— ¡A ver si te sacudo un puñetazo! ¿Quién te has creído que eres?

JUHANI.— Nada más que un pobre pecador. Pero también soy tu hermano mayor.

LAURI.— ¿Mi hermano mayor, dices? Entonces has tenido más tiempo para pecar y con más razón te mereces una paliza. ¡Salud! *¡Skool!*, como dice el sueco.

TUOMAS.— ¡Ni una gota!

LAURI.— Mucho es lo que quiero a Tuomas y también al pequeño Eero. Pero ¿qué decir de esos de allí?

TUOMAS.— Calla la boca de una vez y dame la cantimplora. Toma, Juhani; échate el saco a la espalda y vigila el aguardiente.

LAURI.— Tú eres el único que puedes hacerme entrar en razón. Te quiero, y también te quiero a ti, pequeño Eero.

TUOMAS.— ¡Que te calles!

LAURI.— ¡Vaya hombres! ¿Quién es Jussi de Jukola? Un gallo loco, un toro mocho.

JUHANI.— Cierra al punto la boca y que no vuelva yo a oírte nada semejante.

LAURI.— «El que tenga oídos, que oiga», predica Aapo, el san Pablo de Jukola.

SIMEONI.— ¿Puede saberse qué te pasa? ¿Eres tú aquel muchacho

tan sensato, tan serio y tan comedido en el hablar? ¿Eres realmente Lauri? ¡Lo que eres es un endemoniado malhablado!

LAURI.— Pues anda que tú. ¿No eres acaso Simeoni, aquel meloso «Salve, rabí»?

SIMEONI.— Bueno, te perdono, y siempre amontono carbones encendidos sobre tu cabeza.

LAURI.— ¡Vete al infierno, que allí hay carbón!

SIMEONI.— ¡Impío!

TIMO.— Pone los pelos de punta.

LAURI.— ¿Qué masculla Timo, el cabrito de Jukola de ojos grises?

TIMO.— Bueno, bueno. La leche de cabra no es mala. Te agradezco el cumplido.

LAURI.— ¿Eh?

TIMO.— Digo que la leche de cabra no es mala y que te agradezco el cumplido. ¡Muchísimas gracias! Sí, todos la hemos bebido. ¡Muchísimas gracias! Pero pasemos a otro asunto: ahí tienes a tus niños mimados, Tuomas y Eero.

LAURI.— ¿Eh?

TIMO.— Que ahí tienes a tus niños mimados, Tuomas y Eero.

LAURI.— ¿Eh?

TIMO.— Oye, el pastor lee tres veces las amonestaciones, pero le pagan por ello.

LAURI.— Tú has dicho «a otro asunto». Pero yo sé bien con qué compararlos. Tuomas es un hacha robusta, sólida, viril y potente; pero el pequeño Eero, enanito él, es una pequeña hacha de tallar, afilada y mordiente. Sí, él «talla», talla a lo fino, hace saltar astillas y dice palabritas que se meten muy adentro, el muy bribón.

JUHANI.— Bien. ¿Pero no me has llamado gallo loco?

TIMO.— A mí me llegó a llamar cabrito. ¡Muchas gracias!

LAURI.— Eero es un burlón, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

JUHANI.— ¿Pero no me has llamado gallo loco?

LAURI.— Sí, y hasta toro mocho.

JUHANI.— Bueno, bueno, hermano; *bra, bra*, como dice el sueco.

TIMO.— ¡Cálmate, Juhani! A mí me ha llamado cabrito y le agradezco título tan honroso, porque la cabra no es un animal despreciable. La señorita de las mejillas sonrosadas de Viertola,

Lyydia, no bebe más que leche de cabra blanca, y nada más. ¡Para que veas!

SIMEONI.— No seríamos hombres si tomásemos en serio las palabras de un borracho.

LAURI.— ¿Un hombre, tú? ¿Tú, mi pobre hermano? Te echarías a llorar amargamente si vieses algo que las muchachas no enseñan a los mentecatos como tú.

JUHANI.— Ay, Simeoni, Simeoni; de verdad que preferiría recibir una puñalada antes que semejantes alfilerazos.

SIMEONI.— Bueno, bueno, «el día del Juicio mirarán al que traspasaron», como dice la Biblia.

TIMO.— Nos has comparado con toda clase de cosas, desde el gallo al hacha; pero sepamos qué eres tú mismo, si puedo preguntar sin rodeos y si se me permite ponerme quisquilloso.

LAURI.— Yo soy Lauri.

TIMO.— ¡Vaya, vaya! El bueno de Lauri a secas.

LAURI.— Nada más que el estupendo Lauri, aunque me hayan aplicado otros nombres: tejón, rastrillador mecánico del famoso relojero Könni, refunfuñón y mil cosas más. ¡Hum! De vuestra boca he escuchado letanías enteras, y todo me lo he guardado entre las muelas sin rechistar; pero ahora quisiera derrochar parte del tesoro acumulado; ¡diablos!, quisiera estrellaros estas monedas en la frente y luego colgaros como sacos de harina en las astas de los bueyes.

AAPO.— ¿Y este es Lauri, el pacífico y silencioso Lauri? ¡Quién lo creería!

JUHANI.— ¡Ay, ay, hermano Aapo! ¡Mucha es la cizaña que se esconde en el buen grano! Hace tiempo que lo sospechaba, pero ahora conozco el corazón del hombre.

LAURI.— ¡Cesa de bramar, toro de Jukola!

JUHANI.— ¡No me irrites, por el amor de Dios, que mira que se me calienta la sangre! ¡Maldito osezno, voy a enterrarte bajo las boñigas de los bueyes, y la abominación de la desolación el último día del calendario puede llegar!

SIMEONI.— ¡Qué desgracia, qué desgracia!

AAPO.— ¡Quietos, quietos! Dejemos de pelearnos.

TUOMAS.— Cálmate, hombre.

JUHANI.— Me ha enmierdado de asquerosas injurias. ¡Gallo loco!

AAPO.— ¿Y san Pablo? No hagas caso.

TIMO.— ¿Y cabrito? ¿Qué me dices? Muchas gracias, mi querido hermano.

AAPO.— No olvidemos que casi estamos en las fauces de la muerte. Hermanos, una idea me bulle en la cabeza; en la punta de la lengua tengo una proposición que me parece muy importante en estos momentos. Haced el favor de escucharme: esta piedra es una barca en medio de la tempestad, y la tempestad es esa manada de bueyes que braman enfurecidos alrededor. ¿Queréis otra imagen? Pues ahí va: nuestra piedra es un castillo cercado por un enemigo fuertemente armado de lanzas. Pues bien, si en esta fortaleza sitiada no hay un capitán, un jefe encargado del orden y de la defensa, entonces la indisciplina y la confusión se apoderarán de la guarnición, y pronto estarán perdidos tanto el castillo como la tropa. Lo mismo nos sucederá a nosotros si no ponemos orden y tomamos medidas, si no establecemos entre nosotros un acuerdo legal. Hace falta uno cuyas sabias palabras sean escuchadas y obedecidas por todos. Juhani: domínate tú mismo y domina a toda la tropa de hermanos. Puedes estar seguro de que la mayor parte de nosotros estará de tu lado y que acataremos tu autoridad en este castillo asediado.

JUHANI.— ¿Qué castigo aplicar a quien no obedezca mis palabras y con ánimo de llevar la contraria provoque un desorden general y peligroso?

TUOMAS.— Lo echaremos a los bueyes.

JUHANI.— Bien, Tuomas.

AAPO.— Hay que reconocer que es un castigo duro, pero lo exige nuestra situación. Apruebo la idea.

SIMEONI.— A los bueyes, como los mártires de otros tiempos. Pero ahora no sirve la blandura.

TIMO.— Que la ley y las ordenanzas sean arrojarlo a los bueyes.

JUHANI.— ¡Que sea la ley y las ordenanzas! Mantened bien grabado en vuestra alma el terrible parágrafo y comportaos en consecuencia. Mi primera orden es que Lauri se calle y se acueste sin rechistar. A continuación, para reanimarnos un poco, mando que todos, menos Lauri, demos un tiento a la cantimplora. ¡Sí, a vuestra salud!

LAURI.— Y yo de mirón, ¿no?

JUHANI.— Tú a dormir.
LAURI.— Tiempo tendremos de dormir en el infierno.
JUHANI.— Sabe Dios dónde dormiremos aún, querido Lauri.
LAURI.— *Sabe Dios, querido Jussi,*
qué harán de nuestro pellejo.

Yo canto como un cantor, sueno como un clarinete.

Soy el niño de mamá,
soy Jussi, su pequeñuelo.
Soy el niño de mamá, soy Jussi,
su ojo derecho.

JUHANI.— Guarda tus canciones para otra ocasión.
EERO.— Reservadme la del pequeño muchacho.
LAURI.— Vamos a reservarla para Jussi de Jukola y a cantar ahora otra, una que haga ruido. ¡Venga, cantemos y bailemos!
JUHANI.— Ten cuidado no te condene a ser arrojado a los bueyes.
TUOMAS.— Lauri, es la última vez que te lo advierto.
LAURI.— ¿La última vez? Harás bien en no insistir más.
JUHANI.— ¡Mira que armar semejante jarana en la misma puerta de Tuonela, el reino de la Muerte! ¡Es demasiado! ¡Nosotros, paganos hirsutos!
SIMEONI.— Dios nos castiga según nuestros merecimientos. ¡Ay, Señor, castíganos, flagélanos sobre esta piedra de dolor!
LAURI.— Es la piedra de la alegría, la piedra del viejo y legendario Väinämöinen, que era el dios de la comarca de Savo, según dicen. Un pícaro deshollinador me recitó un magnífico poema sobre el héroe. Recuerdo también que el muy granuja echó un sermón la mar de divertido que fluía fácilmente de sus labios rojos y de su cara, que no dejaba de hacer visajes, mientras limpiaba la chimenea de la granja de Kuninkala. Veréis cómo sermoneaba…
JUHANI.— Cállate ahora, fiera salvaje.
LAURI.— Prediquemos, que ya está bien de cantar a coro como se acostumbra en la iglesia. Yo soy el pastor, esta piedra es mi púlpito, vosotros sois los chantres, y los bueyes que nos rodean, muy serios ellos, son los fieles devotos. Pero cantad un himno mientras yo subo al púlpito. ¿Estamos? El pastor espera.
JUHANI.— Como no te calles sí que vas a salir de aquí cantando, y

pronto.

LAURI.— Tú eres el jefe de los chantres, y estos otros los aprendices, o sea, esos figurones que no pintan nada y que, sudorosos y colorados como pavos, llenan el banco de los chantres en nuestra iglesia los domingos y fiestas de guardar. Helos aquí sentados con la boca abierta, con los ojos redondos, con las solapas vueltas y con el pelo lleno de manteca y grasa y una perilla que les tiembla bajo el mentón. Podéis permanecer sentados para cantar, mientras el pastor Matti se encarama al púlpito. En realidad, llega galopando de la posada de Keijula, pero se ha refrescado la chola y peinado la peluca, y muy reverente sube al púlpito rezando y haciendo derramar lágrimas a las viejas. Hale, chantre Jutte, empieza a cantar, haz resonar tu voz. «No te hagas de rogar», dijo el pastor al cantor.

JUHANI.— ¡Haz el favor de cerrar la boca enseguida, mequetrefe!

Lauri.— Al contrario, «todos los rabadanes abren la boca», como dice un salmo; eso es lo que debes cantar. Pero ahora basta, cállate, escucha y pon boca de beato mientras yo predico. Sí, deshollinador, préstame tu espíritu y tu lengua ligera. Quiero predicar desde este púlpito sobre la vieja levita y los diez ojales de Pedro. Pero antes que nada quiero mirar mi rebaño de corderos; mas, con gran aflicción de mi corazón, no veo más que cabras malolientes con sus machos impacientes. ¡Ay de mí!, doncellas de Kärköla, tan pelanduscas como chuscas; vosotras os pavoneáis en esas sedas que arrastráis, huecas y banales como pavos reales; pero escupidme, ¡voto a tal!, si en el día del Juicio Final no gritáis a Matti el pastor para que hable en vuestro favor. Pero podéis esperar sentadas, que vais dadas. Buenos días, viejo Räihä, quiero decirte una palabra. Ten como ejemplo al viejo abuelo de Kettula. Y tú, Paavo, diablo de Peltola, ¿qué has hecho este invierno en la fiesta de Tanu? Los vasos han tintineado, a las chicas has estrechado y abrazado. Mas yo te digo, muchachito, mírate en Jalli de Jumppila, o de otro modo el pastor Matti, los paganos, los cretenses y los griegos acabarán con tus malditos juegos, y, ¡hala!, al infierno de cabeza y con presteza. Quítate de la oreja el tapón y escucha mi brillante sermón: porque yo soy de todos los colores y en mi pecho mi corazón no es roca, sino una bolsa de tabaco de piel de foca. He

estado en varios lugares. He estado estudiando en la capital con maestros de lo más genial, con los pies en el cepo a pan y agua, y en prisiones que no eran pensiones; pero lo mejor es que no he sido un ladrón, ni he ensuciado el pozo de nadie, ni le he hecho un trino a la mujer del vecino. Tuve una vez una pequeña novia, una muchacha astuta, pero me dejó plantado, la muy puta. Fui a buscarla; la busqué por las tierras y los mares de la gran Finlandia, por Germania y por Estonia y otras tierras, pero no encontré a la grandísima perra. Volví a la gran isla de Suomi, ¿y sabéis dónde encontré a la preciosa?: tras la loma de Tampere arenosa. «He aquí a mi pequeña Tettu», gritó el muchacho en su alegría, pero Tettu me echó una regañina y dijo: «¿Quién eres tú, truhán, morros sucios de alquitrán?», y se escabulló con maña en la primera cabaña. Pero yo, siempre un tipo alegre, no me di a pensar: me llevé a la boca tabaco de mascar y me metí en una taberna donde Mikko andaba en juerga eterna y se divertía con cualquier tía. Un jarro de cerveza y dos cuartillos de aguardiente es una medida prudente para el gaznate y la cabeza de un hombre que a cansarse empieza. Y entonces el jarro se meció y la barba se mojó, las jóvenes se pusieron a cantar y las hijas de la dueña a reírse sin parar. Pero yo me escapé de aquel bullicio y me fui a la calle huyendo del vicio. Canté con tanta fuerza y ganas que se rompieron los cristales de las ventanas, y todos los tenderos de Tampere se lanzaron a perseguirme. Pero yo, siempre alegre tío, me puse a andar a lo largo del río, tirándoles chinarros y arena. Llegado a Pori, me metieron en una cesta y me arrastraron a la plaza con gran fiesta. En Uusikaupunki, desde una ventana, me insultaron cuanto les dio la gana. En Turku, ay, me acuerdo de ello, me pusieron un cuchillo al cuello. Llegué por fin a una calle larga, en cuya ruta me encontré cinco putas. La primera me sacudió una patada; la segunda dijo: «Qué bobada, este gachó no es un remendón»; la tercera, preguntó: «¿Qué carajo le pasa al marrajo?»; y la cuarta añadió: «Conviene echarle una manita a la cosita». «Entonces paseemos cogidos del brazo», dije yo. Pero la quinta me arreó un bofetón y dijo: «Lárgate a Helsinki, mamón». Me fui a la ciudad grandona, donde me metieron en chirona, y luego fui interrogado y vapuleado, diciéndome: «¡Levántate al vuelo,

muchachuelo!». Me puse en camino, como un tipo alegre que soy, cuyo corazón es una bolsa de tabaco de piel de foca. Fui de acá para allá canturreando, y pateando caminos difíciles llegué a Häme, subí al púlpito de Kuninkala, y ahora digo amén, queridos hermanos. Quiero transmitir una amonestación, atención: el chantre de la comarca y la chica de las ventosas que dejan marca quieren casarse; mañana celebrarán la boda, después de la sopa boba. Que se unan y permanezcan ligados como la pez y el alquitrán de Paavali el tártaro. Las siguientes granjas, que luego diré, estarán de servicio para mi beneficio. Doce tablas sin nudos, quince libras de clavos gruesos y de peso; un hombre que no sobre por granja pobre, y dos de las velas de candil para arreglar el cochitril. Un viejo semental, grande y robusto, que dé gusto verlo, con cencerro al cuello, herrado hasta el calado, muermoso, paticorto, rabicorto, se ha escapado de los pastos de Kiiala. Y nada más esta vez, ¡pardiez!, sino solamente que el cordero es un animal bondadoso, menos fiero que el oso, ya veis; pero si un buey se cabrea, embiste y cornea, escarba la tierra y busca guerra, echando lodo y hedor contra la cara y el ombligo del señor pastor. Y ahora, otra vez, amén. Que todo el mundo se vaya a su camaranchón, que yo me voy a mi colchón. Este ha sido el sermón.

SIMEONI.— Sacrilegios ya sabes decir, ya, ¿pero sabes leer? ¡Contesta!

LAURI.— ¡Vaya una pregunta, si el pastor sabe leer! Yo sé leer y digo salmos, y no me detengo aunque el salmo sea tan largo como la viga del establo. Pero el pastor debe decir misa y no cantar. Yo digo misa y Eero ayuda.

EERO.— Con mucho gusto te ayudaría, si la gazuza me lo permitiera.

JUHANI.— ¿Ya empiezas a intrigar con este memo? ¡Bribón! Siempre estás dispuesto a tomar parte en todas las cosas raras, por tontas que sean. Sí, ya lo sé. Y tú, Lauri, vas a irte a dormir ahora mismo como un niño bueno. Deja ya tus bromas y tus danzas, hermano, si no quieres que pronuncie contra ti una sentencia inapelable, y que diez manos te arrojen en el acto a los bueyes. ¡Ya está bien de bromas!

LAURI.— Pero, hermanito, si el baile no ha hecho más que empezar.

Vamos, bailemos, luchemos, dancemos la juhaniada y trillemos el musgo. ¡Mirad!

TIMO.— ¿Serás granuja? ¡Por poco me tiras de la piedra! ¡Estate quieto!

JUHANI.— Lauri, ¿quieres que pronuncie la sentencia terrible que te dejará convertido en puches en un instante? Pues ahí va. Esta sentencia inapelable es: ¡Arrojadlo a los bueyes! Di, ¿he de pronunciarla?

LAURI.— No pronuncies nada y canta mientras yo bailo la juhaniada. ¡Hop!

JUHANI.— ¡Arrojadlo a los bueyes, y que Dios tenga piedad de él! ¡Amén! Ya está dicho. Que se vaya.

LAURI.— Vámonos todos juntos, mejor, cogidos de la mano, de este mundo de hambre.

TUOMAS.— ¡Hemos de cumplir nuestra ley! ¡Vas a morir!

JUHANI.— ¡No, Tuomas! ¿Qué vas a hacer?

TUOMAS.— ¡Fuera de esta piedra, muchacho!

JUHANI.— ¡No, por Dios!

AAPO.— Tuomas palidece. ¡Que Dios nos proteja! Tuomas palidece.

JUHANI.— ¿Serías capaz de cometer semejante monstruosidad? ¡Hermano, hermano!

AAPO.— Palidece como un moribundo; va a suceder algo terrible. ¡Cálmate, Tuomas, te ruego que te calmes! Protejamos todos a Lauri, ¡todos!

TUOMAS.— ¡Apartaos!

JUHANI.— ¡No, Tuomas, no!

TUOMAS.— ¡Apartaos! Tú has sido el juez, yo soy el verdugo, y se ha de cumplir nuestra ley. Vas a bajar de la piedra sin remisión.

LAURI.— Como un tronco que cae por las cascadas de Nukari. ¡Ja, ja!

SIMEONI.— ¡Clemencia, Tuomas, clemencia, clemencia!

TUOMAS.— ¡Nada de clemencia!

JUHANI.— Líbrenos Dios de cometer un fratricidio.

TIMO.— Sí, que Caín no mate a Abel.

TUOMAS.— ¡Ha de morir!

AAPO.— ¡Contén tus ímpetus!

TUOMAS.— ¡Ha de morir!

JUHANI.— ¡Que el Cielo nos ampare! ¡No, Tuomas, esto no puede

ser!

TIMO.— ¡Claro que no! ¡De ninguna manera! Se trata de nuestro hermano. ¡Alto!

JUHANI.— Está a punto de cometerse un asesinato. ¡Salvemos a Lauri, salvemos a nuestro pobre hermano!

Una gran trifulca se armó sobre la piedra. Aquí sujetaban a Tuomas por el pescuezo o por la cintura; allá agarraban a Lauri por una pierna o por donde podían con objeto de evitar que cayese rodando al suelo. Los hermanos, revueltos en las más forzadas posturas, formaban una masa vociferante que les hacía parecer un monstruo de varias cabezas y numerosos pies que se removía, se arrastraba de un extremo a otro de la piedra entre desgarrones, arañazos, gritos y lamentos. Los perros, asustados y con el rabo entre las piernas, corrían de un lado a otro para ponerse a salvo, con el riesgo de caer bajo las pezuñas de los bueyes. Estos, más compactos que antes alrededor de la piedra, contemplaban con sus grandes ojos aquella lucha feroz. Pero el cansancio de los combatientes devolvió por fin la paz a la Piedra del Diablo, y los hermanos cayeron desfallecidos sobre el musgo pisoteado. Finalmente, Simeoni, elevando al cielo sus ojos asombrados, habló con voz lastimera.

SIMEONI.— Los cristianos se han convertido en fieras y demonios. ¡Castíganos, pues, Señor! ¡Hiérenos con la flecha de tu justa cólera! ¡Reduce a granos de malta a los siete hijos de Sion pecaminosa!

AAPO.— Sí, Tuomas, somos cinco contra uno; ya lo sabes. Pero sea llegada la hora de la paz y vigilemos al infortunado Lauri hasta que se duerma.

TUOMAS.— ¡Maldición! ¡A todos os arrojaré de aquí, uno a uno, cuando se me antoje, y lo haré si el furor se apodera de mí! Así que dejadme en paz y obrad sensatamente, porque si se me calienta la cabeza, poco habrán de importarme la sangre y sus horrores. Por eso os aconsejo que me dejéis tranquilo.

JUHANI.— Un hombre peligroso este Tuomas. Prefiero por compañero a un tipo enfurecido contra mí todos los días y a todas horas que otro que se enfada pocas veces, pero en serio, y pone mi vida en peligro. ¡Hay que ver qué susto nos hemos llevado!

SIMEONI.— ¡Flagélanos, tritúranos, oh cielo poderoso!

TIMO.— Calla, Simeoni, te lo ruego.

SIMEONI.— Si ellos callasen, gritarían las piedras. ¡Flagélanos, tritúranos!

JUHANI.— No invoques una muerte peor aún. Ya tenemos bastantes tormentos.

TUOMAS.— Predica como un poseso, con las manos cruzadas y los ojos muy abiertos, como los del búho de la muerte. ¡Cierra enseguida la boca!

TIMO.— Calla, Simeoni, te lo ruego, y vivamos todos en paz. Mirad cómo se ha dormido Lauri, el pobre muchacho. Sí, en nombre de Dios, vivamos en paz y tengamos paciencia hasta que podamos volver a casa.

JUHANI.— ¡A casa! Nuestra casa no será una tumba ni un honorable cementerio, sino que nos dormiremos aquí y nuestro cuerpo será pasto de los cuervos y las águilas. Yo me siento morir por momentos… ¡sí, me muero! ¿Y esto era la vida? ¿Qué valía?

TIMO.— Sí, ¿y esto era la vida? ¿Qué valía? Una buena pregunta.

JUHANI.— ¡Oh, pobre madre, qué lejos estabas de saber, cuando nos pariste, para qué desgracias echabas al mundo siete oseznos!

TIMO.— No lo sabía, claro que no.

JUHANI.— ¡Ay de mí! Apuremos hasta la última gota de la cantimplora. Toma, Tuomas, bebe y pásasela a los demás.

TUOMAS.— ¡No quiero tu aguardiente!

JUHANI.— ¡Ajajá! Ya habrán quedado olvidados tanto Jumppila como el púlpito de Kuninkala. ¿Verdad? ¡Cuánto ruido y escándalo has organizado estando entre la vida y la muerte! ¡Qué espanto cuando pienso que hubieras podido presentarte embriagado y con los ojos bizcos delante de Dios!

TIMO.— Tiemblo al pensarlo. ¡Embriagado ante Dios!

JUHANI.— Embriagado ante Dios y con los ojos bizcos. ¡Imagináoslo!

SIMEONI.— Ni siquiera lo digas.

JUHANI.— Pues faltó tanto así para que ocurriese. Pero ahora descansa allí, pálido. Ay, los ojos se me llenan de lágrimas y mi alma sufre, y quisiera ocultar en el más escondido pliegue de mi corazón a ese desgraciado y sufriente hermano mío.

AAPO.— Con el sueño olvida el hambre, ese gusano mortal.

SIMEONI.— ¡Tres días ya! ¡Rindámonos a la muerte!

EERO.— Y pensar que hemos de morir teniendo tan cerca de nosotros tanta carne, tanta carne viva.

SIMEONI.— Esa carne nos mata, nos mata.

JUHANI.— Precisamente en este día, en esta hora, en este minuto. Sí, en esta hora.

TIMO.— Matemos esa carne, disparemos contra cada uno de esos cornudos, y la tendremos fresca y abundante. Cinco escopetas están cargadas, y en el saco de Lauri hay suficientes municiones.

JUHANI.— ¡Vaya idea!

AAPO.— ¡Una idea que nos va a salvar!

EERO.— ¡Nos salvará, ya lo creo!

JUHANI.— ¡Ah! ¿Cómo agradecérselo a Timo?

SIMEONI.— ¡Eres un ángel de Dios!

TIMO.— ¡Carne fresca!, ¡nada menos que carne fresca! ¡Je, je! En el saco de Lauri hay decenas de balas recién fundidas y pólvora para muchas cargas.

JUHANI.— ¡Y que lo digas, incomparable muchacho! Tenemos más balas y pólvora de las necesarias. Hay treinta y tres bueyes. ¡Oh, mira que hemos sido estúpidos y mostrencos! ¿Por qué no se nos ocurriría antes?

AAPO.— A decir verdad, yo había pensado alguna vez en ello, pero no me había acordado ni por asomo de las reservas del saco de Lauri, y no quería comunicaros mi plan porque, al fin y al cabo, cinco balas son cinco bueyes.

JUHANI.— También yo he reflexionado en este sentido, pero sin verlo claro. ¡Treinta y tres bueyes! ¡Bien! Escuchad, valientes muchachos. Si tiramos como los buenos y con cada disparo traspasamos el corazón o la cabeza de un buey, entonces queda abierto el camino de la libertad. ¡Vaya contigo, Timo, buey sin cuernos! ¡Pero qué tío eres!

TIMO.— Yo lo dije. Aquí no se necesita más. Ya lo sabes. ¿Íbamos a acabar aquí como ratones? Unos muchachos valientes como nosotros no tienen tiempo para eso. ¡Je, je! Yo lo dije.

JUHANI.— Ahora, rayos y truenos nos abrirán el camino de la libertad.

AAPO.— Sí, Juhani. Es verdad que ese camino pasará sobre cuerpos ensangrentados, pero no queda otro remedio.

JUHANI.— No queda otro remedio que inundar de roja sangre la

Piedra del Diablo. ¡Ah, qué suerte la nuestra! Pronto comeremos carne como lobos.

AAPO.— ¿Pero cómo pagaremos los cuarenta bueyes?

JUHANI.— Es cuestión de vida o muerte, y en este caso la ley está con nosotros. Prepararemos las carnes y el amo barrigudo de Viertola podrá llevárselas si quiere. Eso no nos importa.

AAPO.— Ya veremos después, cuando esté realizada esta obra inevitable. Pero cuando haya acabado la gran carnicería, tendremos que enfrentarnos con otro asunto grave. Veréis: cuando cada uno de estos animales de cola empenachada yazga en el suelo, tendremos que desollarlos enseguida mientras uno de nosotros lleva la noticia de la carnicería a la granja de Viertola.

JUHANI.— Es un consejo a tener en cuenta: desollar, desollar antes de que la piel se pegue a la carne. Así se hará, y luego que cada cual saque su provecho de la carne y de las pieles, los intestinos y los estómagos. Los bueyes sobre el banco y fuera las pieles. Todos nosotros llevamos un cuchillo afilado a la cintura, y aquí tenéis un puñal agudo como una lengua de serpiente. Sí, apliquémonos a la sangrienta tarea. El que tenga la escopeta descargada que la cargue con fuerte munición, y después, manos a la obra sangrienta.

AAPO.— Pero, oh hermanos, podríamos contener el hambre una o dos horas, ahora que nuestra salvación es cosa hecha. Probemos una vez más la fuerza de las gargantas de seis hombres, y después esperemos un momento, el último momento de nuestra angustia, de nuestro cautiverio.

JUHANI.— El hambre nos atormenta, es verdad, pero hagamos lo que tú quieres. Gritemos y tal vez salgamos del trance sin derramar ni una gota de sangre. Sin embargo, es inútil la esperanza. Bien, bien, podemos esperar todavía un poco, ahora que tenemos en las manos el terrible instrumento de nuestra liberación. Gritemos de nuevo a pleno pulmón. Os ruego que lo hagáis; es una orden. Tú, Tuomas, callado ahí como esta piedra, prepara tu trombón para rugir. Hazlo, te lo ruego; es una orden.

TUOMAS.— Deja de gastar palabras. Lo haré como lo exigen nuestras ordenanzas comunes.

JUHANI.— ¿Listos? ¡Una!, ¡dos!, ¡tres!

Levantaron la voz, gritaron siete veces, y el eco repitió en torno el griterío y los gañidos de los perros. Después se sentaron a esperar, y aunque el hambre les atormentaba cruelmente, la certeza de la salvación les prestaba nuevas fuerzas. Sin embargo, uno de ellos, Lauri, ignoraba las torturas del hambre y la alegría de la esperanza. Allí, tendido a los pies de sus hermanos, seguía roncando, pálido. Esperaron un poco, luego un poco más, mientras se aproximaba el ocaso del tercer día. Entonces Juhani, sintiendo un débil rumor de tormenta hacia el norte, gritó en voz alta: «¡Vamos ya, muchachos, que Dios nos ayude, y amén!». Y comenzó el fuego y el derramamiento de sangre.

La gris Piedra del Diablo se vio envuelta en una nube de humo de donde salían fogonazos y detonaciones que empezaron a sembrar la muerte en la manada de bueyes. Uno aquí, otro allá, los cornudos, la frente atravesada por un balazo, se desplomaban lanzando siniestros bufidos. Aquellos cuyos sesos habían sido despedazados caían de inmediato, estirando las patas como rígidos palos. Así abandonaban la vida: una sangre de color rojo oscuro brotaba de las heridas y caía a tierra describiendo un arco. Pero los que habían sido alcanzados en el pecho, sin que la bala atravesara el corazón, se debatían largo rato, sangrando, tambaleándose entre los compañeros a los que las balas habían respetado hasta entonces, y finalmente se derrumbaban tirando coces. Cuando percibieron el olor de la sangre humeante de sus compañeros, los demás bueyes, enfurecidos, se juntaron en tumultuosa confusión. Con la lengua colgando y la mirada torva, llenaron el bosque de un estrépito horrible, lanzando al aire sobre sus lomos ramas secas, pelladas de tierra y polvo.

Rodeados de humo, pálidos como fantasmas, los hermanos se mantenían sobre la piedra disparando, cargando y volviendo a disparar, y a cada disparo un buey caía a tierra. Las escopetas lanzaban fogonazos y tronaban; pero más fuerte aún era el estrépito y el resplandor en el cielo, donde el rayo corría entre montañas de nubes. El humo y las oscuras nubes formaban un lúgubre crepúsculo alrededor de la Piedra del Diablo, y en él se confundían los mugidos y los lamentos de los bueyes, los gañidos de los perros, los disparos de las escopetas y la voz resonante del trueno. Rugía la tormenta en la copa de los abetos. Era una hora terrible, y el aire parecía

incendiado y teñido de sangre. Lauri casi se despertó y abrió los ojos; pero solo vio una luz pavorosa y, a esta luz, sombras difusas que se movían. Oyó un formidable estruendo a su alrededor, en la piedra, abajo, en la tierra, y arriba, en el cielo, y, febrilmente excitado, le pareció que todo lo que le rodeaba se precipitaba a los abismos a una velocidad vertiginosa: «Estamos descendiendo a las calderas del infierno, no hay duda», se dijo a sí mismo lúgubremente. «Pues bien, vamos allá. No hay nada que hacer». Entonces se dio media vuelta, cerró los ojos y volvió a sumirse en un sueño profundo.

Como un soberbio castillo, la Piedra del Diablo se vistió de un manto de nubes e imitó el lenguaje de la tempestad. Fluía la sangre alrededor de la roca, y un centenar de pezuñas hería el aire. Las tempestuosas nubes, rugiendo, se abrieron y descargaron una lluvia torrencial sobre el bosque sonoro. La matanza había llegado a su fin, y ni un cuerno se levantaba hacia el cielo. En la tierra yacían los treinta y tres bueyes de Viertola, unos muertos y otros con sus últimas convulsiones, yéndose aquí y allá roncos bufidos de agonía. Los hermanos bajaron entonces de la piedra seguidos por los perros, y a todo correr buscaron el refugio de un gran abeto, porque las nubes descargaban un verdadero diluvio y el gran bosque respiraba hondo. Allí permanecieron contemplando la copiosa cosecha de la muerte que se extendía ante sus ojos. El agua, manchada de sangre, corría alrededor de la Piedra del Diablo formando rumorosos arroyuelos. Cuando la lluvia se aplacó, los hermanos salieron de su refugio y se pasearon silenciosos entre sus víctimas, gesticulando y moviendo a veces la cabeza ante el sangriento espectáculo.

JUHANI.— ¡Sí que hay carne aquí, sí!

TIMO.— Y también sangre.

JUHANI.— Es verdad, y también sangre. Los campos que rodean esta piedra han quedado tan fertilizados que podrían producir hasta pimienta diez años seguidos. Frotemos el eslabón y encendamos un fuego para asar carne fresca. ¿Qué os parece, chicos? ¿No os apetecería ahora un buen asado de buey? Venga, traed leña y ramas resinosas mientras yo enciendo el fuego. Y tú, Timo, recorre el claro y trae mi hacha y los sacos que abandonamos cuando la cosa se puso fea. Después de comer nos pondremos a lo nuestro, a «despelar», como decía el viejo Krööni, el de la

barba roja. El pobre ya está criando malvas, y a fe mía que fue afortunado en dejar la vida, porque el infeliz pasaba más gazuza que un chucho sin dueño. No tenía ni amigos, ni parientes, ni un lugar donde caerse muerto, y por faltarle, le faltaba hasta el honor que confieren los papeles del registro parroquial. El viejo dio la última boqueada en el secadero de Kolistin, y el manto del olvido lo cubrió para siempre. Muy bien, Eero, esas ramas resinosas vienen que ni pintadas, y aquí Simeoni nos trae leña seca, de manera que pronto tendremos una chisporroteante hoguera. Tú, Tuomas, corta unos buenos tasajos de la pierna de ese buey. ¡Oh, con qué ganas hincaría los dientes como un gato en esa carne cruda y sangrante!

TUOMAS.— Vamos, vamos, un poco de paciencia y nos saldrá un asado como para chuparse los dedos.

JUHANI.— Tienes razón. Felicitémonos de pertenecer a una raza, a una raza y a un pueblo que sabe luchar contra el hambre. Si no fuese así, no estaríamos aquí ahora, os lo aseguro.

Pronto humeaban sobre las brasas siete apetitosas tajadas. Y aunque Lauri seguía dormido sobre la piedra, sin que el diluvio caído lo hubiese arrancado de su sueño, no se olvidaron de él. Pero Timo, que se había alejado, encontró en el claro del bosque los sacos, y el hacha en la tierra ensangrentada donde estaban tendidos el oso y los siete bueyes. Al volver, cargado con los sacos a la espalda y el hacha bajo el brazo, sacaron seis panes redondos y retiraron del fuego la carne asada. Pronto los hermanos la emprendieron a dentelladas con el pan duro y los tasajos de buey condimentados con sal. Killi y Kiiski, después de haber sufrido con sus amos un largo ayuno de tres días y tres noches, compartieron ahora con ellos el abundante festín. Pero apenas hombres y animales estuvieron hartos, experimentaron un torpor en todos sus miembros, seguido por un sueño irresistible, en el que acabaron hundiéndose uno tras otro. Lauri seguía lanzando ronquidos sobre la piedra, alrededor de la cual dormían sus hermanos cerca del fuego, mientras el sol se apagaba y la tarde de septiembre iba dejando paso a la noche. Descansaban los muchachos entre sus víctimas, revueltos con la manada sacrificada, mientras Killi y Kiiski, los perros gruñidores, montaban guardia en el campamento.

Ya bien entrada la noche, los hermanos salieron de su letargo y

empezaron a recobrar sus fuerzas. Levantándose, echaron al fuego troncos negros y resinosos, cuya llama rojiza les proporcionara luz para desollar las reses muertas. Antes de empezar mandaron a Eero a la granja de Viertola para que anunciara con presteza al montero lo ocurrido. Las llamas rojizas iluminaron el terreno y el oscuro bosque. Eero se apresuró hacia la granja, mientras sus hermanos se entregaban en cuerpo y alma a la tarea de desollar los bueyes.

Fue entonces cuando Lauri despertó de su largo y profundo sueño y, mirando alrededor con ojos deslumbrados, no comprendió nada de lo que veía. Vio un montón de leños incandescentes que alumbraban la noche tranquila y oscura; vio por todas partes bueyes que yacían en los charcos de su propia sangre, con la lengua colgando y la tripa hinchada. Dos de ellos ya se habían convertido en carne, y un tercero estaba a punto de hacerlo. Y vio también a sus hermanos: uno desollaba, otro sujetaba una pierna, un tercero partía a hachazos los huesos de un buey, y un cuarto disponía los trozos de carne en un montón imponente junto a un abeto. Lauri lo contempló todo con ojos incrédulos, pero acabó por comprender lo ocurrido. Luego, mirando hacia abajo, descubrió junto al fuego, entre unas matas, un pan y un pedazo de carne asada. Entonces se dio cuenta de que tenía el estómago completamente vacío y, bajando apresuradamente de la piedra, se sentó junto al fuego y llevó las manos a la carne y al pan. Sin embargo, se quitó la gorra, entrelazó las manos y, moviendo rápidamente la cabeza despeinada, bendijo la comida y empezó a devorar las sabrosas viandas. Con ojos adustos, bajo la frente fruncida, comía en silencio, sentado en el suelo, mientras el calor de las llamas le secaba la ropa. A poca distancia de Lauri, sus hermanos trabajaban con denuedo, porque tenían que descuartizar nada menos que un oso y cuarenta bueyes.

Eero comunicó la noticia al montero de Viertola, el cual, a su vez, la puso en conocimiento del amo, y allí fueron el jaleo y las tremendas escenas. Cómo vería Eero de oscuro el asunto, que salió huyendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Jurando y echando chispas, el amo de Viertola reunió a todos los hombres disponibles y, seguido por los diez más robustos, se dirigió, furioso de indignación, a la Piedra del Diablo, llevando a su lado al fornido montero, que agitaba un temible vergajo. Caminando a grandes zancadas, pronto llegaron a un lugar desde donde pudieron divisar

un resplandor rojizo en el que, como inquietos fantasmas, iban y venían siete hombres entregados a una tarea sangrienta, empuñando en sus manos manchadas de sangre cuchillos también ensangrentados. Uno desollaba, otro sujetaba una pierna, un tercero cortaba a hachazos los duros huesos de una res, y un cuarto ponía a secar las pieles colgándolas en las ramas de unos abetos. Los perros daban vueltas disputándose la carniza que los matarifes arrojaban alrededor. Pronto Killi y Kiiski advirtieron la cercanía de gente extraña y, lanzando furiosos ladridos, salieron a su encuentro, pero los hermanos los contuvieron. Entonces, rojo de ira y sudoroso, apareció el amo de Viertola, un hombre barrigudo, de ojos saltones, rodeado por sus diez mozos.

AAPO.— Buenas noches, señor.

JUHANI.— ¡Dios sea con nosotros! ¡Mire, mire la que se ha armado!

VIERTOLA.— ¿Es que todos los demonios se han puesto en movimiento? ¿Puede alguien decirme qué es eso de matar cuarenta bueyes? ¡Así os parta un rayo!

AAPO.— No hubo otro remedio; comprenda que se trataba de salvar la vida de siete hombres.

VIERTOLA.— ¡Granujas, bandidos de Jukola! ¡Ahora voy a daros un buen escarmiento! Vamos, mi gente, sujetadlos y arrancadles la piel a tiras hasta que naden en su propia sangre como mis soberbios bueyes. ¡A ellos!

AAPO.— ¡Poco a poco, señor!

TUOMAS.— ¡Poco a poco, poco a poco!

JUHANI.— ¡Alto! Dígales a sus hombres que se estén quietos, señor, y piense en las ventajas de la paz.

AAPO.— Discutamos sin perder los nervios acerca de esta desgracia.

JUHANI.— No hay más que una ley, ante la cual todos somos iguales. ¡Porque usted nació de vientre de mujer, como yo, y tan desnudo como yo! No es usted ni una pizca más que yo. En cuanto a su prosapia, nuestro viejo gallo de ojo descarnado puede ciscarse en ella. Digo que no hay más que una ley para todos, y en el caso que nos ocupa nos ampara de lleno.

VIERTOLA.— ¿A vosotros? ¡Es el colmo! ¿Acaso tenéis el derecho, infames ladrones, de despellejar a mis bueyes en mi propia finca?

JUHANI.— Y usted, ¿tiene el derecho de dejar en libertad unos

bueyes que ponen en peligro la vida de la gente?

VIERTOLA.— Mis bueyes estaban sueltos dentro de mis propias tierras, en unos pastos vallados.

JUHANI.— Pongamos esto en la cuenta. Ese remedo de cerca que los bueyes derribaron para desgracia nuestra pertenece, para bien o para mal, a Viertola. Pero déjeme que le pregunte una cosa, señor: ¿Cómo es que una granja tan magnífica solo cuenta con una valla tan endeble que un animal puede echarla abajo a la primera embestida?

EL MONTERO.— ¡Es una valla tan resistente como el pelo del jabalí, bergante!

JUHANI.— ¡De eso nada! ¡Una valla que aplasta el ganado como la hierba que encuentra a su paso!

VIERTOLA.— ¿Y puede saberse qué diablos veníais a hacer en mis pastos, granujas? ¿Eh, puede saberse?

JUHANI.— Claro. Perseguíamos un oso, un animal feroz que lo mismo que a sus bueyes hubiera podido despedazarle a usted. Hemos prestado un gran servicio a nuestra patria matando a esa bestia implacable. ¿Pues no es un servicio público exterminar las fieras, los monstruos y los demonios? Considere bien este punto. No hay duda de que la ley está de nuestra parte.

EL MONTERO.— Calla la boca, bellaco, y deja ya de decir disparates.

VIERTOLA.— No, y aún tienen la desfachatez de ponerse gallitos, los muy truhanes. ¡Vamos, mis hombres, zurradles bien el pandero! ¡Pronto!

AAPO.— ¡Un momento, un momento, ustedes, patrón, montero y gañanes! Piensen en cuánto hemos padecido en esta piedra de tormentos, donde no ha faltado ni esto para que nos volviésemos locos de atar.

JUHANI.— Bien dicho. ¡Locos de atar, locos de atar! ¡Ah! De pronto se pierde la cabeza, el corazón se contrae y se endurece como piedra, y después un relámpago, y la tierra y el cielo estallan. ¡Oh, hemos estado atormentados sobre la roca tres noches y tres días, entre la vida y la muerte!

TUOMAS.— Pero ahora hemos comido carne sangrante, hemos respirado su olor, y aquí estamos con todo ensangrentado: los cuchillos, las manos y los brazos hasta los codos. Ojalá el Señor os haga comprender a tiempo nuestras palabras, o esta noche

acabará siendo un horroroso infierno. No echéis en saco roto nuestras palabras.

EERO.— Y miraos en el espejo de estos bueyes.

JUHANI.— ¡Oh, Señor, concédeles en este momento un bálsamo para los ojos y un espíritu fuerte para dominarse y dejar de atormentarnos de una vez! Ilumina sus mentes para que tengan presente el ejemplo de estos desgraciados bueyes, ¡porque también podríamos ahora hacer salchichas con ellos! Otórgales el don de la prudencia, Señor, porque de lo contrario nos convertiremos en pastores de sus almas y les daremos la bendición con estos cuchillos ensangrentados para que formen una sola carne y una sola sangre con estos pobres bueyes, y transformaremos este bosque nocturno en infierno rugiente. ¡Oh, Señor, protege al amo barrigón de Viertola y a sus altivos criados! ¡Apiádate de ellos, hijo de Dios Todopoderoso!

TUOMAS.— Henos aquí dispuestos… ¡Avanzad si os place!

JUHANI.— Henos aquí dispuestos… ¡Avanzad si os place!

VIERTOLA.— ¡Bueno, bueno! Podéis fanfarronear a vuestro gusto; pero llegará un día en que la ley hablará de otro modo, y entonces se os rebajará el orgullo, y vuestra miserable granja habrá desaparecido hasta sus roídas raíces. ¡Vámonos! Aquí os dejo como botín esos cuarenta bueyes, pero juro que os lo quitaré todo; pagaréis estos bueyes hasta la última pezuña. ¡Vámonos!

JUHANI.— Llevaos vuestras carnes y vuestras tripas antes de que se pudran. No es cosa nuestra. Solo nos hemos apresurado a desollar los bueyes antes de que la piel se pegue a la carne.

VIERTOLA.— ¡De acuerdo! Y ahora, toda mi gente a casa, como he ordenado.

El amo de Viertola se alejó con los suyos profiriendo amenazas y maldiciones, mientras los hermanos reanudaban su labor de carniceros. Al día siguiente, los cuarenta bueyes estaban descuartizados, y los hermanos regresaron a su casa llevando colgado de un palo el enorme oso pardo. Pero dejaron en el bosque, al cuidado de dos de ellos, las carnes, las pieles y las vísceras de la manada. Y así concluyó la aventura que les había inspirado los relatos de Matti, el de la yesca, sobre las regiones del Norte, y que en principio tenía por objetivo la caza de patos en los pantanos de

Kouru.

Capítulo noveno

Es una mañana de septiembre, días después de la nefasta expedición de los hermanos. Los hallamos ahora sentados en una pradera, alrededor de un caldero hirviente. Después de vigilar durante dos días, a distancia, la carne de los bueyes abandonada en el bosque, y temiendo que acabara convirtiéndose en un fétido pudridero, ya que nadie parecía dispuesto a llevársela, tomaron la decisión de aprovecharla ellos mismos, atiborrándose con diarias comilonas. Tenían la despensa abarrotada de provisiones, mientras las pieles se bamboleaban colgadas de las perchas. En el terreno sembrado de tocones, una marmita humea a todas horas, de la mañana a la noche, y los estómagos de los hermanos no dejan de digerir. Así pasan los muchachos los días, alegres y despreocupados, hartándose de comer, contando historias y leyendas y durmiendo como marmotas, con la cabeza sobre un montículo de tierra y rompiendo con sus ronquidos el silencio de la pradera.

Es una hermosa mañana de cielo claro y brisa susurrante que mueve las copas de los árboles de los bosques vecinos. Los hermanos se hallan instalados alrededor del caldero, unos sentados en tocones y otros en el suelo, entendiéndoselas con un copioso almuerzo. Los perros, panza en tierra, engullen también la carne fibrosa y dura de los bueyes. Los rostros irradian alegría y paz.

TIMO.— Agradezcamos al amo de Viertola esta comida.

JUHANI.— ¡Gracias le sean dadas y honores tenga!

AAPO.— Pero estos banquetazos nos van a salir caros, porque el amo de Viertola seguramente no va a dejar el asunto así.

JUHANI.— Pues la ley está de nuestra parte, y si el buen hombre se ha enterado, se lo pensará dos veces antes de meterse en un pleito. Comamos carne, hermanos, y que ninguna preocupación nos fastidie la digestión; tenemos las manos limpias. Más

movimiento es lo que nos hace falta, chicos, más movimiento y ejercicio; la carne de buey es un alimento pesado.

EERO.— Cojámonos de las manos y bailemos fraternalmente. Vamos, saltemos, y yo os aseguro que se aligerarán nuestros estómagos.

JUHANI.— No vamos a ponernos a dar saltitos como urracas; emprendamos otro tipo de juego. ¡Ah! ¿Dónde quedaron los alegres días de la infancia? Hermanos, volvamos a lanzar el disco como hacíamos antes en el camino polvoriento de Toukola. Aquí tenemos tierra llana. Arranquemos de raíz los tocones para que no estorben, y más allá, en la pradera lisa, completaremos el terreno para jugar. Ahora, dividámonos en dos bandos, y los que pierdan tendrán que zamparse para cenar diez libras de carne.

TUOMAS.— Vale.

JUHANI.— ¿Diez libras, hermanos?

EERO.— Muy bien. Diez libras para penalizar a aquellos en cuyo campo caiga el disco de abedul.

JUHANI.— Tres en cada bando sería lo mejor, pero somos siete.

LAURI.— Yo paso. Prefiero ir a buscar madera para tallar, antes que correr y sudar, echando el bofe como un gilipollas. Jugad vosotros, que yo me voy al bosque con el hacha.

En estos razonamientos acabaron de comer y se pusieron a preparar el terreno, abriéndolo en diagonal a través de la pradera y continuándolo hacia el este. Pocas horas después estaban provistos de grandes palos de abedul y distribuidos en dos bandos, uno formado por Juhani, Simeoni y Timo, y el otro por Tuomas, Aapo y Eero. El disco empezó a volar entre los jugadores, y cada vez que el palo lo golpeaba, haciéndole zumbar de un campo a otro, el eco repetía el ruido a lo lejos.

Mientras tanto, Lauri, con el hacha bajo el brazo, caminaba lentamente por el bosque deshabitado, mirándolo todo con curiosidad y parándose ante cualquier árbol con lobanillos, ante cualquier tronco deforme, ante unas ramas retorcidas, o ante esos ovillos llamados nidos de viento que, como nidos de urracas, se forman en las copas de los abedules o de los pinos.

Lauri se detiene ante un tocón de abeto tronchado por el vendaval, lo examina un momento, pensativo, y empieza a abrirle un hueco con el hacha, diciendo para sus adentros: «El verano que

viene, un tordo o un pájaro carpintero hará sin duda su nido en este agujero». Y, pensando de este modo, graba fuertemente en su memoria aquel lugar y reanuda la marcha. Poco después repara en un abedul de ramas combadas, de cuyo tronco sobresale una enorme protuberancia semejante a una hogaza de Navidad, y la arranca con el propósito de hacer de ella un cazo para el agua… Luego sigue caminando; pero no tarda en descubrir un enebro retorcido en forma harto original que se yergue a los pies de una roca. «¿Qué podría hacer de esto?», se pregunta Lauri, descargando unos pocos hachazos para derribar el arbusto. Lo desmocha, lo contempla un momento sonriendo, y lo arrastra consigo, prosiguiendo el camino. De lejos le llega el cencerreo de los rebaños del pueblo, y lanza un grito formidable para alejar al lobo de los aledaños. Sigue gritando, y el eco le responde cortésmente. Finalmente, llega a lo alto de un otero poblado de brezos y descubre en la copa de un pino un gran nido de viento que se balancea al fresco viento del nordeste. Tala el pino, arranca el nido en forma de sombrero y, sentándose, se pone a contemplar su hallazgo.

Así, sentado, permanece largo rato, mira y vuelve a mirar el nido, la protuberancia y el enebro retorcido, y se pregunta: «¿Cómo ha podido crear esto la naturaleza? ¿Qué ha podido formar en este enebro tantas curvas y nudos?». Se tiende a lo largo, con la cabeza apoyada en un viejo hormiguero cubierto de hierba, y mira atentamente las copas de los árboles, las nubes que recorren el cielo, y se da a meditar sobre la construcción de la tierra y del firmamento. De la lejana pradera de Impivaara le llega el ruido del choque de los palos contra el disco. Quiere apartar de su mente todo pensamiento y decide echar una cabezada, pero el sueño se resiste. ¿De qué argucias se servía Lauri para llegar a la región de los sueños? Se imaginaba ser un topo que trabajaba en su apacible morada subterránea y se quedaba dormido, por fin, sobre un blando lecho de arena; o bien se creía un oso de hirsuta pelambre que reposaba en su cueva oscura y musgosa bajo las raíces de los abetos, mientras afuera estallaba la violenta tempestad invernal. Así acudía el sueño a sus párpados. Y así ocurrió ahora, cuando se imaginaba ser una cría de topo que se arrastra por el profundo seno de la madre tierra.

Lauri duerme, pero las imágenes continúan sucediéndose en su

mente. Le parece que todo su cuerpo se encoge hasta llegar al tamaño de un topo de piel fina; se imagina que sus ojos son diminutos, que sus manos se hinchan como grandes guantes. Es un topo que cava sus galerías en la tierra, bajo las raíces de los pinos; arañando y escarbando, logra abrirse camino hacia arriba en el corazón podrido de un pino, llega a lo alto de la copa y advierte que se halla en un nido de viento, en una hermosa estancia con las paredes tapizadas de musgo. Se dice: «Qué bien se está aquí, me gustaría vivir en este sitio toda la eternidad», mientras asoma sus minúsculos ojos de topo por la ventanilla de su aposento. Abajo contempla la triste tierra, envuelta en la difusa tiniebla de una tarde otoñal; ve también la abrupta montaña de Impivaara, y en la lejanía, incalculable y luminosa, entre los bosques crepusculares, la desolada cabaña; y aún ve algo más: ve a sus queridos hermanos jugando al disco con el pastor en la brumosa y resonante pradera. Entonces le entran ganas de llorar amargamente, pero las lágrimas no quieren salir, agitándose inquietas en su fuente. Vuelve a mirar a Impivaara: más allá de la pradera, a lo largo del llano, unas pieles de buey frescas y sangrantes forman un tapiz sobre el cual, zumbando, gira un disco. Los hermanos golpean violentamente con sus palos de abedul curvados por un extremo; pero el pastor golpea con más fuerza aún con la espada del espíritu, la cual ha sido forjada con el metal más duro, con viejas herraduras de caballo, según alardea el propio pastor blandiendo la espada espiritual en el aire y descargándola contra el escudo de la fe, un escudo de encina, suspendido en el lado izquierdo de su pecho.

Todos golpean bañados en sudor, mientras el disco vuela de un lado a otro y se oye el ruido a lo lejos. Pero, ah, el pastor se da cuenta de que el disco que utilizan los hermanos no es un disco corriente, sino una cartilla de cubiertas rojas. Entonces el pastor invoca a todos los diablos, escupe maldiciones e invoca mil rayos sobre la cabeza de los hermanos. Con su espada flamígera traza un signo hacia oriente, hacia occidente, hacia el norte y el sur, y grita en alta voz: «¡Ea, ea!», y de todas partes del cielo acuden con espantosa velocidad negras nubes tempestuosas hacia el lúgubre Impivaara. Acudiendo a millares, las borrascas se aglomeran, se precipitan sobre los hermanos y les arrastran en su seno. Y pronto, sobre las olas del viento, giran en confuso torbellino en lo alto del

cielo. Así, envueltos en el polvo y en la niebla nubosa, dan rápidas vueltas, como la lanzadera manejada por las manos ágiles del tejedor.

Lauri, en su forma de topo, lo contempla todo horrorizado, desde el nido de viento colgado en la copa del pino. Ora ve salir del vertiginoso torbellino el puño de un hombre, ora una barbilla puntiaguda y saliente, semejante a la firme mandíbula de Juhani, ora una agreste pelambrera se agita ante sus ojos; pero de pronto el pastor golpea su espada contra el escudo de encina de la fe, y la columna de nubes se aleja, se lanza hacia el pinar donde Lauri se balancea en su alta cuna, y entonces sus ojos de topo se agrandan. Mientras tanto, la furiosa ventisca pasa delante de él, y en un momento oye resonar y en otro debilitarse el lastimoso griterío y bullicio de los hermanos; pasa ante él a una velocidad de miedo, arrancando al bosque espantosos bramidos, como el sordo estruendo de mil cascadas, inclinando los árboles, y el pino, entre cuyo follaje descansa Lauri en el nido de viento, cruje y se parte, mientras él, debido a la fuerte sacudida, se despierta del sueño y, con un grito de terror, salta lejos del hormiguero y exclama con voz ahogada por las lágrimas: «¡Ayuda, oh Dios, al hijo del hombre!». Al rato mira fijamente alrededor sin recordar dónde se halla. Pero finalmente sus pensamientos se ponen en marcha cuando reconoce los objetos que le rodean: el nudoso enebro, la protuberancia y el nido de viento, ampuloso como el sombrero del sultán turco.

Entonces, con el hacha bajo el brazo y los objetos al hombro, emprende el camino de regreso a Impivaara, decidido a no transformarse más en animal, puesto que Dios lo ha creado hombre dotado de razón. Lauri camina sumido en sus pensamientos, y no tarda en advertir, a orillas de un sendero pedregoso, un tierno abedul agradable a sus ojos. «¿Qué puede salir de eso? ¿Una buena lanza para carro?». Y ni corto ni perezoso lo corta con el hacha, dispuesto a convertirlo en tal. Aumentado así su tesoro, reanuda la marcha y llega finalmente a la pradera, donde, en silencio y un tanto desconfiado, se detiene a mirar cómo sus hermanos se divierten lanzando con entusiasmo el disco. Los muchachos golpeaban, corrían…, y Tuomas, Aapo y Eero, habiendo arrinconado a sus contrincantes en el otro extremo del campo, se perfilaban como ganadores; pero cuando ya no quedaba terreno, los

jugadores cambiaron de posición, y Juhani, Simeoni y Timo comenzaron a retroceder de nuevo hacia la casa, a pesar de su enconada resistencia, ya que era muy difícil parar el disco lanzado por Tuomas cuando este lo mandaba raso y silbando, y si acaso conseguían devolver el golpe, también resultaba difícil rebasar a Eero y evitar el golpe contundente de su palo. Los hermanos se esforzaban, sudaban y gritaban a voz en cuello, mientras Lauri, con la carga del dios de los bosques al hombro, contemplaba el duro juego en silencio, y Killi y Kiiski, siempre al lado de Juhani, abrían de vez en cuando sus fauces en un rápido bostezo. El límpido cielo de septiembre se arqueaba sobre sus cabezas, y una fresca brisa del nordeste rumoreaba entre los pinos. En lo profundo del bosque, un pájaro carpintero, con su cresta roja y sus ojos amarillos, perforaba con rítmicos picotazos el tronco de un abeto seco, dejando oír espaciadamente su canto claro y armonioso.

JUHANI.— Vamos, mándame esa bola; le voy a dar un golpe tan fuerte que a saber dónde irá a parar.

TUOMAS.— ¡Atención! Ahí va un golpe que os va a hacer correr hasta el lago Ilvesjärvi.

JUHANI.— Permíteme que lo dude. ¿Lo ves, hermano? El disco se ha parado aquí mismo, como un pajarito sin alas. ¡Pero, cuidado, cuidado con tus piernas, muchacho! ¡Allá va!

TUOMAS.— ¡Páralo, Aapo! ¡Detenlo, dale fuerte!

AAPO.— Me ha pasado delante de la nariz como una golondrina; pero, espera; vas a oír el chasquido del palo de Eero… ¿No te lo dije? ¡Así se pega, muchacho, bien!

TUOMAS.— ¡Bien, Eero, pero que muy bien!

JUHANI.— Si no fuera por ese diablo bajito que tenéis detrás, ya estaríais en el fondo del bosque, pobrecitos.

TUOMAS.— ¡Para ese golpe, valiente, y no fanfarronees como un chaval!

EERO.— ¡Bravo! Ya hemos vuelto a pasarles.

AAPO.— Nadie ha podido pararlo, ¡ni uno!

TUOMAS.— Les ha pasado como una estrella fugaz en el cielo. Bueno, hermanos, ¿qué decís ahora, eh?

EERO.— No tienen tiempo de abrir la boca, puesto que han de correr a toda prisa detrás de la oveja descarriada.

TUOMAS.— ¡Qué divertido! Canta, Eero, canta mientras jugamos.

Canta lo del Regimiento de Rajamäki, que dura tanto como este lanzamiento, y que bastará como canto de victoria hasta el otro lado de la pradera. Canta las andanzas de Mikko y de Kaisa allá en el pueblo.

EERO.— ¡Que haya cantos y alegría, y que mi canción sirva de acompañamiento a nuestros palos!

En Rajamäki,
arriba,
esta pareja habita.
Cinco oficios ejercen,
más todos los que pueden.

Con sombrero de fieltro,
él, Mikko, castra cerdos;
también el violín rasca
y de un pie se acompaña.

Transporta y vende pez
en bolitas, también
pozos busca y con gracia
corta las hemorragias.

Con la cara manchada
de rapé, chupa Kaisa
en la sauna ventosas
a un montón de chismosas.

Detrás van cinco hijos
ajenos a peligros.
Heikka, el mayor de todos,
de palo monta un potro.

Matti es el segundo,
con sus pelos hirsutos;
pero todos «Gruñón»
le llaman al bribón.

Luego van dos chiquitos
gemelos. «Pantuflito»
le llama con amor

Mikko, el padre, al menor.

Bien, ya está el regimiento
metido en movimiento.
Al estiércol pegado
espera el carromato.

Echan a andar deprisa,
suben, bajan colinas,
capan, ponen ventosas,
y venden de pez bolas.

La tabacosa Kaisa
lo arrastra entre las varas.
Mikko masca tabaco
y empuja con su palo.

Dentro del carromato
van los tres pequeñajos,
la pez y las ventosas
y otras fútiles cosas.

En el carro los críos
no cesan sus berridos.
Kaisa les grita a gusto,
Mikko les muestra el puño.

Delante corre Heikka,
caballito entre las piernas.
«Gruñón» detrás se queda
y arrastra su botella.

Siempre que a un pueblo llegan
todas las puertas se cierran.
Los niños huyen, gritan;
los perros ladran, chillan.

Los perros, con buen juicio,
miran con miedo a Mikko.
¡Qué decir de los nenes

que su cuchillo temen!

Siempre que el regimiento
aparece, al momento
hay ladridos y gritos
de chuchos y de niños.

Pero Heikka brincando
sigue con su caballo,
y el «Gruñón» traquetea
con su carro-botella.

Heikka con su caballo
de «Gruñón» rompe el carro,
la botella, en mil trozos;
y «Gruñón»… ¡mil sollozos!

Del muladar regresa
Kaisa con vara gruesa,
y a Heikka, furibunda,
le da una buena tunda.

Mientras, los dos gemelos
se tiran de los pelos,
y sienten en sus carnes
la vara de su madre.

Heikka y «Gruñón» sollozan
y los gemelos lloran.
Kaisa grita pateando:
«¡Más que brujos, gitanos!».

Ni del Norte las grullas
armarían más bulla,
ni los mismos borrachos
en la feria de jacos.

JUHANI.— ¿Qué está pensando Aapo allí? Cuidado, muchacho, no vayas a destrozar mi veteado y fuerte disco.

TUOMAS.— Ha ido a parar allí, a los matorrales, fuera del campo de juego; me parece que ha caído junto a ese abeto. ¡Eh, tú, Lauri!

¿Qué haces aquí parado, tan mohíno y silencioso?

EERO.— ¿Qué hay de nuevo por los bosques, Lauri?

JUHANI.— No te molestes en preguntarle. Ahí está como Heikki de Paijula, el loco zapatero remendón de Myllymäki, con los zapatos rotos a la espalda. ¡Vamos, Aapo! ¿Qué haces ahí, maldito holgazán?

TIMO.— ¡Date prisa, Aapo, date prisa!

JUHANI.— Anda por ahí como una gata que ha perdido a su gatito.

«Las copas de los árboles se inclinan a los vientos…». Aparta de aquí, Kiiski, perrito mío, que peligran tus patas. ¿Me oyes? ¡Apártate de aquí!

«Las copas de los árboles se inclinan a los vientos, y la voz de mi amada escúchase a lo lejos». Sí, sí. Pobre Kiiski. Aquí no se perdona, ya lo sabes. ¡Quieto ahí y bosteza cuanto quieras! ¡Mira con el gruñón! Desde ahí puedes contemplar tranquilamente cómo se tira el disco. ¡Pero, por todos los diablos!, ¿aún no le habéis encontrado? ¡Vamos a buscar todos!

EERO.— Aquí está.

TUOMAS.— Pónmelo aquí, entre el pulgar y el índice.

AAPO.— Lánzaselo como un hombre.

JUHANI.— ¡Vale, que aquí lo recibirá la estaca de otro hombre!

TUOMAS.— ¡Apártate, si no quieres que te haga un chichón en la frente!

AAPO.— ¡Pasó zumbando sin dar!

EERO.— ¡Pobre Juhani! ¿Por qué das esos golpes al aire?

JUHANI.— ¡Tuyo, Simeoni! ¡Páralo, que retiemble la tierra! ¡Oh, torpe zángano! Vamos, Timo, haz resonar tu palo. ¡Vete al diablo! ¡Te estarían bien cinco estacazos, abobado!

TUOMAS.— Bueno, no hay que ponerse así. Se acabó. No hay más. Pero vamos a conducir al Regimiento de Rajamäki fuera del pueblo. ¿Te acuerdas, Eero, cómo humea la sauna de Hemmo?

EERO.—

El rumor corre, vuela,
por toda la aldehuela:
«¡Llega Kaisa y la sauna
de Hemmo está caldeada!».

Pronto allí se apretujan
variadas mujerucas.

Con ventosas y todo,
farfullan por los codos.

Kaisa chupa y golpea
con su tosca lanceta,
mientras Greta, en sus manos
sufre, pero habla tanto…

Hay ruido en el corral
de porcina coral.
¿Por qué tanto alborotan
los cerdos, gruñen, lloran?

¿Por qué los cochinillos
gimen, los muy gorrinos?
Del cuchillo de Mikko
vieron brillar el filo.

Cumplió Mikko su oficio
y Kaisa su servicio.
Cobran por su trabajo
propinas y regalos.

Prosiguen su camino
hacia el pueblo vecino.
Toca Mikko una marcha
y se va la comparsa.

De rapé el rostro ahumado,
Kaisa tira del carro.
Mikko masca tabaco
y empuja con su palo.

Sube ya el regimiento
cuesta del Campo Nuevo.
Les persiguen los perros
ladrando con denuedo.

Lloran los críos, Kaisa
maldice, Mikko lanza

contra los perros piedras
entre polvo de arena.

¡Vaya! Por fin, remoto,
se escucha el alboroto,
y los perros, ya en calma,
se vuelven a sus casas.

Ya no temen los niños,
ya todo está tranquilo:
de Rajamäki apenas
la tempestad resuena.

De Korppi en la colina
aún se oye tremolina;
aún se escuchan sus voces
allá en el horizonte.

Del regimiento atroz
ya canté la canción,
y no le vendrá mal
un trago a este juglar.

Aquí acabó la canción de Eero. También acabó el juego, que había requerido grandes esfuerzos. El sol declinaba hacia el oeste entre los pinos musgosos. Bañados en sudor, tanto los vencedores, Tuomas, Aapo y Eero, como los vencidos regresaron a casa, cerrando la fila Lauri con su abultada carga a la espalda. Apenas llegaron al caldero de carne lo pusieron al fuego, y pronto estaban cenando. Como habían perdido el juego, y según lo acordado, Juhani, Simeoni y Timo tenían que tragarse nada menos que diez libras de carne, lo que se vieron obligados a cumplir, porque Tuomas no dejaba de vigilarles con mirada amenazadora. Los tres derrotados masticaban y engullían como buitres, y el estómago protestaba y tenían los ojos inyectados de sangre. Simeoni y Timo acabaron su ración; enseguida se apartaron a la casa, echando regüeldos entre muecas de malestar, y se desplomaron a dormir en el lecho de paja. Juhani, sin embargo, seguía ante su ración, dando vueltas y más vueltas a la carne en la boca, con asco, pero dispuesto

a no darse por vencido. Silencioso, con la vista fija en el bosque inmenso, sentado sobre un tocón, comía, enfurecido por las estrepitosas carcajadas de Eero, que no dejaba de contemplarlo. Pero también se tragó hasta el último bocado, aunque el último ya a medio masticar, con las mejillas infladas y enrojecidas. Apenas hubo acabado, entró en la cabaña lanzando eructos y llevándose las manos al estómago; luego se tendió en el lecho de paja, y los demás le imitaron para gozar también del descanso nocturno.

Al día siguiente, al despertar de su pesado sueño, se encontraron ante el asesor Mäkelä, que, acompañado de un testigo, iba a citarles a un juicio, en nombre del amo de Viertola, a causa de la matanza de los bueyes. Silenciosos y sin pestañear, los hermanos escucharon la citación; luego se levantaron, se vistieron y acabaron de salir de las brumas del sueño. Juhani, con aire grave, se rascó la cabeza y habló quejumbrosamente.

JUHANI.— Se trata de un asunto serio, pues iba en él la vida de siete hombres. ¿Y qué representan mil bestias contra un solo ser humano?

MÄKELÄ.— Los bueyes merodeaban tranquilamente en las tierras valladas de Viertola.

JUHANI.— Pero el oso, que es el enemigo del hombre y del buey, el enemigo de todo el Estado, no merodea tranquilamente cuando se mete en las tierras del amo de Viertola, sino que es capaz de devorar al propietario lo mismo que a mí y que a usted, Mäkelä; y ya comprenderá, o yo así lo espero, que todos somos pobres almas compradas a buen precio. Examine bien este punto. Sí, Mäkelä, tengo muchos argumentos, ardides y parágrafos entre mis muelas, que me servirán para cerrar al punto la boca al amo de Viertola. No voy a exponerlos ahora, claro; pero cuando estemos en presencia del juez, vaya si soltaré alguno, según el sesgo que tome el asunto y según las circunstancias.

TIMO.— No somos ignorantes del todo en cuestiones de justicia. A Dios gracias, nosotros fuimos los testigos principales en el juicio que tuvo Kaisa de Koivula para la manutención de su hijo. Aún me acuerdo de cómo me llamaron: «¡Juhani, hijo de Juhani de Jukola, y su hermano menor Timoteo!».

JUHANI.— Punto en boca, Timo, y guarda silencio como un topo. Sí, Mäkelä, así son las cosas, como le acabo de decir.

MÄKELÄ.— ¿De manera que no tenéis intención de indemnizar amistosamente al amo de Viertola por daños y perjuicios?

JUHANI.— Ni un céntimo, ni un solo céntimo. La razón está de nuestra parte, y acabaremos por ganar, aunque el mismo diablo lo enrede.

MÄKELÄ.— Tengo entendido que aquí se come carne a diario, como para Todos los Santos. ¿Cómo es que aquí se despilfarra carne con tanta abundancia?

JUHANI.— Es carne de buey, la del rebaño de Viertola. Pero no acostumbramos a darnos comilonas, ¿sabe? Aquí no comemos más que lo que exige el estómago de un cristiano hambriento.

MÄKELÄ.— Así pues, os habéis apoderado de la carne, a pesar de que, según vuestras propias palabras, no era cosa vuestra.

JUHANI.— De no haberlo hecho, se hubiera podrido y habría difundido por toda Finlandia la sarna y otros picores y la peste y la tiña. Con nuestra acción hemos salvado a nuestra patria de semejantes males. Y si usted nos pregunta por qué no hemos enterrado la carne para evitarnos líos, sería una solemne majadería, pero si insiste, he aquí nuestra respuesta: hemos querido evitar el gran pecado de privar a la tierra de nuestros padres y a nuestras autoridades de un condumio tan fuerte y tan sabroso como la carne de buey, y más teniendo en cuenta que este mismo año ha habido muchas personas que han tenido que conformarse con masticar corteza de pino, como si fuesen machos cabríos.

MÄKELÄ.— Hombre, si he de ser sincero, debo reconocer que habéis hecho muy bien en aprovechar lo que el amo de Viertola despreció con tanta altanería. Bien, este asunto queda zanjado. Pero en lo referente a la cuestión principal, o sea, el pago de una indemnización, aquí mucho me temo que os vais a ver obligados a soltar la guita.

JUHANI.— No va a ser fácil, pero que nada fácil. Que vayan primero contra las tierras y las casas hasta sus cimientos.

MÄKELÄ.— Bueno, bueno, yo he cumplido con mi deber y os he dicho lo que os tenía que decir sobre este asunto. De manera que adiós.

JUHANI.— Espere. Díganos su opinión sobre otro asunto. ¿Qué es lo que piensa de nosotros el pastor en este momento?

MÄKELÄ.— Bueno, la gente dice, comenta…; pero no hay que fiarse mucho de habladurías. Sin embargo, ha ocurrido algo que puedo aseguraros que es cierto, y ello es que el pastor ha discutido vuestro caso con el obispo y que este ha solicitado que manden a nuestra parroquia a cincuenta cosacos.

JUHANI.— ¡Bueno, bueno!, *¡harashoo!*, como dicen los rusos.

MÄKELÄ.— Sí, cincuenta hombres a caballo.

JUHANI.— *¡Harashoo!* Ya antes, los finlandeses han costado lanzas a los cosacos.

MÄKELÄ.— Un feo asunto, sin embargo. Pero no tan terrible como se dice. ¿Sería posible? «Un escuadrón de cosacos con sus lanzas y látigos». ¿Cómo dar crédito a semejantes trolas? Vendrán cincuenta hombres, como mucho.

JUHANI.— Pues que vengan.

MÄKELÄ.— ¿Por qué dices eso, pedazo de burro? Yo que daría hasta cincuenta escudos para evitarlo, para evitar esta vergüenza… ¡Qué estupidez! ¡Soldados en nuestra parroquia por causa de siete hombres! ¡Terrible! Pero todo ha sido cosa del obispo.

JUHANI.— ¡Pues qué bien!

MÄKELÄ.— Muy mal, muy requetemal. Bueno, hasta otra.

JUHANI.— Vaya usted con Dios, Mäkelä; y tú, Taavetti de Karila, vete en nombre de Dios y que Él te ampare.

TUOMAS.— ¿Será verdad todo eso?

JUHANI.— ¡Atención, muchachos! ¡Cuarenta bueyes y un escuadrón de cosacos! ¡Acógeme en tus olas, Ilvesjärvi!

AAPO.— Dudo mucho…

JUHANI.— Cuarenta bueyes y un escuadrón de cosacos de ojuelos redondos con sus látigos. ¡Recíbeme en tu transparente seno, lago!

AAPO.— Tranquilízate y deja de pegar gritos.

JUHANI.— ¿Pero oíste lo que dijo?

LAURI.— Ha mentido; lo he leído en sus ojos, aunque el muy truhán se daba aires de seriedad. Pero sé que ha mentido.

AAPO.— Ese Mäkelä es un fantoche. Pueden mandar a los cosacos contra bandidos de Karjaa y vagabundos de Nurmijärvi, pero no contra hombres honrados cuyos papeles eclesiásticos están limpios de toda mancha. Pero Mäkelä es un pillo redomado.

TUOMAS.— Sin embargo, es siempre un hombre honrado.

AAPO.— Sí, un hombre honrado, la honradez personificada; pero sabe mentir cuando le conviene, y lo hace con tal naturalidad que uno no se da cuenta hasta que se ve atrapado en su red. ¡Ah! Si tuviera un corazón frío y una mente tortuosa, sería capaz de superar las oscuras intrigas del diablo. Pero él no quiere, y no hace más que el bien, aunque de vez en cuando de manera un poco diablesca. ¡Hay que ver cómo ha combinado las palabras y las frases en este asunto! Yo también me he dejado atrapar un poco.

JUHANI.— Y yo, pobre diablo, he llegado a tener canguelo de la palabrería de ese bribón; pero ahora me doy cuenta de que todo ha sido pura filfa. ¿Cosacos aquí? ¡Vamos! ¡Qué risa me da!

AAPO.— ¡Menuda broma para antes de comer! Lauri, ve a encender el fuego; mi estómago me grita que es la hora de comer.

Lauri salió a la pradera, donde encendió un buen fuego, y poco después le siguieron los otros y se sentaron en torno a la hoguera, en la que se calentaba una marmita de carne fresca. Cuando el desayuno estuvo listo, se pusieron a comer. Pero aquella mañana, a Juhani, Simeoni y Timo no les apetecía en absoluto la carne de buey.

EERO.— Vamos, probad esta carne, muchachos. Anda, Juhani, que el buey está diciendo «comedme».

JUHANI.— Pues cómetelo tú.

TIMO.— Odio esta grasa de buey, me produce arcadas.

SIMEONI.— Mi cuerpo pecador siente repeluses cuando miro esa cazuela.

TIMO.— No sé si alguna vez podré llevarme a la boca carne fresca.

JUHANI.— ¡Ahí es nada, embucharse diez libras de carne de buey! ¡Diez libras! Parece cosa de lobos. Me he quedado atiborrado y ahíto para los restos, y el camino de la vida está cerrado para mí, puesto que ya no me gusta la carne. Porque de carne hay que vivir en la tierra. Pero ese caldero me produce el mismo asco que si contuviera sapos negros. ¡Ay, qué poco me falta para llorar!

TIMO.— ¿Para qué llorar? Créeme, no se me han vuelto a humedecer los ojos desde el entierro de nuestra pobre madre; cuando cubrimos su féretro de tierra, se me escaparon algunas lágrimas. Pero, por lo demás, si le amenaza un día de desgracia

a este pobre muchacho, siempre pienso que qué puede suceder peor que la muerte. No hay que afligirse. El tiempo proporciona nuevos consejos.

JUHANI.— ¡Has dado en el clavo! Voy a mostrároslo al instante, ¡que el diablo me lleve! Porque en esta cabeza de chorlito ha saltado la chispa de un pensamiento. Y es que esta cabeza hueca no está tan hueca. Sí, sí, se ha encendido la chispa de un pensamiento.

TIMO.— ¿Chispa?

JUHANI.— ¡Sí, sí!

TIMO.— ¿Pero de qué chispa hablas?

JUHANI.— Tal vez mi sesera no funciona tan mal. Sí, sí.

TIMO.— ¿Has descubierto algo bueno?

JUHANI.— En nombre de Dios, ¿es que acaso no abundan aquí tocones resinosos a nuestro alrededor, como miles de trasgos negros?

TIMO.— Cierto; pero ¿qué felicidad puede proporcionarnos un tocón resinoso?

JUHANI.— ¡Ay de ti, pobre espíritu de poca fe! Con esos tocones podremos fabricar burbujeante alquitrán, y el alquitrán nos proporcionará pez de un color negro brillante, y la pez nos producirá dinero. Conozco la cosa tan bien como Mikko de Rajamäki, y esto gracias a Eero, que ayer le mencionó en su canción y me trajo a la memoria este truco de los tocones resinosos. Es nuestro único recurso para ganar dinero. La caza es cada día menos abundante en los bosques, y aunque la vendiésemos, no nos daría para comprar pan y otros alimentos, puesto que yo no volveré a comer carne en mi vida. Pero con la pez y el alquitrán podremos comprar de todo. ¡Hagamos como Mikko!

TIMO.— Está bien, hagamos como Mikko. Pero si queremos que no nos falte el pan en nuestra vida, deberíamos ejercer también su otro oficio. Yo ya sé que hay que meter el gato en un manguito de cuero y el perro en un tonel si queremos hacer bien el oficio. Pero, además, hacen falta muchos más conocimientos. Y no olvidemos que este oficio no está precisamente bien visto.

JUHANI.— ¡Vete al diablo con tu cuchillo de capador! Yo haré que acuda el dinero hirviendo el alquitrán y haciendo burbujear la pez. ¿Qué te parece mi plan, Aapo?

AAPO.— Lo he estado dando vueltas en la cabeza y no me parece descabellado; pero no nos proporcionará suficiente pan. Sea como fuere, no podemos meternos en pleitos con señores ricos a base de pedacitos de pez. Y seríamos muy desdichados si nos tocase perder.

JUHANI.— Ya, ya; pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Cada cual en este mundo trata de defender sus derechos.

AAPO.— Pongámonos de acuerdo y olvidémonos del pleito.

JUHANI.— ¡Vaya, hombre! ¿Y cómo piensas que nos arreglemos con el amo de Viertola, tan enfadado como está, y le paguemos sus bueyes?

AAPO.— No bastará la pez, ni el alquitrán, ni la caza del bosque, que cada vez hay menos. Pero date cuenta de cómo de un pensamiento nace un pensamiento, y de una palabra, una palabra. Cuando has hablado de los tocones para alquitrán me has traído a la memoria las vastas tierras de Jukola, con sus densos bosques de abedules, pinos y abetos. Siete hombres son capaces de artigar docenas de fanegas en algunos días. Roturaremos, sembraremos, cosecharemos y, después de separar una parte para nuestro consumo, llevaremos el grano a Viertola en pago de los bueyes. Así tendremos pan para los que le hayan cogido asco a la carne y la sangre. Y por lo que se refiere al amo de Viertola, si la primera cosecha no bastara para pagarle los bueyes, bastaría la segunda, y si no, la tercera. Pero, eso sí, hasta que el trigo no crezca en nuestros campos, hemos de vivir única y exclusivamente de los frutos de estos bosques, y a vosotros tres acabará por volveros a gustar la carne. Así pasaremos dos años; pero cuando las espigas florezcan en nuestro campo, entonces construiremos secaderos y nos pondremos a trillar y trabajaremos como en una verdadera granja. Pero oídme todos: si aprobamos este plan, es necesario que uno o dos de nosotros vayan enseguida a Viertola para ponerlo en conocimiento del amo. Yo creo que acabará por avenirse y esperará la cosecha del nuevo campo. Al fin y al cabo, todos dicen que es buena persona.

TUOMAS.— Ese consejo merece ser tenido en cuenta.

JUHANI.— Claro que lo merece. Es un consejo que sale del cerebro de un hombre y no de la cabecita de una mujercilla.

AAPO.— Pensadlo bien y mañana decidiremos lo que hay que hacer.

Pasó el día, llegó la noche, amaneció un nuevo día, y los hermanos decidieron seguir el consejo de Aapo. Dos de los muchachos, Juhani y el propio Aapo, fueron a exponer palabras conciliadoras al severo amo de Viertola, y el tan temido hombre, mostrándose comprensivo, accedió a esperar la cosecha para recibir la indemnización. Después de todo, ¿por qué no iba a aceptar aquel arreglo, siendo así que los inmensos bosques de Jukola le ofrecían múltiples y satisfactorias ventajas? Muy satisfechos, pues, los hermanos salieron de la granja llevando a los demás la agradable noticia.

Pasaron dos, tres días, y los hermanos se fueron todos juntos al bosque con refulgentes hachas al hombro. Eero, que cerraba la marcha, llevaba una hoz rota a manera de podadera. Eligieron para la artiga un vasto terreno en cuesta, orientado al sol, cubierto de frondosos pinos y dominado por un monte con altos árboles. Empezó la tala, golpearon las hachas, resonó el bosque, y los árboles, crujiendo, fueron cayendo unos tras otros. Eero se dedicaba a cortar con la podadera los flexibles y resistentes árboles jóvenes. Así, fanegas y más fanegas de tierras de sembradura fueron surgiendo en el majestuoso bosque, y alrededor se difundía el fresco aroma de las coníferas y de las astillas arrancadas a los árboles. Sobre la colina dorada por el sol se extendía, amplia, la roza de Impivaara, una de las más hermosas que puedan verse. El arduo trabajo consumió cinco jornadas de septiembre. Entonces, los hermanos se entregaron al placer del descanso y roncaron durante tres días y tres noches en su cabaña; pero cuando sus cuerpos se repusieron del cansancio, salieron a cazar en los bosques amarilleantes. Recorrieron las aireadas colinas y las desoladas tierras pantanosas, diezmando con certeros balazos el rebaño del reino de Tapio, dios de los bosques, con objeto de allegar provisiones para el ya próximo invierno. Pero la caza empezaba a escasear en la vecindad de Impivaara, y así, llegó para los hermanos el momento de buscar otros medios de subsistencia.

Ha llegado el invierno. La nieve cubre el suelo y un viento gélido recorre el páramo y forma grandes montones de nieve contra los muros de la cabaña, mientras, dentro, los hermanos descansan

en el caldeado sobrado, reponiéndose de los duros trabajos y esfuerzos del verano. Toman la sauna con frecuencia, macerándose los miembros con tiernos ramitos en el delicioso vapor que, ascendiendo en susurros de las piedras incandescentes, se escapa por las hendiduras y se disipa en el aire glacial bajo un cielo triste y claro. Los hermanos pasan los días y las noches adormilados, tendidos en sus lechos de paja. Durante algunas noches invernales miran por el ventanuco el pálido resplandor de la aurora boreal. Sobre la cima de la montaña, detrás del ondulado perfil de los árboles barbudos, se desplegaba, a lo lejos, un arco refulgente. Un brillante resplandor se aviva, se apaga y vuelve a avivarse, como ondas luminosas que se persiguen y se propagan desde la puerta helada de Pohjola, el Norte tenebroso, hasta el cielo profundo, inundando a intervalos de trémula claridad el firmamento. Los hermanos, desde el sobrado, contemplan fascinados el mágico espectáculo, perdiéndose en vanas cavilaciones sobre el origen del prodigioso fenómeno.

Aprovechando la breve luz del día, desafían los torbellinos ventosos y se lanzan con sus lisos esquís a través del bosque blanqueado por la helada. Cazan, al azar, ora un urogallo, ora una ardilla de pelo gris u otro habitante de Metsola, el reino legendario de los bosques. Un día descubren en el bosque deshabitado las huellas redondas de un lince, que trazan una limpia línea a lo largo de la nieve endurecida. Los perros dan muestra de una viva inquietud, que presagia la cercanía de la presa. Pronto perforan el aire los roncos ladridos de los canes, que salen lanzados en su persecución, seguidos con ardor por los hermanos. La presa atraviesa el bosque y sube por una colina abrupta, de cuyos flancos rocosos saltan la nieve y el musgo. El lince, cuyos brillantes ojos reflejan como espejos los rayos del sol, prosigue su carrera sin detenerse. Killi y Kiiski siguen el rastro del animal, así como los siete hermanos con sus chirriantes esquís. Sobrepasan veloces la alta cima de Kamaja, en dirección sudoeste, donde el sol pálido y débil brilla en el horizonte a través del bosque de abetos, y el eco de los salvajes ladridos de los excitados perros se pierde a la derecha por las llanuras del norte y, a la izquierda, por las del sur. Pero de pronto cesan sus alternos aullidos, cuando el lince de afiladas uñas acaba de trepar a la cima de un abeto, cuyas ramas le acogen pero

no pueden salvarlo de la muerte. Los perros, rabiosos, se estremecen y lanzan codiciosas miradas a la copa del abeto, de donde desciende un gruñido contenido, mientras el abeto agita su melena como si amenazara a los perseguidores. Llegan, tumultuosos, los hermanos, con las mejillas encendidas y el pecho jadeante, y Tuomas dice: «Sujetad a los perros, no vaya a haber una lucha peligrosa de la que salgan con las tripas fuera». Dicho esto, los hermanos agarraron a los perros por la piel, mientras Tuomas apuntaba con su escopeta y disparaba. El lince se desprende del abeto, sangrando, y los perros forcejean entre ensordecedores aullidos para soltarse y arrojarse sobre la presa, aunque sin lograrlo. El lince se retuerce y se revuelca en el suelo nevado, lanzando zarpazos a todas partes; pero una bala pone fin a sus sufrimientos y agoniza con los sesos atravesados. El abeto amenazador sigue sacudiendo su copa y hace caer de su follaje la nieve destellante para cubrir a su hijo moribundo, cuya vida se escurre con la sangre caliente y se desvanece como vapor en el aire. Y así termina la caza bajo los abetos de Kamaja, desde los cuales se divisa, al noroeste, la montaña de Impivaara, y debajo, la pradera cuajada de tocones. Y hacia allí se dirigen los hermanos, contentos con su presa.

Así recorrían los hermanos con sus esquís el bosque cubierto de escarcha, deslizándose hacia la llanura con los pechos descubiertos y morenos resplandeciendo al aire.

Y así pasaban el tiempo, sobre todo al calor de la cabaña, mientras un sol apagado, sin rayos, se demoraba en el mundo caluroso del sur. Lejos se había trasladado el ardiente manantial de la vida, que a duras penas alzó la frente de la fronda azul del bosque. Pero, en el mismo momento, se dio la vuelta y reanudó su camino hacia el norte.

Había vuelto el verano. Los hermanos limpiaron de ramas los troncos de la artiga y, en los días calurosos y sin lluvia, secaron el enorme montón de ramas, pues se acercaba el tiempo de la quema. Un día, sin decir nada a sus vecinos, sin avisar a nadie, fueron a prender fuego a su desmonte. La maleza ardió en una gran llamarada que se propagó, rugiente y devastadora, y una densa humareda se elevó en negros torbellinos hasta las nubes. El fuego se extendió; los árboles ardían bajo un sol caluroso; pero las llamas no se limitaron a las ramas y a la leña, sino que se lanzaron rugiendo

sobre la columnata del bosque de pinos. Entonces los hermanos corrieron despavoridos, enfrentándose con todas sus fuerzas a la potencia desencadenada, barriendo y golpeando el suelo cubierto de brezos, y sus escobas de abeto unas veces cortaban el aire y otras caían pesadamente a tierra haciendo resonar la colina arenosa. A pesar de sus esfuerzos, no lograban dominar el incendio abrasador, que proseguía su implacable avance en oleadas impetuosas. Finalmente, Juhani gritó en voz alta: «¡Quitémonos los pantalones, mojémoslos en el manantial y apaguemos el incendio!». Se quitaron los pantalones, los metieron en el frío manantial y empezaron a golpear con ellos la tierra abrasada. Volaban las cenizas calientes y el hollín; la tierra temblaba como si una tropa de jinetes la atravesara al galope, y por fin pudieron apagar las voraces llamas. Negros como moros, bañados en sudor, los hermanos se dejaron caer a tierra, resoplando y jadeando, extenuados por el enorme esfuerzo.

Pero la artiga había quedado limpia después de la quema. Luego fue sembrada, arada y gradada con ramajes, con la fuerza de siete hombres. Finalmente, pusieron una sólida valla alrededor y, antes de la llegada del invierno, verdeaban en el campo recién segado unas hermosas sementeras. Y en los entresijos de la valla pusieron, muy astutamente, unas bien disimuladas trampas, en las que encontraron la muerte numerosas liebres.

Capítulo décimo

Pasaron muchos días. Llegó la época de la siega del verano siguiente, y en el campo ondularon las mieses incomparablemente claras y hermosas. Entonces, los hermanos emprendieron la siega al calor de un sol radiante. Pronto la parva ondulante se amontonó en grandes hacinas que, poco a poco, fueron trasladadas a la cabaña, al calor de cuyo sobrado fueron secadas, y luego batidas contra las paredes, y limpiadas. Finalmente, el campo de cultivo quedó completamente segado, los granos fueron recolectados y, sin tardanza, llevados en su mayor parte a Viertola, dejando veinte toneles para el consumo casero.

La cosecha les permite a los hermanos pagar casi la mitad de su deuda, y el propietario les promete perdonarles el resto, a condición de que le permitan sembrar de avena su campo, coger de los bosques de Jukola la madera necesaria para construir un nuevo secadero y devolverle las pieles de los cuarenta bueyes. Los hermanos aceptan el trato.

Quedan, pues, despreocupados del fastidioso asunto, y con más grano que antes en su granero para el consumo del próximo invierno, aunque esta abundancia ha de causarles serias consecuencias, ya que a Juhani, secundado por Timo, se le ocurre nada menos que la idea de fabricar alcohol. A los demás hermanos no les gusta el plan, pero se impone la voluntad de Juhani y de Timo. Aquel les canta una alabanza de la alegría y bienestar que produce la bebida, siempre que no se abuse de ella, especialmente a pobres corvatos como ellos en las soledades de los bosques vírgenes. Así pues, pasan de las ideas a los hechos; levantan un chamizo en la cañada, junto a la trampa de los lobos, y traen de Jukola el alambique que el curtidor no utiliza por falta de medios para fabricar aguardiente. Pronto se levanta de Impivaara una columna

de humo, y el aguardiente destila en abundancia.

Los hermanos inauguran así una feliz etapa de su vida, bebiendo de la mañana a la noche, mientras el tiempo transcurre como las aguas agitadas de un torrente. No tardando mucho, una música monocorde, semejante al sonido de una trompeta, empieza a zumbarles en los oídos, y la tierra da vueltas y vueltas ante sus ojos. Holgazanean en camisa dentro de su cabaña, siempre rodeados de ruido y en medio de una jarana espantosa, cuando no enzarzados en peleas, gritos y altercados. Frecuentemente, la sólida puerta de la cabaña se abre de golpe, y uno de los muchachos sale lanzado fuera, huyendo a toda velocidad perseguido por otro. Dan vueltas corriendo a la casa, y las cortas camisas dejan al aire sus curtidas piernas. Y así corretean como locos hasta que se enzarzan en una contienda salvaje, que obliga a los otros a intervenir para apaciguarlos y, después, entrar todos de nuevo en la cabaña a beber el trago de la amistad y canturrear una alegre canción entre incesantes gritos.

Solo Lauri se mantiene al margen de tamaños desenfrenos. Aleccionado por su estúpida borrachera en la Piedra del Diablo, el muchacho se prometió a sí mismo no mojar sus labios en un brebaje embriagador, y observaba fielmente el sagrado juramento. Recorría en silencio los bosques, fijándose en los árboles retorcidos, en busca de madera para tallar utensilios caseros, y dedicándose en cuerpo y alma a tender trampas en las tierras de sembradío, de las que solía volver a casa muy a menudo con una liebre en su abultado morral. Un día que fue a revisar sus trampas, vio apresado un animal marrón, y se dijo alegremente: «¡Gracias a Dios que he atrapado una zorra!». Pero pronto la exclamación fue de desencanto: «¡Anda, coño, si es el gato de Viertola!». Cogió el gato, lo arrojó enfadado entre unos arbustos y, después de armar de nuevo la trampa, siguió su camino inspeccionando lazos y filopos. Así pasaba Lauri los días en los fríos y sombríos bosques, mientras sus hermanos, con los ojos saltones, no dejaban de armar bulla en la cabaña sofocante.

Se acercaba el día de San Miguel y, aprovechando la festividad, los hermanos acordaron ir a la ciudad a vender géneros en el mercado y comprar cerveza embotellada, ron, arenques salados, lampreas y pan blanco. Era una fresca mañana de septiembre, y no faltaba animación alrededor del carro, en el cual cargaban los sacos

sujetándolos con cuerdas fuertemente anudadas. Lo hacían con soltura y a gran velocidad, ya que todos, menos Lauri, se encontraban reconfortados por un buen trago mañanero. Cuando el carro estuvo repleto, Simeoni y Eero emprendieron el viaje, en el carro tirado por Valko, hacia la ciudad de Hämmeenlinna, llevándose una medida de centeno y diez pintas de aguardiente. Pero en la cabaña continuaba alegremente la vida jaranera: se bebía aguardiente del jarro y los días pasaban sin notarse. Había pasado ya una semana, e incluso parte de la siguiente; los viajeros no regresaban de la ciudad, no se les veía ni se les oía, y los hermanos se entregaron a toda suerte de cábalas. Cuando amaneció el décimo día, seguían sin saber qué habría sido de Simeoni y Eero.

Salió el sol. La bulliciosa alegría de la cabaña estaba en su apogeo. Todos gritaban compitiendo en fanfarronadas. Lauri, sin embargo, permanecía mudo en su rincón, tallando una culata de escopeta en madera de abedul veteado. Se oían bravatas como «Un hombre fuerte como una roca», o como «¿Os acordáis, hermanos, de cuando mi puño acarició la barbilla de Antti de Kolistin? Cuando aquella mole de tío cayó al suelo, temblaron la tierra y el cielo». Así se jactaban aquellos bravucones, mientras no dejaban descansar el líquido burbujeante de la jarra. Hasta que de pronto surgió una tremenda discusión entre Timo y Juhani, y este se acaloró porque Timo, lejos de ceder, replicaba con proverbios, versículos de la Biblia y comparaciones traídas por los pelos. Juhani siente revolvérsele la bilis, echa chispas por los ojos, se contiene y, de pronto, se lanza como un oso furioso contra su hermano. Timo, tratando de escapar, se precipita fuera de la cabaña en camisa, perseguido por su hermano, vestido de la misma guisa, aunque se detiene, sin embargo, a algunos pasos de la puerta; pero Timo cree que su encolerizado hermano está a punto de darle alcance y no deja de correr a través de la pradera sembrada de tocones. Supone que Juhani va a ponerle la mano encima, abre la boca y vuelve la cabeza lanzando un grito ronco. Pero la sorpresa asoma a sus ojos al ver que Juhani, parado en la puerta, se rasca el cogote mientras observa cómo dos individuos, en estado lastimoso, se acercan despacio por la linde del bosque hacia la cabaña, en cuya puerta se arraciman los hermanos, que, colorados como si acabaran de salir de los vapores de la sauna, han salido detrás para restablecer la paz

entre los enemistados. Pero pronto todas las miradas se vuelven a Simeoni y a Eero, que no otros son los que regresan en una condición tan penosa.

Valko, que ya era solo piel y huesos, avanzaba con suma lentitud, moviendo la cabeza entre las patas y rozando la hierba del camino con el belfo colgando tristemente. Los viajeros presentaban un aspecto absolutamente desastroso. Con la cara y las ropas manchadas de barro, iban sentados en el carro como dos cornejas bajo un aguacero. A Simeoni le habían robado el gorro, y a Eero las botas y las calzas, y en cuanto a dinero, no llevaban más que seis kopeks olvidados en el bolsillo del chaleco de Eero, sin que él lo supiera, aparte de una galleta hecha migas. ¿Dónde y cómo habían gastado el importe de la venta de sus géneros? Se lo habían gastado en Hämeenlinna, en aguardiente y pan blanco, y volvían a la cabaña con las manos vacías y con una cogorza de espanto. Los demás hermanos, silenciosos, torvos, parados en el umbral, contemplaban aquella aparición y, a pesar de su estado, Simeoni y Eero no podían dejar de notar la acusación que expresaban sus ojos. Simeoni, considerando oportuno poner los pies en polvorosa, saltó del carro dejando plantados al caballo y a su hermano, y desapareció en lo profundo del bosque. Eero pensó seguir sus pasos; pero se contuvo creyendo que podría descargarse de toda culpa y aparecer inocente ante sus hermanos, de manera que se decidió a avanzar.

Llegó al patio, adoptó un aspecto abatido, se apeó de Valko y se puso a desengancharlo del carro sin saludar ni decir palabra. Enseguida sus hermanos le preguntaron qué tal había ido el viaje y en qué se habían gastado la ganancia de la carga. Eero confesó de plano, señalando que el dinero le había sido confiado a Simeoni, y que él, como hermano menor, no tenía otro remedio que obedecer; añadió que Simeoni era mayor y, por consiguiente, más responsable que él, un pobre mocete. Con estas y parecidas razones trató de escurrir el bulto, pero los hermanos, viendo su cara embobada, no creyeron del todo en su inocencia, por lo que consideraron justo aplicarle un castigo cuanto antes. Tuomas lo agarró por el cuello y lo derribó de una sacudida como a un chicuelo, y Juhani, que había cogido entre tanto una varita de abeto, le golpeó repetidamente y con mano dura un muslo, mientras la víctima refunfuñaba.

Terminado el castigo, Juhani, con aire contrariado, arrojó lejos la varita, diciendo: «Quiera Dios que sea esta la última vez que tengo que corregirte, y que este varapalo te dé un corazón nuevo. Así lo espero, aunque temo que en vano, porque un buen muchacho se castiga a sí mismo, pero el malvado no tiene remedio ni después del castigo». Así dijo y volvió a la cabaña encolerizado, con la intención de tenderse sobre su lecho de paja; al pasar junto al horno y ver al gato dormitando cerca del fuego, mordió un pedazo de pan, lo masticó y lo ofreció al animal, que, entreabriendo los ojos, lo relamió ronroneando. Luego, con aire de disgusto, Juhani subió al sobrado, se rascó la panza y se tendió sobre la paja, cubriéndose con una manta.

Simeoni, oculto en las sombras del bosque, observó horrorizado el castigo infligido a Eero, oyó sus quejidos y, coligiendo que sus hermanos le habrían aplicado un castigo más riguroso, se alegró de encontrarse escondido entre los abetos, se alejó de la pradera y se perdió en lo más denso del bosque protector. Su corazón, sin embargo, estaba triste y desolado como aquel paraje otoñal. Anduvo errando por aquellas tierras cubiertas de musgo, y llegó por fin a un terreno pedregoso y poblado de arándanos. Los abedules con hojas amarillas gemían plañideros, azotados por un viento lúgubre. ¿Adónde dirigirse por el laberinto del inmenso bosque, errando por sus vertiginosas salas? ¿Adónde huir cuando la vida es tan triste y oscura, cuando la muerte es una noche cerrada?

Junto a la puerta de la cabaña, en el corral, los hermanos competían unos con otros por atender al fatigado Valko: unos le preparaban el pienso, otros lo limpiaban quitándole el barro de las patas. Muy enfadado a pesar de su triste estado, Eero permanecía en el umbral rechinando los dientes, mientras Juhani seguía en el altillo de la cabaña, tumbado bajo la manta. Una vez el caballo fue adecentado, lo soltaron para que paciese a sus anchas y, apoyando los adrales del carro contra la pared de la cabaña, los hermanos entraron en ella, pensando con amargura en las golosinas que tanto tiempo habían esperado. Eero los siguió, silencioso y mohíno, y Juhani, asomando la cabeza por debajo de la manta y mirando por encima del saliente del sobrado, dijo así: «¿Aún estás enfadado, tú, buey? ¿No has recibido aún la paliza que te merecías, granuja? La culpa la tenemos nosotros. Si te hubiéramos castigado según tus

culpas, dudo mucho que hubieras podido entrar aquí por tu propio pie. Créeme, puedes estar contento de haber salido tan bien parado de esta. Pero con Simeoni no va a ser lo mismo. Ya puede embadurnarse la piel con grasa de oso antes de atreverse a cruzar el umbral. ¡A ese sí que le hace falta un buen escarmiento! ¡Mira que vender el aguardiente y, cuando el tabernero ha tenido todo el tiempo del mundo para transformarlo en aguachirle para revenderlo a precio mucho más alto, vender también a miserable precio nuestros sacos de centeno, hasta el último grano, a cambio de agua de achicoria y jarabes costosos; en fin, malvender todo lo del carro en tisanas, pan blanco y galletas! ¿Quién lo hubiera creído de Simeoni? ¡Esa es la piedad de la que presume y esos los frutos de sus continuos rezos! Pero no tenemos por qué llevarnos las manos a la cabeza. Los santurrones, por desgracia, suelen mostrarse demasiado inclinados al aguardiente, y de un modo especial a darle tientos a la garrafa en secreto. Yo mismo me he dado cuenta, a pesar de toda mi estupidez. Acordaos, si no, del amo de Härkämäki, con su fama de hombre piadoso. Pues bien: el buen hombre se agarra una melopea diaria y está encendido como una brasa de la mañana a la noche… Vedlo ahí cerrando el sermonario y el salterio, dispuesto a bajar al patio. Pero antes se dirige al armario y hay una pequeña ceremonia, se oye un ligero gorgoteo. Luego sale y entra en el corral, donde el pobre diablo del criado sabe que tendrá que aguantar un sermón. Y, sin embargo, hasta un mal pastor termina alguna vez su prédica. La puerta rechina y el viejo se escurre hacia el establo, y allí le toca a la vaquera soportarlo cuando él, encarnado como un gallo, la amonesta con crudas palabras, gruñendo y mascullando. ¡El gran hipocritón! Pero hasta un día sin pan se acaba, y el gruñón sale del establo y vuelve a casa. Y enseguida hay bulla: un discurso de los más furibundos dirigido a su mujer y a su hija, que dura una o dos horas. La granjera le suelta una pulla de tarde en tarde, replica y grita; la hija escucha en silencio y una lágrima resbala por sus mejillas. ¡Maldito santurrón! El predicador siente de pronto la garganta seca y áspera y, ah, entonces… entonces se desliza hasta el armario de la sala para humedecerla, después de lo cual abre el salterio y canta que tiemblan hasta las puertas. Así es como pasa el día y la semana, hasta que el domingo por la mañana se dirige a la iglesia con su

hija, bien acomodado en su carruaje, luciendo su sombrero redondo y con el cuello de la levita levantado. Se sienta en el templo del Señor con los labios apretados y las cejas alzadas hasta la mitad de la frente; carraspea como lo hacen las personas devotas, y permanece sentado, solemne, grave, serio como un toro recién capado, inmóvil como un mojón en los bosques. Pero poned atención: sale de la iglesia, se apea en el patio de la granja y, rápido como el viento, más aún, como el huracán, se precipita en dirección al armario de la sala, y el muy santurrón vuelve a agarrarse a la botella y la apura hasta que se ve el fondo; ¡sí, él, que es tenido por la columna del mundo! A tales extremos llega la inclinación desordenada de un miembro de la secta de los pietistas. Creo que Simeoni haría lo mismo si algún día llegara a calzarse los zuecos del patrón de Härkämäki. Porque la verdad es que, con el paso de los años, su carácter ha ido cambiando poco a poco, aunque sin pausa, haciéndose serio, aunque haya tratado de escapar a los dictados de su espíritu con demasiada frecuencia. Sin embargo, muchas veces no es aún más que un hijo de este mundo, un saco de pecados tan grande como yo y tantos otros, y a veces hace cosas que solo se pueden corregir con una buena tunda. El grandísimo granuja acaba de jugarnos una mala pasada, pues, cediendo a las insinuaciones del diablo, se ha bebido nuestros preciosos géneros, sin traernos ni una mala golosina. ¡Ay, solo de pensarlo me rechinan los dientes! ¡Pobre de él! Va a recibir un vapuleo que hará temblar la cabaña».

Así se expresó Juhani, inclinado sobre el saliente del sobrado. Luego volvió a tenderse en su lecho de paja y se quedó dormido. Los otros se acostaron también y cayeron en un profundo sueño hasta la mañana siguiente.

Simeoni se abstuvo de aparecer, y así pasaron días y noches, por lo que sus hermanos empezaron a alarmarse, especialmente cuando Eero les contó cuál era su estado de ánimo. Al cabo de dos o tres días, cuando a Eero se le pasó el enfado, reveló, aunque de mala gana, los desvaríos de su hermano durante el viaje de regreso. Simeoni le hablaba con frecuencia de los enanos del tamaño de una pulgada que, a millares, pululaban a su alrededor. Eero contó todo esto gruñendo y en voz baja, y los hermanos cambiaron de actitud respecto a Simeoni. Juhani, con el corazón en un puño, salió en busca de su desaparecido hermano, recorrió los bosques de extremo

a extremo y le llamó a gritos por su nombre. Junto a una colina encontró a Matti el de la yesca, que, armado con un hacha, buscaba protuberancias y nudosidades con las que había llenado su camisa, formándole un saco a la altura del pecho y el estómago. Matti le contó que la noche anterior había oído en el bosque una voz quejumbrosa que le pareció la de Simeoni. Juhani sintió una aguda punzada, y de sus ojos fluyeron piadosas lágrimas por la suerte de su desgraciado hermano. Díjoselo a los otros, y juntos decidieron explorar los bosques vecinos. Cada uno iría en una dirección diferente, y aquel que encontrase al desaparecido lo conduciría a la cabaña, subiría a la cima de Impivaara y tocaría el cuerno de corteza de abedul, anunciando la nueva a los demás. Eero recogió entre unos arbustos sombríos su magnífico cuerno de dos codos de largo, cuyo sonido podía oírse a una gran distancia, y como el cuerno, fabricado en primavera después de la subida de la savia, se había resquebrajado un poco al secarse, lo dejó toda la noche humedeciéndose en la corriente del arroyo.

Al amanecer del día siguiente, los hermanos salieron hacia el bosque. La cabaña de Impivaara era el punto desde el cual los seis muchachos, como radios de una rueda, partieron en todas direcciones. Las llamadas y los ecos se siguieron y persiguieron bajo la bóveda del inmenso bosque. Los gritos se alejaban cada vez más y el círculo se iba ampliando. Los hermanos recorrieron así todo el bosque, siguiendo cada uno el itinerario previsto. Desde la cresta de Impivaara, cualquiera hubiera podido calcular las dimensiones del círculo uniendo una y otra llamadas mediante una recta. El sol de septiembre brillaba suavemente en el aire transparente y tranquilo. Juhani avanzaba resuelto por montes y valles, gritando a pleno pulmón; sin embargo, era ya cerca del mediodía y no había oído la voz del desaparecido. No daba tregua a su garganta, gritando sin cesar con la potencia de un cuerno de cobre, cuando, finalmente, le pareció oír una respuesta extraña, débil y ronca, que parecía salir de una grieta entre dos rocas musgosas, donde crecían corpulentos abetos. Juhani se lanzó en aquella dirección y encontró a su hermano, quien se hallaba en un estado miserable. Los ojos enormemente abiertos como los de un búho, las manos cruzadas y los cabellos revueltos, la espalda apoyada contra un frondoso abeto, Simeoni parecía un temible espectro. Sí, allí estaba, sentado,

balanceando su cuerpo mientras el canturreo tenue y tembloroso de un salmo salía de su boca. Juhani le preguntó cómo estaba, pero al no obtener por respuesta más que un gruñido confuso e incoherente, se llevó a casa sin tardanza su valioso hallazgo. Allí, en la cabaña, dejó a su hermano. Luego atrancó la puerta por fuera, y con el potente cuerno subió a la cima del monte. Las inmensas frondosidades del bosque se extendían alrededor, inmóviles, azuladas, y los rayos del sol poniente bañaban de tonos dorados los innumerables abetos que se esparcían por las laderas de la montaña. Juhani se llevó a la boca el enorme cuerno, pero no obtuvo más que un silbido ronco. Sopló de nuevo con más fuerza, y el resultado fue el mismo. Entonces, ensanchando el pecho, llenó de aire los pulmones e, inflando los mofletes, sopló por tercera vez; el cuerno de abedul mugió, lanzando un sonido majestuoso, cuyo eco se propagó en todas direcciones. Pronto le llegaron de todos los puntos cardinales alegres voces que se fueron disipando hasta extinguirse en el lejano crepúsculo de los eternos bosques. Pasó un rato, y otro, y otro, hasta que los hermanos empezaron a reunirse en las inmediaciones de la cabaña, en la que fueron entrando uno tras otro. Finalmente, todos rodearon a Simeoni y le contemplaron con ojos de conmiseración, mientras él permanecía sin moverse en un banco, como una lechuza sobre el hastial de un pajar, mirando a todos con ojos de asombro.

JUHANI.— ¡Simeoni, hermano nuestro!

TUOMAS.— ¿Qué tal estás?

TIMO.— ¿Me conoces?… No dice ni pío… ¿Me conoces?

SIMEONI.— Claro que te conozco, perfectamente.

TIMO.— ¿Quién soy?

SIMEONI.— ¿Quién vas a ser? ¡Timo de Jukola! ¿Crees que no te conozco?

TIMO.— Sí, soy Timo, tu hermano… El mal no es todavía tan grande, muchachos.

SIMEONI.— Grande y terrible es el diálogo que se aproxima, y su nombre es la abominable desolación.

AAPO.— ¿Por qué predicas estas cosas?

SIMEONI.— Él lo ha dicho.

JUHANI.— ¿Quién?

SIMEONI.— Pues él, mi compañero de viaje.

EERO.— ¿Yo?

SIMEONI.— Tú no, el monstruo que me ha acompañado en el camino. ¡Ay, hermanos! Puedo contaros cosas que os pondrán los pelos de punta como la crin de un verraco furioso. Pero antes dadme un trago para calentar mi corazón, y será la última gota que pasará por mi garganta.

JUHANI.— Bebe un trago, hombre de Dios: toma, querido hermano.

SIMEONI.— Muchas gracias. Ahora os contaré lo que he visto y oído, para que os sirva a todos de advertencia. ¡Oídme! ¡Lo he visto!

JUHANI.— ¿A quién has visto?

SIMEONI.— ¡Al gran maligno en persona! ¡Al mismísimo Lucifer!

AAPO.— ¿Lo has visto en sueños o en la turbación de espíritu que te ha producido el abuso de bebidas fuertes?

SIMEONI.— Lo he visto de verdad.

TIMO.— ¿Qué aspecto tenía?

SIMEONI.— El de la estupidez en persona, con una cola de zorro que se agitaba por detrás.

TIMO.— ¿Y era grande?

SIMEONI.— Como yo, más o menos, aunque podía tomar todas las formas que quisiera. Cuando se me apareció por primera vez, llegó como un fuerte viento agitando la maleza donde yo me encontraba. «¿Quién es?», pregunté gritando. «Un amigo», contestó él y, cogiéndome de la mano, me ordenó que lo siguiese. No me atreví a resistir, y consideré que lo más prudente era obedecer. Caminamos largo rato juntos por una senda pedregosa y erizada de cardos, y, cuando menos se esperaba, él cambiaba de aspecto. Ora saltaba delante de mí en forma de un gatito maullador, volviéndose a mirarme con cara de bobo, ora pegaba un estirón hasta tocar las nubes con la cabeza, y desde allí me gritaba con voz ronca: «¿Ves mi cabeza?». Yo, para no llevarle la contraria, me deshacía en cumplidos alabando su gran estatura y contestando que apenas alcanzaba a ver sus piernas. Entonces él agrandó la boca y se echó a reír alegremente, mirándome de hito en hito. Luego hizo otras muchas tontadas por el estilo y me llevó a la cima de una montaña. Se agachó ante mí y dijo: «Súbete a mi espalda». Tenía miedo. No atreviéndome a resistirme monté a horcajadas sobre sus hombros y le pregunté: «¿Adónde iremos ahora?». Y así

contestó: «Iremos hacia arriba». Entonces empezó a resollar con fuerza, a sudar y a agitarse, y yo, agarrado a su cuello, me veía sacudido sin parar de un lado a otro, como la mona sobre la espalda del perro en la feria de Hämeenlinna, hace unos días. En esto le salen de la espalda dos alas de colores y, batiéndolas dos o tres veces, empieza a ascender por los aires hacia la luna, que brilla sobre nosotros como el fondo de una caldera de cobre. A medida que subimos velozmente, la mísera tierra se aleja en un fondo vertiginoso. Henos, por fin, en la luna, que es tal como nos la describía nuestro tío el ciego, o sea, una gran isla rocosa, redonda y luminosa en medio del cielo. ¡La de prodigios y milagros que vi allí! Tales fueron que la lengua de un pecador no puede contarlos.

TUOMAS.— Hazlo según tus fuerzas.

JUHANI.— Según tus fuerzas, hermano, aunque no esté a la altura de la importancia del asunto.

SIMEONI.— Bueno, lo intentaré. Llegamos, como os dije, a la luna, y Satanás me lleva al borde mismo, sobre un alto monte en cuya cima se eleva una altísima torre construida de cuero, de cuero del que se hacen las botas. Subimos a la torre por una escalera de caracol, él delante y yo detrás, y desde lo alto de la torre de cuero de botas contemplo muchas tierras y mares, y grandes ciudades y extraños edificios, muy lejos, a mis pies. Reúno todo mi valor y, atreviéndome a tocar a Satanás en el costado, le pregunto: «¿Qué es eso que se ve allí abajo?». Él se enfada, me mira torvamente y me dice: «¡Santísimo sacramento, hijo! ¿Qué voy a hacer contigo? Esa es la tierra de donde venimos; mira y reflexiona». Oído esto, miro con atención y me pongo a reflexionar suspirando. Veo todo el globo terráqueo, el reino de Inglaterra, el país de los turcos, la ciudad de París y la república de América. Veo también que el Gran Turco se levanta y causa catástrofes por doquier, seguido por el poderoso y cornudo Mammón, que persigue a la grey humana de un lado a otro del mundo como un lobo persigue a un rebaño de corderos. Así corría y perseguía él, y al fin estrangulaba a todo el mundo y a la república de América. Al ver esto, pregunto de nuevo a Satanás, golpeándole el costado: «¿Es que has destruido el mundo de donde yo procedo?». Y él me contesta, encolerizado:

«¡Santísimo sacramento, hijo! ¿Qué voy a hacer contigo? Eso es adelantarse a las cosas que van a suceder; mira y reflexiona». Suspirando profundamente, me atrevo a preguntar aún: «¿Cuándo ocurrirá eso?». Y él me contesta, con un brutal gruñido: «Eso ocurrirá en el momento justo en que esas dos trompetas de cuero aparezcan a través de la pared que tenemos delante». Y entonces lanza un agudo silbido. ¡Ah, si yo supiera contar!

JUHANI.— Habla, si te es posible. ¡Oh, qué maravillas y milagros has visto! Eso debe de presagiar algo, sin duda nuestra perdición, el castigo de Dios que se nos acerca, o tal vez el fin del mundo. ¡Es para no creerlo! ¡Pasearse con el diablo por la luna!

SIMEONI.— ¡Y en una torre de cuero!

JUHANI.— ¡Sí, en una torre de cuero!

TIMO.— ¡Una torre de cuero de botas!

JUHANI.— ¡Eso es, de cuero de botas! Aunque me dan temblores, tal vez esta sacudida le convenga a mi alma pecadora, tan endurecida que solo el mazo del infierno o el martillo del cielo podrían ablandarla. Desata la lluvia y la tormenta, hermano, pues aunque lluevan escorpiones, buena falta nos hacen. ¿Qué sucedió luego?

SIMEONI.— Oídme. Satanás lanza un silbido agudo y, como dije, dos tubos de cuero, dos grandes trompetas, aparecen a través del muro bramando y rugiendo de manera terrible, como leones enfurecidos, echando por la boca negro humo y pestilente pez y vapores de azufre. Satanás y yo empezamos a toser y a estornudar, tapándonos las orejas ante el tremendo estrépito de las trompetas, que suenan cada vez más fuerte, hasta el punto de que la sólida torre de cuero vacila y cae ruidosamente, y nosotros con ella, envueltos en tiras de cuero. Sin saber a dónde ha ido a parar Satanás, yo solo sé que me despeño de cabeza por la montaña, me precipito desde el borde de la luna y empiezo a descender a la tierra sobre un trozo de cuero de un par de codos de largo. El cuero, que pertenece a la luna, tiraba hacia la luna, y yo, que pertenezco a la tierra, era atraído hacia la tierra. Pero como el peso de mi cuerpo es superior al tirón ascendente del pedazo de cuero, fui descendiendo, aunque lentamente, como si de un viaje se tratara, en las alas de un viejo cuervo. Lo cual me

ayudó mucho, porque de no ser por mi barca de cuero, me hubiera desplomado como un saco de tierra, estrellándome contra el suelo, ya que no me sostenían las alas del diablo. En fin, que descendí suave y despaciosamente a mi querida residencia en la tierra y caí sin daño al pie de un abeto, precisamente muy cerca del lugar desde donde había emprendido mi viaje con Satanás. Y como aún iba yo agarrado con todas mis fuerzas al trozo de cuero, observé que contenía unas palabras grabadas con letras encarnadas. «¡Esto para los hermanos de Jukola, y muchos recuerdos! Pero cuando aparezca en las alturas y en los bordes de las nubes una estela de fuego semejante a una cola de águila, sepan que el fin del mundo durará hasta el día en que todo esto suceda. Escrito en la torre de cuero de botas, casi el último día y probablemente en el último año». He aquí lo que estaba escrito en el trozo de cuero, que voló a la luna apenas lo solté. Tal es la triste y auténtica historia de mi viaje.

JUHANI.— Portentoso, asombroso y horrible a la vez.

TIMO.— Por lo visto, has aprendido a leer durante tus andanzas.

SIMEONI.— Eso es lo que tú crees, pero soy tan tarugo como antes.

TIMO.— A lo mejor has aprendido el truco del almendruco. Anda, inténtalo, aquí está mi cartilla.

SIMEONI.— Qué va. Para mí, como si fuera ruso o hebreo. Entonces, por influjo del espíritu, sabía muchas cosas que ahora se me presentan oscuras, y he aquí que vuelvo a ser el mismo ignorante, el mismo pecador, el gran pecador de antes. ¡La cabeza me da vueltas, porque ha llegado el día! ¿Cómo no ha de darme vueltas la cabeza, si he visto al mismo Lucifer? ¡Qué horror! ¡Y qué peludo era!

JUHANI.— ¡Ay, pobres de nosotros, ay!

SIMEONI.— ¡Mil veces ay! ¡Me da vueltas la cabeza! ¡He visto a Lucifer, me da vueltas la cabeza!

JUHANI.— ¡Ponte en manos de Dios, querido hermano, encomiéndate a Él!

SIMEONI.— Recemos todos. ¡He visto la grandeza peluda de Lucifer! ¡Recemos!

TIMO.— Hagámoslo, si es necesario. ¿Por qué no?

JUHANI.— ¡Qué desgracia! ¡Ay, ay!

TIMO.— No llores, Juhani.

JUHANI.— Lágrimas de sangre vertería de buena gana. Hemos vivido como esos hombres con cara de perro y bebido aguardiente como mahometanos y turcos. Pero, desde ahora, ¡nada de bebidas! Hemos de llevar una vida diferente, si no queremos que la cólera divina caiga sobre nosotros y nos hunda en el infierno. Augurios y milagros nos lo han advertido, y podemos esperar las peores diabluras si despreciamos las señales.

LAURI.— Hay que esperar lo peor, porque yo también tengo algo que contaros. Poned atención. El día que yo recorría el bosque, mientras vosotros jugabais al disco en la pradera, buscando madera para tallar, me quedé dormido sobre la hierba y soñé algo portentoso. Desde la copa de un pino os veía golpear con fuerza el disco, que saltaba sobre las pieles de buey frescas. ¿Y a que no podéis imaginaros con quién jugabais? ¡Nada menos que con nuestro severo pastor, hermanos! ¿Y sabéis qué pasó? El pastor descubrió que el disco no era un disco ordinario, sino una cartilla roja. Entonces se puso hecho una furia y, blandiendo su espada, gritó con todas sus fuerzas: «¡Ea, ea!», e inmediatamente sobrevino una tempestad que os arrebató como a pajas el viento. Este fue mi sueño, y algún significado tiene.

JUHANI.— Yo lo tengo por la predicción de una danza infernal. Se nos ha advertido por dos lados, y si no hacemos caso, el cielo hará llover sobre nosotros fuego y pez derretida y guijarros, como en otro tiempo sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra.

AAPO.— Bueno, no debemos asustarnos tampoco en exceso.

TUOMAS.— No digo nada seguro, pero bien pudiera ser que todo lo que ha visto Simeoni no fueran más que desvaríos de su resaca.

JUHANI.— ¿Qué dices, hombre? ¿Quieres negar la intervención del cielo?

TIMO.— No hables contra las obras y los milagros de Dios.

SIMEONI.— ¡Ah! He estado en la luna y he visto a Lucifer. Por eso tengo el alma llena de angustia. ¡Desventurado de mí, desventurados todos!

TUOMAS.— ¡Qué gran desgracia! Pero, anda, bebe un trago y ve a acostarte.

SIMEONI.— No es mala idea.

TIMO.— Lo malo es que ya no me queda ni una gota de aguardiente.

TUOMAS.— Ah, eso es otro cantar.

SIMEONI.— ¡A Dios gracias, se ha terminado el licor que nos envenena! Juro que mis labios jamás volverán a mojarse con una gota de aguardiente.

JUHANI.— ¡Maldita sea la bebida infernal!

TIMO.— ¡Qué mal hicimos en empezar a destilarla!

AAPO.— Sí, ¿pero quién tuvo la culpa? Contestad vosotros, Juhani y Timo.

JUHANI.— Pues tú no le hiciste ascos precisamente, amigo. Pero, en fin, lo hecho hecho está, y nada se arregla con quejas y lamentaciones. Así que lo pasado pasado es. A partir de ahora nos regiremos por otra ley. ¡Vamos al riachuelo! Voy a romper a hachazos esa maldita caldera de cobre, ese endemoniado recipiente, y derribaré el cobertizo como un nido de urracas.

SIMEONI.— Hazlo así, hermano, y habrá alegría en el cielo.

JUHANI.— Lo haré.

AAPO.— Y digo yo, ¿para qué destruir esos utensilios cuando podríamos venderlos a buen precio?

JUHANI.— Considera bien lo que voy a decirte. ¿Qué haría con mi alambique el hombre al que se lo vendiera?, ¿qué clase de agua saludable fabricaría? Ah, sería de la misma pésima calidad que este brebaje, un abogado del diablo como el que nos ha precipitado al borde del abismo. ¿Y quieres que utilice mi caldera para precipitar a otros en la misma desgracia? ¡Ah, eso sí que no! No quiero que puedan reprocharme este pecado cuando comparezca ante el tribunal del Señor. Vamos, destrozaremos el alambique y derribaremos el cobertizo.

AAPO.— Entonces, vendámoslo al erario público para que acuñe monedas.

JUHANI.— Lo mismo podrá hacerlo si se lo vendemos a pedazos. Aquí está mi hacha. Timo, coge tú la tuya y sígueme a la trampa de los lobos. Y mañana, ya que es domingo, iremos a la iglesia a rezar de rodillas por nuestra alma, una e inmortal, que bien le hará. Iremos todos; de lo contrario, Satanás nos hará tostar. Vamos, Timo.

Juhani y Timo llegaron al riachuelo, donde estaba el alambique, lo deformaron a golpes y derribaron el cobertizo. Aquella noche los hermanos durmieron con sueño profundo, se despertaron muy

temprano y se arreglaron para ir a la iglesia. Aapo llevaba bajo el brazo el viejo salterio de su padre; Simeoni, *La voz que clama en el desierto*, y Juhani y Timo, sus cartillas de cubiertas rojas. Esto fue lo que dijeron por el camino:

SIMEONI.— Cuanto más me aproximo al templo del Señor, más se aplaca la tormenta de mi alma y se alivia mi pecho. ¡Ah! El hombre prudente sigue la senda de la gente piadosa, pero la estolidez y la ceguera se revuelcan en el pecado. ¡Ay! Cuando miro mi pasado, ese maldito viaje a la ciudad se me antoja un espantoso infierno en torno al cual danzan las llamas azules del aguardiente.

TIMO.— Bueno, hermano, no lo vuelvas a hacer, te lo ruego. ¿Es vida esta, beber días y noches el caro aguardiente de la taberna y otras bebidas finas, como verdaderos señores? Es una advertencia fraternal, no un reproche.

SIMEONI.— He obrado mal y hemos obrado mal todos al destilar aguardiente y beberlo sin medida. Pero ahora, todos juntos, decidamos renunciar, por lo que nos quede de vida, a esa bebida que convierte al hombre en bestia.

JUHANI.— En un cerdo y hasta en algo más bajo aún que un cochino. Ya veis lo que el aguardiente acaba por hacer del hombre. Despidámonos, pues, de ese tirano y roguémosle que nos deje en paz de una vez. Y tú, Aapo, cuéntanos aquella fábula del cerdo en su cochiquera que nos contó antes nuestro tío el ciego. Venga, cuéntanosla mientras caminamos.

AAPO.— Lo haré con mucho gusto. Y quiera Dios que nos sirva para sentir más repugnancia aún por esa bebida que solo provoca pendencias.

Y Aapo contó la siguiente historia:

> Era un domingo por la mañana. Un cerdo se revolcaba en un charco de lodo bajo el brillo del sol veraniego, mirando pasar a la gente que iba a la iglesia. Saturado su corazón de envidia y tristeza, admiraba la noble y magnífica prestancia del hombre, comparándola con su propia fea imagen. La frente de algunos hombres irradiaba un resplandor tan vivo que su mirada no podía soportarlo, y se irritaba contra el Creador porque no había hecho de él un ser humano. Refunfuñó,

gritó, estiró las patas, entornó sus diminutos ojos y se quedó dormido. Al cabo de un rato, despertándose, le sorprendió la presencia a su lado de un compañero, un borracho que había entrado en la pocilga dando traspiés y que estaba a punto de ahogarse en el cieno. Consciente el gorrino de que el hombre corría un gran peligro, sintió lástima de él y, cogiéndole con sus colmillos por el cuello, lo sacó del cieno. Luego contempló un momento al borracho y, componiendo un gesto de disgusto, dijo: «¡Hombre miserable! Tan feo eres que no soporto mirarte por más tiempo». Y, diciendo esto, el cerdo se alejó gruñendo y se puso a hozar la tierra.

JUHANI.— Es un cuento ejemplar, ya lo creo… Mirad, en esa dirección se encuentra Jukola. Menos mal que nuestro camino pasa lejos de la granja, porque el corazón se nos haría añicos al contemplar nuestra casa natal. Tampoco tenemos que atravesar, por suerte, la aldea de Toukola, ese nido de enemigos, porque si nos los encontráramos y nos provocaran lo más mínimo, creo que les saltaría al cuello como un gato. Todavía tengo viva en la memoria la tunda que me dieron, y no he olvidado que juré vengarme.

TUOMAS.— Yo tampoco he olvidado ninguna de las dos cosas.

SIMEONI.— Debemos perdonar y olvidar.

JUHANI.— De acuerdo; si agachan la cerviz y vienen a pedirme perdón, confesando su mal comportamiento, estoy dispuesto a olvidarme de todo, y hasta puede que les estrechara la pata con lágrimas en los ojos. Ah, pero mientras ellos no se achiquen y sigan mostrándome los dientes, yo apretaré los míos hasta que echen chispas.

Charlando así, llegaron cerca de la granja de Tammisto, en cuyo patio se apiñaba una multitud de hombres y mujeres, y lejos se oía una voz que iba contando: «A la una, a las dos, a las tres», y preguntaba: «¿No hay quien dé más?». Era una subasta judicial dirigida por el comisario del distrito, que, sentado detrás de una mesita situada junto a la escalera, inscribía en su registro el nombre de los compradores y el precio de los objetos. Lo que se estaba subastando en aquel momento era el ganado vacuno de la granja. Incitados por la sorpresa, los hermanos se detuvieron preguntándose cómo, siendo domingo, se celebraba una subasta;

pero lo ocurrido era que en las soledades de Impivaara, y entre los vapores de la embriaguez, que hace impreciso el tiempo, se habían equivocado en el día de la semana. En realidad era lunes, día de trabajo, y los hermanos, creyendo que era domingo, se dirigían a la iglesia con los libros en la mano.

Buscaron con la mirada a Kyösti, su fiel amigo, pero no estaba allí, sino paseando por los campos, con la vista baja y el pensamiento ausente. Juhani preguntó a unos hombres que estaban cerca cómo era que se atrevían a celebrar una subasta pública en domingo, el día consagrado al Señor. Entonces la risa, como un relámpago, se transmitió hombre por hombre a toda la multitud, y los hermanos cayeron en la cuenta de su error. Avergonzados, silenciosos y ruborizados, aguantaron largo rato las risotadas y chirigotas de la gente. Una pandilla de jóvenes de Toukola llegó a preguntarles sarcásticamente cuál era la nueva religión de Impivaara, por qué calendario se regían y cuál era el nombre que en su almanaque particular daban al octavo día de la semana. Los hermanos soportaron la rociada de bromas, hasta que su cólera se desbordó y estalló la tormenta. Entonces, como perros que por fin rompen la traílla, se arrojaron vociferando contra los de Toukola, y se armó una gran camorra en el patio de Tammisto.

No quiso Simeoni tomar parte en la contienda, y con aire entristecido y mirada preocupada, observaba los incidentes de la pelea, sosteniendo fuertemente en la mano todos los libros que sus hermanos le habían confiado. Pero cuando vio a Aapo a punto de caer bajo los puños de tres fornidos mozallones, cuando vio con el corazón acongojado que su pobre hermano se ponía pálido y miraba con aire ausente la copa de los árboles mientras una lluvia de golpes caía sobre él, dejó los libros sobre una piedra, corrió en socorro de Aapo y desapareció tragado por el torbellino de la reyerta.

El comisario trató de poner paz entre los contendientes, pero, comprendiendo que eran vanos sus esfuerzos, se alejó un trecho y se quedó mirando con estupor la tremenda fuerza de los hermanos, que nunca habían mostrado una energía tan formidable ni habían peleado con tanto furor. La venganza, guardada tanto tiempo dentro de su pecho, estallaba ahora, estruendosa y violenta, como una furiosa tempestad. Pálidas y asustadas, las mujeres huían del

campo de batalla llevándose a sus pequeños, unas en brazos, otras arrastrándoles de la mano. Los animales de la granja, el magnífico toro y las pacíficas vacas, corrían de un lado a otro enloquecidos; los gritos, los mugidos y las maldiciones podían oírse a lo lejos, mientras los mozos de Jukola y los de Toukola, ayudados por numerosos amigos, intercambiaban golpes contundentes. Juhani, rechinando los dientes y con el rostro ceniciento por el furor, descargaba sus puños como mazos en el montón confuso de sus rivales, a diestro y siniestro, temblándole la mandíbula de rabia. Tuomas, el de anchos hombros, arremetía como una roca, y cada vez que descargaba su puño caía un enemigo, cuando no dos, porque cuando sacudía a uno, este caía tan fulminantemente que arrastraba en su caída al que estaba a su lado. Timo parecía un leñador abatiendo árboles con un hacha, y sus mejillas morenas y curtidas brillaban de cólera. Pero Eero no les iba a la zaga. Con frecuencia rodaba al pie de los combatientes, pero rápidamente volvía a levantarse y seguía propinando golpes con la velocidad de un cohete giratorio. Sin embargo, era Lauri el que, blanco como el ángel de la muerte, luchaba y golpeaba con más violencia y hacía huir o morder el polvo a todos sus rivales.

La gente contemplaba horrorizada la pelea. Por todas partes se veían caras horriblemente pálidas, narices aleteantes, rostros ensangrentados, morros cubiertos de tierra. Y en todos los rostros brillaba la llama maligna del odio, que busca dónde prender, sin preocuparse de si llueve fuego o piedras. Esto es lo que se veía, y lo que se oía era un estruendo de voces roncas, exclamaciones y aullidos tan espantosos como los de una manada de lobos enzarzados en una lucha a muerte en lo profundo de un oscuro bosque durante una noche de otoño.

Así se luchaba en el patio de Tammisto, y el combate se hacía cada vez más implacable. De trecho en trecho yacía un joven cuya sangre regaba el suelo arenoso. Como los rivales habían llegado a sacar sus navajas, también corría por la tierra la sangre de los hermanos, mientras que estos, como se dirigían hacia la casa del Señor, no llevaban sus cuchillos colgados al cinto como de costumbre. Pero cuando notaron que corría su sangre caliente, se armaron de palos y estacas, que encontraron al alcance o arrancaron de una valla cercana, y, enrabiados, embistieron.

También sus adversarios se proveyeron de armas parecidas, y empezaron a dar sonoros golpes alrededor de las cabezas. El resultado del combate era incierto: nadie podía decir quién vencería y quién saldría derrotado, porque si es verdad que los hermanos luchaban como valientes, los otros eran superiores en número y devolvían los golpes con la energía que presta la ira.

Pero he aquí que, en pleno bullicio, apareció un hombre cuya presencia inclinó la balanza del lado de los hermanos. Este hombre era el fornido Kyösti de Tammisto, que llegó dando saltos y vociferando violentamente. Armado con una fuerte estaca, se mezcló en el tumulto con los pelos de punta como la pelambre de un monstruo furioso, y cayó como un rayo sobre las espaldas de los mozos de Toukola, separándolos del bloque que formaban y envalentonando a los hermanos. Gritando, desorbitados los ojos, empezó a descargar estacazos a diestro y siniestro, golpeando como un loco contra lo primero que se le ponía delante. Los hermanos, por su parte, redoblaban los golpes, y los valientes de Toukola a quienes la estaca de Kyösti no había derribado aún emprendieron la huida.

Los hermanos se alejaron también a buen paso, gritándole a Kyösti que se fuera con ellos; pero el hombre no les hizo caso y prefirió quedarse aún en el patio desahogando su ira con gritos roncos y voces de amenaza. Los hermanos avanzaban por el camino seco y polvoriento, y cuando llegaron a un puentecillo oyeron a su espalda la voz de Kyösti; se volvieron y vieron que su amigo se les acercaba con paso rápido, la estaca al hombro y lanzando espumarajos de rabia y agitando la mano. Cuando se juntó a ellos iba sudando y resollando, con los ojos perdidos en el vacío, aunque encendidos de cólera. Era imposible comprender sus palabras sin sentido, excepto un grito constante: «¡Ay! ¡No pe…! ¡Ay!». Los hermanos le rogaron que se acercara con ellos a Impivaara, no fuera a ser que le tendieran una emboscada; pero él se quedó inmóvil, mascullando y con la vista extraviada. De pronto, clavó sus ojos en los hermanos y dijo: «¡Volved a casa!». Luego dio media vuelta, mientras los hermanos reanudaron la marcha en dirección contraria. Al cabo de un rato volvieron a oír la voz bronca de Kyösti, quien, parado en el camino y agitando la cabeza y la mano, les gritó de nuevo: «¡Volved a casa!». Y se alejó como se había

acercado. Los hermanos se dirigieron a la cabaña del bosque, algunos con evidentes chichones en la cabeza o una cuchillada en el brazo, de donde manaba la sangre. Caminaban aprisa, con la mirada inmóvil y la gélida oscuridad de la muerte en el pensamiento.

Así terminó la revuelta de la granja de Tammisto, de donde más de un combatiente hubo de ser llevado a casa sin sentido, y otros con heridas cuyas cicatrices conservarían para siempre.

Capítulo undécimo

Es la tarde del mismo día en que los hermanos lucharon con tanta furia en la granja de Tammisto. Curadas con bálsamos sus heridas y vendadas como mejor han podido, están sentados en su cabaña, los corazones sumidos en noche oscura y eterna, y la mirada, llena de furia, fija en el suelo. Meditan sobre lo que han hecho, conocen el castigo que les amenaza, y piensan en su suerte cruel y desesperada. Un silencio pavoroso gravita en el interior de la casa. Por fin, Simeoni rompe a hablar:

SIMEONI.— Hermanos, hermanos, decid una palabra al menos. ¿Qué hacer para escapar de las garras de la justicia?

AAPO.— ¡Ay! Ya no tenemos manera de salir de este aprieto, por lo menos mientras permanezcamos bajo este cielo.

JUHANI.— ¡Estamos atrapados, atrapados! Todo está perdido, toda suerte y esperanza.

TUOMAS.— El diablo nos tiene cogidos sin piedad, no nos queda más remedio que aceptar sin rechistar el castigo que merecemos. Hemos importunado a un funcionario del Estado cuando cumplía su función. El delito es grave. Y probablemente hemos mutilado a algunos hombres, lo cual es aún más grave. Eso si no hemos mandado a alguno al otro mundo, en cuyo caso la suerte estaría echada, pues nos meterían entre rejas y nos darían de comer a costa del Estado.

SIMEONI.— ¡Qué desgraciados somos!

TIMO.— ¡Ay de nosotros, pobres muchachos de Jukola! ¡Pobres de nosotros, sí! ¿Qué haremos?

LAURI.— Yo ya sé lo que voy a hacer.

JUHANI.— Yo también. Clavarnos un cuchillo en la garganta.

TIMO.— ¡No, joder!

JUHANI.— ¡Mi puñal, mi puñal de hoja brillante! ¡Quiero que la

sangre salga a borbotones!

AAPO.— ¡Juhani!

JUHANI.— Hagamos una balsa con la sangre de siete hombres y ahoguémonos todos juntos en un mar rojo, como el pueblo del Antiguo Testamento. ¿Dónde está mi puñal de mango de abedul que lo repara todo, todo?

AAPO.— ¡Cálmate, hombre!

JUHANI.— ¡Quítate de en medio! ¡Váyase al diablo esta vida maldita! ¡El puñal!

SIMEONI.— ¡Sujetémoslo!

AAPO.— ¡Ayudadme, hermanos!

JUHANI.— ¡Apartaos!

TUOMAS.— ¡Quieto, muchacho!

JUHANI.— ¡Suéltame, Tuomas, hermano!

TUOMAS.— Tú, sentado ahí, de buenas maneras.

JUHANI.— ¿De qué nos sirven las buenas maneras, ahora que todo está acabado? ¿Serías capaz de aguantar con resignación cuarenta latigazos?

TUOMAS.— De ningún modo.

JUHANI.— ¿Pues entonces?

TUOMAS.— Me ahorcaré; pero solo cuando no tenga más remedio.

JUHANI.— Hagámoslo enseguida, ya que alguna vez tenemos que hacerlo.

TUOMAS.— Reflexionemos.

JUHANI.— ¡Ja, ja! Todo es inútil.

TUOMAS.— A lo mejor, aún no.

JUHANI.— Las esposas de la justicia nos esperan.

SIMEONI.— ¡Fuera de Finlandia! Vámonos como pastores a Ingria.

TIMO.— O como porteros a San Petersburgo.

AAPO.— Esos medios no sirven para mucho.

EERO.— ¿Y por qué no irnos a navegar por los mares, como hizo nuestro valeroso tío? Una vez lejos de las costas de Finlandia, estaremos libres de las garras de la ley. Probemos a emigrar a Inglaterra, donde pagan a bordo de sus naves.

AAPO.— Esa proposición merece ser meditada.

TUOMAS.— Tal vez no estaría mal. Pero pensad que antes de llegar a las costas de Finlandia, la Corona nos habría puesto los anillos de prometidos.

TIMO.— Y aunque lográsemos salir de Finlandia con el pellejo entero, ¿cuándo llegaríamos a Inglaterra? Hay millones y miles de millones de leguas hasta ese país. ¡Huy, huy, huy!

AAPO.— Escuchadme una palabra: convirtámonos en lobos, y entonces poco tendremos que temer de sus colmillos. Alistémonos en el ejército por algunos años, eso es. Ya sé que el remedio es duro, pero no se me ocurre otro mejor para salir de este apuro. Sí, integrémonos en el célebre y grandísimo batallón de Heinola, que durante los veranos hace instrucción y maniobras en la pradera de Parola. Tengamos en cuenta, si meditamos esta proposición, que el Estado cuida de sus mozos.

JUHANI.— Me parece, querido hermano, que has encontrado el medio justo. El cuartel ha librado de la cárcel a más de un desesperado. Acordémonos, por ejemplo, del criado de Karila. Ese bribón tuvo un día la ocurrencia de propinarle una azotaina a su amo, lo que habría sido fatal para él si no hubiese recurrido a encajarse el capote gris de soldado, que lo salvó. ¡Bueno, está bien, vayamos al cuartel! El tío de nuestro padre cayó muerto en la funesta batalla de Kyrö, ya sabéis, aquella en que nuestras tropas fueron derrotadas por las rusas y donde un grueso tronco podía flotar en sangre. Uno de nuestros tíos murió en la guerra, cayó junto al mar, en Ostrobotnia, y la misma suerte corrieron muchos parientes y vecinos. También nosotros sabríamos morir, llegado el caso, como héroes piadosos. Mejor es morir, estar en el cielo, que entre estas fieras humanas. Eso me arranca lágrimas. Sí, allí se está mejor que aquí, ¡mucho mejor!

TUOMAS.— Hermano, nos vas a contagiar tu llanto.

SIMEONI.— ¡Señor, vuelve a nosotros tu mirada y haz que resplandezca el sol de tu gracia!

La conversación concluyó en llantos y sollozos. La noche cayó tras el crepúsculo, y los hermanos pasaron de las lágrimas a un sueño profundo. Al día siguiente volvieron a darle vueltas a la cabeza, tratando de encontrar el medio mejor de resolver la apurada situación. Sus miradas vigilaron cuidadosamente los alrededores de la cabaña, por si acaso se acercaban los representantes de la justicia. Y no dejaban de acechar y reflexionar; seguían pensando que el cuartel, aunque terrible, era el refugio más seguro, y, así, decidieron dirigirse a Heinola y alistarse en el ejército

por seis años. Al día siguiente, animosos, aunque tristes, emprendieron el viaje, sin pararse a pensar en la necesidad de salvoconductos y papeles para realizar su proyecto. Helos aquí, pues, con el saco a la espalda, camino de Jukola, a pedirle al curtidor que cuidase de los animales y echase un vistazo a su cabaña.

Al llegar al camino de Viertola, se toparon con el comisario, que, acompañado del montero, iba a su encuentro en su traqueteante carro de caballos. Sospechando los hermanos que aquel viaje tenía algo que ver con ellos, les entró miedo y trataron de escapar al bosque, pero cambiaron de idea, pensando que dos hombres nunca lograrían detenerlos. Se engañaban, sin embargo, porque la causa del viaje del comisario era otra. El comisario era un buen hombre, respetable, generoso y alegre, que siempre que oía hablar de los hermanos de Jukola y de su vida en los bosques lo hacía gustosamente y, lejos de ser su enemigo, era más bien su defensor y protector. Al cruzarse con ellos, les saludó en tono amistoso.

COMISARIO.— ¡Buenos días, muchachos, buenos días! ¿Puede saberse adónde vais con ese aspecto tan decaído? Vamos, contestad, y dejad de mirarme como lobos salvajes. ¿Adónde os dirigís con el saco a la espalda?

JUHANI.— Largo camino nos espera.

COMISARIO.— ¿Vais tal vez al infierno, eh?

JUHANI.— ¿Qué quiere usted de nosotros?

COMISARIO.— ¿Qué podríais darme? Nada prohíbe preguntar, aunque no se tengan medios para comprar. Pero no me miréis así, como si fuerais a devorarme. Si no estuviese acostumbrado a mirar cara a cara al mismo diablo, estaría un poco asustado. ¡Ja, ja, ja! ¿Pero qué os pasa?

JUHANI.— Quisiera hacerle una pregunta: ¿Va a intervenir la justicia en este asunto?

COMISARIO.— ¿En qué asunto?

JUHANI.— Pues… en aquel… en aquel asunto.

COMISARIO.— ¿En cuál, osezno despeinado, en cuál?

JUHANI.— La refriega de la granja de Tammisto.

COMISARIO.— ¡Acabáramos! ¡El escándalo de anteayer! A propósito: tengo que deciros dos palabras respecto a eso.

JUHANI.— ¿Hubo acaso alguna muerte?

COMISARIO.— Podéis dar gracias de que no la hubiera. Pero es que, ¡vamos!, molestasteis a un funcionario del Estado y, por si fuera poco, derribasteis su escritorio. ¿Habéis pensado en eso?

JUHANI.— Por Dios, claro que hemos pensado en eso, y muy seriamente además, y hasta hemos meditado en lo que nos espera. Bueno, estamos en manos del diablo, y por eso hemos elegido la fortuna que el diablo puede dar. Sepa que seguimos por montes y valles el tortuoso camino hacia el gran batallón de Parola. Hartos de desgracias y desengaños, vamos allá en busca de nuestro último refugio, ya que los hombres, esos demonios implacables, nos persiguen por todas partes como a una manada de lobeznos a los que se arrincona contra las redes. Vamos a Parola y… ¡pobre de aquel que quiera cerrarnos el camino! El Estado necesita soldados, porque, según dicen, pronto habrá guerra. No tardaremos en vestir el uniforme militar y, entonces, ¡a ver quiénes son los malditos diablos que se atreven a venir a tocarnos! ¡Ah! Me gustaría morder este mundo, morderlo como una lamprea. Lloraría de rabia y de tristeza a un tiempo. Lloro y crispo los puños. ¡En marcha hacia Parola! ¡Allí hay tantos hombres como corvatos!

COMISARIO.— ¡Oh, tontos de capirote! ¿Y abandonaríais vuestra apacible cabaña en vuestras tierras para ir a un cuartel a recibir latigazos?

JUHANI.— Siempre será mejor eso que picar piedra en un presidio. Y, además, todo el mundo sabe que la piel de los campesinos de Häme es muy dura.

COMISARIO.— ¿Picar piedra en un presidio? ¿Por qué?

JUHANI.— Es usted precisamente, señor, quien nos quiere mandar allí encadenados. ¿Y por qué? Por esa desgraciada agarrada en el patio de Tammisto, donde dimos una pequeña tunda a esos bribones de Toukola que nos sacaron de nuestras casillas, y Dios es testigo. Y ahora pretenden hacer de eso un asunto de Estado, quieren hacer de una mosca un buey, como dice el refrán.

COMISARIO.— ¡No sabes lo que te dices! Bueno, andad a paseo, que tengo otros asuntos graves que resolver.

JUHANI.— Aunque usted nos conceda la gracia de mandarnos a paseo, cosa que pongo en duda, la gente de Toukola se nos echará encima con el peso de la ley. Hemos tenido la desgracia

de haber descargado los primeros golpes, y esto hace que la cosa se nos ponga fea. Pero no se irán de rositas ni se librarán de soltar la mosca. Estamos llenos de heridas que apenas han tenido tiempo de cubrirse de costras, y también serán testigos esas heridas. Y además, suponiendo que nos libráramos de los cobardes de Toukola, cada año tendríamos un día de juicio: el día del examen de lectura. ¡Leches! Digo lo que decía Paavo de Jaakkola: «La vida sería soportable si no existiese un día al año ese maldito examen de lectura», y añadía, volviendo de aquella fiesta en la que el pastor le había despeluchado: «No es el dolor, es la vergüenza». ¿Pero sabe qué sucedió al año siguiente, durante la misma fiesta? Pues sucedió que el pastor lo tuvo castigado debajo de la mesa como un búho, y la novia de Paavo, una muchacha muy bonita, lo vio desde la entrada y se desmayó, cayendo en el umbral como una oca. Aquello fue una canallada. Desde aquel día, el bueno de Paavo se dio a la bebida, recibió calabazas de su novia, se aficionó cada vez más a la botella y murió finalmente como un miserable desollador de caballos. Este fin tuvo el muchacho, que no era un mal sujeto, ni mucho menos, sino muy listo él, capaz de contarle los pelos al diablo. Pero lo que ocurría era que, desde el principio, su madrastra le había hecho estudiar dale que te dale, y el día de lectura era para él un día de tormentos. ¡Será posible! Y Mikko de Kukkoinen, un robusto mocetón, fuerte como un yunque, con carrillos como los de la gata de la vieja de Tuhkala, al que no le entraban las letras ni a tiros, se asustaba como un cordero cuando la mañana del examen, estando en el pajar, oía sonar la campanilla del pastor. Ya ve usted si no es horrible ese día, con los coscorrones y zarandeos que le dan a uno hasta hacerle sudar. Y bien sabemos que nuestro pastor nos cogería un día por su cuenta y nos amarraría al madero de la infamia; pero el uniforme gris del Estado nos salvará de todo eso y… bueno, *¡prostsai!*, como dicen los rusos. ¡Adiós!

COMISARIO.— ¡Estúpidos cabezotas! ¿Habrase visto idiotez semejante? En fin, id con Dios hasta donde os lleve el arenoso camino del Estado. La culpa es mía, por ocuparme de vosotros. Nuestra cuenta de Tammisto está saldada, os lo aseguro y os lo juro, zoquetes, ¡saldada!, y los mozos de Toukola no dirán esta

boca es mía. Sí, yo mismo arreglé eso la tarde del día de la pelea, al ver que no había habido ningún muerto. Los muy sinvergüenzas pretendían llevar el asunto a los tribunales, pero fueron ellos los que la liaron. Yo eché mano de toda mi influencia, y los bribones se han callado como muertos, porque los tengo cogidos de varios modos y podría ajustarles las cuentas. De manera que más les valdrá estarse quietos y hacerse los desentendidos. En cuanto a vuestra situación con respecto al pastor, decidme si os ha molestado últimamente.

AAPO.— No, no lo ha hecho, lo cual nos ha sorprendido mucho.

COMISARIO.— Y no lo hará nunca más, podéis creerme. ¿Y quién ha obtenido este resultado? ¿Quién sino vuestro viejo «carcelero», como me llamáis? ¡Y aún tenéis la osadía de creer, desagradecidos, que he estado tramando diabluras contra vosotros! Pues para que lo sepáis, por mal que piense la gente de vosotros, disfruto observando esa vida de lobeznos que lleváis. ¡Ah, ah, de vez en cuando, un poco de juego no viene mal! Pero ya está dicho: yo os dejo en paz, y el pastor también. Ha acabado por comprender que de la corteza no salen camisas. En fin, muchachos, que no corréis ningún peligro en absoluto, aunque merecéis un buen repaso, ¡bandidos! Atentos: ¡Media vuelta a la izquierda! ¡De frente, march… en dirección a casa! ¡En marcha, compañía de Impivaara, y quedad con Dios! ¡Arre, Liina!

Tiró de las riendas y se alejó al galope de su caballo de crin de lino, célebre en toda la comarca. El carruaje partió con estruendo, el sombrero del montero, sentado detrás, oscilaba, y el polvo se alzaba en torbellinos. Los hermanos permanecían al borde del camino, inmóviles como siete bloques de sal, con los ojos dilatados por la sorpresa. Mudos, sin saber qué pensar de todo aquello, no apartaron la vista del carruaje del comisario hasta que desapareció en un recodo del camino.

TIMO.— ¡Hay que ver lo que ha envejecido el «carcelero» desde que lo vimos en el bosque de Kuokkala con nuestra madre y la gente de la aldea!

JUHANI.— ¿Qué piensas de su bonito discurso, Aapo?

AAPO.— Creo que es un buen tipo y que nos ha hablado con sinceridad, pero… ¡ojo!, porque los señores no son muy de fiar.

JUHANI.— Estemos preparados para poner tierra de por medio. Aquí hay algo que no veo claro, y lo que él quiere es tendernos un lazo.

TUOMAS.— A lo mejor nos aconseja volver a casa para podernos pescar a su gusto cuando regrese de Viertola con una cuadrilla de hombres, porque sabe muy bien que necesita refuerzos para detener a la banda de Jukola. Si le esperamos, volverá para meternos en chirona.

JUHANI.— Eso es lo mismo que yo pienso. Va de caza, y nosotros somos la pieza que él persigue. Ha ocurrido algo espantoso, y no nos salvará ni el mismo cuartel. Así que cojamos el pasaporte de los bandidos… y arreando hacia el bosque. ¡Alejémonos de este camino, muchachos!

AAPO.— ¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

JUHANI.— Todo está hecho ya. Desde ahora somos siete bandoleros, aunque, eso sí, tan humanos como sea posible. Primero pediremos con buenas maneras lo que necesitemos para matar el hambre; si nos lo niegan, lo tomaremos por la fuerza, aunque siempre evitaremos derramar sangre y matar. ¡Adelante!

SIMEONI.— ¡Juhani, Juhani! ¿Qué insensateces estás diciendo?

AAPO.— ¿Dónde podrán refugiarse ahora estos desventurados hermanos?

JUHANI.— En los senderos de los bandidos. ¡Vámonos!

TUOMAS.— ¡Cierra el pico, loco! Antes preferiría que me condenasen a los hielos perpetuos de Siberia que ponerme a comer el pan de los ladrones. ¡Estúpido! ¿Hablas en serio o es que quieres tomarnos el pelo? ¿Qué he de pensar de ti?

JUHANI.— ¡Ay, hermano mío! Se me nubla la mente y no sé lo que digo ni lo que hago. El comisario ha venido y se ha largado como llevado por el viento y las nubes, y tengo la sensación de que esto ha pasado hace mucho mucho tiempo. Ha desaparecido en la dirección que señala mi pulgar, por allí, como dice Matti el de la yesca cuando apunta con el dedo el dedo. Por allí se ha ido como una ráfaga de humo que envolvía su caballería de guerra. Pero de eso hace tanto, tanto tiempo…

TUOMAS.— ¡Ya empezamos!

AAPO.— ¿Qué es esto? ¿Qué es?

TUOMAS.— ¿Qué va a ser? Mirad, hermanos, a Juhani no se le puede

disparar siempre a la misma rama en la que está sentado.

LAURI.— ¿Por qué giras los ojos y mueves la cabeza y resoplas por la nariz de esa forma? Da gracias a Dios de no haber perdido el juicio. Hace cuanto puede para disimular las sandeces que acaba de soltar. ¿Pero qué diablos vamos a hacer? Dilo tú, Aapo.

AAPO.— Yo qué sé.

EERO.— Oídme, hermanos. Aún no estamos seguros de si el comisario nos hará alguna jugarreta.

LAURI.— No lo creo. Le he estado mirando atentamente a los ojos y no me ha parecido descubrir la menor chispa de hipocresía. Además, pensad un poco: ¿por qué habría venido sin escolta, habiendo pasado por granjas y aldeas? ¿Por qué atravesaría toda la comarca de Impivaara para ir a la granja de Viertola, donde tiene muchas menos oportunidades de encontrar ayuda que en las grandes aldeas que ha dejado atrás? ¿Extraño, no? ¿Retrocedería el largo camino desde Viertola hasta nuestra casa con una turba de hombres? ¡Majaderías! Eso no estaría de acuerdo con las sabias y experimentadas normas de nuestro comisario.

AAPO.— Reconozco que no cuadra, pero no hay que fiarse demasiado. Uno supone a veces haber examinado una cuestión con la máxima prudencia y, a lo mejor, resulta todo lo contrario de lo que podía pensar el hombre más inteligente y previsor. Y a nosotros nos sobran motivos para desconfiar. Grandes son nuestras culpas a ojos de la ley, grandes y graves. ¿Os habéis dado cuenta con qué rara amabilidad nos ha hablado el comisario?

TUOMAS.— No, su lenguaje no era el de la sinceridad. Había hiel debajo de aquella miel. ¿Qué vamos a hacer ahora?

EERO.— Hagamos lo siguiente: volvamos a casa; pero pasemos de largo dejando la puerta abierta para hacer creer que estamos dentro, mientras permanecemos escondidos en las grutas y fisuras de Impivaara, donde nos quedaremos dos o tres días sin dejar de vigilar la cabaña. Si en ese tiempo se acerca el comisario a nuestra casa, siempre podremos huir a las montañas y bosques; pero si nadie aparece en tres días y tres noches, podremos dar por conjurado el peligro.

TUOMAS.— Ahí tenéis un buen consejo.

AAPO.— Lo seguiremos.

TUOMAS.— Retrocedamos, pues. Vamos, Juhani, y deja ya ese aire de sospecha.

Retrocedieron hacia Impivaara y no tardaron en llegar al patio de su casa. Siguiendo el consejo de Eero, descorrieron el pestillo de la puerta y treparon a la montaña, ocultándose unos en las espaciosas concavidades del breñal y otros tras la espesa cortina de los arbustos. Allí se tendieron, turnándose en mirar a través del campo raso que se extendía entre su casa y la entrada de los bosques. Durante tres días descansaron, montando guardia por turno. Comieron las provisiones de los sacos y bebieron en las aguas frescas de un manantial que corría durante el largo día, durante la noche de luna, sonando en los oídos del muchacho que estaba de guardia.

Al tercer día, cuando el sol declinaba rápidamente al ocaso, descendieron los hermanos de la montaña y entraron en la cabaña radiantes de satisfacción, porque habían resultado infundados sus temores. Pero como aún no estaban completamente tranquilos, de vez en cuando echaban una inquieta mirada por el ventanuco. Al día siguiente decidieron mandar un explorador. Aapo debía traerles una certidumbre absoluta. El muchacho se pasó todo el día recorriendo granjas y aldeas y, al volver, su semblante proclamaba un mensaje de paz. Sentados a la mesa de pino, Aapo en la cabecera, este les contó cuanto había oído.

AAPO.— Hermanos, nuestro comisario es un hombre de una pieza; ha cumplido al pie de la letra todo lo que nos dijo, y esta es nuestra situación. Los mozos de Toukola, a pesar de tener tumores en los corvejones, a pesar de los gruesos chichones y de las brechas que lucen en sus cabezas, no han dicho una palabra de proceso ni de venganza personal, lo cual, no os quepa duda, es el resultado de la actitud y de las palabras del comisario. Por lo que se refiere al pastor, ¿qué debe de pensar de nosotros? Sí, el buen hombre nos ha dejado en paz, nos ha dejado en paz para siempre. Por fin se ha convencido, gracias al comisario, de que la dureza de trato nos conduciría a la perdición eterna. Pero escuchad, escuchad, porque no vais a creer lo que voy a deciros. Un día que Härkämäki, que a pesar de todo es un gran hombre, aludió a nosotros en una conversación con el pastor, diciéndole

en su habitual tono gruñón que quizá nosotros, unos tunantes, tal vez llegáramos a ser un día unos verdaderos maestros en lectura, le contestó el pastor que se llevaría una gran alegría y gozo en Dios si se realizara el milagro de que los hermanos de Jukola se presentasen ante él sabiendo leer medianamente en voz alta y conociendo de memoria los diez mandamientos y el Credo. Estas fueron las amables palabras que pronunció. Me he enterado de esto y de otras muchas cosas que he oído de boca de numerosas personas, entre ellas Kyösti de Tammisto, que nunca bromea ni miente.

JUHANI.— ¡Qué tío más grande eres, comisario! Estoy dispuesto a arrojarme a las llamas por ti. ¡Por el diablo, que me cuesta trabajo creer todo eso!

AAPO.— Estoy diciendo la pura verdad. Hay que reconocer que los señores no son unos bribones tan grandes como se dice. Recordemos también al amo de Viertola, que enseguida se mostró comprensivo y se avino a nuestras proposiciones sin poner pegas. En cuanto a nuestro pastor, si lo juzgamos sin rencor y desde el lado justo de la razón y el recto criterio, sé que lo tendremos en gran estima. Es algo ceñudo, pero es un buen operario en la viña del Señor, y ha hecho buenas obras en nuestra comunidad. Ha suprimido más de una taberna licenciosa, ha obligado a más de uno a casarse con su querida y ha puesto paz entre muchos vecinos que antes andaban a cuchilladas. Al fin y al cabo, lo que se proponía con respecto a nosotros es que fuésemos cristianos honrados. Ahora nos deja en paz y expresa hacia nosotros unos deseos tan nobles que verdaderamente conmueven.

TUOMAS.— ¡Ahora hemos de aprender a leer! Cojamos la cartilla y metámonos en la chola las letras a mazazos, si es preciso.

AAPO.— Acabas de decir una cosa que, si la cumpliéramos, nos llenaría de dicha. ¡Ah, si acometiéramos juntos la tarea sin dejarla a medias!

JUHANI.— Ya comprendo; deberíamos coger el libro con las uñas y los dientes, y no dejarlo hasta la página final, la del gallo. ¡Muy bien! Tal vez pronto tomemos una determinación, y lo que se decida se hará, aunque tengamos que sudar sangre. Tengo la mollera dura, es verdad, pero contiene algo, aunque solo sean

unas pocas malas ideas. ¡Lléveme el diablo si, estudiando cada día, no llegase a rivalizar con una mocosa de cinco años! ¿Por qué no? Todo se alcanza con perseverancia.

AAPO.— ¡Oh, Juhani! Tus palabras resueltas y sensatas me tocan el corazón.

JUHANI.— Sí, todo se logra con perseverancia, si se pone manos a la obra, hincando los codos. Pero hay que examinar este asunto muy seriamente y a fondo.

AAPO.— Hay que probar, porque es algo magnífico. Mirad, si no sabemos leer, una mujer legítima será para nosotros fruta prohibida.

TIMO.— ¿De veras? ¡Diantre! Entonces vale la pena probar, ya que ese truco me permitirá conseguir una buena esposa, si es que me da la ventolera de casarme. Porque, ¿quién sabe lo que puede pasarle a uno por la cabeza? Nadie, más que Dios.

JUHANI.— Bien, pero tratemos a fondo una cuestión, y es que tenemos la cabeza de alcornoque.

Pasaron algunos días, y una tarde, volviendo a hablar del asunto, los hermanos decidieron unánimemente ponerse con empeño a aprender a leer.

JUHANI.— Está decidido; en dos años me meteré la cartilla en la cabeza. Pero compadezco al pobre Timo, que tiene la mollera dos veces más dura que la mía, ¡dos veces!

TIMO.— No te hagas mala sangre por eso. ¿Qué pasa si la tengo dos veces más dura? Si tú aprendes a leer en dos años, yo aprenderé en cuatro, eso es todo; solo es cuestión de paciencia.

JUHANI.— ¡Bien! Esa contestación te rebaja la cuenta en un montón de días, un año entero. ¡Pero, hijos, estamos en el trineo del diablo! Antes de que sepamos el libro de pe a pa, quedará reducido a papilla en nuestras manos. ¡Que Dios no nos abandone!

TIMO.— Quiero aprender mi cartilla.

JUHANI.— Yo también, aunque me haga el efecto de mascar guijarros y patatas crudas. Pero el pastor es tan bueno con nosotros que me conmueve, y por eso quiero estudiar. Pero ¿de dónde vamos a sacar un maestro entendido y paciente?

AAPO.— Ya he pensado en ello. Mis ojos se vuelven a ti, Eero. Sí, tú eres inteligente, no puede negarse, y agradece a Dios ese don

que te ha dado. Vete por unas semanas lejos de aquí y échate al mundo, con tu saco lleno de provisiones y la cartilla bajo el brazo. Ve como discípulo a casa del montero, ese sin par cazador de lobos. Es un hombre muy leído, y sé que no se negará a darte lecciones, sobre todo si le prometemos como recompensa un buen terreno para desmontar y algunos urogallos para asar. Y cuando hayas aprendido los rudimentos de la lectura, volverás a casa para enseñarnos.

JUHANI.— ¡Cómo! ¿Eero enseñarnos? ¡Qué risa! Procura no volverte vanidoso, Eero, te lo advierto.

EERO.— ¡Lejos de mí todo eso! El maestro debe dar buen ejemplo a sus discípulos y pensar en el día de la rendición de cuentas, cuando habrá de decir: «Heme aquí, Señor, y he aquí los que me confiaste».

JUHANI.— ¿Lo veis? Ya empieza con sentencias. Pero te diré una cosa: Me enseñarás cuando a mí me dé la gana, te callarás como una perca cuando yo quiera, y trabajaré a mi modo y manera. ¡Ya lo sabes! Y no olvides que te vigilaremos de cerca. Pero tal vez este medio es bueno.

TUOMAS.— Es el mejor que se le ha ocurrido a Aapo.

JUHANI.— ¡Vale más de mil monedas reales!

AAPO.— ¿A ti qué te parece, Eero?

EERO.— Lo pensaré.

AAPO.— Esto funcionará, sin duda alguna. Pero yo quisiera exponeros mi idea más importante, una idea que vale su peso en oro. ¡Muchachos animosos, amigos míos! Hagamos de Impivaara una finca magnífica, completamente nueva. Hagámosla en los bosques con la fuerza de siete hombres. Ya, ya veo que vuestros ojos se agrandan y me miráis como embobados, lo cual no me sorprende. Pero pensad que nuestros medios de subsistencia son cada día más escasos en el desierto; apenas se oye por aquí el gruñido de un oso, y no es frecuente que un urogallo levante el vuelo a nuestros pies, en el bosque. Y aún hemos de considerar otra cosa: «No es bueno que el hombre esté solo». Algún día pensaremos esto, pero queda lejos del lecho nupcial el vagabundo salvaje que apenas puede llenar su estómago hambriento, y mucho menos el de una mujer y unos hijos. Transformemos, pues, en prados esta vasta ciénaga boscosa;

trabajemos esta hermosa pradera inclinada y construyamos poco a poco alrededor de nuestra cabaña un corral, un establo, un pajar, graneros y todo lo que haga falta, según las necesidades. Y entonces tendremos una verdadera propiedad, que llamaremos Impivaara, una granja mejor que nuestra casa natal de Jukola, y antes que llegue el día en que nuestra querida Jukola nos sea devuelta, habrá aquí verdes praderas, ondularán mieses magníficas y, al caer la tarde, un rebaño de ganado vacuno mugiente y abigarrado volverá de los bosques.

JUHANI.— Tu palabra es elocuente. Pero piensa, hermano, que ya tenemos una granja, y aunque es cierto que la hemos arrendado, dentro de algunos años volverá a ser nuestra.

AAPO.— Pero antes de que venza el plazo seremos unos holgazanes sin remedio, y apenas tendremos ganas de levantar las suelas del piso, y eso cuando nuestra granja esté más baldía que nunca, porque he oído decir que el curtidor es un mal granjero, un vago de siete suelas, y que no se nota ningún cambio para mejor en los campos ni en los prados. Y aunque no fuese así, siempre saldremos ganando teniendo dos granjas en vez de una: Jukola e Impivaara. La gente nos tendrá mucho más aprecio, y cuando queramos casarnos, no tendremos más que elegir entre las bellas y coloradotas campesinas de Häme. ¡Al trabajo, hermanos, a la tarea! Pongamos en ello todas nuestras fuerzas, porque esta vida vale la pena ser vivida, y la humanidad, como hemos visto, no es, después de todo, una partida de granujas. Yo creo que el mundo es respecto a nosotros lo que nosotros somos para él, y el que «siempre sufre injusticias» que mire dentro de sí mismo. Es cierto que a menudo nos han tratado mal; pero, al fin y al cabo, solo podemos quejarnos de esos tarugos de Toukola, que, dicho sea de paso, creo yo que tenían sus motivos para buscar camorra. Pero, en cualquier caso, como lo mejor es la concordia y la paz, podremos restablecerlas si nos lo tomamos en serio. Oíd, trabajaremos aquí con todo ahínco, y cuando vayamos a tierras de Toukola, nuestros antiguos enemigos nos mirarán con más respeto que antes. Y si les correspondemos con miradas amables, pronto apuntará el alba de la reconciliación general. Es cierto que esto nos costará mucho, lo sé; que exigirá mucha dedicación y un trabajo tenaz; pero ya se sabe que, en esta

tierra, el que no siembra no recoge. Aparte de esto, para qué deciros lo mucho que saldremos ganando: tendremos buenas relaciones con todo el mundo; dispondremos de dos granjas; nuestro porvenir será «el cabo de buena esperanza», y, cuando nuestra vida empiece a declinar, la tumba no nos parecerá ya un antro temible, sino una estancia para el reposo, la antesala de la mansión de los bienaventurados.

TUOMAS.— Has hablado muy bien y con certeza. Yo acepto tu propuesta. Hermanos, hagámosle caso, porque se trata de un asunto serio que rehará nuestras vidas y hará brillar la aurora en el umbral de los bosques. Apruebo el plan.

TIMO.— Yo también.

SIMEONI.— Nuestra vida se llena de luz, gracias a Dios. Tu idea es hermosa, Aapo, y la apruebo.

EERO.— Yo también, ya que por fin damos un paso como hombres.

JUHANI.— ¿Pues cómo iba a oponerme yo, que soy vuestro humilde hermano mayor? Apruebo el plan, y toda mi vida recordaré este día como un día de felicidad. Ya estaban llamando a la puerta las cadenas o el uniforme gris del soldado y el redoblar de tambores cuando, de pronto, esas calamidades se alejan en nuestros bosques rumorosos. Nos rodeaban las tinieblas, y he aquí que el cielo, aclarándose de pronto, ha barrido todas las nubes. «Los cirios de Dios alumbrarán», como dice el pastor con poderosa voz. ¡Ah! Dios y el comisario han velado por nosotros, y seríamos unos desagradecidos si no correspondiéramos.

Al día siguiente despidieron a Eero, que con el morral sobre la espalda, la alforja al hombro y la cartilla guardada dentro de la camisa, partió a casa del montero a comenzar sus estudios. Los demás, provistos de palas y azadas, se dedicaron a roturar el claro en torno a la cabaña. A medida que pasaban los días iba extendiéndose la tierra desterronada y desmenuzada en turbas, y de esa manera quedó construida una fosa perpetua para las matas de arándanos y otras plantas. Y cuando con el trabajo de las azadas los hermanos tuvieron preparado un terreno suficiente para asegurar la subsistencia de siete hombres, se extendieron por el bosque para preparar un prado donde sembrar heno, y empezaron a derribar un centenario bosque de abetos, los cuales, envueltos en su capa de musgo, dormitaban junto al claro. El hacha resonaba sin descanso, y

los árboles caían ruidosamente sobre la tierra húmeda. Luego los podaron, y con las ramas formaron pequeños montones para trasladarlos a la casa durante el invierno, y llevaron los troncos arriba, a la pradera, con objeto de construir con ellos un secadero de granos y un establo. Los hombres marchaban resueltamente uno tras otro, con los corpulentos troncos cargados sobre sus fuertes hombros, y al llegar a lo alto del terreno en cuesta, a un grito de Juhani, los dejaban caer ruidosamente a tierra, retemblando esta y resonando el bosque sordamente. La tala iba ganándole espacio al bosque por la parte sur, proporcionándoles el material necesario para las nuevas construcciones.

Eero, por su parte, trabajaba con tesón para aprender a leer, y avanzaba en conocimientos. Todos los sábados volvía a casa con las alforjas vacías, y el lunes regresaba a la escuela con ellas llenas de provisiones y la cartilla guardada dentro de la camisa. Así pasó el otoño, se aproximó el invierno, y los hermanos dejaron descansar campos y prados hasta la primavera siguiente, ocupándose en reunir provisiones para ellos y sus animales. Recorrían de parte a parte con sus perros los melancólicos bosques otoñales, donde recogían las piezas abatidas, sangrantes, y edificaron junto al pantano un alto almiar para el viejo Valko.

Había llegado el invierno, y para la Nochebuena Eero volvió a casa, pues el montero consideró que ya sabía lo suficiente para enseñar a leer a sus hermanos. La verdad es que había aprendido con una rapidez asombrosa. Leía sin titubear, y se sabía de memoria la cartilla y el catecismo. Pasadas las Navidades, empezaron la lectura y el estudio. Eero se sentaba en su condición de maestro, y sus hermanos y alumnos gritaban a coro las letras según aquel les indicaba, resonando las voces al unísono en la espaciosa sala. Pero el estudio, sobre todo al comienzo, se les hacía cuesta arriba; había que verles sudar y resoplar de un modo penoso. Juhani sobrepasaba a sus hermanos en ardor, temblándole el mentón de puro amor propio, y Timo, a su lado, siempre amodorrado, recibía un repelón cada vez que se le inclinaba la cabeza de sueño. Algo que les contrariaba mucho a los hermanos es que Eero no se comportase siempre seriamente durante las clases, zahiriéndoles de vez en cuando con chuflas malintencionadas. El guasón ya había sido reconvenido más de una vez por sus hermanos, pero siempre volvía

a las andadas.

Un día de invierno, cuando fuera hacía un frío glacial y un sol desvaído lucía en el horizonte del sur, los hermanos estaban dedicados al estudio en la cabaña. Su voz resonaba a lo lejos, repitiendo machaconamente el alfabeto.

EERO.— A.

LOS OTROS.— A.

EERO.— B.

LOS OTROS.— B.

EERO.— Como veis, la A es la primera letra del alfabeto, y la Ö la última. «A y Ö, el principio y el fin, el primero y el último», según se ve en no recuerdo qué parte de la Biblia. ¿Pero habéis visto u oído alguna vez que el último ocupe el lugar del primero, que esté la Ö en el lugar de la A? No me digáis que no tiene su aquel ver a este pequeño, a este pobre desgraciado, que antes era el último, convertido de pronto en el primer polluelo de la nidada, al que todos los demás miran con respeto y sumisión como algo paternal, aunque abran mucho los ojos. Pero dejemos de hablar de cosas que no tienen que ver nada con lo que nos ocupa. Hale, continuemos.

JUHANI.— No sé si he comprendido bien lo que quieres decir, aunque me parece que lo he comprendido demasiado. Procura enseñarnos de buenas maneras, o prepárate…

EERO.— Bueno, pronunciad con claridad. C.

LOS OTROS.— C.

EERO.— D.

LOS OTROS.— D, E, F, G.

JUHANI.— ¡Alto, alto, que me he perdido! Volvamos a empezar otra vez desde el principio.

EERO.— A.

LOS OTROS.— A.

EERO.— «A, B, C, D, cuatro son y no tres». ¿Qué significa este acertijo, Juhani? ¿Podrías explicármelo?

JUHANI.— Lo intentaré. Venid todos un momento afuera, que hemos de discutir un asunto serio.

Juhani salió de la cabaña seguido de los otros. Vagamente preocupado, Eero se preguntaba qué significaba esto de salir fuera. Sus hermanos hablaban de su inclinación a gastar bromas, que lo

movía a burlarse no solo de ellos, sino también de Dios, y decidieron aplicarle un correctivo. Lo condenaron a una severa paliza y, cuando volvieron a entrar, Juhani empuñaba una vara de abedul que hizo temblar de miedo al maestro Eero. Tuomas y Simeoni sujetaron con fuerza al muchachuelo, y el palo de Juhani entró en acción. Eero gritó, bramó y forcejeó, y cuando estuvo libre miró torva y rencorosamente a sus hermanos, uno por uno.

JUHANI.— ¡Hala! Coge el libro y enséñanos como Dios manda, truhán, y acuérdate de esta tunda siempre que tengas la tentación de sacar tu afilada lengua a paseo. ¡Y toma y toma! ¡Así! ¿Has sentido algo? Bueno; por fin has acabado por recibir lo que te había prometido y augurado hace años. Porque «terrible es por fin el salario del burlón». Ahora ya lo sabes. ¡Coge el libro, te digo, y enséñanos como es debido, gaznápiro!

TUOMAS.— Deja ese aire vengativo y siéntate al extremo de la mesa. Haz lo que se te ordena sin murmurar, o el palo danzará en mis manos y armará una tempestad como no se haya visto.

Reanudaron, pues, el trabajo; pero el maestro pronunciaba las letras con voz seca y áspera, dirigiendo a los alumnos miradas odiosas. Una atmósfera glacial gravitó largo tiempo en la mesa de estudio de Impivaara, hasta que, pasados los días, el tiempo aplacó el corazón lacerado de Eero. Entregados con ahínco al estudio, los hermanos hicieron progresos que, a decir verdad, fueron muy lentos al principio, especialmente por lo que a Timo y Juhani se refiere.

Capítulo duodécimo

Llegó el verano y se reanudaron los trabajos del campo. Los hermanos labraron y rastrillaron sus tierras. Dedicaron unas veces su tiempo a abrir un prado en el gran bosque y otras a construir un establo. El trabajo se les hacía pesado al principio, pero luego, esforzándose, llegaron a acostumbrarse a jornadas de la mañana a la noche. El establo quedó finalmente construido, y sus campos se convirtieron en buenas tierras de cultivo, al tiempo que la pradera iba adentrándose cada vez más en el bosque. Ante sus ojos se extendía ahora su magnífico prado, al que llamaron Prado de Abajo, que, aunque con muchos tocones y matas, era capaz de producir abundante heno. Llegado el tiempo de la siembra, vendieron un terreno de bosque y con los beneficios compraron centeno. Tuomas sembró el nuevo campo de Impivaara: sembró tres fanegas de centeno en los surcos polvorientos, y los tiernos tallos pronto verdearon a los frescos vientos de septiembre.

Amarilleó el abedul, el álamo se vistió de púrpura y las húmedas nieblas vespertinas cubrieron el Prado de Abajo. Era otoño, y los hermanos no olvidaron prepararse para el invierno, y habían adquirido tres becerras y un novillo para incrementar el establo. Cesaron los trabajos al aire libre. Todo dormía bajo la nevada. Los hermanos se dedicaron a las faenas de la casa y se inclinaron en la mesa sobre las cartillas. Se aplicaron, pues, tenazmente a la lectura y, aunque con lentitud, su saber iba aumentando. Ya leían aceptablemente y empezaban a retener de memoria algunos pasajes del libro de lectura. Todos porfiaban, con entrega y tenacidad, en llegar a la última página de la cartilla, la del gallo. El primero en conseguirlo fue Lauri, seguido por Aapo, Simeoni y Tuomas. Juhani y Timo, por el contrario, se quedaron muy rezagados. Timo acabó por llegar al deseado fin, cuando Juhani aún sudaba y se quejaba

lanzando resoplidos sobre el Credo. Le dolía en el alma ser el último, y no le servía de consuelo la compasión que los otros le manifestaban, pues sabía que, en definitiva, solo podía contar con su aplicación y constancia. Sin embargo, tal vez leía un poco más de corrido y más claro que Timo, aunque este manifestaba tener más facilidad que su hermano para memorizar.

Los que se sabían ya el libro decidieron tomarse unos días de vacaciones para celebrarlo. Empuñando la escopeta, recorrieron en esquís los bosques vecinos y mataron una liebre de piel blanca, agazapada bajo un pinabete cubierto de nieve, y un urogallo congelado de frío y con las plumas ahuecadas sobre una rama, allí donde se unían el gran bosque sombrío y el páramo sonoro. Juhani, por su parte, sentado en camisa al extremo de la mesa, sudaba por todos sus poros sobre la cartilla. Lleno de ira, se mesaba los cabellos y golpeaba el libro de ásperas páginas. A veces, desesperado, saltaba del banco rechinando los dientes y, a punto de echarse a llorar, levantaba el tajo del rincón y lo lanzaba al suelo con rabia, y entonces la casa retemblaba y su corta camisa se agitaba en el aire. Tantas eran las penalidades que pasaba en aprender la cartilla que muchas veces se desahogaba con el tajo y luego volvía a la mesa y se enfrascaba en un pasaje difícil. Cuando, por fin, a principios de primavera, llegó a la última página del libro, lo cerró con una mirada de orgullo.

Desaparecieron las nieves; el agua discurrió por el prado y, a través de él, al pantano de Sompio. Los hermanos se ocuparon entonces en la construcción del secadero de granos, que levantaron a cierta distancia de la cabaña, en la parte más llana del claro, y de nuevo resonaron a lo lejos los golpes de las hachas y de los mazos. Cuando el sol llegó a lo más alto del cielo, cuando los bosques y los campos se cubrieron de verde y crecieron las espigas del centeno, el secadero de Impivaara estaba terminado. La naturaleza vestía sus mejores galas, las mieses se desbordaban en los campos, y a los habitantes de Impivaara les sonreían las mejores esperanzas. Un día estival se levantó un aire del norte, sopló con fuerza todo el día hasta el anochecer, y luego se calmó y enmudeció. Fue una noche silenciosa y fría como una tumba, y una helada gris cayó sobre los campos como un peso asfixiante sobre los delicados pechos de una doncella. Al día siguiente el sol alumbró tristemente la obra de la

noche. El campo de centeno yacía completamente muerto bajo la cruda helada. Los hermanos salieron muy temprano de la casa y contemplaron con horror los blancos campos, cuyo aspecto ensombreció su corazón. A los dos o tres días, el centeno, antes tan lozano, aparecía pálido y marchito.

JUHANI.— ¡Adiós a nuestros esfuerzos y esperanzas! Hemos perdido la cosecha. Queda la paja, pero las espigas se doblan, sin fuerza. Hijos, nos hemos quedado sin el pan del año que viene.

TUOMAS.— Es un golpe terrible, sobre todo si tenemos en cuenta que la caza escasea cada vez más en el bosque. El año pasado, aunque lo recorrimos en mil sentidos como linces, apenas nos permitió comer durante el invierno.

JUHANI.— ¿Qué vamos a hacer entonces? No podemos abandonar un campo que con tantos trabajos y sudores hemos arrancado a la ingratitud del claro del bosque.

TUOMAS.— No, no, ni pensarlo. Este otoño sembraremos de nuevo. Ya se sabe que aquí los años de helada alternan con los de bonanza, y que, en general, los veranos sin hielo son más frecuentes que los de barba de escarcha.

AAPO.— Creo que la helada puede visitarnos aquí cada verano, mientras el fondo del pantano de Sompio sea el refugio de las ranas y la residencia de los arándanos. No, no bromeo. Si queremos proteger nuestro campo de la helada, tenemos que pensar en desecar el pantano, quitarle el agua y la humedad abriendo zanjas, lo cual nos permitiría además matar dos pájaros de un tiro, pues protegiendo nuestros campos contra la helada ganaríamos otra pradera.

TUOMAS.— Creo que todos estaremos de acuerdo. Si queremos proporcionarnos una granja en esta tierra deshabitada, tenemos que poner manos a la obra.

Y así, con las palas y las hachas al hombro, bajaron un día al pantano para limpiarlo y abrir zanjas. Lo primero que hicieron fue abrir una, grande y recta, a la que desembocaron otras laterales más pequeñas, y pronto se levantaron a ambos lados montículos de musgo, de cieno y de arcilla. Derribaron los abedules raquíticos y desmedrados, y los amontonaron para quemarlos en verano. La granja de Impivaara contaba desde entonces con una nueva pradera. Trabajando sin descanso desde el amanecer hasta la noche,

construyeron zanjas en gran parte del desolado pantano de Sompio, cuya superficie estaba más seca cada día. Cuando llegó el tiempo de la siembra, Tuomas sembró de nuevo el campo, que pronto empezó a reverdecer. Aquel invierno, como el anterior, lo pasaron los hermanos ejercitándose en la lectura, hasta que aprendieron de memoria todo el catecismo elemental. Pero Eero, Lauri y Aapo, no contentos aún, siguieron estudiando hasta aprenderse todo el catecismo. Pasaban muchos días con el estómago vacío, pendientes de los libros, porque la caza fue poco fructífera el otoño anterior y tampoco habían dispuesto mucho tiempo para dedicarse a ella. También ahora siguieron recorriendo los bosques con sus esquís, pero sus esfuerzos fueron mal recompensados.

Volvieron los verdores del estío y el centeno creció, hermoso, en el campo de Impivaara. Pero, ay, otra vez sopló el viento del norte durante todo el día, hasta que, a la caída de la noche, se calmó y enmudeció. La noche fue silenciosa y fría como una tumba, y sobre el campo se extendía la helada gris como el aliento de la muerte. Salieron los hermanos a primera hora y observaron con horror los estragos causados en sus cultivos. El centeno, tan lozano antes, aparecía pálido y marchito. Entonces, buscando remedio a la catástrofe, reflexionaron en lo que habían de hacer, y decidieron que lo más apropiado era desecar por completo el pantano, de donde sabían que provenían las heladas. Una vez tomada la decisión, durante el caluroso verano empezaron a excavar y canalizar el pantano neblinoso, sufriendo con frecuencia los aguijonazos del hambre. Trabajaron infatigablemente durante largas y duras jornadas, y cuando el sol se ponía, volvían rendidos a casa, con la angustia y el dolor marcados en sus labios por una negra y amarga línea.

Pero a principios de otoño el pantano estaba completamente cruzado de zanjas, y su superficie convertida en un terreno seco por el que se podía andar. Los hermanos poseían, por fin, la vasta pradera de Sompio. Sembraron el campo y cavaron incluso nuevas parcelas para la siembra estival. El frío de la pasada primavera había sido un impedimento para la reproducción de la caza, y los hermanos encontraron más dificultades que nunca para reunir provisiones. El hambre se cebó cruelmente en ellos durante aquel invierno, que cubrió la tierra bajo una nevada de un brazo de

espesor. Las paredes de la cabaña crujían; las piedras y las rocas se agrietaban; los pájaros, cual copos de nieve, caían muertos en el aire glacial; los viajeros veían cómo la saliva se congelaba al salir de la boca y se deslizaba tintineando en el rastro liso del trineo.

En uno de aquellos inclementes días, cuando el viento norteño aúlla bajo un cielo pálido, claro y reluciente de frío, los hermanos, reunidos en su caldeada cabaña, hablan de su situación y de cómo podrían calmar las quejas de su estómago.

JUHANI.— Esto no puede seguir así. Hace veinticuatro horas que comí por última vez. ¿Y cuál fue mi festín, cuáles mis exquisitos bocados? ¡Maldita sea! Dos patas de ardilla secas y resinosas. Las tripas de un hombre no se alegran con tal manjar. ¿Qué te parece, Tuomas?

TUOMAS.— Hazte un agujero más en el cinturón.

JUHANI.— Mira, hermano, tengo ya la cintura tan fina como la de una damisela, fina como una hormiga roja. Pero este engaño no nos servirá siempre. Hemos de hacer lo que sea, y pronto. El hambre me encrespa, hermanos, me encrespa y me encoge el ánimo.

SIMEONI.— Entonces, ¿qué otra cosa podemos hacer sino seguir la gran ruta, el largo y duro camino del mendigo?

JUHANI.— Ese será nuestro último recurso. Tengo un cubo vacío en vez de pecho. ¿Qué pasa? ¿Es que ni en el cerebro de nuestro hermano Aapo queda ya una buena idea?

AAPO.— ¿Qué sacaremos de donde no haya nada?

JUHANI.— De la nada ha salido todo el universo. ¿Por qué no podríamos sacar de la nada aunque solo fuera una pieza de pan de paja?

AAPO.— Si fuéramos omnipotentes…

JUHANI.— ¡Ah, si al menos fuéramos los espoliques de Dios! Ahora retozaríamos por las planicies doradas y comeríamos el maná y beberíamos miel como agua del riachuelo. Viviríamos como señores y escucharíamos, escupiendo con desdén, lo que algún menesteroso llegado de la tierra nos contase acerca de siete pobres hermanos que se hallan amontonados en una cabaña al borde del cenagoso pantano de Sompio, unos sobre otros, como murciélagos en la cavidad de un pino, pasando un hambre de lobo.

EERO.— Déjate de fantasmadas y vayamos enseguida al bosque de Kuokkala. Exploraremos a fondo los parajes que hemos tenido demasiado descuidados este otoño.

JUHANI.— También de allí habrán huido los osos, es casi seguro.

EERO.— ¡Casi! Es de idiotas seguir aquí con los brazos cruzados y muertos de hambre cuando podríamos conseguir magníficos asados. Es verdad que podemos fracasar, pero por probar no se pierde nada. De manera que vamos a ese bosque, y, si no encontramos osos, a lo mejor encontramos otra pieza. Además, la granja de Kuokkala no está lejos de allí, y siempre nos fiarán un pan por cabeza y unas medidas de guisantes. De lo que no cabe duda es de que, si no podemos salir adelante por nuestros propios medios, tendremos que recurrir al prójimo. Tomaremos prestado lo que nos den y pagaremos cuando podamos.

Así habló Eero, y los otros acabaron por ceder. Bien armados, pues, y calzados los esquís, se dirigieron con los perros al bosque de Kuokkala. Aunque los esquís se deslizaban suavemente por la nieve apelmazada, los hermanos caminaban con más esfuerzo y más despacio que antes, como si tuvieran los miembros agarrotados. Al llegar al bosque, se separaron en todas direcciones en persecución del oso, aunque sin resultado. Se acercaba la noche y se reducía la esperanza cuando, por consejo de Eero, decidieron explorar los alrededores de una colina boscosa. Apenas llegados, oyeron enfurecidos ladridos, y una osa salió de entre unos abetos y, corriendo en zigzag, huyó levantando la nieve. Los cazadores se deslizaban con sus resbaladizos esquís describiendo numerosas curvas, y los roncos ladridos de los perros resonaban en el aire helado. Se oyó al fin un disparo de la escopeta de Tuomas, y la osa cayó arrastrándose en la nieve y vertiendo su sangre. Los perros se arrojaron sobre ella; uno de los hermanos se acercó armado de un fuerte venablo, y el animal, entregado, esperó la muerte del hierro afilado y de los mordiscos de los perros. Aplastada sobre las patas, la osa expiró en la nieve ensangrentada. Pero apenas reunidos los hombres junto a su presa, oyeron en el bosque una tremenda algarabía, y dos oseznos de un año salieron, perseguidos por los perros, de su refugio, situado a unos cien pasos de la cueva de la osa. La lucha entre los peludos oseznos y los intrépidos Killi y Kiiski fue encarnizada, a dentellada limpia, y se prolongó hasta que los

hermanos llegaron con sus venablos en auxilio de los perros y pusieron fin a aquella contienda en que mechones de pelo volaban por el aire.

Cayó la noche. Los hermanos transportaron su presa al pie de la loma, cubierta de musgo y de abetos, y encendieron fuego. Allí donde el viento soplaba sobre el fuego establecieron el campamento, levantando con troncos y ramas un parapeto que impidiera al viento avivar la llama y mantuviera más tiempo el rescoldo. Luego se ocuparon de preparar una estupenda cena. Después de desollar y cortar una buena pata de la osa, asaron blandos trozos sobre las ascuas y calmaron con placer sus hambrientos estómagos. Luego se tumbaron a dormir sobre un montón de ramas, felices por haber calmado el hambre para muchos días. También los perros se entregaron plácidamente al descanso después de haberse agotado corriendo como locos. Reposaban con el hocico entre las patas, y de vez en cuando abrían los ojos, fijándolos con sereno orgullo en la presa ensangrentada que yacía sobre la nieve. Todos descansaban al calor de la hoguera, bajo las brillantes estrellas, mientras cerca, la helada hacía crujir las ramas secas de los abetos y el viento norteño gemía en el bosque helado. Al despuntar el alba, los hermanos volvieron esquiando a su albergue con su pesada y deliciosa carga.

La primavera se adelantó, y fue hermosa. Los hermanos se entregaron con ardor a la pesca en el cristalino lago de Ilvesjärvi, y buen número de percas de curvas nucas y de gardís de dorados flancos cayeron en sus redes o mordieron sus anzuelos. Sentados en la ribera, a la sombra olorosa de las cerisuelas, pasaron muchas mañanas de primavera sacando de las aguas con el anzuelo el reluciente rebaño de Ahtola, el reino de las aguas. Volaban graznando los patos sobre la superficie del lago, quieta como una balsa de aceite, y más de uno se desplomaba en pleno vuelo bajo los disparos de los hermanos. La primavera resplandecía en las orillas del lago, en los campos y en los prados de Impivaara, donde se veía crecer la espléndida cosecha al calor de los días y al agradable frescor de las noches. Aunque con frecuencia soplaba un recio viento del norte, seguido de encalmadas y frías noches, la helada prendía en los fondos de la pradera de Sompio; el hielo asomaba las orejas, pero le faltaba fuerza para levantar la cabeza sobre la

superficie del prado. Durante aquel verano espléndido, creció el centeno en los campos y el heno en los prados, y una lluvia ligera arrancaba de vez en cuando húmedos olores a la tierra. Bajo un sol ardiente, los hermanos forrajearon y segaron el centeno de henchidas espigas; en el Prado de Abajo y en el de Sompio se elevaron como altas torres grandes pilas de heno, y las gavillas se amontonaron en redondos almiares junto a la casa. Aquel verano les proporcionó una cosecha más abundante que todos los demás juntos, y los hermanos lo recordarían siempre como «el dorado estío».

Una vez terminada la cosecha y sembrados los campos, un sábado por la mañana emprendieron un viaje proyectado hacía tiempo: se dirigieron a la casa parroquial para someterse al examen del párroco. El pastor los acogió con paterna amabilidad, y cuál no sería su satisfacción al comprobar que sabían leer correctamente, y algunos hasta francamente bien, como, por ejemplo, Lauri, al que proclamó el mejor lector de la gran aldea de Toukola. También observó que, en general, estaban bien preparados en el catecismo. Y cuando los hermanos volvieron el domingo siguiente a casa, después de la comunión, todos llevaban como obsequio del pastor, en premio a su aplicación, un Nuevo Testamento encuadernado en piel. Satisfechos, pero con aire circunspecto, entraron en su casa, bien barrida y adornada con follaje por Kyösti de Tammisto, que había cuidado de los animales durante aquella semana. Después de la comida, cuando Kyösti se alejó, cada uno de los hermanos se sentó en su rincón a estudiar la Biblia en el profundo silencio de la sala.

Transcurrió el verano espléndido, siguió un otoño claro y fresco, pasó el invierno y de nuevo surgió un hermoso estío. Los años siguientes fueron de paz y bienestar para la granja de Impivaara. La constancia es la fuente de la felicidad, y los hermanos trabajaban y se afanaban con tenacidad. Las tierras de labranza aumentaban, el grano se amontonaba en los graneros, la cuadra se poblaba de caballos y los animales vacunos se multiplicaban bajo las vigas del establo.

Valko, el viejo caballo tuerto, vivía aún, pero ya entre dos esbeltos potros, comprados el uno a Tammisto y el otro al viejo labrador de Kuokkala. Los potros hacían crujir entre los dientes la

hierba recogida en los baldíos y miraban al viejo caballo con un descaro juvenil cada vez que le veían por encima de la baja pared divisoria. Pero Valko, con las orejas gachas y el belfo balanceándose sobre la hierba, se hacía el desentendido y seguía masticando trabajosamente el pienso con sus dientes desgastados. Diez bovinos ocupaban el establo: ocho vacas de mirada lánguida y seria y dos novillos rechonchos como dos grandes tocones resinosos; el de más edad estaba condenado a perder su libertad la próxima primavera y a someterse al yugo, mientras que el otro seguiría aún paciendo a sus anchas. Este era el establo de la granja, el feudo de Simeoni, al que dedicaba toda su atención.

En el patio de Impivaara se construyeron todas las dependencias necesarias para una granja. En la linde del campo se levantó una magnífica sauna. El altillo de la cabaña desapareció, y la estufa situada en un rincón de la entrada fue sustituido por una chimenea, como es costumbre en las grandes granjas. El viejo entarimado, que solo cubría la mitad de la sala, fue reemplazado por otro de troncos de abeto aserrados por la mitad, que se extendía desde el umbral hasta el fondo de la estancia. Los ventanucos de las paredes se convirtieron en tres amplias ventanas, a través de las cuales se divisaban, al sur, los terrenos del prado junto al lago y, más allá, el más extenso de la antigua ciénaga de Sompio. Campos y prados estaban cortados por el camino que conducía de la granja a la iglesia y a Jukola, culebreando por los densos bosques de abetos y ascendiendo a la colina de Teerimäki, con su cima coronada de nubes. Al este, más allá de los campos, se divisaban enormes roquedales cubiertos de musgo y, aquí y allá, algunos pinos bajos pero robustos, tras cuyo agitado follaje resplandecía el sol las tardes de verano. La ventana del norte daba a la abrupta montaña de Impivaara. Tal era el paisaje visto desde las ventanas de la espaciosa sala. Pero si se abría la sólida puerta y se extendía la mirada hacia el este y nordeste, se descubría una zona pedregosa y llena de tocones, bordeada por una landa y por un rumoroso pinar, desde cuya base el sol estival ascendía al cielo. Tal era, a grandes trazos, el aspecto de la naturaleza en torno a Impivaara, que se convirtió poco a poco en una espléndida finca.

Pronto se extendió por toda la comarca el rumor del cambio de conducta experimentado por los hermanos y sus efectos en las

tierras de Impivaara. Al principio, nadie lo creía; pero la noticia, propagada y acogida con sorpresa, se confirmó y, poco a poco, los hermanos fueron conquistando la estima y consideración de las gentes. Era raro que se dejaran ver lejos de sus tierras, y no querían ver su granja natal antes del día en que les fuera devuelta. Así se lo habían propuesto, y siempre daban rodeos para no ver ni de lejos los amados campos de su infancia.

Estamos en el último estío del decenio durante el cual Jukola ha estado confiada a manos extrañas, y para el otoño próximo podrán volver los hermanos a su casa natal. Es un domingo radiante y caluroso de junio. Los rayos de sol penetran por la puerta abierta de Impivaara y componen un dorado dibujo en el suelo cubierto de ramaje. Sentados silenciosamente ante la mesa, Tuomas y Simeoni leen cada uno su Nuevo Testamento; Juhani, Timo y Eero pasean por los campos deleitándose en la florida belleza del verano; Lauri vaga por el bosque y Aapo ha ido a visitar a Kyösti de Tammisto. La bóveda del cielo es transparente; sopla una suave brisa. Revestido de nuevo follaje, el abedul reluce sobre la colina, y el serbal de blancas flores impregna el aire de su olor. En los campos de centeno ondulan las espigas bajo la ardiente caricia del sol ascendente. Los hermanos que paseaban por los campos vuelven parsimoniosamente a casa; Aapo regresa de Tammisto, y Lauri surge del bosque. Con una serena sonrisa se acercan a su acogedora casa, que, a su vez, parece sonreír a su encuentro. Con el corazón alegre, con la cara radiante, penetran en la amplia sala alfombrada de ramaje.

Después de comer, cada uno se instala en su sitio para reflexionar o leer. Aapo se sienta junto a la ventana del fondo, y mientras se entretiene limpiando su pipa, parece pensar en algo importante. Toma por fin la palabra e inicia el diálogo siguiente:

AAPO.— He visto al curtidor en Tammisto, y hemos hablado de nuestros asuntos. Al parecer, le han ofrecido una ocupación de molinero, y estará dispuesto a salir de Jukola a primeros de septiembre.

TUOMAS.— Mejor es que se marche lo antes posible, porque en vez de mejorar la granja la ha dejado peor de lo que estaba, y en cuanto al arriendo, no nos ha mandado ni un grano de trigo.

AAPO.— La ley le condenaría, sin duda, a pagar; pero ¿de dónde podría sacarlo?

TUOMAS.— Estaría toda su vida endeudado, a no ser que empeñase su pobre alma.

AAPO.— Tal vez pudiéramos arreglarlo mediante una prestación de servicio, pero tiene una mujer enferma y un montón de niños llorones.

JUHANI.— Dejemos marchar en paz a ese pobre holgazán. Perdonémosle las deudas. También es verdad que le ha perseguido la mala suerte durante estos diez años. Pero aunque la bondadosa suerte le hubiera estrechado entre sus brazos, es evidente que no nació para labrador. Hay que ser un poco más fuerte y animoso, y él es blando como un guante vacío. Que vaya a trajinar a su molino, ya le enseñaremos nosotros lo que hay que hacer para convertir Jukola en la más espléndida granja de nuestra comarca.

AAPO.— Tendremos, al menos, la satisfacción de contemplar una finca con campos labrados y prados hechos por nuestras propias manos. Lo que haremos es que tres de nosotros se quedarán aquí al cuidado de todo, y los demás volverán a Jukola a labrar las tierras; cuando se trate de faenas grandes y apremiantes, los siete uniremos nuestras fuerzas y trabajaremos todos a la vez, tanto aquí como en nuestra antigua granja. Y pronto tendremos dos magníficas casas de labor y la de los aparceros, de modo que cuando llegue el momento del gran reparto, cuando hayamos de tomar una decisión sobre nuestro porvenir, habrá una parte extensa para cada uno. Es de esperar que todo vaya sin desviarse. Sí, todo marchará bien si la razón y el buen sentido nos guían como una estrella mientras avanzamos por el sendero de la vida.

TIMO.— Yo digo que de la mujer, y de lo que ella haga en la casa, depende mucho que el trabajo que el marido realiza en el campo, durante la lluvia y el buen tiempo, traiga a la larga la riqueza o la miseria.

AAPO.— ¿Habéis oído a Timo? ¡Razona como un hombre maduro! Es cierto lo que dices. Una mujer puede aumentar la riqueza de una casa, y darle lustre, o destruirla hasta los cimientos. Y no hablo de una granja con un amo al que todo le da lo mismo, que en un momento se carga el fruto de años de labor. No hablo de una granja así, porque de nada servirían entonces la riqueza de

una hacienda ni la habilidad de una mujer lista como una ardilla y ahorrativa como una vieja judía. Pero pongamos como ejemplo una hacienda normal, cuyo amo es un despilfarrador, digamos, normal. Bueno; pues si en la granja hay una mujer dispuesta y ahorrativa, se mantiene contra viento y marea; pero si el ama es una derrochona, todo se viene abajo irremediablemente. También es cierto que el amo puede empinar el codo y armar en el pueblo esas grescas a las que la ley recompensa merecidamente; pero, a pesar de todo, estos son incidentes secundarios, aunque dejen pequeñas heridas, heridas sangrantes en el cuerpo del hombre con el que comparo ahora la casa. Un ama de casa que tira el dinero por la ventana es un gusano roedor en el intestino de una granja, la polilla que devora todos los jugos y acaba por echarlo todo a perder. ¡Cuánto me acuerdo de lo que contaba nuestro abuelo, aquel hombre tan sabio, tan prudente y previsor! Oíd lo que decía: Había una vez dos hermanos tan sobrios como trabajadores. Poseían dos granjas completamente iguales, y los dos tenían mujer e hijos. El uno estuvo siempre en situación holgada, pero el otro empobreció de día en día. La gente se preguntaba, sin conseguir saber por qué, cómo habían llegado los dos hermanos a situaciones tan diferentes. Y sucedió que, un sábado por la tarde, nuestro abuelo hubo de visitarlos por motivos de negocios. Primero fue a casa del rico, donde pudo ver que la granjera, que acababa de hacer mantequilla en la mantequera, distribuía rebanadas de pan untadas con mantequilla a sus hijos; luego fue a la casa del pobre y observó que la granjera daba también rebanadas a sus pequeños, pero poniendo sobre el pan una capa de mantequilla el doble de espesa que la de su cuñada. Entonces comprendió el abuelo por qué uno de los hermanos era rico y el otro pobre. Lo mismo que gastaba el doble de mantequilla, la mujer del segundo hermano dejaba escaparse entre sus dedos, casi sin que se notara, el doble de todo lo demás. Le hubiera hecho falta una granja el doble de rica para estar al mismo nivel que sus vecinos. Así habló un día aquel anciano, famoso por su sabiduría.

JUHANI.— Había comprendido el meollo del asunto. Una mujer inepta y derrochona es una rata que roe todo lo de la granja, y

tan despreciable como un zapato viejo en una charca de lodo.

AAPO.— Por eso el matrimonio será, como debe ser, el acto más importante de nuestra vida. Porque una mujer mala es la ruina del hombre, y una esposa amada y capacitada es su mayor gloria, su mejor amigo, su honor hecho oro, y hace del hogar un refugio de alegría y de paz. El marido ha de tratar a su mujer como a la niña de sus ojos, como el tesoro más valioso de su alma. Creo que no habría tantas malas esposas si los maridos procurasen corregir siempre los defectos de su joven compañera con palabras amables y guiños cariñosos, evitando a toda costa machacar con lo de «la buena esposa del vecino» y dejando descansar en la paz de la tumba a su «difunta y querida madre». Sí, hermanos, tal vez pronto tengamos cada uno a nuestro lado a su mujercita y nos veamos rodeados de chiquillos, porque no he hablado por hablar, sino con el propósito de que mis palabras calen hondo en vuestras almas.

JUHANI.— Has hecho muy bien, y nos has dado consejos inestimables, ¡voto a bríos! ¡Hay que ver el espíritu y las palabras verdaderamente paternales con que te has dirigido a nosotros en estas sombrías soledades! Hermanos, demos las gracias a Aapo por la buena obra que ha realizado.

AAPO.— ¡Bueno, déjate en paz de historias! ¡Sí, bien, bien! Pero hemos llegado al fin de nuestros sufrimientos, hemos luchado reuniendo todas nuestras fuerzas, nos hemos esforzado hasta no poder más para convertir una ciénaga cubierta de maleza en una amplia pradera despejada. Mirad: hace una tarde clara y serena, el sol va hacia el ocaso y una multitud de carpines juega y brinca entre los cañizares del lago de Ilvesjärvi. Vamos a echar las nasas y mañana tendremos un estupendo desayuno.

Bajaron al lago a tender las redes para pescar los carpines de dorados flancos, que en aquella época del año se agitaban a bandadas, llenando de reflejos la orilla del lago cubierta de hierba. Timo y Simeoni se quedaron en casa para cuidar del ganado que venía de los pastos, mugiendo y haciendo sonar los cencerros a través de la pradera cuajada de brezales. Cuando acabaron de ordeñar las vacas rumiantes en la árida landa sembrada de tocones, las metieron en el establo donde pronto una tras otra se acostaron en sus lechos de ramillas de abeto. Entre tanto, en la superficie en

calma del lago, los hermanos remaban en su barca de proa embotada y hecha de un solo tronco y echaban las nasas en la límpida profundidad de las aguas, junto a la franja sinuosa de los cañizares. Al noroeste brillaba el rojo vivo del crepúsculo, entre el follaje de los pinos.

Capítulo decimotercero

Es un pálido día de septiembre. Los hermanos han decidido salir a posesionarse de nuevo de su antigua casa de Jukola, que no habían visto desde hacía nueve años. Los siete avanzan por el camino que conduce a la aldea, a través de campos y del Prado de Abajo y el de Sompio, alejándose cada vez más de su nueva granja de Impivaara, donde queda el bueno de Kyösti al cuidado de los animales durante uno o dos días. A la cabeza de la fila van Juhani, Tuomas y Aapo, marchando alegremente, con la cara radiante de felicidad, seguidos por los dos potros que, guiados por Lauri, tiran del carro, y el carretero va sentado en un tonel lleno de cerveza recién fabricada por los hermanos para celebrar la entrada en la casa de Jukola. Detrás siguen Simeoni y Timo, conduciendo dos vacas mugientes destinadas a poblar los establos de la antigua finca. Eero, al final de la fila, lleva del ronzal un novillo que será el encargado de ocuparse de la reproducción del ganado de la granja. El animal sigue de buena gana a las vacas sin cesar de bramar. Killi y Kiiski, a pesar de los años, corretean sin parar, alegres y vivaces. Ellos son los únicos animales nacidos en Jukola que vuelven a su antigua morada. Valko, sin embargo, descansa para siempre en una tumba profunda detrás de la cerca del Prado de Abajo. El viejo gato de voz acatarrada, el querido Matti de Juhani, está muerto y enterrado, lo mismo que el gallo de gracioso cuello curvado. Pero otro gallo canta con voz penetrante en las vigas de Impivaara, otro gato ronronea junto al hogar, y dos briosos potros arrastran el carro de los hermanos a buena marcha hacia Jukola.

Así iban marchando. Al salir del llano de Sompio se adentraron en los bosques. El tiempo era bonancible y el sol brillaba sin ardor en un cielo azul y sonriente. Llegaron a la pradera de Matti de Seunala, atravesaron el camino que va de Viertola a la iglesia,

empezaron a subir por una landa arenosa, a través de un bosque de pinos, y pronto se hallaron en la cumbre de Teerimäki, de donde descendía un camino pedregoso. Parándose en lo alto de la loma, que abarcaba un extenso paisaje alrededor, decidieron conceder un descanso a las bestias de tiro. Fijaron su mirada en la Jukola de su infancia, al sudoeste, cuya visión arrancó lágrimas a sus ojos y anegó su corazón de una vaga melancolía, como el agua anega el pecho de un hombre que se ahoga. Luego, más calmados, volvieron a mirar en la misma dirección: allí, en el recuesto de una colina, se dibujaba Jukola como un pasado oscuro. Volvieron los ojos hacia el norte y vieron la nueva granja de Impivaara, que parecía sonreírles entre verdes campos dominados por la arriscada montaña. Con los ojos humedecidos, no cesaban de mirar alrededor, hacia todos los puntos cardinales. Juhani sacó cerveza del tonel, y la jarra de enebro pasó de uno a otro de los hermanos.

JUHANI.— Lloramos, pero nuestras lágrimas son perlas de gozo y alegría; bebamos, pues, para celebrar tanta dicha.

AAPO.— Demos las gracias al Creador, a quien debemos ser ahora hijos de la alegría. ¡Qué suerte la nuestra cuando nos dimos cuenta a tiempo de lo que había de traernos la paz, y de habernos salvado de ver escrita nuestra negra condenación en la pared! Esta circunstancia y la mano protectora de Dios han enderezado el camino de nuestra vida hacia la luminosa y apacible cumbre donde, como héroes triunfantes, nos hallamos ahora. Desde aquel día en que con el corazón lleno de ira y rencor huimos a lo más lúgubre del bosque, han transcurrido diez dorados años. Gracias a que lo hicimos, porque creo que si hubiéramos seguido viviendo en el sur, en la pesada atmósfera del odio y del resentimiento, erraríamos a estas horas como hijos de la pena. Si por fortuna abandonamos la aldea y a los aldeanos, fue para nuestro bien, porque una transformación tuvo lugar en nosotros. Y así, ahora podemos dirigir a Toukola una mirada de concordia y de paz, teniendo a nuestra espalda un magnífico apoyo.

»Sí, allí veis nuestra amada Jukola de antes; más allá, la aldea de Toukola, el campanario de la iglesia, y por allá, nuestra hermosa Impivaara. Veo claramente ante mí las peripecias de nuestra vida durante estos diez años. Atrás queda el camino recorrido.

Antes que nada, intentamos, sin que la fortuna nos acompañara, entrar en la comunidad cristiana haciendo un viaje desgraciado hacia aquella imponente torre que se alza al cielo. Pero aquella desafortunada excursión, tan llena de amarguras, nos hizo reaccionar violentamente, impulsándonos a las espesuras del bosque. Entonces nos fuimos a las grutas de esa montaña gris y escarpada y construimos una sólida cabaña. Pero el fuego devastador la redujo a cenizas, y tuvimos que huir como lobeznos a Jukola. ¡Menuda broma! Sin embargo, no dándonos por vencidos, volvimos al bosque protector y construimos una vivienda más hermosa que la primera.

»Y de nuevo pudimos entregarnos libremente a nuestras ocupaciones favoritas. Ladraron los perros, dispararon las escopetas y la sangre fresca de los animales del bosque corrió sin barreras. Mas he aquí que, de pronto, un terrible incidente nos obligó a agruparnos sobre la Piedra del Diablo, donde sufrimos la más dura de las pruebas. Allá abajo, creo, está la roca del hambre, del padecimiento y de la querida suerte, allá, cerca de la linde del bosque, donde aquel pino de ramas claras alza su copa sobre los demás. Aunque hayamos soportado tormentos y dolores sin cuento en esa piedra, bien podemos llamarla la piedra de nuestra felicidad, porque en ella tiene su origen el momento feliz y bendito que estamos viviendo ahora en la cima de Teerimäki. Lo que pasó en aquella terrible piedra nos obligó a realizar un enorme desmonte, que nos produjo centeno en abundancia, pero que, ay, desgraciadamente, fue también la causa de que nos diéramos a la bebida, que prefiero no recordar. ¡Pero basta ya! Los excesos del alcohol removieron a todos los diablos del infierno, que nos dieron un escarmiento espantoso, capaz de hacernos volver al buen camino. La visión prodigiosa de Simeoni y el sueño de Lauri, lleno de significado, fueron dos advertencias amenazadoras. Afortunadamente, comprendimos esas señales del mundo misterioso y decidimos renunciar para siempre al maldito aguardiente. Espero que mantengamos con hombría nuestra decisión.

»Pero aún recibimos un rudo golpe, tanto por nuestros excesos en la bebida cuanto por nuestro natural perverso y maligno, que, no sintiéndose, al parecer, suficientemente castigado, todavía

albergaba deseos de venganza. Y llegó aquel día infernal en que, entre rugidos feroces, aullidos de lobos y sonidos de estacas, corrió la sangre en la granja de Tammisto. Fue el castigo de nuestro abuso del aguardiente. A partir de aquel día de castigo empezaron a llover bendiciones sobre nosotros. En el momento en que estábamos al borde de un abismo de horrores, Dios misericordioso, valiéndose de nuestro excelente comisario, abrió nuestros ojos a la luz. ¿Y cómo correspondimos nosotros? Siguiendo como hombres la senda del sacrificio, del trabajo y de la aplicación. Es verdad que nos costó muchos esfuerzos y fatigas, pero superamos todos los obstáculos, y aquí estamos. Demos gracias a Dios, que nos ha guiado; alegrémonos asimismo de haber reaccionado a tiempo, y demos gracias también a nuestra bondadosa madre, que desde pequeños nos educó en el temor de Dios y el respeto a su ley. Muchas de sus máximas quedaron grabadas entonces en el fondo de nuestro corazón, desde donde una voz de advertencia nos ha susurrado siempre en el oído en el momento del peligro y durante las tempestades más violentas, en las que, gracias a Dios, no ha naufragado la frágil nave de nuestra vida».

JUHANI.— ¡Ah! Si nuestra madre viviese y se paseara por el patio de Jukola y viese que sus hijos se acercaban, ¡cómo correría a recibirnos en la linde del Prado del Canalillo! Pero está en las estancias celestes esperándonos. ¡Ya iremos allá también, madre, ya iremos un día, si Dios quiere! Bueno, pero hay que reanudar la marcha, hermanos, y bajar por la cuesta pedregosa.

Bajaron la pendiente y entraron en la espesura del bosque, yendo a desembocar en la alta llanura de Kiljava, destruida por un incendio y sobrevolada por los chillones halcones. Luego siguieron por un camino sinuoso a lo largo de la vasta pradera de Kuttila.

JUHANI.— Chicos, mi nariz percibe ya el olor de los lugares familiares, más suaves que el perfume de la hierba de la Virgen. Hermanos, queridos hermanos, hijos de la misma madre, oíd un consejo excelente: ¡Invitemos a beber con nosotros en Jukola a todos los que encontremos en el camino antes de llegar, hombres y mujeres, machos y hembras!

AAPO.— ¡Eso!

TUOMAS.— De acuerdo.

TIMO.— Invitaremos a todo el mundo, desde el juez hasta María la mendiga.

JUHANI.— ¡Desde el gobernador al último holgazán de Toukola! ¡Vaya fiesta más divertida! Y cuando llegue el momento de saltar y bailar con las chicas de Toukola, el piso de Jukola temblará y saltará la corteza de las vigas del techo. La verdad es que solo Aapo sabe bailar la farandola, porque nosotros no sabemos bailar más que la polca, y nada más que la polca. Pero ¿dónde encontraremos a un músico hábil y a una cocinera que sepa preparar el café?

AAPO.— Ya encontraremos alguna solución.

JUHANI.— Todo se encuentra en este mundo, y también en este caso encontraremos una solución. Consejos no nos han faltado en las peores situaciones, y todo ha acabado girando, doblegándose y curvándose a nuestra voluntad. Todo ha acabado arreglándose, y se han pasado diez años sin notarse. ¡Tralará, tralará! No he probado el café desde las bodas de Karja-Matti; pero hoy, para celebrar el gran día, ¡habrá que ver a siete buenos mozos, a siete apuestos hombres, bebiendo la copa de la amistad! Yo, Aapo y Tuomas, el batallón de la guardia del cuerpo de Impivaara, siempre en cabeza… ¡menudos mocetones! Ni siquiera Eero es de los tipos más pequeñajos de Finlandia, ni mucho menos. ¡Diablos, cuánto le ha costado crecer! Pero ahí lo tenéis: un hombre como debe ser, en cuerpo y alma. Es el resultado de los años pasados en el bosque y de nuestros mimos fraternales: un par de zurribandas y el tunante se crecía como si le regaran. ¿No es cierto? ¡Eh!, ¿qué dices tú mismo, el de la cola?

EERO.— Por lo que se refiere al cuerpo, es verdad; en cuanto a mi pobre alma, creo que aún conserva para ti cantidades de ese diabólico asafétida del viejo Adán, que con frecuencia cubre el mundo con su apestoso olor y lo revuelve de arriba abajo. Fíjate. En este momento me haces notar que vais en fila delante de mí. Mirad a Juhani ahí, al lado de Aapo, con la boca abierta como un cabrito del establo al lado de un noble potro.

JUHANI.— ¡Está bien, hermanito! Pero hoy los espíritus de la alegría y del júbilo están que lo vierten y hacen cucamonas. ¿Para qué preocuparme? Solo cantaré.

¡Tralará, tralará!

¿Cómo puedo estar contento?
¿Cómo puedo disfrutar?
¡Tralará, tralará!
¡Tralará, tralará!

Por cierto, ¿quién es ese tipo que se acerca tan tieso por el campo?

AAPO.— El viejo en persona, si no me engaño.

TUOMAS.— ¡En efecto! ¡Eh! ¡Saludémosle!

JUHANI.— ¡El chantre, el chantre de siempre!

TUOMAS.— ¡El mismo! Vamos a saludarle.

JUHANI.— ¡Hijo del Señor! ¡Ese gran sinvergüenza con la tranca en la mano y el gorro de nuestro anciano pastor en la cabeza! ¡Por los cuernos del diablo! ¿Será sinvergüenza?

TIMO.— ¡Nuestro maestro de escuela!

JUHANI.— ¿Y cómo nos enseñó? Ahora es el momento de preguntárselo.

SIMEONI.— Dejémosle pasar con respeto.

TUOMAS.— Hemos de invitarlo a la fiesta, como hemos acordado.

JUHANI.— ¡Claro, diablos, hay que hacerlo! ¡Pero qué ganas me entran de decirle de paso cuatro palabras, porque aún siento cierto resquemor contra él! Solo quiero recordarle una cosa, y luego podrá acompañarnos, si quiere. ¡Él me ha instruido, pero ahora quiero instruirlo yo! Voy a hacerle una pregunta sobre un punto arduo de mi Testamento.

TIMO.— También yo le haré una pregunta. Conozco una adivinanza muy graciosa, y me gustaría ver cómo la resuelve. No le guardo ningún rencor, porque mi cabellera vuelve a tener tantos pelos como antes. Pero me gustará ver si es capaz de deshacer el nudo que le pondré.

AAPO.— ¡Silencio, hermanos! Hay que tratarlo con respeto para demostrarle que somos otros desde que abandonamos la aldea. Así que procuremos portarnos con prudencia.

JUHANI.— Por prudencia me limitaré a hacerle en broma unas preguntas sobre la Biblia. He leído mi Testamento de pe a pa, y me parece que lo he comprendido todo. Pero, oye, Eero, ¿qué puedo preguntarle que no parezca malintencionado?

EERO.— Puedes preguntarle cómo fueron alimentados cinco hombres y dos peces con cinco mil panes.

JUHANI.— ¡Cierra esa boca, monstruo abominable! Ya te enseñaré yo. ¿Cómo quieres que le pregunte y le explique una cosa que ni el mismo arzobispo llegará a comprender en su vida? Ah, ya sé, ya sé qué voy a preguntarle. ¡Aquí llega el viejo!

TUOMAS.— Te lo advierto, trátale como es debido.

JUHANI.— Lo sé.

EL CHANTRE.— Buenos, días, muchachos, buenos días.

LOS HERMANOS.— Buenos los tenga usted.

EL CHANTRE.— ¿Conque de traslado, eh?

TUOMAS.— Así parece.

EL CHANTRE.— ¡Magnífico, vaya! Ya, ya. Sí, sí. El viento empieza a soplar. ¿Tendremos lluvia?

JUHANI.— Pudiera ser.

EL CHANTRE.— Sopla fuerte.

TUOMAS.— Sí, muy fuerte.

EL CHANTRE.— ¡Vaya, vaya! ¡Caray, caray! ¿De modo que mudándose de casa?

JUHANI.— Sí, poco a poco… Y usted, ¿tiene en este momento a algún discípulo amarrado a la mesa?

EL CHANTRE.— Qué va, ninguno.

JUHANI.— ¿Ni un solo osezno despeluzado en el rincón?

EL CHANTRE.— ¡Je, je! No, hijo mío, no. ¡Magnífico, magnífico! Así que estáis de mudanza. Os deseo un feliz regreso a vuestra granja natal.

JUHANI.— Muchas gracias, señor chantre. Venimos de las profundidades de los bosques, y ya ve, nuestras bestias van arrastrando una considerable carga, a la que hay que añadir el peso de siete Nuevos Testamentos, siete regalos de Inglaterra. Y yo creo que lo que más pesa son precisamente los pasajes más profundos y oscuros de este libro. Claro que podríamos tratar de aligerar un poco la carga desatando algunos nudos y algunos sacos de malicia. ¿Podría usted…?

TUOMAS.— ¡Juhani!

JUHANI.— ¿Podría usted responderme a una pregunta que a tanta gente le ha traído de cabeza? ¿Cómo se llaman los hijos del Zebedeo?

TIMO.— «Tú y yo somos uno, Antti el posadero y Jussi son también uno: ¿Cuántos somos?». Esto es lo que me preguntaron una vez y

lo que pregunto ahora al chantre.

JUHANI.— Cállate, Timo. Sí, señor chantre, ¿qué nombres tienen los hijos del Zebedeo? Esta es mi pregunta. ¡A ver! Escuchad bien, muchachos.

TIMO.— Tú y yo somos uno, Antti el posadero y Jussi son también uno: ¿Cuántos somos? Este es mi acertijo. Escuchad bien, muchachos. ¿Cuántos, señor?

EL CHANTRE.— ¿Cuántos van a ser, hijo mío? Dos, y no cuatro. Sí, pequeño, solo dos. ¡Je, je!

TIMO.— ¡Lo que me temía! Eso es lo que contesté yo. Pero ¡tururú! Son cuatro en ese montón, sapientísimo señor chantre.

JUHANI.— ¡Grandísimo idiota! ¿No puedes morderte la lengua hasta que tu hermano mayor haya acabado? ¡Por todos los diablos! ¡Te voy a…!

TIMO.— ¡Por el amor de Dios, no! Enseguida se te va la mano. ¿Me tomas por un ternero o por un novillejo? Te equivocas. Cuando me enfado con razón, gasto muy malas pulgas.

JUHANI.— Cierra la boca y escucha. ¿Cómo se llaman los hijos del Zebedeo?

EL CHANTRE.— Una pregunta inocente, por cierto. Pero nuestro pastor me preguntó una vez: «¿Cómo se llama el padre de los hijos del Zebedeo?». Y adivina, Juhani, cómo le di la solución correcta. Sí, permite que te lo pregunte. ¿Cómo se llama el padre de los hijos de Zebedeo?

JUHANI.— Ah, pues… pues… ¿También está ese nombre en mi Testamento?

EL CHANTRE.— Sin duda alguna, ya está en la pregunta.

JUHANI.— Esto… esto… ¿Y está en mi Testamento? Pero… anda, si eso es precisamente lo que quería preguntarle, solo que con las prisas le he preguntado un poco al revés. Conocía la cosa, pero la verdad es que no me he preocupado de buscar la explicación en mi Testamento. No soy ni un gran sabio ni un maestro, y tampoco pertenezco al clero, como un chantre, por ejemplo. El chantre sí que pertenece, aunque esté al final de la cola del clero, esa cola que un día tuvo que habérselas con el demonio.

TIMO.— En la historia era un pertiguero, ya sabe, el que se encargaba de despertar a los fieles que se dormían durante el sermón, el que se comparaba con la cola del clero y que azotó

un poco al diablo.

EERO.— Era un chantre.

JUHANI.— Chantre o pertiguero, pertiguero o chantre, da lo mismo; solo quiero decir que no pertenezco a esa orden respetable y que no tengo derecho a cantar en la iglesia como un gallo sobre una percha ni a tirarles de los pelos a los pobres chavales. Y si quiere que le diga la verdad… ¿Sabe cómo contestó el viejo estonio Korkki al juez de Hämeenlinna?

EL CHANTRE.— ¿Qué le contestó?

JUHANI.— «¡Vete al diablu, vieju demoniu!». ¡Chúpate esa! ¿Quién puede cantar victoria ahora? ¿Quién? Ándese con ojo, señoría, y piense que en diez años puede cambiar el mundo.

AAPO.— ¡Juhani, Juhani!

TUOMAS.— Ahora me toca a mí decir una palabra. Y tú, cállate, por lo que más quieras. Perdóneles, señor chantre, porque no saben comportarse. No haga usted caso, y tenga la bondad de venir con nosotros a celebrar la fiesta en Jukola, porque hoy es para nosotros un día grande.

EL CHANTRE.— Os lo agradezco, pero me temo que mis ocupaciones no me permiten aceptar la invitación.

SIMEONI.— Venga usted para restablecer la buena convivencia entre nosotros y los de Toukola. Hágalo, por amor de Dios.

AAPO.— Venga a hacer las paces, por favor. ¿Acaso no es un deber que le impone su cargo eclesiástico? Tenga en cuenta que no solo Dios, sino también nuestro bondadoso pastor, pueden disgustarse con usted al saber que se ha negado a hacer de mediador en un asunto tan importante. Piénselo bien.

EL CHANTRE.— Bueno, bueno, acepto. Os acompañaré, y haré cuanto esté en mi mano por conmover el corazón de los mozos de Toukola y, con la ayuda de Dios y mis palabras, inducirlos a una concordia fraternal. Pero hablemos antes, para que todo quede claro, porque leo en vuestros ojos un cierto resentimiento contra mí, aunque algo apagado, y sé a qué se debe. Sí, es verdad que fui para vosotros un maestro severo, severo y demasiado enérgico; lo reconozco y estoy profundamente arrepentido. Pero tened presente que a mí me instruyeron de la misma manera brusca y brutal, ¡bien lo sabe Dios! ¿Qué fines perseguía mi severidad con vosotros? Vuestro propio bien, sabedlo, vuestro

propio bien. Y estad seguros de que en este momento, aunque haya experimentado un cierto sobresalto al encontraros, mi alma se regocija de veros hechos unos hombres sensatos, y más sabiendo los trabajos y las luchas que habéis tenido que sufrir durante estos diez años del Señor.

AAPO.— Gracias por sus elogios.

TUOMAS.— Todos sabemos que es usted un hombre honrado y sabemos también que Juhani y Timo le piden perdón por haberle molestado.

TIMO.— Reconozco que es usted una buena persona, aunque sea un severo maestro de escuela.

JUHANI.— El chantre acaba de confesar que no se portó del todo bien con nosotros, y yo hago la misma confesión, y aun declaro que, con lo cerrados que éramos de cascos, la coraza de su paciencia se había de quebrar forzosamente. Ya ve, yo estoy casi por creer que sus zarandeos y tirones de pelo nos han sido de gran provecho. ¿Quién puede saberlo?

AAPO.— Lo pasado, pasado. Vamos allá todos juntos. Háganos la merced, señor chantre.

Reanudaron la marcha por el camino quebrado, tan grato a los hermanos que empezaban a reconocer a través de él campos, roquedales y tocones que conocían desde niños. Una fresca brisa de poniente los acariciaba. Mas he aquí que, de pronto, les llegó un gran estrépito, y el Regimiento de Rajamäki apareció ante ellos. Distinguían la cara ennegrecida de Kaisa y sus ojos vivaces bajo el casquete negro. Iba entre las varas del carro gruñendo y soltando tacos. Heikka y el «Gruñón», los niños, habían abandonado hacía tiempo su caballito de palo y la botella que hacía de carrito, e iban al lado de la madre tirando cada uno de una vara para ayudarla. En cuanto a Mikko, con su negro sombrero de fieltro en la cabeza y un carrillo hinchado por un abultado bocado de tabaco, empujaba detrás con el garrote, según su costumbre, seguido de cerca por los dos gemelos, que arrastraban su caballito de cartón, y por «Pantuflito», que cerraba la marcha tirando de su carrito por el camino polvoriento. En el carromato podía verse el paquete de la pez, la bolsa de ventosas y la mochila de piel de buey con los cuchillos de Mikko, de Heikka y del «Gruñón», así como el violín envuelto en la vieja pañoleta de lana roja de Kaisa.

Cuando los dos extraños grupos se encontraron, se produjo un gran alboroto. Los potros de Impivaara empezaron a relinchar y a piafar; Killi y Kiiski, con el lomo arqueado, ladraban y aullaban furiosamente, obligando a los mellizos y al pequeño a buscar refugio en el carromato; Kaisa maldecía con voz irritada, pagándolas con sus hijos, mientras Mikko amenazaba a los perros con su garrote, agitándolo y gruñendo. Todos se detuvieron, mirándose sin decir nada. Los de Rajamäki miraban de reojo y como asombrados, y los hermanos no podían disimular un aire de sorpresa, pensando en volverse atrás de su decisión de invitar a su fiesta a todos los que encontrasen. Finalmente, Aapo se acercó.

AAPO.— La paz sea con vosotros.

MIKKO.— Y también con vosotros, pero calmad un poco a los perros.

AAPO.— ¡Killi, Kiiski, quietos!

JUHANI.— ¡Salud, Mikko de Rajamäki! ¿Cómo estás y qué novedades hay por el mundo?

MIKKO.— De todo hay, bueno y malo; pero ¡vaya!, siempre acaba por salir a flote lo bueno, y se va tirando como se puede. Sí, hijos, gracias a Dios, siempre hay un poco de trabajo por las aldeas y las granjas. Sí, sí, Mikko no caerá en la miseria mientras haya alguna chapuza que hacer en este mundo, aunque haya que trotar de pueblo en pueblo y de granja en granja para buscarse el pan. Mikko no conoce la miseria.

AAPO.— Lo creemos, y deseamos que vuestros negocios continúen viento en popa. Pero es el caso, Mikko, que tenemos una idea en la cabeza, y desearíamos pasar contigo un rato largo. ¡Escuchad una palabra!

MIKKO.— ¡Ya, ya! Adivino de qué se trata cuando recuerdo la marimorena que tuvimos en Sonnimäki, porque allí preparasteis un caldo que aún os produce regüeldos. Por suerte, estamos en un camino público y tenemos un excelente testigo aquí en el chantre. ¡Apartaos un poco a un lado, queridos vecinos y amigos, que podamos pasar!

AAPO.— ¡Escúchanos!

KAISA.— Dejad paso, bribones, que llevamos prisa. Dejadnos pasar o que os lleve el diablo.

EL CHANTRE.— ¡Os equivocáis, honrada familia de Rajamäki! ¡Cometéis un grave error! Escuchad lo que os digo y os aseguro

solemnemente. ¡Ah! La vida que llevan ahora los hermanos de Jukola es muy distinta a la que llevaban antes, corporal y espiritualmente, ¡gracias a Dios! Habéis de saber que han recogido los frutos más preciosos de la conversión y el arrepentimiento, y ahora vuelven a su querida casa natal como hijos de la alegría y el honor, dispuestos a estrechar a todo el universo contra su pecho. Por eso os invitan a beber en la fiesta de la concordia, en su antigua granja. Ya veis cómo están dispuestos sus ánimos hacia vosotros en esta hora de júbilo. Creed lo que os dice vuestro chantre.

JUHANI.— Sí, lo que dice es la pura verdad.

AAPO.— ¡Mikko y Kaisa! Queremos demostrar que somos hombres, comportarnos como tales y olvidar el pasado. Mikko ha mencionado el caldo de Sonnimäki. Amigo, nosotros lo cocimos y nosotros nos lo hemos tenido que tragar. Pero aún tengo que recordaros otra cosa de aquella tarde. ¿No nos auguró tu mujer aciagos días de desgracia? Pues bien, sus augurios se han cumplido. Han llegado las tormentas y nos han azotado sin piedad; pero las borrascas y las nubes han desaparecido, y ha salido un sol radiante. Venid a predecirnos de nuevo el porvenir y esperamos que vuestros ojos vean risueñas perspectivas. Por cierto, Kaisa, he oído que adivinas mejor el porvenir en los posos del café, y voto a bríos que el café no faltará esta tarde en Jukola.

JUHANI.— Ni el café ni tampoco la cerveza.

AAPO.— Así es, ni el café ni tampoco la cerveza. Venid, pues, a predecirnos días mejores.

MIKKO.— Kaisa leerá la buenaventura en los posos, y yo tocaré el violín para amenizar la fiesta, que va de maravilla.

AAPO.— Muy bien.

JUHANI.— ¡Este bueno de Mikko!

MIKKO.— Cuando lleguemos a Jukola, os tocaré una alegre marcha.

JUHANI.— ¡Estimado Mikko! Toca, toca, y que resuene la tierra; ¡toca, hombre de Dios!

AAPO.— Todo se arregla que da gusto.

JUHANI.— Esto va como la seda.

MIKKO.— Vosotros, Heikka y Matti, hijos míos, volved al carro. Y tú, Kaisa, manda a tomar vientos tu mal humor y da media vuelta

para Jukola.

KAISA.— ¡Ya, ya! ¡A ti sí que voy a darte media vuelta! Pero aunque fuera yo tan idiota como para girar sobre mis calcañares, ¿crees que me iba a dejar aplastar por los asnos de su carro? Déjalos que vayan delante pavoneándose, que nosotros les seguiremos.

MIKKO.— Tienes razón, Kaisa. Id delante, hermanos; vosotros podréis correr como un cometa y nos arrastraremos detrás como una cola luminosa. Esta vieja tiene malas pulgas.

JUHANI.— Pero es una buena mujer.

AAPO.— Una mujer excelente.

MIKKO.— ¡Claro que sí, qué demonios! Lo aseguro yo. Es mi mujer.

JUHANI.— Una mujer buena como el as de oros.

MIKKO.— Tiene su genio, claro, y mucho, pero cuando a su hombre se le eriza el pelo, se vuelve mansa como un cordero. Lo que pasa es que yo me paso de bueno y la dejo gobernar. Al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí, mientras todo marche bien? ¡Ea, muchachos! Iremos detrás de vosotros como el zapatero detrás del sastre al cielo. «¡Detrás, aunque esté el diablo!», decía el zapatero al tirar de los cabos, apretando los dientes. ¡Sí, sí, marchando! ¡Adelante con la música!

Reanudaron la marcha. Soplaba un viento de tormenta silbando entre los agitados abedules; el sol lucía a intervalos o se ocultaba tras las nubes, que, llevadas con rapidez por el viento del norte, se iban acumulando en el arqueado horizonte del cielo. El cortejo avanzaba por montes y valles, y los hermanos disfrutaban de aquel viaje y de aquel fuerte viento, porque divisaban su granja natal, que se iba perfilando hacia el sudoeste.

Encontraron a un hombre de pelo negro, el bilioso viejo de Kolistin, de cejas grises, espesas y alargadas como dos alas de búho, que casi tapaban sus ojos desconfiados. En sus buenos tiempos fue un conocido cazador, y mató muchos osos y lobos; pero una grave dolencia lo dejó casi sordo y solo oía cuando le gritaban en la oreja; esta desgracia acabó con su oficio de cazador de osos, por lo que tuvo que resignarse a tender lazos, que, en gran número, armaba durante el otoño y el invierno, para desdicha de pájaros, liebres y ardillas. Era un hombre serio, envarado y lenguaraz, que se salía de quicio cuando alguien le llevaba la contraria, porque veía la vida a su manera. En el camino quebrado lo encontraron aquel domingo

otoñal los hermanos.

JUHANI.— ¡Buenos días, amigo!

TIMO.— ¡Salud, abuelo, salud!

JUHANI.— Detente, cascarrabias.

EL VIEJO.— ¿Qué?

JUHANI.— Te traemos los saludos del bosque.

EL VIEJO.— ¿Qué quieres?

TUOMAS.— Grítale al oído con todas tus fuerzas.

JUHANI.— ¡Ya estamos aquí otra vez!

EL VIEJO.— ¡Ya lo veo, puñetas! Que el viejo del cielo tenga piedad de nosotros en la aldea.

JUHANI.— ¿Qué?

AAPO.— El muchachito tiene hoy mal vinagre.

JUHANI.— ¿Qué quieres decir, abuelo?

EL VIEJO.— De sobra lo sabes. ¡Sí, sí, ya, ya! Ahora sí que volverá a haber jaleo por aquí.

JUHANI.— Hermanos, es una ofensa a nuestro honor.

AAPO.— No hagas caso y dile que venga con nosotros a Jukola.

JUHANI.— A pesar de todo, te invitamos a celebrar la fiesta de nuestra vuelta a Jukola.

EL VIEJO.— ¿Qué vienes a hacer aquí, energúmeno? ¿Por qué no te quedaste en las quebradas de la montaña hasta diñarla? ¿Por qué has venido?

JUHANI.— ¡Vaya!, ¿así me agradeces la invitación?

EL VIEJO.— Se me abren las carnes al pensar en mis cepos. ¡Maldita sea! ¡Cuántos urogallos pasarán ahora de mis lazos al zurrón de otro! ¡Bribones! ¡Bastantes me limpiasteis antes!

JUHANI.— ¿Nos estás llamando ladrones?

EL VIEJO.— ¿Que si os llamo? Bien comprendes a lo que me refiero, aunque seas tan estúpido como un cuco o un pavo asustado.

JUHANI.— ¿De manera que, encima de que te invitamos a una fiesta, nos llamas ladrones, eh?

EL VIEJO.— ¿Qué dices? ¡Habla más fuerte, grita como un hombre! Deja de farfullar. ¿Qué dices, hijo?

JUHANI.— Te invito a una fiesta, porque somos en cierto modo tus ahijados.

EL VIEJO.— ¿Tú mi ahijado?

JUHANI.— Yo y todos mis hermanos. Anda, ven a la fiesta, padrino.

EL VIEJO.— ¡Calla esa boca! Qué voy a ser yo tu padrino.

JUHANI.— Pues claro que lo eres.

EL VIEJO.— ¡Digo que no soy tu padrino, ea!

JUHANI.— Que sí.

EL VIEJO.— ¡Calla, te digo!

JUHANI.— De veras, a no ser que la Vieja del Pinar haya mentido.

EL VIEJO.— ¿Quién?

JUHANI.— La Vieja del Pinar, la partera de toda la aldea.

EL VIEJO.— ¡Que el diablo se lleve a la vieja! Te repito que no soy tu padrino ni el de estos otros. ¿Yo tu padrino? ¡Vamos, hombre!

JUHANI.— ¡Vamos hombre! ¿Acaso me llevaron al pastor como un perrito con la boca llena de dientes y los ojos cerrados? ¡Nunca en la vida! Bueno, es lo de menos; te invito a la fiesta.

EL VIEJO.— No me da la gana de ir, y te prohíbo que me invites.

JUHANI.— Pero yo te invito a pesar de todo.

EL VIEJO.— Pero yo no iré, maldito. ¡Y calla ya!

JUHANI.— Te invito a pesar de todo.

EL CHANTRE.— Vamos, hijos míos, dejad al viejo en paz.

MIKKO.— No hay nada que hacer. ¡Hay que ver qué tío tan cabezota y amargado! Nos mira a los ojos como un perro de lanas. ¡A tomar vientos, viejo!

JUHANI.— Sin embargo, me parece descubrir en esos ojos puros y grises un fondo de malicia, lo que ha hecho que se me revuelva la bilis. Te invito a una fiesta, a un banquetazo. Te invito para que te pongas morado de cerveza. No se puede negar que eres, al menos, un gran tipo.

EL VIEJO.— ¿Qué dices? Grita más.

JUHANI.— Un gran tipo, aunque un poco impertinente. Pero ese pecado ha sido siempre el pecado original de los sordos.

EL VIEJO.— ¿Qué?

JUHANI.— Que eres impertinente, indiscreto, «*nyfik*», como dicen los suecos; pero, aparte de esto, eres el no va más de los tipos extravagantes.

EL VIEJO.— ¡Infame, maldito canalla! ¿Pero… pero… pero acaso un gallo silvestre tiene una chispa de buen sentido en la cabeza? ¡Ni por asomo! ¡Oh! Ved una manada de urogallos que me vuelan entre los pies…

JUHANI.— Siete pollos de urogallo, digamos.

EL VIEJO.— ¿Qué dices?

JUHANI.— Siete pollos de urogallo.

EL VIEJO.— Como quieras. Descansan en la rama de ese abedul y miran hacia acá. Hay uno que me mira como un toro ante una puerta nueva, y no se moverá hasta que dispare la escopeta, pero entonces ya está listo para el morral. Y aquí hay siete desalmados que miran al viejo de Kolistin como siete urogallos atontados. ¡Bribones! Pero… pero… pero ¿qué queréis?

JUHANI.— Quiero decir, ni más ni menos, que yo no soy ni un ladrón, ni un urogallo ni un bribón, pero que un cierto viejo, un viejo maldito que no está muy lejos de mí en este camino polvoriento, que ese viejo desvergonzado, ese zancarrón grosero, es un gran fullero y un sinvergüenza de tomo y lomo, dicho sea con todos los respetos.

EL VIEJO.— ¿Qué hombre, dime, tú, cuclillo que cantas en la rama de un pino seco? ¿Soy yo el sin… sin… sinvergüenza? ¡Di! ¿Quién es? ¡Cuclillo!

JUHANI.— ¿Qué diantre podría gritarle al oído?

AAPO.— No le digas nada y vámonos.

JUHANI.— Aún no, porque es un miserable. ¿Qué diablos podría escupirle en las orejas?

EERO.— Déjame probar y ven a sujetar al novillo.

JUHANI.— Dile una palabra que escueza.

EL VIEJO.— ¿Quién?

EERO.—

Cu-cu,
cantaba el cuclillo en la cima de un abeto seco. Cu-cu.

EL VIEJO.— ¡Toma tu cuclillo!

EERO.— ¡Maldito viejo!

JUHANI.— ¡El muy diablo! ¡Vaya bofetada!

EERO.— ¡Menudo guantazo! ¡Me ha dejado sordo!

AAPO.— ¡Muy bien, espantajo de Kolistin, muy bien!

EERO.— ¡Que se vaya al diablo! ¡Me ha hecho ver las estrellas!

JUHANI.— Piensa en lo que has hecho, buen hombre; casi nada, en medio del camino, en santo sábado, le has largado un bofetón a un hombre honrado. ¡Ah, ah!

AAPO.— ¡Bien hecho, trasgo de Kolistin, bien hecho!

EL VIEJO.— ¿Tú qué estás mascullando?

EERO.— ¡Bien dicho, gruñón de Kolistin, bien dicho!

EL VIEJO.— ¡Cállate, comadreja! ¡Ya os enseñaré yo a… a… a tomarme el pelo! No tengo la costumbre de amagar antes de dar.

JUHANI.— Voy a agarrarlo por el pescuezo y arrastrarlo a beber, quiera o no quiera. ¡Hale, viejo! ¡Andando!

EL VIEJO.— ¡Vete al infierno!

JUHANI.— Vas a venir a beber cerveza hasta que revientes.

EL VIEJO.— ¡Suéltame el cuello, o te arreo un puñetazo en la jeta! ¡Déjame que me vaya, bandido del demonio, judío!

JUHANI.— Un cubo de cerveza.

TUOMAS.— ¿Ya vuelves a hacer el tonto, Juhani?

AAPO.— Deja ya de tomarla con el viejo.

JUHANI.— ¡Válgame Dios! Se ha hinchado a insultarnos. ¿Qué queréis que haga? Es un viejo de muy mala leche, pero quiero que venga a Jukola a celebrar la fiesta de la alegría, y beberá cerveza se ponga como se ponga. Sí, abuelo, no me doy por vencido.

EL VIEJO.— ¡Quítame las zarpas de encima!

TUOMAS.— ¿Quieres soltarlo de una vez? Así, has hecho bien. ¡Ahora lárgate, viejo!

JUHANI.— ¡Ah! Lo hubiera llevado a nuestra alegre fiesta arrastrándole como un pellejo, porque el pecho me estallaba de ira. ¡Por Dios bendito!, ¿cuándo he quitado yo un pájaro de los lazos de nadie? ¿Un pájaro o una liebre?

TUOMAS.— Calla, hombre.

JUHANI.— ¿Soy acaso un ladrón? ¿Yo?

EL CHANTRE.— Tampoco él lo ha dicho, amigo.

JUHANI.— Pero lo ha insinuado. Si tuviera sobre la cabeza las nevadas de veinte o treinta inviernos menos… entonces, ¡vive Dios!

TUOMAS.— Márchate, viejo.

EL VIEJO.— ¡Canallas! ¿Me… me… me tomáis por un caballo de cartón, lobeznos? Tendrían que aplastaros la cabeza a mazazos. ¡Ya os pillaré yo… yo… yo algún día, canallas!

El irascible viejo de Kolistin se alejó por fin, y durante algún tiempo se le oyó refunfuñar, desahogando su mal humor con maldiciones y escupitajos a lo largo del tortuoso camino. Los hermanos se alejaron también en compañía del chantre y del

regimiento de Rajamäki, que cerraba la marcha. Al cabo de un rato encontraron a dos mujeres: la Vieja del Pinar y su hija Venla, vivaracha y gordezuela, que caminaban a buen paso en busca de arándanos rojos, con sus cestas de paja. Aquel encuentro sobresaltó un poco a los hermanos, que, silenciosos, miraron cómo se acercaban las mujeres. No obstante, se detuvieron y todos se miraron un momento, con los ojos muy abiertos. Enseguida, Aapo se adelantó, les expuso la decisión irrevocable tomada en las laderas de Teerimäki, y las invitó a tomar parte en la fiesta. Desconcertadas, madre e hija se quedaron inmóviles, cambiando sonrisas a escondidas y haciendo cucamonas. Pero cuando el chantre intervino, tratando de convencerlas para que aceptaran la invitación y se encargaran de preparar el café para el convite, las mujeres decidieron unirse al jubiloso grupo. Los hermanos de Jukola habían hallado en el chantre un mediador y un eficaz conciliador cerca de la gente de Toukola; en las dos mujeres, unas expertas preparadoras de café, y en Mikko, un músico que les tocaría una alegre marcha cuando llegaran y animaría el baile con las muchachas de Toukola. Pensando en ello, apresuraron la marcha, y pronto alcanzaron el Prado del Canalillo y, más allá, el campo de cultivo y la casa de Jukola, maravillosamente triste. Silenciosos y con los ojos nublados por las lágrimas, contemplaron largo rato su casa sobre la verde y rumorosa colina. El sol caminaba hacia el ocaso, y el viento norteño silbaba en el pinar y sobre la montaña pedregosa al sur de la granja.

TUOMAS.— ¡Ahí está Jukola!

JUHANI.— ¿Eres tú, Jukola?

AAPO.— Pareces una viejecita encorvada y el musgo recubre tu cabeza, amado hogar.

JUHANI.— ¡El musgo recubre tu techo dorado, Jukola, venerada madre!

TIMO.— ¡Salve, Jukola, que te muestras amable y recatada ante mí, hermosa como otra Jerusalén!

JUHANI.— ¿Eres tú, Jukola? ¿Tú? ¡Ah, no puedo impedir que una lágrima ruede por mi rostro curtido ni que el corazón me dé saltos dentro del pecho! ¡Ah, donde pongo los ojos, recibo una mirada de tierna amistad! Hasta el agujero negro de la ventana del establo me sonríe. ¡Salve, estrella de esperanza, salve!

EERO.— ¡Salve, salve negra estrella de esperanza!

JUHANI.— ¡Salve, querido montón de estiércol, más hermoso que la cima de la felicidad! ¡Ah!

TIMO.— Verdad que es hermoso, pero ¿por qué no está esparcido hace tiempo por los campos? Sí, ese montón es la señal de la pereza incorregible del curtidor. ¡Parece mentira! ¡Estamos en septiembre y el estiércol sigue aún amontonado en el corral! Estoy furioso contra el curtidor. Pero ¡bah!, te perdonamos, y más en este día en que toda Jukola será una fiesta.

JUHANI.— ¡Salve, dorado estercolero! ¡Salve! ¡Lo repito sin pensar en lo que significa! ¡Salve, Jukola, con tus montones de estiércol, tus campos, tus prados, hermosa como el mismo cielo!

TIMO.— El cielo es más hermoso.

JUHANI.— ¡Cállate! ¡Este es el mejor paraíso!

SIMEONI.— Deja de decir impiedades.

JUHANI.— Mi lengua dice lo que el corazón siente.

LAURI.— Yo también diría algo, pero en este instante se ha extinguido la antigua soltura de mi lengua.

JUHANI.— Di lo que debas, habla lo que piensas. Da rienda suelta a tu alegría. ¡Los montes resuenan, los bosques resplandecen, en los cielos todo está callado, reina un corto y bendito silencio! ¡Aquí tenéis una poesía compuesta por Juhani de Jukola en su alegría!

AAPO.— Ya basta; apretemos el paso y vamos donde íbamos.

JUHANI.— Sí, vamos allá como una bandada de peces que durante el desove llega hasta el fondo de una nasa. Vamos ya, para no dar la lata a nuestros dignos invitados con el desbordamiento de nuestra alegría. Porque Jukola no es su morada natal y, además, hace menos tiempo que nosotros que la han visto. Usted, señor chantre, usted, Vieja del Pinar con su hija, y vosotros, respetable familia de Rajamäki, no se enfaden con nosotros.

EL CHANTRE.— No hace falta que nos lo pidas. Comprendemos lo que el momento significa para vosotros; es un momento incomparable, solemne y lleno de una dicha embriagadora.

JUHANI.— ¡Bien dicho, pero que muy bien dicho! ¡Vamos, pues!

TUOMAS.— ¡Que detonen nuestras escopetas y que suene el violín de Mikko!

JUHANI.— ¡Si pudiéramos tener un poco de música, ahora! ¡Venga,

hermanos, una salva, una descarga cerrada! ¡Juntos!

El violín de Mikko dio un chirrido, y Juhani, Tuomas y Aapo dispararon sus escopetas casi al mismo tiempo. Los fogosos potros se encabritaron delante del carro, y las vacas, asustadas, tiraron cada una por su lado, como locas; pero ni Simeoni, ni Timo, ni mucho menos Eero soltaron el ronzal que las sujetaba firmemente. Tirando y con los dientes apretados, los muchachos seguían cada cual a su animal, que casi los arrastraba levantando remolinos de polvo por los campos, hasta que al final tuvieron que rendirse uno a uno y volver al camino con sus amos. La caravana bajó por la pendiente y se perdió de vista un momento en la hondonada del Prado del Canalillo, para reaparecer de nuevo subiendo la áspera colina y entrar por la puerta de la cerca junto a los campos. Mikko rascaba con todas sus ganas el violín; Killi y Kiiski corrían enloquecidos de gozo, y a sus ladridos contestaban los débiles chillidos del perrillo del curtidor, que, temblando de miedo, cojeaba de una esquina a otra de la casa. La bulla atrajo al declive pedregoso a los habitantes de Jukola; pero apenas los chiquillos vieron que se acercaba el Regimiento de Rajamäki, se dieron la vuelta a casa a toda prisa y se escondieron donde pudieron, horrorizados, unos en la cama bajo las mantas, otros encima del hogar entre la leña, mientras que el perrillo, también asustado, se callaba de pronto y, con el rabo entre las piernas, se hacía un ovillo bajo un banco. El patio hervía de alborozo y de gritos. Las voces de los hombres, los ladridos de los perros, los mugidos de las vacas, los bramidos del novillo y el sonido chirriante del violín se confundían en estrepitosa barahúnda cuando el cortejo hizo su entrada en la granja de Jukola, mientras el viento sacudía gruñendo las frondosas copas de los pinos de Kimiväki. Los hermanos, con el corazón rebosante de dulces añoranzas, se acercaron a saludar a los granjeros en el querido patio de su antigua casa, y después de estrecharse las manos y ocuparse de los animales y de la carga, entraron finalmente todos juntos en la espaciosa sala.

El chantre y Aapo se dirigieron a Toukola para invitar a la fiesta de la concordia y el regreso a los que durante tanto tiempo habían estado con los hermanos en relaciones de odio y hostilidad, y, una vez transmitida la invitación a los hombres y mujeres de alrededor, con palabras adecuadas pronunciadas por el chantre, volvieron

apresuradamente para ayudar a los otros en los preparativos de la fiesta. Se despejó el piso de la acogedora sala, se pusieron en la mesa grandes jarros de espumosa cerveza y, entre tanto, la dispuesta Venla y su madre se afanaban en torno del hogar. El humo giraba como una nube bajo las vigas ennegrecidas del techo, los granos de café se pulverizaban chirriando en el molinillo, la cafetera de la mujer del curtidor hervía sobre las brasas. Unos barrían el patio, otros traían leña o cortaban ramas para adornar el piso, y no había nadie que no hiciera algo. Sentado en el largo banco junto a la ventana, el alegre Mikko rascaba de vez en cuando las cuerdas de su violín.

¿Pero qué tendrá que decirle con tanto secreto la Vieja del Pinar a Juhani, en el zaguán, y por qué el mocetón permanece con los ojos fijos y llenos de sorpresa, serio como ante un juez? La vieja le insinúa, con palabras veladas, que por su parte no ve el menor obstáculo entre el corazón del joven y el de Venla. El muchacho se queda asombrado, suspira, silba, se rasca el cogote y, no sabiendo qué decir, le pide a la vieja un momento para meditar. Mientras la vieja se aleja con cara de satisfacción, Juhani sale al patio y se pone a dar vueltas como un trasgo que ha perdido la casa y no sabe a dónde ir. Se pasea de un lado a otro detrás de la casa; suspira, suda, desvaría; se ruboriza, delira; se rasca enérgicamente la nuca. Por fin, vuelve corriendo al zaguán, abre la puerta rechinante de la sala y, con voz ahogada por la emoción y casi llorando, dice: «¿Le importaría salir un momento, señor chantre? Y tú también, Aapo, querido hermano». Salen los tres, y pronto están recostados contra la pared de la casa, dándole vueltas al asunto que Juhani les acaba de exponer. Se examina, se discute y se decide que Juhani aceptará a Venla, que es, en todo caso, una buena muchacha. Entonces, Juhani entra apresuradamente y, con aire decidido, coge a Venla de la mano y le dice: «De acuerdo». Venla hace un mohín de pudor, se tapa los ojos y sonríe, pero no aparta la suya de las grandes manos de Juhani. La vieja no puede disimular su contento y les da la bendición; el chantre les desea toda suerte de venturas y les recuerda en breves palabras los deberes matrimoniales.

Juhani ya está prometido, y el antiguo amor resucita en su corazón. El mozo respira hondo, y suda y resuella lanzando alguna furtiva mirada a su prometida. De pronto, sale para echar un vistazo

a los caballos, que están paciendo en la pradera. Ve a las dos jóvenes yeguas de Impivaara, pero es como si no las viera; y es que hubiera tomado por dos caballos a dos grullas que se hubieran posado al extremo del prado, pues su pensamiento está absorto en la novia, a la que apenas se atreve a considerar aún como tal. Le parece aquel un día milagroso. Vuelve hacia la casa apresuradamente, deseando contemplar los rasgos de Venla. Camina resueltamente, y desde el prado oye que Mikko toca una alegre polca; de pronto, le tiemblan los labios y de sus ojos brota una lágrima, que se apresura a secar con el puño. Le parece estar sumergido en un goce celestial. Al llegar al patio no ve a los gemelos de Rajamäki, que, montados en sus caballitos de palo, lo cruzan al trote delante de él; tampoco repara en el «Pantuflito» de Mikko, que tira de su carrito en la escalera. Entra con paso firme, y en su mirada brilla un secreto ardor, una solemne seriedad.

Los mozos de Toukola van llegando poco a poco a la colina de Jukola. Con la pipa entre los labios, forman pequeños grupos entre la leñera y el establo y contemplan los trineos, los carros y la calesa de dos ruedas comprada por el curtidor en la feria de la ciudad. Remolonean, observando y haciendo comentarios, y luego se acercan parsimoniosamente a la casa, cruzando el patio de uno en uno. Unos se apoyan en la pared, a ambos lados de la entrada, otros se instalan en el vestíbulo, adonde les llega el bullicio del interior. Por fin, se abre la puerta y sale Aapo, que los invita a pasar.

Los jóvenes de Toukola entran en la sala y se agrupan a la izquierda, entre la puerta y la ventana lateral, serios, cada uno con la gorra entre las manos. Allí está Aapeli de Kissala, que no aparta la vista de la puerta; allí se ve a Eero de Kuninkala con los ojos fijos en el suelo. No lejos de ellos, junto a la ventana, permanece Mikko con su violín, pasándose de un carrillo a otro la mascada de tabaco y escupiendo de vez en cuando. «Pantuflito», el favorito de su padre, se refugia entre sus rodillas. El chantre está de pie delante de la mesa, apoyado en su bastón, dispuesto a pronunciar un discurso que conmueva las entrañas. Adoptando un aire severo, y mientras se aclara la garganta y se frota la barbilla con el índice y el pulgar, pasea sus ojos por los invitados y lanza una mirada severa a la izquierda, donde están los hermanos, de pie, entre la mesa y la ventana norte, callados, con la vista fija en el suelo. Junto al hogar

están la familia del curtidor, la Vieja del Pinar con su hija y Kaisa de Rajamäki, que, con su caja de rapé en las manos y su cara ennegrecida, se balancea en un banco. Los chiquillos de Rajamäki se han instalado en un rincón, entre el hogar y la puerta, al lado del tajo y la tinaja: Heikka, el «Gruñón» y los dos mellizos contemplan embobados aquella silenciosa parroquia de la sala de Jukola. El chantre se mantiene junto a la mesa. Muy serio y callado, se pellizca el mentón, abre al fin la boca y de nuevo retiene sus palabras para aclararse la garganta. Dirige una mirada furibunda a la derecha, otra a la izquierda, y hace unas muecas como si mascase hojas de ajenjo. Por fin, pronuncia estas palabras:

«¡Satanás, que acecha como león rugiente y esparce su veneno por la tierra, ha encendido también entre estos vecinos la llama del odio y la enemistad! Empezó ardiendo débilmente en el brezal, y pronto prendió y se elevó como un pavoroso incendio del bosque. Así, lo que en principio parecía un mosquito, fue engordando y engrandeciéndose como un buey, y tapó la luz del cielo con su oscura humareda. El negro demonio adquirió poder y se alzaron los puños, se arrojaron los hombres unos contra otros, y cuando se separaron, después de una espantosa lucha, todo eran caras amoratadas, horribles brechas y descalabraduras. ¡Qué vergüenza! Suspiraron el cielo, las colinas, los valles; hasta las criaturas sin alma lanzaron gemidos, pero las tinieblas y el infierno lo celebraron con alegría. Mucha gente pensaba, sacudiendo la cabeza con preocupación: “Pronto se oirán aquí ruidos de cadenas y estallidos de látigos, y unos jóvenes saldrán de su querido país natal para las heladas tierras de Siberia”. Esto era lo que pensaba la gente; pero se equivocaba, ¡que el Dios Sebaot sea bendito y venerado!

»Tomando una determinación sorprendente, los hermanos abandonaron el trato de los hombres, se alejaron de la aldea y de toda la comunidad y se retiraron al bosque tenebroso. Mucha gente se dijo entonces: “Ahora se convertirán sin duda en bandidos, ¡siete forajidos temibles y sedientos de sangre en los bosques de Finlandia!”. ¡Pero cómo se engañaron los que así profetizaban! ¡Que el Dios Sebaot sea bendito y venerado!

»No quiero entrar ahora en si fue el diablo el que empujó a los bosques a los hermanos, como un día al pastor de Tuusula, o fue la voluntad del cielo lo que allí les llevó, como a Juan Bautista al

desierto. También en el bosque recurrió el diablo a todas sus malas artes para arrastrarlos a la perdición. ¿Y sabéis lo que hizo? Los sedujo con el veneno del aguardiente, con la bebida embriagadora, y, como ellos mismos han contado, los arrebató a alturas vertiginosas, a una mansión extraña, la Torre de Cuero, y les mostró la mitad de nuestro globo, se la mostró de una manera confusa para expulsar por el terror la razón del cerebro del hombre. Pero no consiguió sus propósitos, porque los jóvenes volvieron a tiempo al buen camino. Entonces empezó para ellos una lucha tremenda, libraron un combate encarnizado contra su propia naturaleza, contra su ociosidad profundamente arraigada, contra la tierra ingrata y hostil, contra los páramos y pantanos fríos, y todo lo vencieron gracias a su enorme fuerza de voluntad, con la ayuda del Señor Sebaot, ¡bendito sea! Y aquí tenemos a los hermanos, que vuelven entre los hombres y no como bandidos, convertidos en personas respetables. Llegan entre el estruendo magnífico de júbilo, con su carro tirado por dos fogosos potros, seguidos de vacas mugientes y de anchos ijares, y un novillo de fiera testuz, y no vienen de una cueva de bandidos, no, sino de su nueva granja, de la hermosa Impivaara, que ellos mismos han labrado con la sola fuerza de sus brazos. Así, el Señor Sebaot se ha regocijado en ellos, pero el cornudo Satán solo se ha cubierto de vergüenza en los infiernos.

»Aquí tenéis de regreso a esos hombres dignos de elogio, tendiendo a sus antiguos enemigos la mano de la reconciliación. Y vosotros, estimados vecinos de Toukola, ya no tenéis por qué avergonzaros de dar el nombre de amigos a los hermanos de Jukola, porque ahora irradia de ellos el resplandor del honor y no el cieno espeso de la vergüenza. Aceptad, pues, la jarra espumeante de la concordia, y no rechacéis la mano que os tienden, si queréis huir de la ira que llega. Ved cómo el sol se pone y mira con su tierno ojo desvaneciente la bóveda del cielo, que resplandece hacia el este. Sabed que es el símbolo de la alianza del Señor, y ahora una clara invitación a los antiguos enemigos a reconciliarse en una hermosa fraternidad y a descargar en la frente del demonio y de sus ángeles un golpe más terrible aún que los de antes. Tal es la voluntad de Dios y también la mía: quien no abra sus oídos y su corazón a mis palabras sea anatema y maranata, y que los diablos lo tuesten en el infierno. Escúchame, Sebaot, escúchame, Señor del cielo,

¡hosanna!».

Así habló el chantre, y sus palabras emocionaron profundamente a las mujeres. Un llanto irreprimible agitaba a la esposa del curtidor, a la Vieja del Pinar, a la ágil Venla y a Kaisa, la de cara negra, produciéndose un ruido semejante al de una tela nueva que una lavandera frota en el barreño de agua. Los jóvenes de Toukola y de Jukola se acercaron y se estrecharon las manos en señal de reconciliación. Quedaba sellada una paz cordial, leal y sólida, aunque algunos se estrechasen las manos con brusquedad y se mirasen aún con un cierto recelo. El chantre contemplaba la escena con una sonrisa de satisfacción, sentado a la mesa ante una jarra de cerveza y una taza de ponche humeante. Primero entre las mujeres, luego entre los hombres, la cerveza corrió por la sala en jarros de madera blanca. Había entrado un grupo de mozas de Toukola, y Venla, siempre diligente, les servía café mientras ellas cuchicheaban entre el hogar y el tajo. Pero no aceptaban de buenas a primeras, y era preciso que la oferente insistiera dos o tres veces. A Mikko se le sirvió cerveza y aguardiente en abundancia para regar su garganta. Entonces se puso a escupir con energía contra las clavijas de su violín y a templar su instrumento, tantas veces maltratado y reparado, y se puso a tocar un rigodón sueco que sonó admirablemente. Pero, viendo que nadie se movía, atacó una alegre y vibrante polca. Tocó largo rato con su mejor inspiración, y ninguna pareja se animaba a abrir el baile. El buen hombre acabó por enojarse, abandonó su arco y empezó a pellizcar las cuerdas, sin dejar de mascar tabaco y escupir.

La gente permanecía sentada en silencio. Desde la ventana del fondo, Aapo dirigía de vez en cuando intencionadas miradas a una gentil morenita, seria y de ojos azules, que conversaba en voz baja con Venla, y cuyos labios apretados revelaban la candidez y la modestia de su alma. Aapo la miraba con curiosidad, tratando en vano de recordar quién era. Por fin, tocándole en el codo, se decidió a preguntárselo al chantre, y este le contestó enseguida: «Es Hinrika de Konkkala». El rostro de Aapo se iluminó, y al cabo de un rato le dijo a Mikko: «¡Tócanos un rigodón!». Mikko cumplió el encargo, y Aapo se acercó a la tímida muchacha de Konkkala invitándola a ser su pareja. Ella accedió y, un poco apurada, se puso a su lado, sonriendo y con la cara colorada. Fueron formándose otras parejas

y, por fin, en la amplia sala empezó a bailarse el rigodón al son del violín de Mikko de Rajamäki. Ardía el fuego alegremente, la tea esparcía una llama viva y el entarimado temblaba bajo el peso de las parejas, que giraban y evolucionaban con cara seria, en un silencio solemne.

El chantre, que había bebido con placer dos tazas de ponche y tres tragos fríos, continuaba sentado a la mesa, desde la que sonreía viendo a los jóvenes divertirse, y sus mejillas habían adquirido un color rojo subido. Cuando acabó el interminable rigodón, se levantó y anunció su intención de irse. Después de echar un último trago y pronunciar un corto discurso de despedida, salió agradecido de la granja de Jukola. Rechazó tajantemente el carruaje que le ofrecieron y se alejó a pie, empuñando su bastón. Juhani lo acompañó a través del amplio patio y se apresuró a abrir el viejo y desquiciado portón de la cerca de Jukola, donde el poderoso pacificador se detuvo un momento mirando el cielo estrellado y hablando con Juhani del tiempo y del viento. Luego se despidió, Juhani hizo una profunda reverencia, escarbando el suelo con el pie y levantando arena y guijarros contra la pared del establo. Cumplida su misión, el muchacho se apresuró a reunirse con la alegre compañía, diciéndose: «Ha realizado una buena obra». Empuñando el bastón, tocado con su gorra negra y respirando buen humor, el chantre se dirigió andando hacia el pueblo, con las mejillas como dos rosas encarnadas.

En la sala de Jukola, la animación de la alegría y del baile fue aumentando hasta convertirse en ruidosa algazara. Lo mismo se bailaba una farandola que una polca vertiginosa; los bailes se sucedían, los pies machacaban el suelo, los sólidos tablones retemblaban bajo los tacones de los mozos. El fuego seguía ardiendo alegremente, el violín de Mikko sonaba jubiloso, haciendo estremecerse las paredes y el techo ennegrecido. La cerveza espumosa circulaba entre los hombres; el café humeante, entre las mujeres, y Kaisa vaticinaba en los posos del café que los hermanos vivirían días de continua felicidad hasta la tumba.

Así celebraron los hermanos la fiesta del regreso; así se bebió para brindar por la reconciliación, y solo se separaron al despuntar el día.

Capítulo decimocuarto

Habían transcurrido, pues, cerca de diez años desde que los hermanos se habían trasladado a las tierras vírgenes de Impivaara, convertidas actualmente en una hacienda magnífica. En cuanto a Jukola, restaurada por siete hombres valerosos, pronto se convirtió en una granja tan hermosa como aquella, y acaso más rica. Finalmente, su querida granja natal se dividió en dos: Juhani administró la Jukola propiamente dicha, y Aapo se encargó de la otra mitad del patrimonio, con una excelente granja, próxima a la primera. Impivaara se dividió también en dos fincas, administradas conjuntamente por Tuomas y Lauri. Timo se quedó con el predio y la casa de Kekkuri, y Eero con los de Vuohenkalma, de los que ellos y sus hijos gozaron en plena propiedad y sin pagar tributos hasta su muerte. Todos se casaron, menos Simeoni, a quien nunca interesó mujer ni hacienda, y que permaneció como viejo soltero en la Jukola de Juhani. Puede decirse también que todos vivieron y se comportaron siempre como hombres respetables, cada uno en su puesto, y los mendigos gozaban de la hospitalidad, tanto de Jukola e Impivaara como de Kekkuri y Vuohenkalma. Todos, menos Simeoni y Timo, renunciaron por completo a la bebida enloquecedora. A veces se veía a Simeoni, hombre decente por lo demás, dando traspiés en el vertiginoso sendero de la embriaguez, y también, aunque con menos frecuencia, a Timo; este, solo una o dos veces al año.

Pero lo que nadie diría es que la persona que sustituyó al asesor Mäkelä, cuando este murió, fue Aapo de Jukola, «el hombre de la concordia y de la justicia». Y cuando el viejo montero abandonó este mundo, su cargo fue ocupado por un hombre listo, Eero, hijo de Juhani de Vuohenkalma, que sabía leer y escribir y hasta un día a la semana recibía el diario de Turku.

Juhani se casó con Venla, la hija de la Vieja del Pinar, que hizo felices sus días a pesar de las ligeras disputas que a veces se producían en la granja. Y es que Venla, aunque excelente ama de casa, era un poco respondona y picajosa. Cuando menos se esperaba, se ponía de uñas contra su marido, llamándole cosas como «bribón» y «búho». Pero cuando a Juhani se le acababa la paciencia, con autoritaria voz de trueno conminaba a callarse inmediatamente a «la mujer a quien Dios había dotado de un entendimiento más débil que al hombre». Se sulfuraba fácilmente, descargaba el puño sobre la mesa, y bramaba como una tempestad. Entonces Venla simulaba asustarse un poco y se callaba, para reírse a escondidas con la pícara de su criada, mientras Juhani seguía gruñendo y a veces quejándose a Dios con lágrimas en los ojos por haberle entregado «fuertemente amarrada» a una mujer tan insolente y vehemente. Un día se armó una seria tremolina por culpa de Aapeli de Karkkula, que, un poco borracho, descansaba en el largo banco junto a la pared, y a quien se le ocurrió terciar en una discusión matrimonial, poniéndose de parte de Juhani. Este levantaba la voz llamando a Venla maldita charlatana, y al muy zoquete de Aapeli le pareció sumamente oportuno llamarla por su parte bribona, pelandusca y zarrapastrosa. Pero Juhani cambió al momento de expresión y, levantándose como un oso, se lanzó enfurecido contra Aapeli, que, temblando de miedo, huyó como una liebre, perseguido por Juhani a toda velocidad. La puerta se abrió con estruendo; retemblaron el vestíbulo y la escalera, y los perros, asustados y con el rabo entre las piernas, se quitaron de en medio y, aullando y con las orejas gachas, vieron correr a los hombres por el patio pedregoso. Aapeli lanzaba gritos de espanto delante de Juhani, que lo perseguía echando espumarajos de rabia y dando brincos, mientras Venla y su criada se reían a mandíbula batiente en la espaciosa sala. Juhani, no pudiendo dar alcance al fugitivo, se volvió desde el portón profiriendo insultos y prometiendo darle una zurribanda al deslenguado gandul de Karkkula, y, ya en sala, dio un fuerte puñetazo en la mesa diciendo: «Puedes insultarme a mí, pero no a mi mujer, que es una esposa como no hay otra en todo el reino de Suecia». Lo dijo en un tono fanfarrón, pero lo cierto es que no podía ponérsele un pero a Venla como ama de casa. No puede negarse que bebía mucho café, lo que le valía frecuentes regañinas

de su marido, que parecían tenerla sin cuidado, pues seguía poniendo a hervir la cafetera como si tal cosa; por lo demás, Juhani siempre aceptaba gustoso una taza de manos de su mujer, y cuando iba a la ciudad, nunca se olvidaba de comprarle a Venla un saquito de café y un buen bloque de azúcar.

Venla dio a su marido hijos sanos y robustos. Sin embargo, al principio las cosas no marchaban a gusto de Juhani. El primer fruto del matrimonio fue una niña de ojos vivaces, y a Juhani no le hizo mucha gracia que el cielo le hubiese negado un hermoso niño, lo que llegó a indignarle, e hizo el propósito de que la próxima vez fuera diferente. Transcurrió un año, y a principios del siguiente Venla dio a luz de nuevo a una niña. La suegra envolvió a la criatura en blancos pañales y, con una dulce sonrisa, fue a mostrársela al gruñón del padre. Juhani, creyendo cumplidos sus deseos, se alegró y preguntó: «¿Es niño o niña?». «Mírala tú mismo, yerno», le contestó la mujer. Miró él y exclamó: «¡Llévate al diablo a esa cría!». Pero cuando estuvo solo, dijo al cabo de un momento: «De todos modos, que Dios bendiga a la hija que he engendrado». Pasó un año, dos, y Venla tuvo un niño, un crío que era el vivo retrato de su padre. Y en Jukola hubo gran júbilo, y Venla fue amada más que antes por su marido. Las mujeres no se ponían de acuerdo en el nombre que habían de poner al recién nacido. Unas proponían llamarlo Frans; otras, Florentín, y otras, Erik Translatus, mientras que Venla quería llamarlo Immanuel. Pero Juhani se acercó entonces al lecho de Venla y levantando la mano afirmó: «¡No, querida Venla; Juhannes es su nombre!». El niño fue bautizado con el nombre de su padre, que hizo de él su hijo predilecto, llamándole tan pronto «gorrión» como «corvato».

La vida familiar de Juhani transcurría habitualmente como una continua jornada serena y soleada, raramente turbada por alguna fugaz borrasca. Las nubes acumuladas no tardaban en alejarse y el buen tiempo volvía. Pero las relaciones con la gente de la aldea y de la vecindad dejaban algo que desear, y con frecuencia se originaban disputas y hasta fuertes altercados por cosas tales como una valla medianera, o unos caballos desbandados, o unos cerdos desprovistos de collar. Juhani se mostraba siempre inclinado a solucionar los conflictos por las bravas, y los carrillos y greñas de sus vecinos corrían siempre peligro, lo que más de una vez estuvo a

punto de acabar en un serio proceso; pero Aapo, el equitativo asesor, acudía siempre como mediador y calmaba a los adversarios con palabras conciliadoras. Por otra parte, Juhani nunca tardaba en hacer las paces, sobre todo cuando se convencía de que no tenía razón. Su dedicación eran los trabajos agrícolas, y su gente nada tenía que reprocharle, ni en el campo ni en la pradera ni en el bosque, pues arrimaba el hombro como los demás.

Un día, estando en el henar de Vehkala, que se extendía entre un denso bosque de abetos, Juhani observó una conducta digna de reprobación ante Dios y ante los hombres. El heno estaba ya rastrillado en la extensa pradera, y los segadores se dirigían contentos al patio del henil para almorzar; pero habiendo observado el amo que se acumulaban densos nubarrones oscuros y amenazadores, se apartó tras un tronco de abedul que crecía junto al pajar, y allí, cayendo de rodillas, rogó a Dios, sin que nadie le viera, que preservase de la lluvia su fresco y fragante heno. Apenas habían acabado de comer, estalló una violenta tormenta, una lluvia torrencial acompañada de rayos y truenos. En un momento quedó completamente empapado todo el heno, antes de que pudiera recogerse una sola brazada. Los segadores, con el rastrillo en la mano, abandonaron corriendo el prado para guarecerse en el henil, mientras que Juhani, con torvo ceño, blasfemaba horriblemente bajo el aguacero y los resplandores de los relámpagos. Retumbaba el cielo, y Juhani continuaba blasfemando y descargando el puño contra su mano izquierda. Juraba y se encogía un palmo cada vez que la palabra «diablo» se escapaba entre sus rechinantes dientes. Con los ojos levantados al cielo, repetía a grandes voces: «¿Qué diablos vienen a hacer en mi prado las carretadas de estiércol del cielo?». Desde el interior del henil, Venla trataba de calmarlo: «¡Deja de gritar impiedades, saco de pecados!». Pero Juhani, sin hacerle caso, volvía a increpar con más fuerza a las negras y siniestras nubes: «Lo pregunto en serio: ¿Tan tarde están esparciendo estiércol en el cielo, cuando yo he segado mi prado?». Al oír las mujeres y las muchachas, en el henil, aquellas palabras sacrílegas, juntaron las manos y dirigieron fervorosas plegarias; arrodilladas bajo el fragor de la tormenta, pronunciaban angustiadas súplicas, y las madres estrechaban contra su pecho a los pequeñuelos, que, asustados, llorando y sollozando, ocultaban su

miedo en el regazo maternal, creyendo llegado el día del Juicio, pues los truenos y relámpagos no cesaban y un estruendo horrísono retumbaba a lo lejos, mientras seguía lloviendo a mares y el bosque gemía lúgubremente. Al observar la actitud de las mujeres, Juhani empezó a blasfemar con más fuerza aún, y también los rezos de las mujeres subieron de tono.

Había en el henil una frágil y tímida muchacha, Anna de Seunala, cuyos dulces ojos resplandecían como estrellas bajo la frente limpia y pálida. Se contaba de ella que con frecuencia tenía visiones extrañas, durante las cuales su alma erraba por las luminosas esferas de los bienaventurados o por las oscuras simas de los condenados, de donde volvía refiriendo prodigios. Muchas veces había predicho a los hombres penalidades y castigos: guerras, hambres, pestes e incluso el fin del mundo. Ocurrió esta vez que, mientras Juhani daba rienda suelta a su ira sobre el prado segado, la tímida, recatada y dulce doncella se lanzó de pronto afuera y, arrodillándose en el suelo, ajena a la lluvia y a los latigazos de fuego que rasgaban el cielo, se puso a rezar en voz fuerte, casi gritando, rogando a Dios que se apiadase de aquel hombre ciego e infeliz y no descargase sobre él la flecha candente de su santa cólera. Sin apartar la mirada del cielo, iluminados sus ojos con prodigiosos destellos y nimbada su frente de una luz celestial, la joven rezaba. Y he aquí que Juhani se calla, se calla, aunque no deja de dirigir airadas miradas a la orante, y pareciéndole que las súplicas de Anna duran demasiado, la coge del brazo y la conduce al henil diciendo: «Entra dentro, desdichada, y no te mojes inútilmente; no es preciso que nadie ruegue por mí». La muchacha obedece y se arrodilla sobre el heno sin cesar en su clamor, mientras las mujeres lloran lágrimas ardientes a su lado y Juhani permanece fuera, apoyado en la pared del henil, reflejando en su semblante la lucha que libran en su pecho el arrepentimiento y la cólera.

Pronto cesó la lluvia, se alejó la tormenta, y al día siguiente pudieron recoger el heno en Vehkala bajo un sol abrasador. Pero el amo de la granja no aparecía por ninguna parte. ¿Dónde estaba? La voz de la muchacha de Seunala, penetrando en sus oídos, había agitado de tal manera su alma que, a primera hora de la mañana, se dirigió a la parroquia con el ánimo contrito, y expuso su

arrepentimiento al pastor, después de confesarle su pecado, sus blasfemias contra Dios y contra el cielo. Tras amonestarlo severamente, el pastor acabó por dirigirle palabras de consuelo, y Juhani volvió a casa con el alma tranquila. Pero desde que tuvo lugar aquella desagradable escena en la funesta pradera de Vehkala, se produjo un cambio en su carácter y en su conducta: se tocó con un sombrero redondo, se alzó el cuello de su levita y se acortaron los faldones de esta prenda hasta la mínima expresión, según uso de los pietistas en algunas regiones de Finlandia. Así vestido, se paseaba y frecuentaba la iglesia más que antes. Con impresionante seriedad, se colocaba siempre en el mismo banco de la iglesia, al lado del amo de Härkämäki e, imitando a su vecino, se aclaraba de vez en cuando la garganta. En adelante se hicieron raras las pendencias en Jukola, y los días de Juhani iban transcurriendo en una calma casi absoluta hacia la noche pacífica de su vida.

Simeoni vivía como célibe en casa de Juhani, disfrutando de la comida y la bebida, pero trabajando infatigablemente todo el día. Era hombre ahorrador hasta la avaricia, y su tacañería fue aumentando con los años. Con la atención del avaro, observaba las vicisitudes de la granja y vigilaba lo que hacían hombres y mujeres. Una vez pronunció una frase que provocó las risas de la gente, y que aún se repite en la comarca de Jukola y de Toukola. Un día, mientras estaba fabricando para Venla una pala de horno con su pequeña hacha, y la gente sentada a la mesa comía guiso de cerdo de una gran fuente, declaró, dirigiéndose a todos en general: «Si se mete un poquito de carne en un trocito de pan, queda que sabe a gloria». Así habló, y hombres y mujeres soltaron la carcajada, y el mismo Juhani, después de reír un rato, se dirigió a su hermano reprendiéndole por su exagerada tacañería. Pero Simeoni replicó: «Os conmino a la templanza y os aconsejo no adorar al vientre, que es un pecado, un pecado capital. Y no creáis que soy avariento. Para avariento, Kalle de Kuninkala, que al sentir que su muerte se acercaba, pues estaba muy enfermo del pecho, fue a fabricarse él mismo el aguardiente para su entierro, porque el muy pícaro sabía que era el mejor fabricante de aguardiente de la aldea, de manera que sin gastar mucho grano obtenía grandes cantidades de aguardiente. Lo mismo hizo entonces. En la fría antecámara de la sauna, el impenitente avaro vigilaba su alambique, tosiendo y

carraspeando, con la nariz afilada como una aguja y los ojos como dos bolas de vidrio. Allí aguantó hasta que llevaron a la casa calderos llenos de aguardiente. Luego se retiró arrastrando los pies, subió como pudo la escalera hasta el vestíbulo, entró en la sala, se metió en la cama, y pocas horas después ya estaba tieso. Esto, amigos míos, se llama avaricia, una avaricia que persigue al que la sufre hasta el borde de la tumba, y a eso llamo yo pasarse de tacaño». Y así se defendía Simeoni, sin aceptar nunca el calificativo de avaro.

Pero siempre mereció el favor de sus amos, porque era un guardián fiel y seguro de la granja, a quien podía confiársele tranquilamente en caso de que tuvieran que ausentarse algunos días.

Una vez, por Navidad, Juhani fue con su mujer y sus dos hijos menores a visitar a Tuomas y Lauri en su casa de Impivaara, y Simeoni quedó al cuidado de todo. Los caminos estaban transitables, y fue un viaje agradable a través de los bosques, bajo un cielo limpio. El «gorrioncito», serio y regordete, iba sentado en las rodillas de su padre, y la niña, una criatura fresca y despierta, reposaba en el regazo de su madre, que le daba de mamar bajo la tibia manta, mientras el trineo se deslizaba al son de los cascabeles, por los prados nevados, de Jukola a Impivaara. Al anochecer, todos los criados de Jukola fueron a divertirse a Toukola, y Simeoni quedó solo en la granja con sus pequeñas sobrinas, de nueve y siete años respectivamente. Sus padres no se las habían llevado de visita, y su tío se negó a que fueran a la fiesta de la aldea con las criadas. Las pequeñas se enfurruñaron, pero Simeoni, que no quería hacer dejación de su autoridad, se mantuvo en sus trece.

Ya había caído la noche oscura, pero el fuego no ardía en la estufa como de costumbre. Las niñas empezaron a impacientarse y a reclamar con protestas fuego y luz, pero el tío no hacía caso de sus enérgicas exigencias y, descansando como de costumbre sobre la piedra del hogar, colgándole las rudas greñas, les dijo, tratando de hacerles entrar en razón: «¡Pues estaría bueno que alimentásemos el fuego sin cesar! ¿Creéis que estamos en la fundición de Vantaa, pequeñas? No tenéis idea de lo que cuesta la leña. Y decidme: ¿qué quemaremos cuando no quede más en el bosque? ¿Tallos de bayas? Sí, a eso llegaremos si nadie piensa a tiempo. Mi cuerpo pecador no

necesita muchas atenciones aquí abajo, y menos unas mocosas como vosotras, que no hacéis nada. Meteos debajo de las mantas y tendréis calor suficiente. ¡Vamos! ¡Pues estaría bueno!». Así habló Simeoni, pero las picaruelas de las niñas, que no estaban precisamente acostumbradas a obedecer a su tío, se empeñaron en llevarle la contraria, contestándole con impertinencias y hasta enseñándole su blanca dentadura; mas viendo que con esto no adelantaban nada, se pusieron a tirarle de las greñas sin ningún miramiento, hasta que el pobre hombre se levantó hecho una fiera y, cogiendo una horquilla de las de avivar el fuego, empezó a golpear el suelo, amenazando a sus sobrinas con romperles las piernas. Las bribonzuelas salieron de la casa de tal forma que la veteada puerta de Jukola retembló mientras ellas se alejaban corriendo.

Al cabo de un rato se arriesgaron a entrar y reclamaron la cena a gritos. Simeoni las dejó chillar un rato y, por fin, cogió una tea, la partió en dos y encendió una luz temblorosa. Luego destapó la cacerola, sacó dos o tres cucharadas de cebada, que puso en una cazuela, y ordenó a las niñas que comieran; luego volvió a tapar la cacerola con la tapadera de la tina, colocando encima, como una pesa enorme, un robusto tronco de abeto. Pero las niñas, no satisfechas con la escasa ración, exigieron más, y como todos sus ruegos fueron inútiles, reclamaron al menos un poco de pan, con lloros tan ruidosos por parte de la pequeña Venla que Simeoni partió con los dientes una corteza no más grande que el pulgar y se la dio a la llorona; pero esta, descontenta con la porción, la rechazó alargando el brazo y haciéndola saltar de la mano del tío, el cual, enfadado, le dio unos cuantos cogotazos a la protestona, diciéndole: «¡Miserable! ¿Te atreves a despreciar los preciosos dones de Dios? ¡Qué bonito! ¡Hasta ahí podíamos llegar!».

La pequeña redobló su llanto, sin hacer caso, y Simeoni empezó a preparar el fuego de la estufa para la noche, utilizando los troncos más pequeños que encontraba, sin dejar de gruñir: «¡Calla enseguida, si no quieres que coja un palo y te dé tu merecido! ¡Ingrata! ¡Tirar al suelo un don de Dios! ¡Está bien, ahora te quedarás sin pan y te comerás la papilla como tu hermana mayor!, ¿lo oyes? ¡Estaría bueno que empezásemos con contemplaciones!». Hablaba mientras trataba de avivar un fuego tan mal alimentado,

sin darse cuenta de que, detrás de él, la pequeña, con la cuchara en la mano, le estaba haciendo burlas moviendo la cabeza al compás de sus palabras.

Pero ni lágrimas ni protestas sirvieron de nada a las niñas, que hubieron de conformarse con la escasa comida que les dio el tío, hasta que, rendidas por el sueño, se dejaron llevar por él a la cama, donde se durmieron profundamente bajo el cobertor de piel de cordero. En vez de caldear la casa, el fuego de Simeoni la enfriaba, y ni siquiera esperó el hombre a que los tizones ardiesen por completo, pues, considerando que valía la pena ahorrar la leña para el día siguiente, se puso a apagar aquel fuego lánguido y triste, y cerró la plancha sin preocuparse del humo que salía por la sala. Volvió a encender un trocito de tea y se puso a cenar un pedazo de pan enmohecido y siete cabezas de arenques medio secos que sacó de un pote de encina. Los perros, que presenciaban la comida, seguían con la vista el movimiento de su mano, entre la boca y la mesa, sin que para ellos cayese una migaja. Después de comer, Simeoni juntó las manos, se arrodilló junto a la estufa y, con lágrimas ardientes, dio gracias al Señor, Hijo de David, a cuya clemencia él, que era un saco de pecados, debía el don del alimento. Luego, levantándose, abrió la puerta con objeto de sacar a los perros afuera para que «protegiesen la granja contra los ladrones», aunque nadie recordaba haberlos visto jamás en Jukola. El viento de invierno soplaba con fuerza, y como los perros no parecían muy decididos a abandonar las tibias pajas de la sala, se armó un revuelo que terminó de mala manera para los pobres animales, los cuales, aullando y con el rabo entre las piernas, huyeron ante la horquilla ahumada de Simeoni.

Hecho esto, cerró las pesadas puertas alumbrándose con la tea, que sujetaba entre los dientes, y volvió a echar una ojeada a las niñas, que dormían plácidamente bajo el suave cobertor de su cama, muy juntas y frescas como dos rosas en una noche de verano. Las contempló sonriendo, arropó mejor a la pequeña Venla y, mientras se dirigía a la estufa, murmuró con satisfacción: «¡Hay que ver lo bien que se duerme con la tripa llena de papilla!». Pero, antes de entregarse al reposo nocturno, volvió a arrodillarse y, uniendo sus manos manchadas de hollín y derramando lágrimas ardientes, dio gracias al Señor, Hijo de David, por todos los bienes que le

había concedido, rogándole que tendiera su mano tutelar sobre la casa durante la noche. Rogó por él, por las niñas que dormían y por todos los hombres de la tierra; luego se tendió sobre la piedra del hogar y se quedó dormido con los pies calientes junto al rescoldo.

Pero la casa estaba fría cuando a medianoche volvieron de los juegos de Toukola los criados para dormir, y al día siguiente todos dirigían a Simeoni miradas rencorosas. Al volver los amos de su visita, las niñas y los criados se quejaron ante ellos de Simeoni, el cual, sin tomárselo en serio y sin dejar de tallar junto al tajo, se limitó a replicar fríamente: «En la casa no disponemos de medios para hacer de ricos, bien lo sabéis; no hay recursos como para vivir como señorones».

Esta era la vida de Simeoni en su antigua casa de Jukola, donde trabajaba sin descanso, vigilando severamente la marcha de la granja, tanto en casa como en el campo. Pero había momentos en que no parecía preocuparle nada de este mísero mundo, y era cuando llegaba de la aldea, borracho como una cuba, y entraba en la sala dando tumbos con gran regocijo tanto de los jóvenes como de los mayores. Pero al día siguiente se sentía malo en cuerpo y alma; suspiraba juntando las manos y se tumbaba en la piedra ennegrecida del hogar, corroído por insufribles remordimientos. Pero ocurrió algo que hizo más raros sus momentos de embriaguez y sus largos días de arrepentimiento.

Juhani le trajo de la ciudad un magnífico regalo, una abultada Biblia, sólidamente encuadernada, que pesaba unas veinte libras. Vivas fueron las manifestaciones de agradecimiento de Simeoni, que experimentó una alegría inmensa, y no encontraba palabras para ensalzar a su hermano por tan buena acción. Desde entonces escapó casi por completo a la tentación del aguardiente.

A partir de entonces se le veía todas las tardes de domingo y de fiesta prendido de su Biblia, dedicado al estudio de las Escrituras y apartado de las bebidas que entorpecen el espíritu. Pero una tarde, la de Todos los Santos, se dejó vencer por la tentación y agarró una divertida pítima; gritó, bailó, saltó como un poseso y armó una escandalera de las que hacen época; luego se quedó dormido sobre la piedra, y al día siguiente un negro arrepentimiento le roía el corazón. Entonces, de pie junto a la mesa, ante la Biblia abierta, convocó con grandes voces a todos los de la granja, desde el mayor

hasta el menor, y, poniendo dos dedos sobre el libro y elevando los ojos al cielo, juró solemnemente no volver a probar ni una sola gota de alcohol en toda su vida.

Hasta tres años se mantuvo Simeoni fiel a su juramento; pasado este tiempo, volvió a caer en el detestable pecado, y esta caída puso en jaque a toda la granja. El infeliz se creyó un «desalmado perjuro» por haber violado el juramento hecho «con dos dedos sobre la Biblia», y decidió poner fin a su pecadora vida. Salió, pues, de casa apresuradamente, con paso resuelto y el espíritu frío como un bloque de hielo; entró en el corral, se encaramó al pesebre, se anudó al cuello la cincha de la vieja yegua, sujetó el otro extremo a una viga del techo y se colgó con toda tranquilidad para dormir el sueño de la muerte; sus ojos quedaron abiertos, mirando fijos hacia adelante; se le hincharon los carrillos violentamente, y se le cerraron los puños. Pero aún no estaba colmada la medida de su vida.

La vieja suegra, que salía a vigilar los huevos del ponedero del corral, vio al hombre balanceándose al extremo de la cincha, y empezó a lanzar gritos de terror y de auxilio. Juhani acudió rápidamente en socorro del desgraciado y, cortando de un tajo la vieja cincha, arrancó a su hermano de las garras de la muerte; ceñudo y trastornado, lo trasladó enseguida a casa, donde les rodearon las mujeres y los pequeños, llorando y gritando asustados, mientras Juhani acostaba a su hermano en la alcoba, sobre el blando cobertor de Venla. Simeoni, que no tardó en recuperar el conocimiento, se sentó luego en el borde de la cama y permaneció taciturno, con la vista fija en el suelo, lanzando suspiros, pero sin pronunciar una sola palabra. Juhani, con la pipa humeante en la boca, se dirigió consternado a casa de Aapo para contarle el espantoso suceso y pedirle consejo sobre el modo de tratar a Simeoni. A juicio del hermano mayor, lo mejor era propinarle a escondidas una paliza fraternal; pero Aapo consideró que un castigo sería inútil y perjudicial, y resolvió no emplear contra Simeoni más fuerza que la de la palabra. Una vez que Aapo hubo encendido también la pipa, los dos hermanos se dirigieron desde Jukola de Aapo, cruzando los campos, a la Jukola de Juhani para hablar sensatamente con el afligido Simeoni.

Aapo le saludó, sacudiéndole amistosamente la mano y, después

de cargar la pipa, empezó a sermonearle con solemnidad; primero con el lenguaje del castigo, y luego, con el de la consolación. Sin osar levantar la sombría mirada del suelo, Simeoni escuchó largo rato en silencio. Aapo, encendiendo de vez en cuando la pipa, que se le apagaba obstinadamente, componía ampulosos gestos y dirigía frecuentes miradas a través de la ventana hacia el horizonte, mientras aumentaba el fervor persuasivo de su elocuencia y las palabras caían de su boca como una benéfica lluvia de oro. De pronto, los labios de Simeoni se entreabrieron en una mueca amarga, y el pecho le estalló en sollozos, acompañados de triste llanto. El rostro de Juhani se contrajo en una crispación violenta, y pronto dejó también escapar las lágrimas a raudales, mientras los ojos de Aapo brillaban con una húmeda claridad.

Así renació Simeoni a la vida y a la esperanza, y, con una radiante expresión de agradecimiento, estrechó la mano de Aapo, que se despedía. Dio gracias a Dios, que había vuelto a apiadarse de él, y volvió poco a poco a sus ocupaciones de costumbre. Desde entonces, Simeoni vivió días de paz, sin probar jamás una gota. Pasaba los días tranquilo, unas veces tallando junto al tajo, otras veces con la pipa en la boca, o se entretenía cortando ramas en el patio, cuando no sentado ante su Biblia para profundizar en las Escrituras.

Aapo dirigía la otra mitad de Jukola, llamada la Jukola de Aapo, cuya casa estaba a unos cientos de pasos de la de Juhani. Había contraído matrimonio con Hinrika de Konkkala, que era una mujer agraciada y comedida, además de excelente ama de casa y esposa de carácter dulce. Aapo estaba muy satisfecho de ella, lo que no le impedía darle de vez en cuando, adoptando maneras de preceptor, consejos y avisos sobre la economía doméstica. Su mujer escuchaba sin decir esta boca es mía, o sonreía, con los ojos entornados, de una manera franca y dichosa. Aapo acostumbraba también a enseñar a sus criados, grandes y pequeños, cuando no hacían las cosas a su gusto. La criada de más edad de la granja recibió un día de su amo una dura regañina mientras estaba barriendo el piso. Observando Aapo que levantaba demasiado polvo y acumulaba la basura en los rincones, se enfadó, cogió él mismo la escoba y se puso a barrer la sala con soltura, yendo del fondo a la puerta, y cuando estuvo a mitad de la estancia, volvió a entregar la escoba a

la pobre mujer, diciéndole: «Así es como debe barrer una buena criada». Entonces, su esposa, que presenciaba la escena desde el hogar, se echó a reír inocente y graciosamente, guiñando los ojos e inclinándose hacia adelante con las manos en las rodillas, lo que le valió una mirada de reprobación de su marido. Pero este era siempre justo y moderado con las criadas y con los jornaleros, y todos se deshacían en elogios hacia el amo.

Ejercía también de curandero, gracias a las enseñanzas de un viejo libro de medicina que estudiaba asiduamente, y solía obtener magníficos resultados con sus compuestos, muchos de los cuales eran de su invención, obtenidos de hierbas del campo. Tenía fama de ser muy hábil en curar la erisipela, la diarrea, los vértigos, las paperas y la sarna, y era también un experto masajista, hasta el punto de que más de un hombre se sintió aliviado al pasar por sus manos. Con un masaje apropiado curaba frecuentemente los dolores de vientre y otras dolencias. Y como la desgracia no conoce ley ni reglas, no era raro que más de una vez una mujer acudiese a Aapo para que la frotara con sus manos, porque sentía bajo el pecho unos retortijones y un ardor constante.

Precisamente una mujer, la del trapero Matti de Tervakoski, sufría una pesadilla que, con frecuencia, se manifestaba en forma de ahogos que la atormentaban por las noches durante semanas enteras. A veces, cuando la pesadilla la dejaba algún tiempo tranquila, se creía curada de aquella afección nocturna, y de pronto volvía a acometerle el mal, produciéndole sufrimientos indescriptibles. Visitó a varias curanderas e incluso a médicos, pero todo en vano. Habiendo llegado un día a sus oídos la fama de la habilidad de Aapo de Jukola para curar las enfermedades, partió una vez más en busca de remedio. Con un envoltorio bajo el brazo y sus agujas de calceta en la mano, recorrió el largo y penoso camino hasta Jukola, y volvió curada para siempre gracias a los remedios de Aapo.

Aapo cumplía con eficacia sus funciones de asesor. Inmutable, sentado en su banco de la gran sala del tribunal, observaba el desarrollo de los asuntos, llevándose con frecuencia la mano a la oreja para oír mejor, inmóvil, con la cabeza virilmente levantada y a veces con una casi imperceptible sonrisa de satisfacción en los labios. Sus decisiones eran siempre prudentes, imparciales y rectas.

El juez, que lo sabía, escuchaba siempre con paciencia sus discursos, regularmente largos, cuando el asesor, abriendo los brazos, exponía su parecer sobre una cuestión.

Y así vivía en su apacible granja, como un digno amo de casa y un buen padre para sus robustos hijos.

La primitiva granja de Impivaara estaba administrada por Tuomas, un hombretón de anchas espaldas. ¿Quién sería el guapo capaz de habérselas con el amo? Era muy fuerte, y toda su persona respiraba pujanza y solidez. Sin hacer ruido ni moverse en vano, se dedicaba a los trabajos de su granja, imponiendo correctivos, en nombre del Señor, tanto en la casa como en el campo. Era el más generoso de todos los hermanos, y trataba siempre con misericordia y bondad a los necesitados. Nunca preguntaba ni indagaba el origen y la causa de la miseria de los que pedían ayuda, evitando reprender al que por su propia culpa se veía obligado a empuñar la cayada del mendicante. Daba a todos sin distinción, pensando: «Después de todo, eres un desdichado». Pero las que más piedad le inspiraban eran las niñas menesterosas, que, con la mirada temerosa y el corazón lleno de angustia, se veían arrojadas al camino a pedir limosna. Había tomado bajo su protección a dos de estas pobres, y las criaba y atendía tan tiernamente como a sus propios hijos, todos los cuales eran, por cierto, unos muchachos vigorosos.

Su mujer era la hija única de Härkämäki, noble y seria, alta y esbelta a la par que diligente, circunspecta y tranquila, digna en todo de tener por marido al buen amo de Impivaara. Tenía los pechos altos y firmes, y una gruesa trenza de cabellos rubios y sedosos le caía por debajo de la pañoleta blanca a cuadros encarnados, y le ondulaba graciosamente sobre la recta espalda. En su frente se reflejaba la paz inmutable de su alma, y en su corazón tenía cabida el más profundo y sincero temor de Dios. Con frecuencia fijaba una tierna y cariñosa mirada en la frágil huerfanita abandonada que un día había llegado a su casa.

Los días de Tuomas se deslizaban mansamente hacia el plácido puerto de la tumba. La vida de un hombre suele compararse con frecuencia a un río turbulento, pero yo quisiera comparar la existencia de Tuomas, desde que tomó posesión de Impivaara hasta su muerte, a un largo río que fluye majestuosa y apaciblemente hacia el océano infinito y eterno.

Hacia el este, a dos o tres tiros de escopeta de la casa de Tuomas, se alzaba en una landa la nueva granja de Lauri, que era la otra mitad de Impivaara, llamada también Laurila, o residencia de Lauri. Allí vivía este hombre silencioso, cultivando sus tierras con esmero, trabajando con ardor en los campos, aunque se encontraba más a sus anchas en los bosques y en los pantanos.

Había tomado por esposa a una de las mellizas de Kuokkala, mientras la otra se había unido en matrimonio con Timo, convirtiéndose así en el ama del predio de Kekkuri. La esposa de Lauri era una mujer de una pieza, una campesina algo rechoncha, de opulentos senos. Su voz chillona resonaba a lo lejos como un agudo clarinete, especialmente cuando, echando chispas por los ojos, de color pardo oscuro, denostaba a su marido con destemplanza.

Lauri seguía tallando en silencio un pedazo de madera, sin hacer el menor caso a los gritos de su mujer, quien, excitada por la pacífica actitud de su marido, redoblaba sus gritos compitiendo con las más violentas tormentas. Pero ocurría que, de vez en cuando, Lauri perdía la paciencia, y como en tal caso lo mejor era no provocarlo, la mujer se callaba al punto y se escabullía yendo a esconderse a un rincón del establo o detrás de un tabique protector, donde permanecía un rato, asomándose precavidamente o esperando oír, muy atenta, cuándo se desencadenaba la tempestad que había provocado, sin atreverse a salir hasta que el marido se calmaba. Era raro, sin embargo, ver al tranquilo Lauri dominado por la cólera. Generalmente, cuando su mujer vociferaba y se desgañitaba, él salía por la puerta y, con la pipa entre los dientes y la destral en la mano, se internaba en el bosque en busca de madera para tallar o de cortezas de abedul para calzado. Gustaba de entretenerse en el bosque, ora contemplando un árbol, ora examinando un tronco, reflexionando, y solo cuando el sol se había puesto hacía rato y todos estaban ya descansando, volvía a casa, al amparo de las suaves tinieblas de las noches de verano, cargado de raíces, de ramas corvas y de un gran ovillo de corteza.

En su camino encontraba a veces a su buey, a su Hälli, de ancho cuello, que, empujado hacia la aldea por sus deseos inflamados, al ver a su amo salía a su encuentro en la bruma del crepúsculo por el camino polvoriento y se acercaba a él con los ojos enojados.

Entonces, la dureza del uno chocaba contra la del otro, pero Lauri, gritando con voz ronca y amenazando con el mango de la destral, lograba que el animal diera media vuelta. Y así caminaban hacia Laurila, Hälli delante y el amo detrás. Cuando el buey trataba de desmandarse a la derecha, Lauri lo amagaba por la derecha levantando la destral, y si trataba de escapar por la izquierda, el amo lo amenazaba por la izquierda, de modo que el animal, resignado, acababa por volver a casa, aunque moviendo furiosamente la cabeza y lanzando por sus narices el ardor de su poderoso pecho.

Atravesaban la granja de Tuomas. La criada oía desde su casa el ruido de rumores y pisadas en el camino arenoso. Se levantó y, medio dormida, en camisón, fue hacia la ventana; atisbó afuera y vio el buey del vecino y al amo mismo que, seguros y serios, iban uno detrás del otro. El buey caminaba delante, de mala gana; el amo iba detrás, mostrando de vez en cuando su destral y llevando al hombro la madera para utensilios y la corteza para zapatos formando un acabado ovillo redondo. Y en aquella formación desaparecieron finalmente de la vista de la criada. Pero el buey levantaba la testuz y, en su cólera, lanzaba un espantoso bramido que hacía temblar la colina y resonaba en cielos y tierra, y Lauri gritaba: «Espera un poco, ¡ya te daré tu merecido! Te disgusta, ¿eh? ¡Arre, holgazán, que ya es hora de volver a casa! No hay protestas que valgan, bien lo sabes». Y así llegaban a la granja, no sin que el buey lanzase una serie de impetuosos bramidos que rompían la paz nocturna y llegaban a las aldeas vecinas.

Después de dejar a Hälli bien encerrado en la cerca, en compañía de los demás animales de la granja, Lauri entraba en la casa, donde le esperaba la cena fría sobre la mesa. Todos dormían ya, menos el ama, que, despierta y furibunda, esperaba en el lecho la llegada del marido. Después de cenar, Lauri entraba en la alcoba, donde le aguardaba un estallido de cólera. La mujer, fuera de sí, le lanzaba ardientes insultos que crepitaban como el fuego que prende en los enebros secos, vomitaba sapos y culebras contra «las malditas correrías de aquel mentecato en los bosques desiertos». El marido se movía en silencio, se desnudaba, encendía la pipa y se echaba en la cama junto a su mujer, que no paraba de gruñir. Después de consumir la pipa hasta el fondo de la cazoleta, la dejaba cerca de él

en el suelo y se tapaba la espalda con el cobertor, diciendo: «Tranquilízate, en nombre del Señor, no vaya a ser que estalle dentro de mí la tormenta». La mujer se callaba quieras que no, aunque el corazón seguía latiéndole con violencia, y después de tirar furiosamente de la manta, acababa por dormirse, y su marido, acostado a su lado, se dormía también.

Así continuaba Lauri hasta bien entradas las noches oscuras en sus extrañas expediciones a los bosques. Y de lo que allí veía de notable, admirable o curioso, raras veces decía una palabra a nadie durante la semana. Solo el domingo siguiente, generalmente en la mesa a la hora de comer, les contaba a sus criados alguna que otra cosa.

Al regresar de una de sus excursiones por el bosque, se le notó más sumido que nunca en sus pensamientos, sin que nadie pudiera adivinar qué era lo que le tenía tan preocupado. Silencioso y más mohíno cada día, andaba de un lado para otro de la granja, gruñendo con acritud a hombres y mujeres, cosa que, por lo demás, no solía hacer. Una nube de profundos o enojosos pensamientos cubría constantemente su frente, arrojando una sombra lúgubre en las cuencas de los ojos. Así pasó toda la semana. Cuando el domingo siguiente estaba sentado a la mesa con sus jornaleros, se decidió por fin a hablar y dijo: «He de haceros una pregunta… y quiero que me deis una explicación. Hace cinco días, al cruzar la pradera de Koivisto, cubierta de una fina capa de nieve reciente, como la que ahora cubre la tierra como un mantel de algodón, vi algo que no me entra en la cabeza. ¡Carajo! No he dejado de darle vueltas al asunto en mi caletre y sigo sin comprenderlo. Escuchadme bien: Vi en la nieve huellas de hombre y las seguí tranquilamente. Pero de pronto cesaron y, a partir de entonces, lo que se veía subir por la colina, hasta remontarla, eran huellas de zorra, muy marcadas, y lo curioso es que yo no había visto hasta entonces ni una, ni una sola. ¿Qué había sido del hombre? Ni había seguido adelante ni había retrocedido ni se había desviado a derecha o a izquierda, no. O había seguido caminando hacia el cielo, de donde cayó una zorra para continuar sus huellas sobre la nieve, o la llevaba bajo el brazo y, allí donde acababa su rastro, montó a lomos del animal para volver así al camino de la iglesia a través del bosque. Ya sé que todo esto son fantasías, pero no sé otro modo de explicarme el misterio.

¿Qué creéis vosotros? ¿Habrá aún brujos en nuestras comarcas? ¿Se habrá convertido un hombre en zorra con la ayuda del diablo?». Esto dijo Lauri, y todos le escucharon estupefactos, incapaces de darle una solución, llegando a la conclusión, finalmente, de que un mago había aparecido en la cuesta de Koivisto.

Lauri no hallaba la paz. Después de comer se dirigió a la pradera y vio repetido el prodigio: las huellas de un hombre se habían transformado en huellas de zorra sobre la nieve reciente. Terriblemente excitado, exclamó: «¡Aquí domina el mismísimo Satanás!». Entonces torció la boca y, al dar una patada a un bulto que formaba la nieve, brilló un hierro como un relámpago, saltaron del suelo broza y estiércol, y Lauri se vio cogida la pantorrilla por los agudos dientes de un cepo. Lanzando un grito de dolor, se agachó para librar su pierna de la feroz dentellada del armadijo, arrojándolo a lo lejos con una maldición enérgica. Ya sabía qué tipo de trampas habían colocado en su campo, pero no alcanzaba a comprender por qué las huellas se transformaban sobre la nieve. Bramando de rabia, emprendió el regreso cojeando sobre la nieve, apretando los dientes de dolor cada vez que apoyaba en el suelo la pierna herida por el cepo. Pronto sintió la necesidad de un apoyo y se puso a buscar un palo entre los arbustos cercanos al camino que conducía a la iglesia. No tardó en descubrir dos palos de abedul escondidos entre el ramaje, comprobando que eran dos zancos cuyos extremos tenían la forma de dos patas de zorra talladas con fiel habilidad. El rostro se le iluminó y todo lo vio claro. Ahora comprendía que el cazador de zorras, para eliminar de los ojos del animal todo tipo de sospecha, al visitar sus cepos se había acercado al lugar con estos zancos, y en vez de dejar huellas de hombre, que el astuto animal evita con cuidado, marcaba en la nieve las de la zorra. Lauri sintió que se le quitaba un peso de encima en lo tocante al misterio y, para mitigar el dolor de su pierna, avanzaba apoyado en un zanco a guisa de muleta.

Pero el viejo gruñón de Kolistin, que volvía de visitar los lazos que tendía por los vallados de prados y campos contra las ardillas, notó las huellas de Lauri y los sesos empezaron a hacérsele agua: «Por aquí han pasado un hombre y un perro, pero… ¿cómo es posible?…, ¡un perro que solo tiene una pata! ¡Asombroso! Un perro de una pata ha brincado por aquí al lado de su amo. ¡Por

todos los diablos!…, ¿cómo puede explicarse esto? ¿Vagarán aún por aquí hechiceros y lapones?». Harto de tirarse de su negra pelambre, masticando tabaco y frunciendo el ceño, reanudó la marcha sin acertar a resolver el misterio de un perro que caminaba con una sola pata al lado de su amo. El viejo pasó lo que le quedaba de vida pensando en aquel prodigio, sin decir nada a nadie, hasta que estuvo en el lecho de muerte. Solo entonces preguntó a su nuera, a la que mucho quería, qué le parecía de aquel misterio que ni aún en el lecho de la muerte lo dejaba en paz. Con lágrimas en los ojos, la pobre mujer le suplicó al oído que alejara aquellos malos pensamientos para no pensar más que en su alma inmortal. El viejo no replicó, permaneció con la vista fija en un punto, y se llevó con él a la tumba el enigma inexplicable.

Pero muy pronto la pierna de Lauri sanó de la mordedura del cepo, y volvió a trabajar como antes en su granja, unas veces en los bosques y otras en su espaciosa casa. Así pasaba los días junto a su hacendosa mujer y sus hijos, a quienes, mientras vivió su madre, no les faltaron nunca camisas ni medias, ni el pan ni las zurras de cada día.

Timo cultivaba el predio del Kekkuri. Estaba casado con la segunda de las mellizas de Kuokkala, muy parecida a su hermana, la mujer de Lauri, en los pechos altos y firmes, la nariz respingona, la tez morena, y en lo rechoncha, pero con mejor corazón que aquella. Timo la amaba, a pesar de que ella no se reprimía en alborotarle el pelo, si la ocasión llegaba, con sus recias manos. Ante aquella mujer no valían bravatas, y Timo procuraba someterse a los dictados de su esposa, bajo cuyos cuidados la granja marchaba admirablemente. Pero algo venía a perturbar de vez en cuando la paz conyugal, y era que Timo tenía la costumbre de emborracharse una vez al año, por Todos los Santos, y pasarse unos días de juerga en la aldea, en alegre compañía. Y cuando volvía a casa descargaban los nubarrones.

Un año, siendo un domingo entre finales de octubre y principios de noviembre, el hombre se salió de madre de nuevo y emprendió una larga juerga en compañía de Kyösti de Tammisto y de Aapeli de Karkkula. En el fresco sobrado de Tammisto, le dieron a la larga y brillante botella sin medida, charlando por los codos, cantando y abrazándose como los mejores amigos del mundo. Pasaron dos días

armando ruido, canta que te canta y mirando como idiotas el corral por la ventana, cubierto de estiércol, el techo de paja del establo, la colina pedregosa, los campos, los bosques y las praderas hasta el lejano pantano de Lemmilä, sobre el que volaban los cisnes en su emigración hacia los países del sur. Contemplaban el paisaje con indiferencia, con ojos de carnero, y de vez en cuando canturreaban moviendo la cabeza y sintiendo mareos deliciosos, completamente olvidados de las preocupaciones y afanes del resto de los mortales.

Al tercer día despertaron en sus sórdidos lechos con un terrible dolor de cabeza. Se les había acabado el dinero y el aguardiente y no había forma de que ninguna campesina les abriera su alacena. Mudo y demacrado, Timo no tenía más remedio que volver a casa. Andando a pasos lentos a lo largo del camino, subiendo tristemente la cuesta, no podía apartar de su pensamiento a la irritada ama de Kekkuri. El pantalón le arrastraba lamentablemente y la camisa le salía formando una gran bolsa entre el cinturón y el chaleco de rayas encarnadas. Se acercaba a la granja con los ojos enrojecidos, el cabello revuelto y erizado; el pecho, descubierto, lucía como la superficie lustrada de una caldera de cobre. Así iba andando, con el ánimo abatido, y los bosques, los montes y los valles le miraban hostiles; un abedul amarillo le dirigía amargas quejas, un abeto retorcido lo recriminaba, un tronco se agazapaba al borde del camino como un demonio negro al acecho; toda la naturaleza, antes tan amiga, parecía ahora una madrastra de aspecto severo. Pero, obsesionado por el pensamiento del ama irritada de Kekkuri, no veía nada. Cuando se cruzaba con alguien, joven o viejo, hombre o mujer, no se tomaba la molestia de dirigirle una mirada, y no hubiera prestado más atención en caso de tropezarse en el camino pedregoso con el mismo Gran Duque de Finlandia. Caminaba en silencio pensando como entre nubes en su casa, en su mujer, en su gente, en sus hijos, y un leve suspiro se le escapaba de vez en cuando del pecho.

Al llegar al patio de la granja se detuvo pensativo, meditando en cuál sería la mejor manera de entrar en la casa y buscando bajo el cielo algún medio capaz de calmar un poco las iras de su mujer. Con las manos en la cabeza miró a todas partes, hasta que sus ojos se detuvieron en el montón de leña. «¡Ya está!», exclamó gozoso ante la idea que acababa de ocurrírsele. Entonces empezó a echarse

en el regazo leña y más leña. Cuando se sintió abrumado bajo una carga de gigante, se dirigió vacilando a la casa, con la esperanza de que aquella delicada atención reprimiría los impulsos de su mujer. Subió fatigosamente la escalera y, al llegar al vestíbulo, gritó con voz inocente: «¡Abrid la puerta!… ¡Eh, los de dentro, abrid la puerta, hijos míos!». Le abrió el pequeñuelo Jooseppi, y Timo entró dando tumbos con su carga, en silencio, sin volver la mirada ni pestañear. Y después de dejar ruidosamente la carga en un rincón, dijo: «El montón de leña empieza a disminuir mucho en la leñera. ¡Pero qué importa si en Jukola hay bosques!». Dicho esto osó mirar de reojo a su mujer y vio que la tormenta se le venía encima.

Apenas había acabado la mujer de escupir por su boca la chillona pregunta: «¿Dónde has estado, bribón?», cuando en ambas mejillas de Timo sonaron dos secas bofetadas. Siguió un profundo silencio, durante el cual Timo sintió que le arrancaban las greñas y que todo daba vueltas ante sus ojos. Pero acabó por enfadarse y, cogiendo los brazos de su mujer en sus recias manos, la sentó en una banqueta y la mantuvo inmóvil largo rato. Luego, con el pelo revuelto y la cara roja, bramó: «¡Te voy a moler a palos, burra, más que burra, hija de perra! ¿Crees que voy a dejarme tratar como un muñeco? ¡Te equivocas! Hay pocos que se hayan podido dar el gustazo de peinarme las greñas, y no se lo voy a consentir a una mujer. ¡Mira que no sabes de lo que soy capaz, y estoy ya de ti hasta la cocorota! ¡Espera a que te zurre la badana!». Así gritaba y amenazaba, aunque sin pasar de las palabras a los hechos. ¿Hubiera tenido corazón? No. A pesar de todo, quería de veras a su mujer. Esta, fuera de sí, gritaba: «¡Suéltame, maldito, suéltame enseguida!». Sorprendido Timo ante tan corajuda actitud, dudaba entre soltarla o mantenerla más tiempo inmovilizada; pero tanto gritaba la mujer que por fin la dejó libre. En mala hora lo hizo, porque inmediatamente se vio asaltado con redoblado brío y nuevos tirones de pelo. Entonces, furiosamente indignado, mandó a su mujer al diablo e inició la marcha fuera de la casa. Sin embargo, solo pudo avanzar muy lentamente hacia la puerta, porque la mujer aleteaba en su nuca como un pequeño gavilán se agita en la nuca de un urogallo rojizo lanzando plumas al aire. Desentendiéndose de ella salió de la casa, oyendo las amenazas que le dirigía desde la puerta; bajó la escalera y, mientras se perdía a lo lejos, se dijo: «¡Así

es como hay que tratar a las mujeres!». Desapareció tras un campo de lúpulos y luego, con una sagaz sonrisa, dio media vuelta, se dirigió al corral, subió al pajar, echó unas brazadas de paja en el pesebre de los caballos y se tumbó cómodamente. Después de pensar un momento en las malas pulgas que gastaba su mujer, cayó en profundo sueño.

Llegó la noche, una noche helada, y Timo no aparecía por ninguna parte. La mujer se acostó muy inquieta, perturbada por lúgubres pensamientos. «¡Quizá se ha ahorcado, el cuitado, o, ciego de cólera, se ha arrojado al pozo sin fondo de la pradera de Nummenniitty! ¡Eso si no se ha dormido en el bosque y a estas horas tendrá ya la nariz, las manos y los pies helados, el pobrecillo!». Y, de pronto, viéndose tendida en su lecho sin su querido marido, rompió en sollozos. Estuvo llorando y suspirando un largo y angustioso rato, aguzando el oído por si percibía el menor ruido en la puerta o en la entrada. Pero pasaban las horas y no se oía el más leve rumor. Presa del desasosiego, se levantó y encendió el farol de hojalata agujereada; no atreviéndose a salir sola por miedo a los fantasmas, los espectros y aparecidos, y por el horror que le causaba ver la sauna donde hacía poco hallaron muerto al viejo Iisakki de Honkamäki, el mendigo de la barba de espuma, fue a despertar a Taava, su criada, para que la acompañara. La criada se vistió y, maldiciendo su sino, siguió a su ama en la fría y lúgubre noche. Primero visitaron la sauna y el pajar, sin resultado; al volver al corral, la granjera se puso a llamar a su marido por su nombre, con ardiente tono lacrimoso. Su voz sonaba a lo lejos y el pajar le devolvía el eco de sus gritos. Por fin oyeron una contestación procedente de la cuadra, una especie de gruñido áspero y rudo. Con el farol en la mano, la granjera subió al sobrado de la cuadra y vio a Timo, que, despierto de su pesado sueño de borracho y sentado en su lecho de crujiente paja, la miraba embobado como un cordero sorprendido por el lobo en una landa, y que en lugar de quedarse bajo la protección del pastor que acaba de salvarlo del peligro, de pronto echa a correr dando saltos detrás del lobo, y de vez en cuando se para y da unas patadas en el suelo mirando estúpidamente. Así contemplaba Timo a su mujer, sin reconocerla inmediatamente, con el cerebro todavía nublado por la borrachera.

MUJER.— ¿Qué haces aquí sentado? ¡Vuelve a casa, alma de Dios! ¿Por qué tienes que estar aquí helándote? Escúchame, Timo, vuelve a casa.

TIMO.— ¿Pero quién es usted?

MUJER.— ¡Válgame Dios! ¿Tan mal estás que no me reconoces? ¡Ay, ay, ay! He aquí cómo el pecado y el diablo pierden a las pobres almas en este mundo. ¡Ay!

TIMO.— ¿Por qué llora usted? ¿Quién es usted, después de todo?

MUJER.— ¡Ay, Timo de mi alma!

TIMO.— ¿Qué?

MUJER.— ¿Pero es que no me conoces? Soy Ulla, tu mujer.

TIMO.— ¡Arrea! ¡Pues es verdad!

MUJER.— ¡Vuelve a casa y no estés un momento más en esta cuadra helada! ¡Pobre marido mío!

TIMO.— ¿Crees que es un señor fino el que ha dormido en este pajar? Cállate y no digas tonterías. Aquí no se está tan mal.

CRIADA.— Estos sinvergonzones no dejan ni dormir en paz a las criadas por la noche; a los muy cerdos hay que ir a buscarlos por todos los rincones cuando llegan bebidos.

MUJER.— Anda, dame la mano y baja de ahí con cuidado.

CRIADA.— En lugar de darle la mano, yo lo llevaría de una pata a rastras por el pedregal.

TIMO.— ¡Hola, Taava! ¿Qué estás mascullando? Cállate, hija, no hay peligros para ninguno de nosotros, ni tan pequeños como boñigas de cabra.

CRIADA.— ¡Ya te echaría yo encima boñigas de cabra, si yo fuera la oveja negra de la granja!

MUJER.— ¡Cállate de una vez y sujeta el farol! Y tú, ¿es que no piensas salir de aquí?

TIMO.— Voy, voy, sin prisa; id vosotras delante.

Entraron en casa, primero ama y criada y, el último, Timo. La sirvienta se volvió a la cama refunfuñando, mientras la mujer preparaba la cena para el marido. Puso en la mesa un pan redondo, mantequilla, una buena ración de guiso de carne y patatas hervidas. Timo comía con buen apetito mientras su mujer compungida, desde el otro extremo de la mesa, lo contemplaba con lágrimas en los ojos.

MUJER.— No será que no te lo tengo dicho. ¿Por qué te marchas de

la casa, mamarracho, sabiendo que tengo tan mal genio como Kaisa la gitana? Ya he vuelto a enmarañarte, pero ¿por qué me has dado motivos, por qué? Ya he vuelto a enmarañarte.

TIMO.— Está bien. ¡Pues ni que hubieras enmarañado a un gran señor! ¿Por qué has de lloriquear como una niña, cuando no me has causado ningún daño? Pero qué refriega más impetuosa, cómo me sacudiste, de verdad. ¡Je, je, je! ¡Demonios! Anda, ponme cerveza.

MUJER.— ¿Por qué has de andar como un golfo por las aldeas y tabernas durante días y noches? ¿Te parece bonito?

TIMO.— Pero, bueno, solo ocurre una vez al año, ¡solo una vez! Lo sabes de sobra.

MUJER.— ¿Dónde y con quién has estado empinando esta vez? Vamos, habla, ¿con qué sinvergüenza?

TIMO.— Con unos compañeros.

MUJER.— ¿Dónde y con quién te la has corrido? Dilo pronto.

TIMO.— Pues con Kyösti de Tammisto y Aapeli de Karkkula, en casa de Tammisto.

MUJER.— ¿Y qué bebisteis?

TIMO.— Nada más que aguardiente, nada de bebidas caras. ¿De dónde íbamos a sacar el dinero para pagar ron o ponche?

MUJER.— ¡Impíos! Si la muerte te cogiera en este momento en su lazo, te irías derechito a lo más hondo del infierno.

TIMO.— Es muy raro que aquí en la tierra la gente esté preparada para eso, bien lo sabe Dios. Pero ¿por qué habría de morirme ahora, en la flor de los años? No hables de morir y tráeme cerveza.

La mujer fue a buscar cerveza espumosa del tonel para su marido, quien, después de acabar su copiosa cena, vació casi el jarro de un trago. Luego se fueron los dos a dormir.

Pero aún hay un rasgo peculiar de esta notable mujer. Los domingos y días festivos, por la mañana, antes de partir con su marido para comulgar, rogaba a todos los miembros de la familia, llorando a moco tendido, que le perdonasen las faltas que hubiera cometido contra ellos. Era un momento emocionante en la granja de Kekkuri.

Es la mañana de un domingo de verano. Con palabras más tiernas y lágrimas más ardientes que nunca, el ama ha implorado a

todos que la perdonen, desde su marido al más humilde peón. Timo, con una sonrisa de satisfacción en los labios, prepara los arreos del caballo; va feliz, con un alto cuello que la mano ágil de su mujer le ha levantado sobre la nuca. Mientras va y viene, habla con el criado que saca el caballo de la cuadra. Le dice: «Está visto que mi mujer es una joya. ¿Qué haría yo con todos mis hijos sin ella, que es la más hacendosa de las mujeres? ¡Diantre! Ni con trescientos rublos se pagarían los daños si ella muriese. ¡Qué digo, ni con cuatrocientos! Créeme, Kaape». El socarrón de Kaape aprobaba todas las palabras de su amo con aire de candidez, pero una sonrisa maliciosa se dibujaba en su rostro cada vez que se encontraba al otro lado del caballo castaño. Sale por fin la granjera luciendo sus rumorosas ropas, con una pañoleta deslumbrante y el rostro hinchado por las lágrimas; se acerca al carruaje, sube con aire grave y se sienta suspirando. Timo se sienta a su derecha empuñando las riendas, encarnado como la luna llena a finales de verano, sonriente y feliz, transpirando salud y fortaleza. Tira suavemente de las riendas, emite un chasquido con la lengua, y el caballo emprende el trote hacia la iglesia. Pronto desaparece el carruaje dentro del bosque de abedules y una nube de polvo se estira un momento por el camino seco y soleado.

Al frente del predio de Vuohenkalma, en una colina pedregosa a cuyo pie pasaba el camino de la iglesia, se hallaba Eero, el menor de los hermanos. Era el montero de la parroquia, y muchos lobos, linces y osos dejaron la vida en las batidas que él organizaba con todo rigor. El gobernador utilizaba frecuentemente sus servicios como representante del distrito, porque los asuntos que se le confiaban solían ser bien resueltos. Sus conocimientos de escritura y de cálculo le daban mucho trabajo y le proporcionaban buenos rendimientos, pero no por eso descuidaba el cultivo de sus tierras; antes bien, él dirigía con orden y diligencia todas las labores del campo; en su casa nadie podía permanecer mano sobre mano. Su vista perspicaz ejercía una atenta vigilancia que llegaba a todas partes, como la de un halcón que, desde la cima de un abedul seco, domina la pradera dorada por un sol de estío.

Los domingos y días festivos leía el periódico o escribía notas sobre los acontecimientos de interés, o sobre los asuntos públicos de la parroquia, que él mismo mandaba al periódico. La dirección de

este acogía con gusto aquellos artículos de contenido sustancioso, escritos con precisión, claridad y agudeza. Gracias a estas ocupaciones, Eero amplió su concepto de la vida y del universo. Su tierra natal ya no era para él una parte vaga de un mundo vago, ya no ignoraba lo que era y dónde se hallaba; conocía el lugar en que se encontraba el país, el rincón del mundo donde vive, se afana y lucha el pueblo finlandés, y en cuyo seno reposan sus antepasados. Conocía sus fronteras, sus mares, sus lagos sonrientes y sus cadenas de suaves lomas coronadas de abetos. Todos los amables rasgos del rostro materno de nuestra patria se habían esculpido para siempre en el fondo de su corazón. Concibió el deseo y se hizo el propósito de consagrar sus esfuerzos al progreso y bienestar de nuestro país. Gracias a su actividad enérgica y constante, se fundó en la parroquia una escuela primaria que fue una de las primeras de Finlandia, y logró establecer en el municipio otras instituciones de interés común. Entre tanto, no dejaba de pensar en su primogénito, del que estaba decidido a hacer un hombre de talento y de carrera.

Se casó con la hija de Seunala, la delicada Anna de cabellos de rubio lino y de ojos tímidos, que había tenido visiones extrañas y predicho grandes milagros durante sus éxtasis. Ella era la granjera del libre y magnífico predio de Vuohenkalma, pero su autoridad pasaba inadvertida, porque quien dirigía los asuntos domésticos era el marido; en efecto, en los bolsillos del hombre tintineaban las llaves del granero, y él establecía y medía las provisiones para la gente de la granja y para el ganado, y era quien pagaba a los jornaleros y a las criadas.

Anna se pasea a veces con cierta melancolía, se detiene junto al hogar donde hierve la marmita, y se queda silenciosamente pensativa. Cuando se inclina sobre la cuna de su hijo, los ojos se le iluminan de gozo. Siente el pecho rebosante de dicha cuando su «pequeño tesoro», pleno de salud, ríe alegremente y se agita en su regazo. Amamantarlo en su propio pecho, mimarlo, vestirlo y, como ella dice, «hacer de él un heredero de la pacífica ciudad de los bienaventurados» es lo que hace brillar de felicidad sus ojos.

Un domingo por la tarde, en pleno verano, mientras el sol declina en el aire en calma y sobre el bosque quieto se sienta a solas con su hijo en el banco, junto a la mesa. Eero ha ido a dar una vuelta por sus prados y sus campos, y toda la servidumbre está en la

aldea. Una absoluta paz reina en la naturaleza y en la amplia sala de la granja, cuyo piso alfombrado de fresco ramaje sonríe en su bordado de fronda. Todo es paz y silencio. De vez en cuando llegan de la colina poblada de abedules los dulces sones de los cencerros del ganado. La mujer, sentada en la banqueta, habla con su niñito, quien, tendido en sus rodillas, parece una aurora radiante. «Dime, chiquitín», dice ella medio hablando, medio cantando, «dime, chiquitín, ¿cómo has encontrado el camino de tu casa?». «He venido por la ruta de Turku, he retozado por los senderos de Häme». «¿Pero en qué has reconocido tu casa, pequeñín?». «En el perro que ladra bajo la puerta, la he reconocido en el pozo dorado del patio y he visto también los caballos de los pastores eclesiásticos ante el henil y en el pajar un tonel de cerveza». «¿Y en qué has conocido a tu querida mamá, en qué a tu papá?». «Mamá sacaba agua de malta junto a las llamas del fuego, sacaba y cantaba, cantaba con voz clara, llevaba anudado al cuello un pañuelo de lana, un pañuelo como la nieve y la bóveda del cielo». «¿En qué has conocido a papá?». «Tallaba un mango de hacha, tallaba junto a la ventana dorada». «¿De manera que has encontrado el camino, has reconocido tu casa, has reconocido en la sala a tu madre y a tu padre? ¿Pero dónde está papá, a dónde ha ido, piensa en nosotros? Seguramente piensa en nosotros, y si él no piensa en ti, yo no te olvidaré nunca jamás, ni en la misma muerte, aurora y crepúsculo de mi alma, mi gozo y mi dulce tristeza. ¿Y por qué eres tú mi tristeza? ¡Ah! Este mundo es pérfido y turbulento y muchos navegantes se han hundido en las simas eternas de sus mares. Dime, hijo mío, hierbecita mía, ¿no te gustaría navegar hacia el puerto de la paz mientras todavía ondea en toda su pureza el estandarte blanco de tu infancia? A orillas del lago brumoso se levanta Tuonela, la sombría mansión de los difuntos; allí, entre denso follaje, en medio del bosquecillo cubierto de rocío, una cuna, y ropita blanca y cobertores te esperan. Escucha mi canción, que te acompañará al país del príncipe de Tuonela, el reino de los difuntos. ¡Oh, escucha la canción de mi alma!

Reino de Tuoni, espera de la Muerte.
Bosque nocturno en cuya arena pura
cuna tendrá mi dulce criatura.

Allí tendrá mi amor su mejor suerte,
allí pastoreará, en sus praderas,
el rebaño del Reino que le espera.

Allí mi criatura gozará
plácida noche y la espectral doncella
de la Muerte mecerala en ella.

Allí, feliz, al fin descansará
en su cuna dorada mi tesoro,
velado por el pájaro canoro.

Lejos mi amor del duelo de este mundo,
gozará en la arboleda de la paz
el sueño de la Muerte, tan profundo».

Así canta la madre para su hijo, y el kántele, la cítara finlandesa, no suena tan dulce como su voz en la sala amplia, adornada en el reposo del domingo. Luego dirige por la ventana una larga mirada al firmamento y su alma se eleva a las alturas celestes y vertiginosas; el cielo es transparente y puro, ni una nube flota bajo la bóveda cristalina; solo una golondrina, apenas visible, gira y vuela en el aire, ligera y viva como el pensamiento de un hombre feliz. La madre apoya ligeramente su mejilla curtida por el sol contra la sien del niño que se ha quedado dormido, deja correr sus ojos azules por el espacio azul y su frente irradia serena paz.

A su regreso del bosque, Eero oye desde el patio el canto de su mujer, y nunca le ha parecido más hermoso. Entra, cruza la espaciosa sala y se sienta junto a la esposa en una prueba de amistad que raras veces le ha manifestado antes. La esposa se vuelve a él y, dejando descansar al niño sobre las rodillas, hunde la frente en el pecho del marido y rompe en un llanto acongojado. Eero le pasa la mano por el cuello y le acaricia un rizo de pelo rubio por detrás de la oreja. Y los dos permanecen sentados en el banco, junto a la limpia mesa, envueltos en la paz de aquella tarde de domingo.

Así era la vida que llevaba en su granja Eero, el hermano menor.

He contado un episodio de cada uno de los hermanos, del mayor al menor. Pero aún quiero contar una fiesta de Navidad en la Jukola

de Juhani, porque una vez más los hermanos habían decidido reunirse en Navidad sobre la paja de su antigua casa paterna.

Acudieron todos con sus mujeres e hijos, y se armó un tremendo revuelo cuando la numerosa caterva de chiquillos empezó a revolcarse por la crujiente paja. Las cuñadas se agruparon junto al fuego en animada y agradable conversación, mientras la robusta granjera de Kekkuri, la excelente esposa de Timo, atendía el puchero de Venla lleno de papilla que hervía y se cubría de blanca espuma. Simeoni, asimismo junto al hogar, con el salterio sobre las rodillas, está dispuesto a entonar el cántico de la Navidad. Sentados alrededor de la mesa, los otros hermanos hablan de tiempos lejanos, de los días pasados en la oscuridad del bosque, en la pradera llena de tocones, al pie de la escarpada montaña de Impivaara. Van acudiendo a su memoria los recuerdos de sus peligros, de sus luchas y fatigas, mezclados dulcemente en su ánimo como los bosques, los valles, las montañas y los altos brezales se confunden a lo lejos en el azul oscuro del crepúsculo. Todo lo veían como en un hermoso sueño impreciso y una dulce añoranza inundaba su pecho. Así ven los tiempos pasados, como en una tarde de otoño, cuando la naturaleza se adormece y los follajes amarillean, un pastor distingue a lo lejos la amada pradera donde ha trabajado y sufrido durante el verano, cuando los días eran calurosos y sofocantes, la tormenta bramaba en el horizonte, los tábanos y las moscas volaban en enjambres, haciendo saltar al ganado hostigado; pero antes de que se pusiera el sol había reunido el ganado, volviendo alegremente a casa al son de los cencerros. Y, recordándolo, sonríe. Lo mismo el marinero que encanece en tierra firme rememora una tempestad en el mar: las nubes envolvían el barco en tinieblas, una ola gigantesca de cresta espumosa presagiaba la muerte; pero antes de anochecer había amainado el viento, el mar se había calmado y adormecido, y el sol, rasgando las nubes por poniente, lucía espléndido mostrando la ruta del puerto; y ahora el viejo marinero piensa en la tempestad con una íntima alegría. Así evocaban los hermanos los tiempos pasados, en la dorada tarde de Navidad, sentados en torno a la mesa de la casa de Jukola.

Se retiró la olla del fuego, se preparó una magnífica fogata de troncos de abedul y, mientras estos ardían alegremente, se entonó el cántico solemne. El bullicioso grupo de los pequeños se calló

enseguida, y los hermanos interrumpieron la conversación cuando Simeoni entonó el precioso salmo y las mujeres, con los libros abiertos sobre las rodillas, unieron sus voces a la de él. Acompañado por el chisporroteo del estupendo fuego, se elevaba el canto, y por encima de todas las voces se destacaba, pura y dulce, la de la modesta Anna. Cuando acabaron de cantar, todos se sentaron a cenar alrededor de la mesa, y luego se tendieron en la paja que cubría el suelo para gozar del reposo nocturno. Se levantaron por la mañana muy temprano y se dirigieron todos a la iglesia resplandeciente, que parecía un cielo estrellado, alumbrada por miles de candelas. Y cuando ya el sol estaba bien alto, salieron de la iglesia, se precipitaron a los trineos y, echando una carrera, volvieron a su antigua Jukola para celebrar alegremente la Pascua de Navidad.

Hasta aquí mi relato. He contado las aventuras de siete hermanos en los bosques de Finlandia. ¿Qué más podría decir de los días de su vida y de sus vicisitudes en este mundo? Su vida ascendió serenamente hasta el ápice del mediodía y declinó apaciblemente hacia el reposo de la tarde, circundada por miríadas de soles de oro.

Postfacio

Mil ochocientos setenta es un año clave en la historia de la literatura finlandesa; más aún: 1870 marca el nacimiento, *stricto senso*, de la literatura finlandesa escrita en finés. En 1870 la Sociedad de la Literatura de Finlandia (SKS) publica, en forma de entregas, la primera —y única— novela de un joven escritor de escaso éxito, colegial perezoso y universitario inconstante, que a duras penas ha logrado filtrar una decena de comedias y un puñado de poemas ante la indiferencia, cuando no rechazo, del público, de los lectores y, sobre todo y de manera general, de las «autoridades» literarias más influyentes. La novela se titulaba *Seitsemän veljestä (Los siete hermanos)*. Su autor, hijo de un sastre no del todo sin instrucción escolar y de una buena mujer, hija de un herrero, que también sabía leer, firmaba con el seudónimo de Aleksis Kivi (su verdadero nombre era Alexis Stenvall) y había nacido el 10 de octubre de 1834 en una aldea a pocos kilómetros al norte de Helsinki.

En los cortos diez años de fecundidad creadora de Kivi, antes de que el hambre, la miseria, la postergación y, finalmente, la locura pusieran fin a su atormentada existencia el 31 de diciembre de 1872, la lengua finesa pugnaba aún tímidamente por emanciparse de la sueca, que seguía siendo la «culta» y, en cierto modo, la oficial, hallándose confinada la primera a las zonas —extensas y profundas si se quiere, pero nulas desde el punto de vista literario— ocupadas por el pueblo bajo en las ciudades, y por el campesinado. En 1809, Suecia había tenido que ceder Finlandia, después de casi siete siglos de dominio, al Imperio zarista ruso que otorgó al país la categoría de Gran Ducado Autónomo, situación que terminaría en la proclamación de la Independencia en 1917. El largo vasallaje cultural de Finlandia a Suecia hizo que la literatura del país se

escribiese casi exclusivamente en lengua sueca.

Es cierto que ya antes, en 1835, Elias Lönnrot, después de largos años de peregrinaje por extensas zonas de Finlandia recogiendo de labios de los viejos bardos las canciones del riquísimo repertorio popular tradicional, había compuesto y escrito, en finés, el *Kalevala*, la gran epopeya nacional de resonancias homéricas; pero también es cierto que las circunstancias sociopolíticas y lingüísticas de la época redujeron, hasta su definitiva y gloriosa explosión, su ámbito proyectivo.

Los siete hermanos, de Aleksis Kivi, es, pues, si se concede a la narrativa la siempre discutible credencial de «género grande» de la creación literaria, la primera gran obra finlandesa escrita en finés. Y no es aventurado afirmar que quizá es, todavía hoy, la más genuina, representativa y esencial novela finlandesa.

En las décadas centrales del siglo XIX, la literatura europea se debate entre el romanticismo esteticista y el realismo, que alcanzará su configuración más descarnada en el naturalismo. Este es rechazado, por lo general, por considerársele una imitación servil e indiscriminada de la realidad, por carecer de todo idealismo y de toda moral, por recrearse en lo feo y lo vulgar, por utilizar un lenguaje grosero.

Esto debieron pensar de *Los siete hermanos* los provincianos literatos que ejercían su pontificado en el incipiente reino de las letras finlandesas cuando condenaron sin piedad la novela de Kivi, produciéndole la depresión que le condujo a la soledad y finalmente a la muerte, sin advertir, ¡pobres miopes!, las altas cimas de idealismo y los valles de profundo lirismo que forman parte del paisaje de la novela.

A la sazón escribían en Noruega Ibsen y Hamsun, en Suecia Strindberg, en Francia Flaubert, Maupassant, Zola y los Goncourt; en Inglaterra, Thackeray, Ruskin, Morris y, sobre todo, Dickens; en Rusia, Dostoyevski y Tolstói; en Alemania, Heyse; en Italia, De Amicis y Verga; en España, Alarcón, Valera y Pereda.

A Aleksis Kivi le corresponde, entre otros muchos méritos, el de haber sabido entroncar la narrativa finlandesa con la europea de la época, y esto con una primera y única novela, y en una lengua que, por decirlo así, «se estrenaba» literariamente con él. No queda otro remedio que creer en el milagro de la intuición, esa formidable

arma de los artistas geniales. ¿Cómo explicarse, si no, que un joven escritor de la periférica Finlandia, en una época en que las comunicaciones eran precarias, las barreras lingüísticas inexpugnables, las tiradas de libros ridículas e inmóviles, las traducciones tardías o inexistentes, pudiera estar al día de lo que en el ámbito literario se estaba cociendo en otros países, muchos de ellos geográfica y culturalmente tan alejados?

Los escritores finlandeses contemporáneos de Kivi eran poetas románticos de corte clásico, que si con su métrica envarada y minuciosa no ejercieron ninguna influencia en su poesía, más flexible, más atenta al ritmo interior que a las estructuras formales, mucho menos podían ejercerla sobre un género tan distinto como la novela. No tuvo Kivi, pues, referentes en la literatura de su país, ni entre sus antecesores ni entre sus coetáneos. Y si, como hemos dicho, debe principalmente a su intuición de escritor de talento la homologación de su novela con la que a la sazón se escribía en los países europeos más avanzados (y no solo en literatura, sino en nuevos modelos de organización política, social y económica, consecuencia de un proceso de industrialización, de la aparición o consolidación de nuevas clases sociales, todo lo cual impregnó aquella), también debió de percibir en los círculos academicistas y cenáculos literarios capitalinos, por los que pasó de puntillas —aunque fuera solo a través de algunas individualidades excepcionales, probablemente sin obra escrita—, el vendaval renovador que sacudía la narrativa europea en la segunda mitad del siglo XIX. En cualquier caso, *Los siete hermanos* fue una novela «moderna». Lo fue y sigue siéndolo.

Hay que retroceder mucho en el tiempo hasta encontrar los antecedentes literarios de Kivi, cuya lectura de los clásicos universales era más amplia de lo que se podía pensar por su origen modesto, y sus más directas influencias: la Biblia (traducida al finés en 1642, y que su madre le solía leer ya en su infancia), Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes, muchas de cuyas obras tenía en su bastante amplia biblioteca y conoció y estudió en su tránsito irregular por la universidad (siguió cursos de literatura e historia, entre otras materias, y era capaz de leer en varias lenguas, pero no llegó a licenciarse en nada), y que leyó y releyó con pasión.

Siendo esta que hemos ofrecido una traducción (terrible

esfuerzo; podemos asegurarlo sin ánimo de presunción) al castellano, nos interesa en particular establecer las posibles influencias de Cervantes en Kivi, del *Quijote* en *Los siete hermanos*. La enorme complejidad de ambas novelas, su distancia en el tiempo, sus múltiples ángulos de lectura e interpretación requerirían un amplio y concienzudo ensayo. Ojalá alguien lo aborde alguna vez. Limitémonos nosotros a señalar dos rasgos comunes a las dos novelas, como son su radical localicidad / universalidad y la contumaz rebeldía de sus héroes respectivos, su enfrentamiento visceral a unas sociedades que les niegan la libertad. Las aventuras y desventuras del hidalgo Alonso Quijano solo podían tener lugar en La Mancha, en el territorio central de una España rural y deprimida, costrosa y miserabilizada, pero cuyos caminos conducen a espacios exteriores más abiertos a un incipiente ideal de progreso. *Mutatis mutandis*, las aventuras de los siete hermanos solo podían transcurrir en el medio hostil de los inmensos bosques de Finlandia, en las tierras de cultivo robadas a ellos por el trabajo extenuante de los campesinos en lucha desigual contra el frío y el fuego y la soledad y la amenaza del hambre.

Alonso Quijano y los siete hermanos son unos fugitivos. El primero huye de una sociedad ferozmente jerarquizada, dominada por un clero ramplón y por una nobleza ociosa, donde no es posible ejercer el ideal caballeresco del honor frente a la corrupción de las costumbres y los privilegios materialistas de clase, ni afirmar la individualidad del hombre por medio de la hazaña heroica como timbre de identidad. Los hermanos campesinos, vigorosos y analfabetos, huyen de la escuela, un espacio cerrado que rompe dolorosamente su vinculación con un medio natural violento y agresivo, pero abierto, que presta ligereza a sus piernas y amplitud a sus espíritus. Y si amenazadoras son las garras de los osos, los cuernos y pezuñas de los toros, los colmillos de los lobos, no lo son menos los férreos puños del cura de aldea que les obliga a aprender a leer por la fuerza —¡como si los bosques y los lagos y las llanuras heladas no fueran páginas del duro libro de la vida!—, y los cepos que, en el atrio de la iglesia, exponen a los disidentes a la vergüenza pública, a la burla escarnecedora de los «buenos» vecinos que han aceptado con sumisión las reglas del juego social, cambiando los sueños de libertad por el respetable acomodo. Don Quijote y los

hermanos campesinos vuelven derrotados de sus aventuras, es verdad (aquel, a morir en su blando lecho de hidalgo; estos, para disfrutar la erótica de la propiedad y la familia, cambiando cielos por techos), pero habiendo dejado escritas sendas acusaciones irrefutables contra la tiranía de los poderes impuestos, contra los asesinos de sueños, contra los valores de la «civilización» del tener para ser.

Los siete hermanos es no solo la obra más importante de su época, sino también, probablemente, de toda la corta pero fecunda historia de la literatura finlandesa, y desde luego la más significativa, la que refleja con mayor hondura el alma del pueblo, la independencia de su carácter, la expresividad de su lenguaje (aunque los eruditos a la violeta de la época reprocharan su rudeza), la peculiaridad de sus costumbres y creencias, y su indomable voluntad de sobrevivir contra las condiciones más pugnaces, teniendo como fondo el a veces risueño, pero las más de ellas violento, siempre grandioso, paisaje finlandés, admirablemente descrito y que forma una unidad indestructible con los personajes y la acción.

La influencia de *Los siete hermanos* en los novelistas inmediatamente posteriores a Kivi, y aun en los actuales, es innegable. Acogida al principio, como ya hemos dicho, con desdén, cuando no con hostilidad, la obra ha ido abriéndose paso a través de los más de cien años desde que fue escrita hasta convertirse en una obra «necesaria» para los finlandeses y admirada por los lectores, escritores y literatos —muchos de los cuales, entre los más destacados, le reservaron y le reservan un lugar de honor en sus bibliotecas— de todos los idiomas a los que ha sido traducida: el sueco (el primero, 1919), el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el ruso, etc. Naturalmente, el lenguaje literario finlandés ha evolucionado, como lo ha hecho la sociedad finlandesa a partir de su tardío pero acelerado desarrollo industrial y los consiguientes cambios políticos y económicos, de manera que los problemas que hoy preocupan a los novelistas finlandeses son los comunes del mundo occidental: la soledad del hombre en las grandes aglomeraciones urbanas; la destrucción de los valores éticos y religiosos, tan falsos como estabilizadores; el avance de la deshumanizadora tecnología; la cruenta competencia consumista; la angustia, la tensión, la depresión. Pero las constantes esenciales de

Los siete hermanos (el amor de los finlandeses por la naturaleza, su temperamento insumiso, su capacidad de lucha contra la adversidad, mezclada con un cierto fatalismo, su respeto a las tradiciones no excluyente de un afán de progreso, y un peculiar sentido del humor difícilmente extrapolable a ámbitos ajenos) se hallan presentes, entre otras, en la actual narrativa finlandesa.

Escrita definitivamente al tercer intento, cuando su autor tenía solo treinta y seis años, habiendo iniciado su carrera de escritor a los veinticuatro, teniendo en su haber doce obras de teatro y una colección de poesía, sorprende en la novela el acabado conocimiento que Aleksis Kivi tenía de los abismos, negruras, cimas y claridades del alma humana, y su familiaridad con el paisaje que enmarca la trama. Debe lo primero, sin duda, a la refinada sensibilidad de un artista que ha alcanzado la plena madurez adelantándose a su edad biológica y que es capaz de iluminar tanto los recovecos de la abyección como las gloriosas llanuras de la generosidad y el altruismo. Todos los sentimientos humanos recorren las páginas de la novela a través de los personajes y sus acciones y conductas. En cuanto al paisaje, Kivi no hizo sino trasladar a su obra la forma y el alma de los bosques de su niñez y adolescencia, por los que había corrido y donde había cazado y soñado.

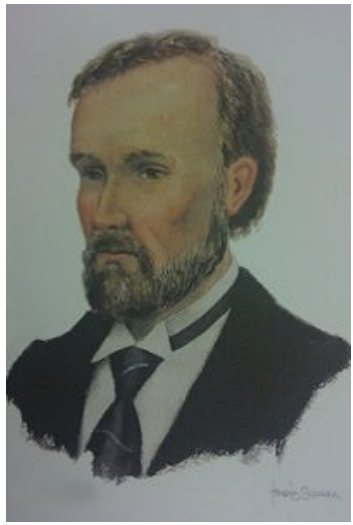
Cuando la Sociedad de la Literatura de Finlandia publicó *Los siete hermanos*, se «atrevió» a lanzar una tirada de la cual se vendieron en tres años ciento treinta y cuatro ejemplares en forma de fascículos. Hoy llevan publicados más de un millón doscientos mil ejemplares de la novela (el libro de mayor tirada después de la Biblia), sin contar las traducciones, lo cual refleja a las claras, por una parte, su aceptación progresiva por un pueblo que ama fervorosamente el libro y que se ve retratado con fidelidad en este que nos ocupa; y, por otra parte, lo equivocados que estaban sus detractores del principio.

No se hallaba entre ellos, por ejemplo, el gran poeta neorromántico finlandés Eino Leino (1878-1926), que supo recorrer apasionadamente, con lírica sensibilidad y sin prejuicios tópicos, los perfiles anímicos, ora sombríos, ora coloristas, de *Los siete hermanos*, y que lloró la corta vida de Aleksis

Kivi —desde un otoño hasta una Navidad— en un precioso poema, con algunos de cuyos versos queremos terminar nuestro epílogo:

Desde la puerta, el Viejo con la cabeza afirma:
«Te permito vivir de otoño a Navidad».
«¡Espera un poco, oh Año Viejo, espera».
—la tea en el soporte va extinguiéndose—,
«mi corazón tan lleno está, tan lleno…!
¡Oh, quisiera entregárselo a mi pueblo!
¡No, no puedo morirme todavía!».

Joaquín Fernández y Ursula Ojanen
Madrid, mayo 1988



ALEKSIS KIVI, (Nurmijärvi, Finlandia, 10 de octubre de 1834 – 31 de diciembre de 1872), nacido como Alexis Stenvall, fue un escritor finlandés quien escribió la primera obra importante en lengua finlandesa titulada *Seitsemän veljestä* (siete hermanos). Además Kivi fue de los primeros autores de prosa y lírica en finlandés, todavía se considera uno de los mejores.

Aleksis Kivi nació en Nurmijärvi, Finlandia en una familia de sastres. En 1846 se trasladó a Helsinki, y en 1859 ingresó en la Universidad de Helsinki, en donde estudió literatura y se interesó por el teatro. Su primera obra fue *Kullervo* basada en el drama clásico llamado Kalevala.

Desde 1863 dedicó su tiempo a escribir. Escribió doce obras y una colección de poemas. Su novela cumbre Seitsemän veljestä le llevó diez años de trabajo. Los críticos literarios, especialmente August Ahlgvist, desaprobaron la novela. En 1865 Kivi ganó el premio estatal por la obra *Nummisuutarit*.

Debido al mal recibimiento de sus obras comenzó a beber. Su principal benefactor Charlotta Lönnqvist no le pudo ayudar más allá de la década de 1860. Su deterioro físico y un inicio de esquizofrenia (se cree que causada por la borreliosis) hizo que

muriera en la pobreza a la edad de 38 años.

Entre
1995-1996,
el compositor finés Einojuhani Rautavaara compuso una ópera sobre la vida y los trabajos de Kivi. En 2002 el director de cine Jari Halonen realizó la película *Aleksis Kiven elämä* (La vida de Aleksis Kivi).

Notas

[1] Publicado en *República de las Letras* n.º 27, de abril-julio de 1990.
<<